

por

ISABEL LIZARRAGA VIZCARRA

JULIA ÁLVAREZ

ISABEL LIZARRAGA VIZCARRA

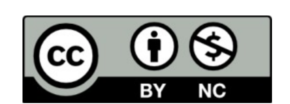


Imagen de la portada: José Ramón Urtasun Recalde

Tabla de contenido

I- MORIR CON LAS BOTAS PUESTAS

–¡Ah, ah! ¡Qué escaleras!

La mujerona entra en la habitación y se sienta pesadamente en la silla, que cruje con un quejido lastimero.

–¡Ay, hija! –resopla–. ¡Cualquiera lo diría, pero yo en esa época pesaba sólo 50 kilos! ¡Por eso triscaba como me daba la gana! Casi todos los días me escapaba a nadar en el Arga con los chicos… ¡Tenía un camisón…! ¡Qué risa! No te creas que se me veía nada. No. Yo he tenido una fama… una fama como de un poco fresca, pero no te la creas. Lo que yo era fue *ser simple*. Vamos, que hacía a las claras las payasadas que otras hacían a escondidas. ¡Así me fue!

La Pepa se da aire y se recompone un poco el pelo blanco y rizado. En su juventud seguro que el cabello rebelde sirvió a más de uno para calificar a su propietaria: una mujer decidida y agreste, a ratos rebelde y a ratos entrañable. *La Pepa* se remueve en el asiento, que resulta estrecho en relación con sus poderosas posaderas.

–Casi cien kilos, hija –reconoce adivinando mi examen, y añade sin advertir su propia exageración–: Más del doble de la época que te cuento.

Josefina Guerendiáin tiene un gesto extraño en la boca, como si en algún momento de su vida aventurera se hubiera tragado un sapo repulsivo y todavía no lo hubiera conseguido digerir u olvidar. Sin embargo, los ojos bondadosos y soñadores cautivan a todo el que la mira. El tiempo no la ha tratado mal a pesar de todo. Su cuerpo voluminoso aún es capaz de arrastrar a un alma aguerrida.

–¡Qué tiempos! –vuelve a suspirar, recuperando definitivamente la arrogancia perdida en la escalera.

–Josefina –le digo sibilinamente, intentando retomar el tema que me interesa–, pero usted, finalmente, ¿conoció a Julia Álvarez?

–¿A *la Julia*? ¿Cómo no, hija? Todas la conocíamos.

–Ella nació en Villafranca… ¡no vendría mucho por Pamplona!

–Sí, hombre, sí… Se movía un montón, no te creas. En la República, claro. ¡Anda que no daba mítines ni nada! En el 33, con Tiburcio Osácar y Ricardo Zabalza se recorrió todos los pueblos –aclara haciendo gala de buena memoria–.

Y aquí, a la Casa del Pueblo, ya venía desde mucho antes… ¡Qué guapo, Zabalza! Era así, alto y fuerte, y tenía un porte… como de un señor. Cuando hablaba, tan serio y tan formal… es que no parecía socialista. Bueno, sí parecía. Parecía socialista, pero por lo que decía, no por la forma de hablar, tan elegante, tan medido. ¡Ay, es que era muy guapo!

–Y Julia también hablaba, ¿no?

–Sí, *la Julia* también, claro. Pero Ricardo tenía un pelo precioso. Rizado. Y bien que se lo peinaba hacia atrás. Se le quedaba la frente clara, despejada, y solo con eso ya se veía que hablaba con sinceridad. Yo no he tenido estudios, desde luego, pero *pesquis* para entender a la gente, pues sí. A mí me puedes contar lo que quieras con la cara más seria que tengas, que enseguida te adivino si me estás mintiendo o si me dices la verdad. Yo no he tenido estudios. ¡Qué va! Todo el día en la calle: en la Navarrería, en Descalzos, Dormitalería… Eso cuando vivía en Pamplona, claro, que cuando me casé, en Olite, pues también. Me conocía todo el mundo y todos me querían mucho, te lo juro. Como he conocido a tanta gente, claro, sé adivinar a cada uno el corazón y el fondo que tienen…

–Y a Julia Álvarez también la conoció, claro –insisto.

Josefina cambia el gesto y me mira muy seria. Yo me revuelvo en la silla suponiendo que he metido la pata en algo.

–Ya sé que soy mayor… ¡Que soy mayor y gorda! –añade entre bromas y veras–. Pero eso no es motivo para que estés ahí, como un sargento, haciéndome una entrevista tan seria y llamando de usted. ¡Si yo soy muy llana! Que si usted por aquí, que si usted por allá… Mira, yo he hecho de recadera entre Pamplona y Olite, he fabricado alpargatas para los chiquillos y cojines para la gente que iba a los toros. Eso fue con un tío mío. Mira qué risa. Los hacíamos de cartón por dentro y los forrábamos de papel. Al acabar la corrida la gente los dejaba tirados. Nosotros los recogíamos, les quitábamos el papel y los volvíamos a forrar para venderlos en la corrida siguiente. También he tenido un restaurante. ¡Qué sudores! Mi madre lo mismo, que trabajó mucho, la pobrecilla. Eso que era sorda. Y para más *inri*, también se quedó ciega la pobre, antes de morirse, sí.

¡Era tan buena! Toda la vida trabajando. ¡Y qué chulos nos llevaba! En la calle, pero bien vestidos y los zapatos limpios, oye.

–Que digo, que te digo –insisto, corrigiéndome–, que cómo era Julia.

–No era tan guapa como Ricardo, desde luego, pero no estaba mal. Era alta. Y se la veía fortachona. Claro, con ese carácter. Villafranca es un pueblo muy majo. No veas las casas que tiene, de abolengo, muchas. Ahí algunos viven bien. ¡Algunos, bien y muchos, mal! –exclama, saltándole la risa–. Como en todas partes, vamos. Los propietarios a *tutiplén* y los pobres, a sudar el pan. Eso la traía loca, a *la Julia* –rectifica, advirtiendo mi impaciencia–. Eso de las diferencias sociales. Era mujer, mujerona, como muy mujer. Alta, te digo, y con esa voz. No era una voz pituda, era una voz más bien grave para mujer, no tanto como la de Ricardo, desde luego. Y hablaba, hablaba, que también daba gusto oírla hablar a ella. Si Ricardo era sosegado, tranquilo, como muy doctoral… *la Julia* era un torbellino, una exageración. Él los preparaba y ella les daba la puntilla. Pero guapa, guapa, aunque te lo digan, no te lo creas del todo. Pero bueno, es que, en esa época, guapas sólo eran las ricas, que tenían para vestir. O mejor, lo parecían. *La Julia* se vestía como de obrera y no se arreglaba tanto el pelo. Sencilla, por decirte algo.

–Y tú, Josefina, ¿dónde la conociste? ¿En los mítines? ¿En la Casa del Pueblo?

–Yo empecé a ir a la Casa del Pueblo con Pepita Ugarte y muchas más. Solía hacer comedias y me gustaba ayudar. Allí todos éramos una piña. Estaba en la calle de la Merced y tenía tres plantas. En la primera planta estaban los talleres para hacer la propaganda, los recibos y el periódico *¡¡Trabajadores!!*. Entonces es cuando me hice amiga de Ricardo Zabalza, *la Julia* y Tiburcio Osácar, que eran los oradores. Yo iba con ellos. Mis disgustos me costó, que por eso me criticaban las *margaritas* de mierda. Fíjate: sólo por ayudar a los trabajadores. Solíamos hacer comedias en el salón de actos de la Casa del Pueblo y el día uno de mayo adornábamos el balcón con claveles rojos para todos los gremios. Ponían en el salón unas mesas largas y las mujeres de los socios hacían las comidas, que sólo era el gasto de comprar las cosas, a escote, claro. Luego los

cafés y los puros los regalaba el partido. Al terminar todo, hacíamos el baile. Mi padre tocaba la guitarra. Ya ves.

Josefina queda un momento en suspenso, recordando, y yo respeto su minuto de interior evocación. Sin embargo, no es capaz de estar callada mucho tiempo.

–Una vez fuimos a Villafranca, en un homenaje a *la Julia* –se interrumpe–. Pero aquí en Pamplona yo cantaba en la Casa del Pueblo, con Julián Olaz, y a todo el mundo le gustaba. Luego la cosa se revolvió en el año 34, cuando lo de Asturias. Ya sabes, que los mineros estaban llenos de silicosis. Fue el Octubre Rojo y hubo una revolución. Los mineros –que les pagaban dos reales y trabajaban como esclavos– empezaron a pedir sus derechos y los trajeron presos a Pamplona, al Fuerte de San Cristóbal.

–¿Los trajeron con Zabalza? –le pregunto.

Ella me mira como si yo estuviera loca.

–¡Quiá! Pero ¿qué dices? Entonces *la Julia* y Zabalza estaban en Madrid, que ella trabajaba de maestra y él en la UGT. En la Casa del Pueblo aquí en Pamplona juntábamos dinero entre todos los trabajadores para los presos. A la semana había tres días de visita: lunes, miércoles y viernes, para los rojos, que los llamaban así. Pues solíamos preparar el tabaco en el salón de actos. Se hacía un paquete de tabaco picado y se subía los lunes. También preparaban unas cazuelas de ajoarriero para unos diez y, para otros, carne guisada y pan. Íbamos a verles y nos sacaban la ropa para que la lavasen mi madre y otras lavanderas. Tres veces subíamos al monte de San Cristóbal con la ropa, comida y tabaco.

–Julia también fue abogada y sé que defendió a…

La Pepa me interrumpe, arrebatada por la fuerza de sus propios recuerdos.

–¡Fíjate, hija! Por ayudar a los pobres, por eso fui a la cárcel –hace un gesto agrio, como si se le subiera el batracio a la boca y, en lugar de escupirlo, por educación, se lo traga, como siempre, pero sigue–: Jamás hubiera pensado yo eso. Con lo trasto que yo era. No entendía por qué era política ir a la UGT a doblar el periódico *¡¡Trabajadores!!* y a hacer comedias. Mi padre tocaba la guitarra, otros la bandurria y todo el mundo estaba hasta las tantas de la noche.

El mismo sitio de los mítines y las asambleas se usaba para las comedias. Se hacían muchas y lo que se recaudaba era para algún obrero enfermo o para los presos. Para los presos… ¡qué risa! Yo entonces tampoco sabía que me iban a encarcelar… Pero de todo se aprende, de todo.

–Ricardo Zabalza, Julia Álvarez y Tiburcio Osácar se presentaron el año de antes, en el 33, por Navarra –insisto para tirarle de la lengua.

–Dieron muchos mítines –y comienza a desgranar, señalando con los dedos la cuenta–: en Corella, en Fustiñana, en Tudela, en Valtierra, en Peralta, en Pitillas. «La tierra es para quien la trabaja», y cosas así decían. Y *la Julia*, que no era tan guapa, pero que entonces lo parecía, ahí subida donde fuera para dar su lección. Su lección, porque era maestra, ya te lo he dicho, y hablaba claro, para que la entendiera la gente. Alto y claro. Levantaba pasiones, aunque también la odiaban muchos. ¿Cómo, que una mujer les daba lecciones a los labradores? Que qué pintaba ahí delante de todos a decir cómo tienen que ser las cosas y a quién hay que votar. Pero ella, muy puesta y muy seria. La gente aplaudía a rabiar, que seguro que alguno pensaba mal de que ella iba con Tiburcio y con Ricardo Zabalza: ya se sabe las personas, ¡lo que es murmurar! Yo aprendí mucho en la Casa del Pueblo: había gente muy culta. Hasta me enseñaron a escribir a máquina, a mí, que había ido tan poco a la escuela. Yo les hacía los recibos a los socios y *la Julia* y Ricardo me decían que ellos me ayudarían para que llegara a estudiar, que era lista.

Josefina, *la Pepa*, se enternece muy a su pesar recordando esa época.

–Y es que la política no era como ahora, para el que come de ella. Yo, por ejemplo, era una persona con poca política y mucho corazón. Cuando me denunciaron por ser socialista y novia de un socialista me llevaron a comisaría. Primero no me querían coger, porque me faltaban dos meses para cumplir los 18, pero al final ingresé como reclusa, «acusada de hacer el bien»… y allí me vi cerca de siete meses. Yo era de las encarceladas más jóvenes

La Pepa, o sea, Josefina, se entrelaza las dos bandas de la chaqueta sobre el pecho y queda con los brazos cruzados, abrazados a sí misma como si tuviera frío. El cuello limpio de la camisa blanca le da un aire señorial, que se acentúa con el detalle del collar de perlas de bisutería, a juego con los pendientes

redondos. La blusa y el pelo son blancos, las cejas y la chaqueta oscuras, igual que las manchas de la edad que le salpican la base del cuello y la frente. El rictus de su boca anuncia el sabor amargo de los recuerdos.

–Y lo de la cárcel, ¿cómo fue? –me obligo a preguntarle, dejando a un lado mi interés primero por Julia Álvarez.

–¡En la cárcel aprendí lo que no quise aprender cuando niña! Allí conocí a doña Rosaura López y a María Camino Oscoz, maestras republicanas. La primera me enseñó a saber estar, a hablar con la gente, a coser y a hacer punto. Con la segunda compartí celda y aún recuerdo la noche que la sacaron para matarla. ¡Todas lloramos y rezamos por el ella! Sólo hacía el bien con los pobres: era maestra.

Josefina descruza las manos y se lleva una al cuello, como para ayudar a tragar los recuerdos, y después, de forma milagrosa, sonríe y rejuvenece para rescatar a *la Pepa*.

–En la cárcel, yo era de las más jóvenes. Todas me querían. Les alegraba la vida como podía: les cantaba, les bailaba, hacía de comedianta con las ropas de hombre que nos dejaban las monjas para disfrazarnos… ¡Una risa! Y aquí estoy.

La Pepa me mira con ojos bondadosos, como preguntándome qué más necesito saber, pero al poco le vence su carácter indomable.

–Hasta aquí he llegado, ya ves, de chica en la Navarrería de Pamplona, algunos meses en la cárcel por ayudar a los pobres, después de la guerra, en Olite de recadera, y otra vez a Pamplona, luego con el restaurante… Que yo he sido muy trasto, pero muy sana, no como otras, que hacían a escondidas lo que yo he hecho a las claras. Y hasta ahora.

Me mira de nuevo, esta vez absolutamente satisfecha de sí misma, y concluye en un resumen de su propia vida.

–¡Hasta ahora! Y, algún día, como Zabalza o *la Julia*, ¡a morir con las botas puestas!

II- EL INTERIOR DEL ANILLO

1. Amiga Matilde

Villafranca (Navarra), agosto de 1917

Señorita Matilde:

Tal como me encargó, le escribo para contarle las pequeñas aventuras de mi vida pueblerina. Todavía hace calor en Villafranca ya que, como usted sabe, los inviernos en esta zona son fríos y los veranos, muy calurosos. Hasta que no comiencen las clases en la escuela de Marcilla, ocupo mi tiempo en ayudar a mis tíos y en pasear por estas calles que, desde que la conocí, me parecen un poquito más hermosas y mucho menos estrechas.

Esta mañana me he asomado de nuevo a los campos desde las calles Crucero Ancho y Castillo, junto a la plaza de la parroquia de Santa Eufemia, como usted diría, la atalaya que sirve para ver el universo. La llanura agrícola se extiende en la lejanía hasta quedar limitada por los pequeños montes pelados que la cortan y, cuando miramos desde lo alto, parece la bandeja donde se cuecen los frutos de la tierra. Y digo *se cuecen* porque el calor ha secado ya las espigas, las hortalizas, los frutales; y ahora los hombres, que han sudado a mares inclinados sobre las mieses maduras, se han chamuscado también con el sol inclemente.

¡Uf! ¡Qué calor!

Los campos, como le decía, están secos y mi espíritu, ese duendecillo tan travieso que se encontró con su alma generosa hace unos días, está triste. Miro la llanura y la campiña ocre, adusta, y creo que el cerco que la encierra limita también todas mis ilusiones. Encaramada a la estacada que rodea la parroquia, me gustaría alargar el cuello y ver más allá de las tierras sedientas, más allá de los montes. Sin embargo, siempre existe el límite que cercena mi anhelo y mis ojos vuelven a caer de nuevo en el interior del anillo: una franja de tierra, tres árboles, la valla desconchada de una caseta de aperos, el camino… ¿Cuánto brilla el color verde claro de las montañas del norte del que usted ha disfrutado en San Sebastián? ¿Cómo resulta vivir ahora en la ciudad populosa de Madrid?

Espero con impaciencia sus noticias, porque aquí cada día se parece al anterior y al siguiente y mi alma aventurera, atada al círculo de la llanura agrícola rodeada por montes, se muere de deseos de volar.

Suya afectísima, Julia.

***

Villafranca, 1 de septiembre

Ya ve que esta vez sí he dejado a un lado el tratamiento de "señorita". Muchas gracias por la confianza, pero yo solo podía pensar en usted como "señorita". Al fin y al cabo, usted es toda una maestra (¿quién pudiera ganarse la vida así, sin depender de nadie?) y, además, una mujer elegante, venida de la ciudad.

No me riña, por favor. No quiero insistir en nuestro encuentro, cuando me halló usted con el mandil viejo, detrás del mostrador del pequeño y humilde comercio de mi tío Juan… ¡Qué vergüenza mostrarme así delante de una persona tan distinguida! Un cuarto de garbanzos para *la Juliana Catalán*, dos cajas de clavos para *el Francisco Lafraya*… ¡y una onza de chocolate para la señorita Matilde Huici, que ha venido de San Sebastián!

Sí, ya conocíamos todos a su hermana Julia, casada con don Juan López de Santa María, el abogado, pero su hermana, que también es "señorita", no es tan guapa como usted ni lleva esos modelos de última moda… ¡Perdone y no me malinterprete, que no era sólo el vestido lo que me impresionaba de usted!

Como le decía, estaba yo tan acostumbrada a ver a las mujeres del pueblo con sus sayas oscuras y su pelo recogido en un moño que, cuando usted entró, pensé que era una artista de cine: su vestido claro, sin mangas; el collar de perlas por todo adorno y el pequeño sombrero…

"¡La belleza, la belleza!" –exclama usted constantemente–. "Buscar lo más hermoso de la vida y conseguir que la vida sea bella". Y sí, ahora, con esta influencia suya, salgo al campo con una determinación diferente. ¡La belleza! Miro las tierras labradas, los árboles vencidos por el peso de los frutos, el horizonte inmenso y la línea del cielo. La belleza. Hasta hace poco tiempo yo sólo veía el empuje de las bestias arrastrando el arado, el sudor de los hombres,

la determinación de la vida naciente que se abre paso al quebrar la semilla. Ahora, gracias a usted, veo mejor la belleza.

Pero no es todo bello y usted lo sabe. Por más que se empeñe en no dejarme mirar, yo he visto muchas cosas feas en el pueblo. Hay casas viejas y calles sucias, hay niños pobres y hombres enfermos, hay mujeres que se duelen de mil modos. ¿Dónde guardan todos ellos la belleza?

Yo he tenido mucha suerte. Ya lo sé. Mis padres no pasan necesidades ni en casa falta nada, pero a la tienda de mis tíos viene gente con hambre que no puede pagar los alimentos y, a cambio, se los come con los ojos. ¿Dónde está para todos ellos la belleza?

Dentro de muy pocos días comienza la escuela de mi último año: ya sabe usted que en agosto he cumplido catorce. La maestra me tendrá ayudando a los niños más pequeños, como siempre, porque dice que ahora ya sé tanto como ella. No crea que allí voy a olvidarme de usted, señorita Matilde. El primer día de clase, cuando le limpie a alguno los mocos, también le diré: "La belleza, niño, la belleza. Ven para que te limpie la cara como haría la señorita Matilde, porque detrás de la mugre también se esconde la belleza".

Y esto es todo al final de un verano que me ha traído la suerte de conocerla.

***

Este otoño es lluvioso. Dicen los agricultores que la lluvia es buena porque así la tierra guarda la humedad para que más tarde las cosechas sean mejores. Quizás sea así. Sin embargo, para las niñas de mi escuela no es tan buena la lluvia. Como sólo usan zapatillas con suela de esparto, cuando llueve, muchas se quedan en casa: no tienen el calzado adecuado para salir a la calle. En eso nosotros hemos tenido mucha suerte y nunca faltamos a la escuela de Marcilla, aunque tengamos que recorrer cada día unos cuantos kilómetros desde nuestra casa de la presa, junto al río Aragón.

Mi hermana Leonor y yo, que somos las mayores, salimos en cabeza y nos siguen Miguel y Carmen, cada uno con su cartera repleta de libros, lapiceros y cuadernos. Quedan atrás las paredes blancas de la casa, la explanada que la rodea y la presa del río, y nosotros enfilamos el camino de tierra que cruza los

campos. El cierzo del otoño nos enfría la cara y las manos, a veces la lluvia nos moja y casi siempre llegamos con los zapatos embarrados con la tierra de los campos de cultivo, pero a mí no me importa. A mí me gusta la escuela. Me gusta llegar con la cara roja y respirando fuerte. Me gusta ocupar mi asiento de madera y repasar las lecciones. Me gusta realizar las lecturas de los libros, y me agradan tanto las clases de Lectura, Escritura, Matemáticas, Dibujo e Higiene doméstica como las de Doctrina cristiana y Labores.

Mis hermanas y yo asistimos a la clase de las niñas (somos más de cincuenta), mientras mi hermano va con el maestro a la de los niños. Además de las Matemáticas, la Lectura y Escritura, él está obligado a aprender otras cosas importantes: Agricultura, Industria, Comercio, Geometría e Historia natural. Yo reviso sus libros y los aprendo de memoria. Me gusta saber.

“¡Qué afán!”, dice mi padre cuando me mira. Y yo siento que la vida me está esperando más allá de los límites del campo y quisiera correr sobre ellos como si calzase las botas de las siete leguas hasta rebasar el horizonte. ¡Qué afán! ¡Quiero volar, señorita Matilde! Y noto en mi interior una energía tan grande como si pudiera comerme el universo con la fuerza de mi empeño.

***

Ya hemos encendido la estufa en la escuela. Al final del invierno pasado la maestra le limpió las cenizas y la dejó preparada para el año siguiente. Ahora, por las tardes, las niñas nos sentamos alrededor de la estufa de leña para coser. Dice la maestra que, si no nos enseñase labores, algunas madres no mandarían a sus hijas a las clases; así que empleamos una parte del tiempo en esos trabajos mecánicos en lugar de estudiar Geografía o Historia. En la escuela de mi pueblo las niñas aprendemos «las labores de su sexo» y no lo que aprenden los niños.

Pero usted, señorita Matilde, ¿qué aprende en Madrid? ¿Cómo es la vida allí? ¿Qué es eso que usted llama la “Residencia de señoritas”? No me creo que también enseñen las labores de las niñas…

Escríbame pronto para contarme todas esas cosas, unas cosas que yo no sé imaginar y tampoco me atrevo a soñar.

***

Villafranca, enero de 1918

Releo su última carta con cariño y, si me lo permite, con devoción. Así se cumpliría el sueño que cambie mi vida. Se lo he explicado a mis padres y, a pesar de la segura separación, también están de acuerdo. ¡Se mueren de gusto al pensar que su hija puede llegar a ser maestra! Francisco y Nemesia, Nemesia y Francisco. ¡Cuánto les quiero!

Querida Matilde, su amable ofrecimiento de escribir a su tía, Directora de la Escuela Normal de Maestras de Pamplona, ha parecido a mis padres una idea excelente y yo estoy dispuesta a estudiar con todas mis fuerzas para superar el examen de ingreso de junio.

¡Ser yo maestra! ¡Ser capaz de enseñar a los niños y pasar el día entre libros y cuadernos!

Desde la calle Crucero Ancho y la calle Castillo, junto a la plaza donde se halla la parroquia de Santa Eufemia, la atalaya que sirve para ver el universo, se extiende, como siempre, la llanura agrícola hasta quedar limitada por los pequeños montes pelados que la cortan. Miro la enorme extensión, la campiña ocre, adusta, y el arco que la encierra. Encaramada a la estacada que rodea la parroquia, como antes, alargo el cuello y miro más allá de las tierras oscuras: sin embargo, ahora mis ojos escapan del límite que cerca mis deseos y huyen del interior del anillo para volar hasta el cielo…

***

Las profesoras de la Escuela Normal de Maestras de Pamplona son María Ana Sanz y Huarte, Romana Irigaray e Ibáñez y Juana Lacace (en la sección de labores).

Las alumnas aspirantes a ingresar en la Escuela tenemos que cumplir una serie de condiciones: gozar de buena salud y aportar un completo equipaje: cuchillo, cubierto, servilletas y cuatro paños de mano, cuatro toallas, una cama de acero, dos colchones, una colcha, seis almohadones, dos fundas de lana, seis sábanas y dos mantas. Algunas viven como medio pensionistas y otras, que venimos de fuera, en régimen de internado. La ropa de vestir debe ser de color negro o azul turquí. Para ingresar, todas debemos acreditar buena conducta moral, refrendada por informes de la autoridad local: uno del alcalde y otro del

cura párroco, y además hay que superar un examen de nivel en lectura, escritura y labores.

Por su parte, la Escuela nos ofrece interesantes prestaciones. Según nuestras profesoras, el colegio de internas no es sólo un lugar de residencia, sino un centro donde se procura una formación corporal y espiritual completa; aplica a sus enseñanzas el moderno método Montessori y las nuevas corrientes pedagógicas.

La Escuela Normal de Maestras imparte los grados elemental y superior; proporciona alimentación y el repaso y limpieza de la ropa; vela por la salud corporal y física de las colegialas con las siguientes contribuciones: paseo diario, atención médica en enfermedades no graves y cuidado de las enfermas.

Pero la Escuela también se ocupa de la vigilancia de la salud moral, espiritual y religiosa y nos facilita la confesión y el rezo del rosario. Ha organizado como obras benéficas las cantinas escolares, que suministran gratuitamente alimentos sanos y nutritivos a los escolares más necesitados de las escuelas públicas; el ropero escolar, que proporciona ropa de primera urgencia; la Asociación de Antiguas Alumnas; la Escuela de Hogar para mujeres obreras. También se celebran congresos, ciclos de conferencias, conmemoraciones de Centenarios…

***

Pamplona, enero de 1919

Querida Matilde:

Después de tanto desearlo y siguiendo sus indicaciones, por fin estoy aquí. ¡Yo también seré maestra!

No se burle usted de mí porque estoy siguiendo sus pasos, ya que sé que jamás llegaré a ser un modelo de elegancia como la suya. ¡Me conformo con ser una chica de pueblo que sale adelante! Estudiar y aprender, ganarme la vida… ¿Qué más pudiera desear?

Como alumna obediente, cumplo con su mandato previo de escribir para contar lo que veo en Pamplona y le envío aquí la descripción de todo lo que he descubierto estos días. Seguro que la Escuela no es tan bonita como la de Madrid, pero para mí es un paraíso.

La Escuela de Maestras está en el mismo edificio que la de Maestros, aunque las clases se dan por separado. Algunos han solicitado que se habilite una puerta distinta para que accedan los hombres y las mujeres, pero, por ahora, esto no es posible. A mí no me importa.

El majestuoso edificio está situado frente a la Catedral de Pamplona y es un local imponente. Fue construido en 1865 como Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, pero anteriormente el solar estuvo ocupado por la casa del canónigo hospitalero de la Catedral. La Escuela de hoy es una mole de piedra con planta baja y dos pisos y su fachada está adornada de hermosas ventanas de distinto tamaño en cada uno de los pisos. La planta baja presenta una puerta central a cuyos lados se abren cuatro ventanas enrejadas y el primer piso tiene un precioso balcón, flanqueado por otras tantas ventanas enormes. El segundo piso muestra una hilera de nueve ventanitas cuadradas y un friso. En el interior del edificio se abre un hermoso patio con arcadas y dos galerías en cada piso, adornadas con macetas en verano. En la planta baja hay tres aulas y en el primer piso una galería cerrada donde se encuentran el despacho de la Dirección, la Biblioteca, la Capilla, el Salón de Actos, la Secretaría… El comedor de las maestras es una sala enorme con dos hileras de mesas y una cabecera más pequeña donde se sientan las profesoras, con doña María Ana Sanz y Huarte en la presidencia, directora desde hace más de diez años.

Doña María Ana Sanz es una mujer de facciones serenas, cabello ondulado y oscuro –un poco gris, ahora– y severo vestido negro. Desde lejos ya se advierte su determinación poderosa y la fuerza de su carácter; sin embargo, de cerca es fácil comprobar que sobre todo predomina en ella la humanidad. Doña María Ana tiene la cara ancha y carnosa, la sonrisa fácil, un poco triste. Si en lugar de tener un nombre de persona tuviera el de una virtud, a mí me gustaría llamarla "Doña Serenidad".

Ya sé que doña María Ana y usted no son familia consanguínea, pero esa serenidad es una cualidad común a las dos y, por lo que veo, la cualidad permanente de todas las mujeres importantes que son ejemplo de mi vida.

Fuertes abrazos de tu mejor amiga, siempre agradecida, Julia.

***

Pamplona, 1921

La Educación es una *ciencia* y no un *arte* y, por eso, merece un tratamiento especializado. Como ciencia, debe basarse en otras ciencias auxiliares: la Antropología, la Psicología y la Fisiología, que están naturalmente a su servicio. No debe olvidarse que el objeto del estudio de la Educación es el sujeto educable, es decir, el alumno, por lo que debemos centrarnos tanto en su propia naturaleza como en el medio en el cual se desenvuelve, que muchas veces determina las condiciones del aprendizaje.

La Psicología sirve para comprender el carácter del alumno y trata sus facultades intelectuales y anímicas. De entre todas estas facultades, la educación debe potenciar la voluntad, el hábito, el carácter y el temperamento, sin olvidar la interrelación entre el alma y el cuerpo y su influencia recíproca, ya que la finalidad de todo ello es conseguir un equilibrio.

El medio en que se desarrolla el alumno comprende el medio físico, el medio humano y el medio social, que tampoco se debe olvidar. Hay que tener en cuenta, además, que el niño es un ser en formación, con una especial naturaleza que hay que respetar. Debe recibir diferentes tipos de educación: educación física (que incluye el alimento y el vestido, pero también el ejercicio corporal: el juego y la gimnasia), educación intelectual (con especial mención a la atención, a la memoria, a la reflexión y a la imaginación y la invención), educación moral (en la que se destaca la influencia de la libertad, la formación de hábitos, el espíritu de iniciativa), educación estética (el sentimiento y el arte) y, por fin, educación religiosa.

***

Este es mi Expediente académico del Primer curso del Grado Elemental: Lengua Española, Sobresaliente; Lectura Expresiva, Notable; Caligrafía, Notable; Religión y Moral, Sobresaliente; Aritmética, Sobresaliente; Historia, Sobresaliente; Geografía, Sobresaliente; Pedagogía, Organización y Legislación Escolares, Sobresaliente; Nociones de Derecho en su aplicación a los usos comunes de la vida, Sobresaliente; Francés, Sobresaliente; Labores, Notable…

***

Sin embargo, todavía hace falta analizar un factor más, relacionado con la

Teoría de la educación, y que resulta muchas veces olvidado: es imprescindible analizar también las condiciones del propio educador y de todo el sistema educativo. El educador deberá tener determinadas cualidades físicas y espirituales y también los conocimientos y la formación que precisa para enseñar. Por su parte, el propio sistema educativo, cuyo centro es la escuela primaria, tiene que reunir unas mínimas condiciones materiales imprescindibles: desde el edificio, el mobiliario y el material escolar necesario hasta la organización escolar y la disciplina.

***

Curso Segundo del Grado Elemental: Pedagogía, Organización y Legislación Escolares, Sobresaliente; Nociones de Derecho en su aplicación a los usos comunes de la vida, Sobresaliente; Nociones de Literatura y Bellas Artes, Sobresaliente; Higiene General y Economía Doméstica, Sobresaliente; Francés, Sobresaliente; Dibujo, Aprobada; Labores, Aprobada; Dibujo y Pintura Industrial, Aprobada…

***

Por último, en la Educación ha de utilizarse el método activo, acompañado de la intuición, para despertar el entusiasmo de las alumnas por el trabajo penoso de su propia educación, haciéndoselo ver *desde alto*. Muchas veces el primer interés se debilita entre las mil inevitables dificultades de la lectura, la escritura o la aritmética. Por eso, no hay que caer en el error del desaliento, ni olvidar que la escuela no es sólo el lugar donde se enseña, sino el lugar donde se educa. La escuela ha de ser el hogar caldeado de las nobles aspiraciones, de los ideales levantados, de tal modo que lo útil llegue a ser bello. ¿Quién se atreverá a negar la utilidad soberana de lo soberanamente bello?

La Metodología en clase consistirá en mucha lectura (siempre razonada) y mucha discusión. El profesor, nunca dogmático, será el guía que hace nacer las ideas. Imponer una idea es una triste victoria. Sin embargo, hacer amar la idea es el triunfo verdadero del verdadero maestro. Finalmente, la educación sólo puede realizarse en libertad, en un proceso armónico relacionado con la belleza y con la altura espiritual…

***

Reválida del Grado Elemental: Sobresaliente…

***

Villafranca, 1921

Las muchachas caminaban perezosamente. Habían dejado atrás el Ayuntamiento, la Calle Mayor y la Cava, y se dirigieron hacia la carretera de Pamplona. Julia tenía ya 18 años y Matilde Huici, 31; pero desde lejos parecían las dos igualmente jóvenes. Matilde, delicadamente, sacó un fino pañuelo y se limpió la humedad de las lágrimas.

–Si quieres, volvemos –propuso Julia con su voz grave.

–No, no –dijo Matilde–. Prefiero esto… Aquí, en el campo, es más fácil comprender el misterio de la vida.

Sin embargo, aunque la muchacha pretendía conservarse serena, el dolor le ganaba cada poco la partida.

–Llora, si quieres –dijo Julia–. Ya sabes que conmigo no tienes por qué contenerte. Soy tu amiga y sólo quiero que te sientas bien. Llora, grita, desahógate, echa afuera todo ese dolor…

Matilde, al oír estas palabras, quiso reprimir un nuevo estallido de llanto.

–No quiero que guardes de mí el recuerdo de una loca que no sabe dominarse.

Julia se detuvo de golpe y se encaró con su amiga.

–Pero, ¿qué dices? –la reconvino–. No seas tan dura contigo misma: tienes derecho a levantar la voz o a llorar, ¡tienes derecho incluso a maldecir a la naturaleza!

Matilde, de nuevo, gimió. Su hermana Josefina Julia acababa de morir de parto a los 33 años.

–Mi madre también murió a los quince días de haber nacido mi hermana pequeña. Por eso fuimos las dos a vivir a San Sebastián, con mi tía Marcelina…

En el transcurso del verano, Matilde Huici tenía en la casa de Villafranca de su hermana Julia su lugar de residencia. Sin embargo, mientras duraba el calendario escolar, procuraba permanecer en Madrid, enlazada como fuera a la Residencia de Señoritas, desde donde desplegaba su incesante actividad: dar clases a las alumnas de la propia Residencia, asistir ella a la Escuela de Estudios

Superiores de Magisterio, a la Facultad de Filosofía y Letras, a la de Derecho… ¡Tenía tantas ganas de aprender!

–Tu hermana también era maestra, ¿no? –preguntó Julia, intentando apartar de la mente de su amiga el recuerdo de su orfandad.

–Sí. Ella, como tú, estudió en la Escuela Normal de Maestras de Pamplona. ¡Empezó cuando tú aún no habías nacido! Se casó muy joven con Juan y después fijaron aquí su residencia…

Julia sabía que a Matilde no le gustaba Villafranca, y que en verano se alojaba en casa de su hermana porque era el sitio donde menos esfuerzo le costaba considerarse acogida por caridad. Además, congeniaba bien con su cuñado, el abogado Juan López de Santamaría, del que envidiaba sus conocimientos de Derecho. La exquisita Matilde prefería el clima y el paisaje del norte de España, con sus arboledas frondosas y sus campos verdes. Frente al recuerdo húmedo del País Vasco, los horizontes pelados de Villafranca le resultaban ásperos y desagradables. Julia, sin embargo, había recogido el espíritu extremo de las tierras de la baja Navarra y con su notable fortaleza era tan capaz de soportar el cierzo helado del invierno como los rigores del sol veraniego.

–Maestra, maestra… –musitó Julia con satisfacción–. Ahora yo también soy maestra. Gracias a ti…

Matilde, por fin, encontró una vía de conversación que le resultaba placentera.

–No creas que en la enseñanza es todo “miel sobre hojuelas” –le avisó–. Y si no, que me lo digan a mí, que después de aprobar las oposiciones me estrené en la escuela del barrio de Ategorrieta, en San Sebastián.

–¡Si has llegado a ser directora! –añadió Julia con admiración–. Y como todo eso te parece poco, aún quieres seguir estudiando…

A Matilde Huici, por fin, se le encendió de ilusión la mirada y continuó una conversación con apasionamiento.

–Es cierto, todo es poco… ¡Hacen falta tantas cosas en España para que la educación funcione bien! Hacen falta maestros y hacen falta escuelas, pero sobre todo es necesario erradicar la escasez que en muchas ocasiones padecen los

pobres alumnos. ¡Cuántos niños desgraciados vagan por la calle sin poder asistir a la escuela y acaban siendo delincuentes! Por eso me interesa la Psicología y el Derecho. Alguien tiene que esforzarse por atenderlos. Hay que crear una infraestructura capaz de canalizar todas esas necesidades, para sacar lo mejor de cada uno y que no triunfe, a causa de la necesidad, la maldita miseria –Matilde se detuvo mirando la lejanía del paisaje, reflexionando–. Mis pobres sobrinos huérfanos… ¿Te imaginas qué sería de ellos, desvalidos y desamparados, si nadie se ocupase de educarlos?

Matilde adoraba a su sobrino José Luis, de 6 años, y al recién nacido, Julio Enrique, y se había ofrecido a su cuñado para educarlos, pero todavía no podía adivinar que en el futuro también se iba a ocupar de otros dos sobrinos huérfanos, Fernando y Juan, hijos de su hermano Ramón.

Las chicas habían quedado varadas en mitad del camino, admirando el horizonte.

–Mira –dijo Julia señalando hacia la lejanía: más allá de los campos ocres se adivinaba algún pueblo lejano.

–¡Qué llanura! ¡Qué paisaje monótono y triste! –suspiró Matilde, y añadió para justificar su desconsuelo–: Por más que lo intento, no puedo acostumbrarme: en este campo inmenso, con un horizonte sin fin, me parece que el cielo está demasiado cerca de la tierra y me ahoga y me aplasta como si lo sostuviese con mi cabeza…

–¿Prefieres las montañas de Guipúzcoa? –preguntó Julia.

–Las montañas de Guipúzcoa, siempre verdes, y sus árboles… ¡Aquí apenas hay unos cuantos frutales!

Julia miró a su vez al horizonte. Después de su visita a Pamplona, donde había descubierto que era posible volar más allá de la cadena de montes que encerraba la llanura de Villafranca, había aprendido a amar a su tierra y comprender a sus gentes.

–Es cierto: aquí no hay árboles –dijo lentamente–. ¡La tierra hay que aprovecharla para sembrar trigo y plantar viñas! ¡La tierra tiene que darnos de comer…!

Unos cuantos días más tarde Matilde Huici partió hacia Madrid, donde quería fijar finalmente su residencia. Julia quedó en Villafranca, empeñada en preparar unas oposiciones que le concedieran, donde fuera, la plaza de maestra que tanto ansiaba.

2. Regresar a casa

Villafranca, 1930-1931

–Y ahora, ¿qué? –se preguntó Julia ocupando su asiento mientras procuraba estirar discretamente las piernas.

A su lado, los otros viajeros se acomodaron como pudieron y se observaron entre sí, calibrando si los compañeros estarían inclinados al diálogo o si pensaban soportar la duración del trayecto en silencio. Julia no tenía muchas ganas de hablar: prefería emplear aquellas horas en reflexionar sobre sus propios proyectos y preocupaciones. El espacio para cada ocupante era escaso y ella, que necesitaba gastar esa energía que constantemente se gestaba en su propio interior, se dispuso a hacer acopio de paciencia para soportar las incomodidades originadas por la inmovilidad durante el viaje.

La estación de Zaragoza quedó atrás y el horizonte abrió sus brazos para mostrar a la vista de los viajeros el discurrir de los campos.

Julia tenía ya 27 años y juzgó que hasta ese día no había empleado tan mal su existencia. En primer lugar, se había hecho maestra. Maestra como su amiga Matilde Huici y otras cuantas mujeres más que, como ella, habían deseado escapar del tedio de una existencia vacía y dedicada a no ser nada a cambio de una vida activa y trabajosa. Ser maestra y enseñar al que no sabe: enseñar a leer, a entender, enseñar a poner en tela de juicio las supuestas verdades de la vida… Recordó su llegada a Pamplona, con la recomendación de la amiga, asustada por su futuro pero dispuesta a esforzarse hasta el máximo. A los quince años temía no ser capaz de concluir la fatigosa labor de convertirse en maestra, pero en seguida advirtió que eso iba a ser muy fácil. De hecho, superó todas las asignaturas sin esfuerzo, con el solo empuje de la ilusión por aprender las nuevas materias. A los veinte años ya había aprobado las oposiciones de maestra en Zaragoza.

–¿Por qué Zaragoza? –le preguntaron sus padres–. ¿No hay otro sitio más lejos? ¿No podías haberte presentado en Navarra?

Esa decisión escondía un secreto.

Una mujer sola en la plaza del Pilar, admirando la Seo y la Basílica de Nuestra Señora. Una mujer sola junto al Ebro, en el Puente de Piedra, paseando por la calle María Agustín o Fernando el Católico…

La Catedral del Salvador, la Seo, mezcla distintos estilos –románico, gótico, mudéjar, barroco– y está construida sobre una mezquita musulmana erigida a su vez sobre un primer templo romano. Para Julia, este museo de arte e historia, con su turbulento pasado, representaba algo así como la síntesis de la cultura hispana desde sus orígenes. La mezquita original, construida por Hanas ben Abadía as San'ani entre los años 714 y 716, se adaptó a las necesidades del culto cristiano bajo la protección y patronazgo del obispo de Zaragoza Pedro Tarroja en el siglo XII y en el siglo XIV pasó a ser catedral metropolitana. Su historia estaba teñida de buenas intenciones y también de sangre: en 1485 fue asesinado, allí mismo y mientras rezaba, el inquisidor de Aragón Pedro Arbués, lo cual propició un violento levantamiento popular contra los judíos, los presuntos autores. Siglos después, los pilares de la iglesia fueron testigos de constantes y repetidos enfrentamientos entre los canónigos del Pilar y de la Seo.

Musulmanes, inquisidores, obispos, judíos o canónigos habían hollado sus suelos, convencidos en cada caso de sus propias creencias y de sus verdades absolutas, que habían mantenido con violencia frente al error evidente de sus antecesores. Los distintos ocupantes de la iglesia habían estallado en lágrimas o en risas regocijadas, según los avatares de la historia y, a lo largo de los tiempos, habían mantenido a rajatabla la fe en sus distintas teorías. Sin embargo, ¡que liviano es el saber y la opinión de los hombres y qué fatuos o ingenuos somos todos al suponer que sólo existe nuestra única verdad! Frente a ello, Julia había aprendido que, entre todas las verdades, quizás la más fútil, la más vacía, era siempre la verdad oficial. Por eso, ¡había que aprender a cuestionar las consignas de las autoridades!

Mientras Julia recordaba, la locomotora había empujado los vagones hacia su destino y atrás quedaban ya las estaciones de Casetas, Alagón y Cabañas

de Ebro. Sus acompañantes habían cruzado algunas frases de cortesía y algunos comentarios sobre el espacio exterior.

La verdad, la verdad general. Desenmascarar las convenciones más manidas había sido uno de sus primeros objetivos como maestra. Había querido alentar a sus niñas a distinguir entre sus propios deseos e intereses y aquello otro que los demás esperaban de ellas, y suponía que ese despertar les iba a proporcionar una libertad de la que carecían. Las mujeres estaban abocadas, tanto por la ley como por la costumbre, al matrimonio y a la dependencia obligada de un hombre y la escuela era el lugar ideal para cambiar esta perspectiva. Sin embargo, las niñas debían aprender lo mismo que los niños para poder comprender, gracias a la educación, que su puesto en el mundo era idéntico al de los hombres y…

De pronto, un movimiento en el vagón que ocupaba la sorprendió. La mujer que se hallaba sentada en el asiento de enfrente le ofrecía amablemente compartir el trozo de pan y de queso que había sacado de su cesta para almorzar.

–Que si gustan… –insistía la mujer.

Julia la miró azorada. Había sido muy mal educada hasta ese momento, inmersa en sus elucubraciones. La mujer, vestida con un traje de chaqueta oscuro, llevaba el pelo recogido en un moño bajo y parecía una persona sencilla.

–Yo voy a Tudela –explicaba–. Es que vengo de Zaragoza, de visitar a mi tío, que está enfermo… Muy buena persona, no crean, que de niña bien me cuidó. Esas cosas no se olvidan y ahora, que lo necesita, pues ya ven… Y usted, señorita, ¿a Tudela también?

Julia se irguió levemente en el asiento y se decidió a contar algo de su vida.

–No, yo voy un poco más lejos… A Villafranca. Yo soy de allí, pero ahora me traslado para ocupar una plaza de maestra.

–¿Maestra? –preguntó absurdamente la mujer, alargando la última vocal con acento pueblerino–. ¡Vaya con la muchacha!... ¡Maestra! –y en esta ocasión deshizo el hiato obligado de las dos vocales para pronunciarlas a modo de diptongo.

Junto a la mujer parlanchina otros dos ocupantes, que hasta entonces no habían prestado a Julia gran atención, la miraron con curiosidad no exenta de una ligera ironía. Ella les devolvió la mirada con descaro.

–¡Qué moderna! –dijo la mujer y volvió a preguntar–: ¿Y comienzas ahora?.

–¡Qué va! –dijo Julia orgullosamente–. Ya he dado clases durante varios años en Zaragoza y en Vizcaya. También he estado muy cerca de Tudela, en la escuela de Murchante…

La mujer abrió los ojos, asombrada de que la chica hubiera corrido tanto mundo.

–¡Fíjate! ¡En Murchante! –añadió, por decir algo.

Los varones también quisieron tomar parte en la conversación.

–No, si a este paso, trabajando las mujeres, nos vamos a quedar nosotros sin nada que hacer –dijo uno de ellos, entre bromas y veras.

–Hombre, una mujer soltera como mejor puede ganarse la vida es de maestra. ¡Siempre hará mejor papel enseñando a las niñas! –concedió el otro.

–La madre, ya se sabe, la primera maestra –añadió la mujer parlanchina, como para colaborar.

Julia no deseaba comenzar una discusión con desconocidos, así que calló mientras ellos divagaban sobre los cambios que suponía el devenir de los tiempos modernos.

Las estaciones de Pedrola y Luceni quedaron atrás y la máquina del tren enfiló hacia Gallur y Cortes de Navarra.

¿Por qué había dirigido Julia sus pasos hacia Zaragoza? Ese era un secreto cuyos orígenes también nacían en Villafranca, precisamente en la casa de su amiga Matilde Huici. Allí Matilde pasaba los veranos con su hermana Josefina, casada con el abogado Juan López de Santa María, un feliz matrimonio que se había deshecho por la muerte prematura de la pobre madre.

En los buenos tiempos, cuando Matilde visitaba a su hermana, ¡cómo habían envidiado Julia y ella al abogado! Suponían que sus conocimientos le dotaban de los instrumentos necesarios para hacer cumplir la justicia en el mundo. ¡Hay tantas cosas que arreglar!, suspiraba Matilde mientras proponía

que las leyes deberían servir para mejorar la vida de los más débiles. Así que, durante los meses del invierno en su estancia en la Residencia de Señoritas de Madrid, Matilde Huici se había matriculado en Filosofía y Letras… ¡y en Derecho!

Poco después, el mismo año en que Julia se graduó en Magisterio, Josefina murió y Matilde se hizo cargo de los hijos de la hermana, aunque ya apenas volvió a Villafranca. Sus afanes la llevaron a estudiar durante dos años en Estados Unidos, a través de la Junta de Ampliación de Estudios, y a la vuelta acabó su licenciatura. Gracias a ella había llegado a ser Inspectora de Instituciones Penitenciarias y Miembro del Tribunal Tutelar de Menores, a la vez que ejercía libremente la profesión de abogacía.

Mientras tanto, Julia aprobó las oposiciones en Zaragoza y se matriculó, por libre, en la Facultad de Derecho. Nuevamente, ¡tenía tanto que aprender! Sus obligaciones docentes tan agotadoras no le dejaban mucho tiempo desocupado, pero aun así se aventuró con el curso preparatorio y después con el resto de las asignaturas de Derecho: Derecho Romano, con D. José Pou de Foxá; Derecho Canónico, con D. Juan Moneva; Historia del Derecho, con D. Salvador Minguijón; Derecho Civil, con D. Gil Gil y Gil; Derecho Natural, con D. Miguel Sancho Izquierdo… Leía los manuales sin descanso y todos los temas le parecían importantes. Había que conocer las leyes para hacerlas cumplir, en algunos casos, …o para derogarlas, cuando era injustas. Y entre todo ese entramado que ponía en relación la norma escrita con las necesidades imperiosas de la vida, había dos temas que le interesaban especialmente: el primero, la situación de los campesinos pobres; y el segundo, la permanente postergación en que se hallaban las mujeres.

El regreso a Villafranca traía a la memoria de Julia la primera de estas cuestiones, íntimamente relacionada con su asistencia a la escuela de Marcilla, donde acudía a clase porque quedaba más cerca de su casa de la presa junto al río Aragón. Su padre, en buena situación económica por su trabajo como presero, podía proporcionar a sus hijos ropa y calzado adecuados para caminar hasta la escuela, ¡pero sus pobres compañeras apenas tenían vestidos de invierno y muchos días llegaban a clase sin desayunar! Los padres de los niños y niñas,

deseosos de trabajar, en muchos casos no podían acceder a cultivar unas tierras que eran propiedad de los dos o tres caciques del pueblo y se morían de hambre.

Había unas cuantas palabras salpicadas en los recuerdos agridulces de la infancia: propietario, terrenos comunales, cereal, corralizas, cultivo de los frutales… Junto a esas remembranzas, los Códigos que había estudiado en Zaragoza hablaban de la transmisión de la propiedad, el uso y usufructo, la usucapión del Derecho romano, el deslinde, la inscripción registral… ¡Había que adecuar toda aquella barahúnda de leyes a las necesidades del campesinado y no lo contrario! Tal y como había visto, en el mejor de los casos, los labradores se desangraban para conseguir un jornal; pero frecuentemente se sentían impotentes por no poder acceder a unas tierras que permanecían incultas, aunque hubieran debido servir para darles de comer.

En cuanto a la segunda de sus preocupaciones, también había estudiado con diligencia el Código Civil vigente, promulgado en 1889, que despojaba a las mujeres de gran parte de sus derechos como individuos: la mujer casada no podía disponer de su propio dinero, no podía heredar sin consentimiento del marido, no tenía potestad sobre los hijos, no podía trabajar ni cobrar un sueldo sin autorización marital… En suma, el marido era el representante de la mujer y el administrador de sus bienes, como si ella fuera permanentemente menor de edad… Y eso sin contar con la humillación del Código Penal, que establecía diferencias para cada uno de los sexos en el caso de adulterio… No, no. Todo aquello había que saberlo para poderlo evitar… ¡Para luchar contra la injusticia, había que conocer la raíz de su existencia…!

Nuevamente, otro movimiento entre los ocupantes del vagón del tren volvió a traer a Julia a la realidad. Ya habían pasado Ribaforada y la mujer que se quedaba en Tudela intentó ponerse en pie para recoger sus bártulos y apearse.

–Y usted, señorita, que tenga suerte… –le dijo después de despedirse de los otros viajeros–. Que le vaya bien de maestra, que encuentre novio y que se case bien.

–¿Novio? –contestó ella, sorprendida– ¿Qué novio?

La mujer rió ante la evidencia de un futuro absolutamente previsible.

–¡Anda, pues su novio! ¡No va a querer trabajar toda la vida!

–La mujer, la pata quebrada y en casa –añadió uno de los pasajeros, bastante más inteligente que la buena señora y que había calado a Julia desde el primer momento.

Julia hizo un mohín de disgusto. Cuando salió de Villafranca para estudiar Magisterio en Pamplona, le pareció que escapaba de un círculo opresor que la ataba inexorablemente a la tierra y al matrimonio. Ahora, varios años más tarde, volvía a su pueblo, pero era ya una mujer distinta, que no se dejaba encerrar por límites geográficos ni ideológicos.

–De momento no creo que me case. Me contento con trabajar en la escuela de Villafranca –le contestó amablemente a la mujer, pero añadió mirando hacia el hombre–: Allí enseñaré muchas cosas importantes a mis alumnas… Muchas cosas importantes que sirven tanto para los niños como para los mayores. ¡Todos tenemos tanto que aprender!

Algunos viajeros se apearon en Tudela. Julia, con creciente impaciencia, esperaba las estaciones de Castejón y, finalmente, Villafranca.

***

Primero vio a sus hermanos, Leonor, Miguel y Carmen, y después a la madre, Nemesia, viuda desde hacía tres años y aún desconsolada.

–¡Lorenza Julia! –gritó el hermano, por tomarle el pelo.

–¡Ay, hija! ¡Ay, hija! –suspiraba la madre, como si hiciera mucho tiempo que no la veía, lo cual no era cierto.

El hermano de Nemesia, Juan Resano, también se había llegado a la estación del tren para recibir a su sobrina preferida, que llegaba con el puesto de maestra.

–Bienvenida a tu casa –dijo el tío.

–Ya era hora, Julia –dijo Nemesia, evitando la mirada censora de los otros hijos, que preferían evitar situaciones turbadoras, y continuó explicándose–: Es que, desde que murió tu padre, estamos con mucha necesidad… Tuvimos que dejar la casa de la presa, ya ves qué lástima, después de toda la vida, y alquilar una vivienda en el pueblo, alimentarnos todos y vestirnos…

Juan Resano tomó una de las maletas de la chica e inició el camino hacia el centro de Villafranca.

–¡Deja ahora eso, mujer! ¡Tiempo habrá!

La casa de la presa, rememoró Julia. ¡Qué recuerdos de infancia!

–Que han cambiado mucho las cosas, ¿eh? –continuó la madre–. ¡Que está todo muy malo!

A Julia, sin embargo, no le pareció que el pueblo hubiera cambiado demasiado en esos pocos años. Quizás era ella la que más se había transformado. De camino a la calle Hospital, donde la familia había alquilado unas habitaciones en el número 2, se alternaban algunas casas de ladrillo con otros caserones más grandes, de piedra, prueba de la bonanza de un pueblo que había sido grande y todavía continuaba disfrutando de riqueza. Julia miraba a los transeúntes y a los vecinos que entraban o salían de sus casas. Muchos la reconocían y la saludaban con alguna sonrisa; otros, al verla en compañía de su tío, con indiferencia.

–Sin embargo, ahora –continuaba la madre–, que eres toda una maestra… ¡Qué alegría! ¡Si te viera tu padre! Él ya lo decía… que ibas a ser alguien…

Julia, enternecida por la emoción de la madre, la besó.

–Si no es nada… Ha sido todo muy fácil. Sólo hay que…

De improviso, cuando ya estaban muy cerca de la casa, alertada por el movimiento de Juan Resano, que se paró en seco en mitad de la calle, Julia calló. Al frente, aparecieron dos figuras recias que caminaban pausadamente: un hombre vestido de *señorito* y su lacayo. El primero era alto y delgado y lucía traje oscuro con chaqueta cruzada y sombrero redondo; su edad no llegaba a los cincuenta años, pero en su cara alargada destacaban unas ojeras violáceas. Su acompañante sonreía al *señorito* y miraba con displicencia a los transeúntes. Nemesia empujó enérgicamente a su hermano para que siguiera adelante y, al tiempo de cruzarse, ninguno saludó.

–El Conde de Rodezno y su administrador –aclaró Juan Resano entre dientes–, que ahora es el alcalde.

–¿Miguel Malo, alcalde de Villafranca? –preguntó Julia, que lo conocía desde niña.

–Ya ves –contestó su tío–, el secretario de Tomás Domínguez de Arévalo, uno de los mayores terratenientes, vigila que nadie incumpla la legalidad, es decir… ¡que nadie moleste al usurpador de los comunales del pueblo!

–¿Qué más da un alcalde que el otro? –interrumpió la madre–. No hay que meterse en nada… ¿Para qué? ¿No tienes ya pocos problemas?

Al día siguiente, después de tomar posesión de su habitación en la nueva casa, Julia madrugó para acudir a la escuela. Desde la calle Hospital se dirigió a la calle Cava y desde allí al Paseo de las Escuelas. Al fondo, se hallaban los edificios bajos destinados a las distintas clases: las aulas comunes de los más pequeños, las de los niños mayores y las de las niñas.

Mientras llegaban los alumnos, la nueva maestra recibió el abrazo de bienvenida de los compañeros: Nicolás Jiménez, Basilia Casajús, Pelayo Sánchez, Mercedes Bejarano y algunos otros, entre los que se encontraba Sixto Alonso.

Nicolás, que había sido maestro de Julia, la recibió con emoción contenida. Era un hombre alto y corpulento, de ojos vivos y mandíbula ancha, cruzada de una leve sonrisa que traslucía una gran determinación.

–¡Qué alegría! –se conmovió–. ¡Hacía falta que llegase alguien como tú a ayudar en el pueblo! Tenemos muchos planes…

–¡Bienvenida! –interrumpió Sixto Alonso.

Julia se volvió ante quien acababa de hablar y reconoció al antiguo compañero, nacido como ella en Villafranca y de su misma edad. Sixto abrió los brazos para estrecharla y la besó en las mejillas. Hacía mucho tiempo que no se veían, pero el muchacho seguía teniendo la misma cara de asombro y de buena persona que tuvo en su infancia. Sin embargo, ahora hecho un hombre, se peinaba hacia atrás el pelo corto, como de cepillo, para dejar a la vista la frente despejada y las cejas anchas. Sus ojos en forma de almendra, de mirada mansa, y las mejillas carnosas impulsaron a Julia a suponer que había recuperado al antiguo camarada de juegos, paciente y cariñoso, pero el borbotón de palabras enérgicas que salió de su boca le manifestó que ya no era solo un compañero de juegos, sino un curtido luchador a favor de las reformas sociales.

–Bienvenida a la escuela de Villafranca –continuó Sixto–, donde hay pendiente una gran labor: ¡hacer ciudadanos de espíritu libre capaces de impulsar una España más justa!

Nicolás Jiménez, al advertir que ella asentía, sonrió y añadió en voz baja simulando una broma:

–Ya ves… aquí mismo estamos preparando la revolución…

Sin embargo, la revolución se estaba gestando en el aula de los párvulos, donde se hacinaban las 90 niñas y niños que aún no tenían profesora. Cada maestro se dirigió a su obligación y el director de la escuela acompañó a Julia hasta el interior del aula de los más pequeños. Sin embargo, aún tenía que darle una buena noticia.

–Por la tarde, te tendrás que ocupar de las niñas mayores… No te apures, que sólo son treinta, y a ti te corresponde la Lengua Francesa y Labores… Supongo que sabes cómo funciona la estufa de leña y que, en invierno, nada más corresponde una carga para cada clase en todo el día…

–Revolución, espíritu libre y una carga de leña… –dijo Julia–. ¡Excelente combinación!

***

Nicolás Jiménez y Sixto quedaron hablando a la salida de las clases mientras los alumnos se alejaban alegremente hacia sus casas. Julia se acercó a saludarles, pero ellos siguieron concentrados en sus argumentaciones.

–Este pueblo aún conserva el microbio de la caciquería cerril –aseguraba Nicolás–. Los campesinos no están habituados a la lucha social y las gentes se acobardan porque se ven solas frente al *señor*…

–El poder de la Iglesia y de los propietarios es mucho, pero algo está cambiando –opuso Sixto–. Las gentes, aunque incultas, están comenzando a unirse, en los campos, en las fábricas... ¡en su miseria!

–Quizás… –concedió Nicolás–. Sin embargo, falta una verdadera unidad…

Julia no pudo evitar intervenir para expresar una pregunta que llevaba tiempo gestándose en su interior.

–¿Y los intelectuales? ¿No tienen ellos ninguna participación en el impulso de la justicia social? ¿No tienen ellos alguna responsabilidad en alentar el conocimiento de todas estas cosas?

Nicolás la miró torvamente.

–¡Esos son los peores! Los labradores analfabetos y los obreros sojuzgados por el capitalismo son los primeros en levantarse… Los intelectuales, que han saboreado la verdad en los libros, aún no han aprendido lo que significa la fraternidad, la solidaridad... Muchas veces callan contra la injusticia y otras… ¡hasta se ponen en contra de los trabajadores!

–Algunas personas que por su saber y cultura podrían ilustrar a las humildes gentes trabajadoras han aprendido a ahogar sus sentimientos humanitarios –añadió Sixto.

Julia calló mientras acompañaba a sus amigos hacia el centro del pueblo. Los niños habían escapado de su vista y sólo se veía alguna mujeruca vestida con mantón y sayas oscuras y algún labrador. Muchos de ellos, igual que sus niños, no tendrían apenas nada que llevarse a la boca a la hora de la cena, mientras que los más afortunados probablemente ni siquiera se acordaban de los hambrientos mientras disfrutaban de su abundancia. La chica se sorprendió nuevamente de la disparidad entre las casas del pueblo, algunas de piedra, y otras, de adobes. Así era todo: los ricos propietarios no se ocupaban de labrar la mayoría de sus tierras y los renteros sudaban sangre para poder mantenerse a sí mismos sin dejar de pagar la renta del *señorito*.

–Todo lo que decís es cierto –dijo con resolución ante Sixto y Nicolás–. Nosotros, en esta situación, si no intervenimos seremos los peores: quienes tenemos la suerte de saber leer, de saber comprender, tenemos también la obligación de ayudar al que no sabe. Al igual que hacemos en la escuela, debemos enseñar a los labradores de Villafranca sus derechos…

–Así es –dijo Sixto, y comenzó a repetir una lección que tenía bien aprendida–. Hay que marcarles el camino a seguir, que es el de la fraternidad entre los trabajadores de todas las clases.

–La unión hacia el fin común –añadió Nicolás.

–El fin común… –intervino Julia con voz enronquecida, recogiendo el sentido exacto de la conversación de los compañeros– ¿No estaréis hablando… de la redención del proletariado?

–¡Vaya! –bromeó Sixto palmeándole la espalda como si se tratase de un compañero masculino–. Si ya hablamos el mismo idioma… Hasta me ha parecido que tu voz recogía un eco varonil…

–No creas… –repuso ella–. Eso piensan los hombres cuando las mujeres decimos cosas importantes. Al hablar así, mi voz debería sonar más femenina que nunca, porque a quien pretendo enseñar en primer lugar ha de ser a las mujeres…

–¡Buena chica! –dijo Nicolás recordando viejos tiempos– ¡Siempre me pareciste una alumna aventajada!

***

Miguel Malo los miró torvamente. Nicolás y Julia habían escapado de la escuela para una gestión delicada y, aunque le urgían a buscar cierta información para volver a sus obligaciones cuanto antes, él procuraba obligarlos a marchar con las manos vacías.

–Si no nos lo facilitas, tendremos que acudir al Juzgado en Pamplona. Como alcalde que eres de Villafranca, tienes la obligación de proporcionarnos la información catastral necesaria…

El alcalde nombrado por el Conde de Rodezno se hurgó con el palillo en los dientes y estuvo tentado de escupir en el suelo, pero finalmente decidió que aquello hubiera sido demasiado. Nicolás Jiménez lo miraba de manera amenazante y a él le resultó casi cómico que un hombre de su edad adoptara ese aire canallesco. Sin embargo, la mujer parecía bastante peligrosa. Así como Nicolás podía hacer estallar su ira en unas cuantas palabrotas, la listilla de turno estaba decidida a pasar a la acción y denunciarle… Esos ojos marrones bajo las cejas oscuras (¿levemente viriles?, pensó el alcalde) resultaban más inquietantes que la mirada furibunda del viejo.

Desde siempre, Villafranca había sido un pueblo agrícola y su población vivía, en su gran mayoría, de las labores del campo. Las tierras de secano llegaban hasta casi un setenta por ciento y sólo el resto eran tierras de regadío.

En las parcelas de secano se cultivaban el trigo, el viñedo y la cebada y en las de regadío, fertilizado con aguas del río Aragón, el maíz, la alfalfa, la patata, la remolacha azucarera en gran cantidad y unos cuantos frutales. Sin embargo, frente a aquella abundancia, subyacía el asunto espinoso de la propiedad de las tierras: existían algunos pequeños propietarios, pero la mayoría de los labradores se veían obligados a alquilar los terrenos pertenecientes a unas pocas familias. En esta situación, los campesinos pobres, desposeídos de cualquier esperanza sobre las fincas particulares, miraban con avaricia las *corralizas*: los campos que habían sido comunales y que el propio Ayuntamiento, en diversos momentos, enajenó a los ricos propietarios para que aumentaran su caudal a cambio de un precio irrisorio.

–Las corralizas son del pueblo y nunca debieron pasar a ser una propiedad particular –insistió Nicolás–. ¡Tú lo sabes!

–Yo no sé nada… Ni siquiera tengo ninguna certeza de que existan…

Julia decidió pasar a la acción y sacó unos cuantos documentos de su bolso. Algunos parecían copias de la *Gaceta* oficial.

–En este pueblo se han adquirido fincas por medio de la usurpación o empleando roturaciones abusivas –expuso firmemente, mientras Nicolás Jiménez se hacía a un lado–. Sin embargo, según el Apéndice del Código Civil del derecho navarro, los pueblos solamente vendieron el vuelo y no el suelo de las corralizas, por lo que el Ayuntamiento ha mantenido necesariamente la propiedad de la tierra, si en algún caso llegó a enajenar el dominio directo.

Miguel Malo desvió la mirada desde la mujer a los documentos que ella portaba y desde estos últimos al suelo. Ya conocía todas aquellas monsergas.

–Por eso, las corralizas deben revertir al Ayuntamiento –insistió la mujer– y, como mucho, si fuera necesario, se podría dar una indemnización a los corraliceros por su devolución, siempre que esta fuera igual al precio que ellos pagaron a los Ayuntamientos en el momento de la adquisición.

–De las corralizas sólo fueron vendidos los pastos, pero ahora los propietarios se han adueñado de ellas totalmente y para cualquier uso –añadió Nicolás procurando controlar su cólera– ¡Incluso se han llegado a roturar!

El alcalde volvió a removerse inquieto.

–Supongo que, a la vuelta de la esquina –silabeó irónicamente–, después de las corralizas, también vendréis a querer expropiar los señoríos, ¿o no?

Julia y Nicolás se miraron evitando la sonrisa cómplice. Miguel Malo, que parecía haberles leído el pensamiento, atrajo hacia así ciertos documentos que quedaron marcados con algunas arrugas entre sus manos. En ellos figuraban como vendidas las corralizas *Estanca*, de 3.000 robos; la llamada de *Morante*; las corralizas *Minas* y *Mendete* o *Estanca*; la corraliza de *Cañada* de 2.608 robos; la corraliza *Tercer Mendete*, propiedad en la actualidad de José Martínez de Arévalo, donde se aclaraba que sólo se habían enajenado los pastos.

El alcalde removió aquel documento entre otros de menor interés procurando ocultarlos.

–Por ahora nos conformamos con revisar las corralizas… –insistió Nicolás–. Queremos comprobar que su procedimiento se haya realizado de manera legal.

–Ten corazón –añadió ella–. Algunos labradores se están muriendo de hambre y necesitan un trozo de tierra que trabajar… ¡Sólo pretenden mantener a sus familias con el sudor de su frente! ¡Sólo quieren un trozo de tierra que poder cultivar!

Cuando salían del Ayuntamiento, advirtieron que una sombra apostada en la puerta, que parecía vigilar los movimientos de los de adentro, se interponía para impedirles pasar. Nicolás dudó entre embestirle o cederle el paso.

–¡Eh, *Gaiztoa*! –gritó el alcalde desde dentro– Que los señores ya se van… Deja paso.

El hombrón se hizo a un lado y los maestros salieron.

–¿Quién es ese? –preguntó Julia, sorprendida– ¿Qué hacía vigilando el Ayuntamiento?

Nicolás rechinó los dientes de rabia antes de responder.

–No te dignes mirarlo. Es un sinvergüenza, un matón, el lacayo del cacique… Nadie sabe con certeza cuál es su nombre verdadero ni a qué se dedica exactamente, pero todos conocemos que el Conde de Rodezno le paga favores.

***

Tras la muerte de su padre, Julia había vuelto a Villafranca con la intención exclusiva de socorrer a la madre viuda, pensando lastimosamente que sería triste encerrarse en un pueblo después de las experiencias de Pamplona y Zaragoza. Sin embargo, no fue así. El regreso a Villafranca, con todo, había resultado estimulante.

Allí no sólo se conservaban intactos los recuerdos de la infancia (la hermosa villa encerrada en su anillo, los campos extendidos madurando en las tardes de sol, la promesa del horizonte entrevisto desde la altura de la plaza de la parroquia), sino también una muestra entrañable de candente humanidad: los niños pobres que debían aprender a leer, los labradores que luchaban a brazo partido para arrancar de la tierra sus cosechas, las mujerucas oscuras que alargaban el pan escaso para mantener a familias numerosas y hambrientas, la sed de justicia de los desharrapados, el hambre de saber de los ignorantes que, por instinto, conocían que su pobreza estaba alentada por aquellos que los mantenían en la incultura. A los 27 años Julia constató que tenía una misión importante más allá de sus ensueños personales: debía ayudar a sus semejantes para colaborar con la justicia social.

Con este mismo afán, fundaron un Centro de Estudios gratuito, entre Nicolás Jiménez, Pilar Jorge y ella. La Escuela Primaria no era suficiente para aquellos que aspiraban a estudiar el Bachillerato y que no podían pagar sus estudios fuera de Villafranca, así que los tres maestros culminaban sus esfuerzos diarios ayudándoles a preparar los exámenes libres.

–Los trabajadores de la escuela somos los obreros de la más hermosa de las fábricas –peroraba Nicolás al acabar la jornada–. ¡La fábrica que emplea como materia prima a la futura Humanidad!

–Todo sea por el bien común –concluía Julia.

–Antes de que vinieras –le confesó un día Pilar–, temí que ocupase tu plaza un maestro aliado con las personalidades locales: el cura, el boticario, el médico o el americano, y que les diese la espalda a los necesitados. Afortunadamente, tú no eres así.

–Hay maestros que, al ser arrancados de la ciudad, se sienten descentrados en los pueblos y no se hallan entre gentes de diferente cultura a la

suya –justificó Nicolás–. Esos pretenden conservar su ascendiente sobre las pobres gentes y se alían con los potentados.

–Yo, sin embargo, prefiero reñir con los *señoritos* y estrechar la mano encallecida de los trabajadores –explicó Julia, aunque ellos ya lo sabían–. No puedo evitar haberme adentrado en el corazón de estos agricultores…

–No serán los caciques ni los *señoritos* los que rediman a los maestros de su misión, ni a los campesinos de su situación económica –concluyó Nicolás, que tendía a dejarse llevar por una emoción que lo lanzaba hacia tonos inflamados–. Las gestas navarras hoy no son cuestión de cadenas, ni de señoríos, ni de terrenos conquistados. ¡Hoy son gestas de unión y de colectivización de esfuerzos hasta formar un frente proletario común!

Julia estrechó la mano de sus amigos. Juntarse en un abrazo, luchar por la misma causa, la causa más justa. Ese era el triunfo que anhelaba de su vida de Villafranca. Esa era la misión que le había nacido en el corazón al volver a la tierra de sus raíces a los 27 años.

3. Estrenando ilusiones

El advenimiento de la República el 14 de abril de 1931 supuso para Julia el cumplimiento esperado de todas sus ilusiones: nada podía ser más natural que aquel despertar de las conciencias.

–Es que los agricultores se están sacudiendo del letargo en que les había sumido el capital –explicaba Juan Resano a los que acudían a su pequeño negocio.

–Hermano, ¡qué cosas tienes! –contestaba Nemesia.

–¡Es verdad! Hoy la masa se mueve y despierta –intervino Julia, que no podía desentenderse de un fenómeno que, indudablemente, traería mayor justicia para el pueblo.

–Hay que demostrar la potencialidad de nuestra clase –continuaba Resano enardeciéndose–. Hay que dar a las derechas cavernícolas una prueba de nuestro número.

–De momento, ya tenemos a Zenón Pelayo, el primer alcalde republicano –dijo Nemesia, conciliadora.

–Pero por poco tiempo… Lastimosamente, le acaban de conceder el traslado –comentó Julia, ya que Zenón era un compañero maestro.

–Otro lo sustituirá –dijo su tío–. Lo importante es que el pueblo cambie y que los obreros tomen conciencia de sus actos… Y para eso debemos juntarnos en un frente proletario común.

–Juntarnos… –elucubraba Julia–. Unirnos en un fraternal abrazo… Así, cada cual, cuando desespere en la lucha, tendrá la convicción plena de que todos luchan como él y con él por la misma causa justa.

–Lo importantes es no estar solos frente al *señorito* –resumió Resano.

–¡Toda una clase social al unísono respondiendo al llamamiento del deber! –concluyó Julia– ¡Juntarnos!

Entre unos cuantos, Sixto Alonso, Francisco Lafraya, Blas Soret, Crisanto Bretos, Victoriano Adrián y Pablo Lafraya, alquilaron un local en la calle Mayor para instalar una Casa del Pueblo, la casa del primer Centro Republicano Socialista de Villafranca. También ingresaron algunas pocas mujeres atrevidas, que pretendían ocupar en la sociedad el puesto que hasta entonces les había sido negado; pero, entre todas ellas, la más activa era siempre Julia, la secretaria general. Todo se resolvía en un salón grande, dos salas más pequeñas con balcón a la calle, algunas habitaciones interiores y la ilusión de los que empleaban su dinero en pagar una pequeña cuota que permitiera el abono de la mensualidad de los locales.

***

Al poco tiempo, la Casa del Pueblo de Villafranca recibió la visita de Ricardo Zabalza, que les traía indicaciones de parte de la Federación Socialista de Navarra con vistas a las elecciones generales a cortes constituyentes.

–En Villafranca, pero también en Corella, Castejón, Valtierra o Azagra, hace falta extender la propaganda socialista… –les comunicó–. Hay que hacer público nuestro ideario para que la República atienda las necesidades del proletariado.

–Aquí, en la Casa del Pueblo, estamos trabajando con todas nuestras fuerzas –se justificó Sixto Alonso, antiguo conocido de Zabalza en la Asamblea

de Trabajadores de la Enseñanza–. Es importante llegar al resto de los municipios, pero el centro neurálgico de toda la Ribera está en Tudela.

–Allí se encuentran Luis Soriano, de la Agrupación Republicana, y Aquiles Cuadra, del Partido Radical Socialista –aclaró Zabalza–. Podríais acompañarlos alguno de vosotros…

Los que estaban presentes se miraron entre sí con aprensión. Una cosa era hablar entre los amigos de Villafranca y otra bien distinta subirse al estrado en público.

–¡Que hablen los maestros! –exclamó uno de los labradores, y casi todos miraron a Sixto.

Julia, sin embargo, intervino.

–Si a Sixto no le importa, iré yo.

–¿Una mujer en la palestra? –preguntó el mismo labrador–. ¿Y de qué vas a hablar, muchacha?

Julia se había encendido. ¿Hablar? ¡Si lo estaba deseando! Estaba anhelando gritarle al mundo entero aquellas teorías sobre la justicia que se habían agolpado en su interior durante tanto tiempo. ¿Hablar? Aunque en los primeros momentos se muriera de vergüenza, tenía que exponer ante sus compatriotas todas sus ideas sobre la capacidad de las mujeres para estudiar y para trabajar, sobre la necesidad de que los campesinos tuvieran acceso a las tierras, sobre la insuficiencia de medios materiales en la enseñanza, sobre la opresión que padecían los iletrados… ¡sobre tantas cosas!

–Hablaré de lo que se considere necesario –dijo firmemente–. Puedo comenzar reclamando el voto de la mujer, la recuperación de los comunales, la extensión de enseñanza obligatoria, la supresión del analfabetismo en Navarra y en España…

Ricardo Zabalza ya no necesitaba más.

–Una mujer… ¡excelente! Te estrenas el 27 de junio, el día anterior a las elecciones, en el teatro Cervantes. Para entonces, nosotros ya habremos presentado nuestra candidatura republicano-socialista en Pamplona: el propio Aquiles Cuadra, Mariano Ansó, Emilio Azarola, Tiburcio Osácar y Mariano Sáez Morilla. ¡Mucha suerte, compañera!

Julia volvió a su casa emocionada. Ella iba a luchar contra la injusticia y a favor de la creación de un frente proletario común. Su esfuerzo podría dar origen a una nueva vida, más civilizada, más culta, más humana. ¡Había tanto que levantar!

El día 27 de junio, sábado, un coche la recogió en Villafranca para llevarla a Tudela. Allí se reunió con los jóvenes abogados Aquiles Cuadra y Luis Soriano, con los que se dirigió al teatro Cervantes. A pesar del calor del comienzo del verano, los dos se habían preparado para el evento con sus mejores galas: traje con chaqueta y chaleco, sombrero de bombín, zapatos lustrados y pañuelo en el bolsillo superior. Julia, sin embargo, no se había ocupado demasiado de su aspecto y llevaba el mismo vestido de verano con que acudía a las clases de su escuela: una prenda amplia, oscura y discreta acabada en un cuello blanco. Todos eran jóvenes: los abogados andaban por la treintena y la maestra pronto cumpliría los veintiocho. Los hombres escoltaron a la mujer, uno a cada lado, desde la plaza Nueva al paseo de Pamplona, donde se encontraba el teatro.

–Tendremos que superar al Conde de Rodezno –dijo Luis Soriano.

Julia los interrogó torvamente con la mirada.

–En abril también realizaron las derechas su campaña en el teatro Cervantes –le aclaró Aquiles–. Joaquín Montoro, Javier Arbizu, Rafael Aizpún y el Conde de Rodezno… No expusieron un programa muy claro, pero engañaron a unos cuantos cavernícolas.

–No importa lo que contaran –contestó Julia–. Somos nosotros los que decimos las verdades…

El teatro Cervantes se había llenado hasta los topes por una multitud emocionada, que recibió a los oradores con aplausos. Los primeros en hablar fueron los abogados Soriano y Cuadra, que se alternaron para desgranar una serie de temas debatidos en común en días anteriores: en primer lugar, la importancia de potenciar la naciente República y, después, los problemas administrativos del Municipio: la enseñanza, la asistencia benéfica, el espinoso asunto de los aprovechamientos comunales, la reforma fiscal…

Julia se sobresaltó cuando oyó a Aquiles Cuadra abordar uno de los temas que ella había previsto.

–Como el Estado y la Iglesia tienen un objeto, una finalidad y una esfera de acción tan distintas, estimamos necesario separarlos…

Algunas de las pocas mujeres asistentes también se intranquilizaron. Eso de mencionar a la Iglesia les recordaba las temibles alusiones al infierno que sus confesores les endosaban en el confesonario y en la misa del domingo y Julia había pensado denunciar la nefasta influencia que los curas ejercían sobre muchas mujeres del pueblo. Pero los oradores, después de proponer la libertad de cultos, ya habían pasado a nuevos temas

–En cuanto a los Fueros, hay que reintegrarlos en su totalidad, ya que defendemos un Estado Español de carácter federativo. A su amparo, Navarra formulará su Estatuto, ya simplemente Navarro, ya Vasco-Navarro, según el país libremente determine, que defenderemos tal como por la propia Navarra sea sancionado.

Julia advirtió que en Tudela esta cuestión merecía opiniones bien diversas y que parte del auditorio apartaba su atención del mensaje principal, pero Luis Soriano acudió presto al quite.

–Por último, nos referiremos a los problemas sociales…

Y mientras el compañero se explayaba en la necesidad de elaborar una legislación social que regulase las bases del trabajo y que remediase las injusticias, solucionando de paso el mal disfrute de comunales y corralizas, Julia se concentró en la observación detallada de los asistentes. En Tudela se veían menos labradores que en Villafranca, aunque también había algunos, y las gentes se presentaban mejor vestidas. Entre los hombres, parecía existir una doble clase social: algunos sujetaban entre las manos la boina de agricultores que habían llevado tan firmemente calada que les había dejado un leve cerco en la frente, mientras que otros balanceaban indolentemente sus sombreros de empleados, artesanos o pequeños propietarios. En relación con las escasas mujeres, unas cuantas vestían largos trajes y tupidos velos negros, pero otras más jóvenes lucían vestidos claros, no exentos de coquetería y mucho mejor cortados que el suyo.

Julia no llevaba papeles ni había previsto un guión exhaustivo para su parlamento, ya que eran los asistentes los que con su presencia le tenían que indicar el hueco anímico por donde calaría su mensaje.

Unidad y diversidad, acuerdo y armonía, afinidad, compromiso, multiplicidad, diferencia e igualdad, pluralidad… Por la mente de Julia pasó un torbellino de ideas encontradas mientras seguía escrutando el rostro de los asistentes en busca de su alma, en busca de un enlace común a todos ellos. ¡Unidad!

Al poco advirtió que Luis Soriano y Aquiles Cuadra se habían apartado un poco y la habían dejado a ella en el centro del escenario, esperando, probablemente, que ella solo hilase un par de frases antes de dar por concluida la conferencia. Julia dio un paso al frente como para acercarse a un auditorio que la miraba con curiosidad –con una curiosidad quizás un poco desdeñosa, ya que hasta entonces no habían oído en persona a ninguna mujer hablando de política–, tomó aire vigorosamente y lanzó ante los oyentes una corriente de voz poderosa que chocó contra las paredes y contra el techo, rebotó contra el auditorio, volvió sobre las cabezas de los oradores y, finalmente, se interrumpió por el aplauso entusiasta de toda la concurrencia.

–Después del 14 de abril, las cosas han cambiado profundamente – Julia se interrumpió para evaluar la reacción de su auditorio–. Y no es un cambio superficial. Nuestras masas obreras han estado hasta hoy ignorantes de los principios básicos de su vida social y han dormido un cruel letargo bajo el cerco tendido por el capital. Pero hoy la masa se mueve –elevó Julia la voz, ilusionándose e ilusionando a los presentes–, despierta, se despereza, ¡vive su vida!

Tras una leve pausa para tomar aliento, siguió.

–Así, las filas de la Unión General de Trabajadores y las huestes del Partido Socialista aumentan de día en día, a medida que los obreros van teniendo conciencia de sus actos y de su responsabilidad social. Navarra no ha quedado a la zaga en este movimiento y nuestros pueblos organizados son hoy un rico presente que ofrecemos a la Humanidad. Pero –añadió

despreciativamente– los pueblos tienen aún en su seno el microbio de la caciquería cerril….

La oradora hizo una nueva pausa y paseó una mirada inquisitiva entre los ocupantes de las primeras filas. Bajó la voz, como intentando resumir en pocas palabras o en someras alusiones la desesperanza o las desilusiones que muchos habían padecido en sus relaciones con la Administración.

–Los pueblos tienen en sus Ayuntamientos, en sus Juzgados, en sus Centros administrativos, a las gentes del antiguo régimen que dificultan y entorpecen la labor de las organizaciones. Y los ánimos decaen muchas veces porque los campesinos no están avezados para la lucha social, y las gentes se acobardan porque se ven solas en el villorrio frente al *señor* y falta un poco de vigor y un poco de unidad al conjunto del esfuerzo realizado.

Una nueva energía cobró vibrante vigor en su voz.

–Pero nuestro reto actual consiste en señalar que Navarra es republicana. Hoy podemos demostrar, en un alarde de unidad y de conjunto, la potencialidad de nuestra clase. ¡Hoy podemos dar a las derechas cavernícolas una prueba del número y de la clase de los que hemos llegado a conocer la verdad de nuestra vida! ¿Cómo? –preguntó con modulación de maestra inquisitiva que espera la evidente respuesta del alumno aventajado–. ¿Cómo? –volvió a preguntar sonriendo y, enseguida, en un razonamiento triunfal, enunció la respuesta–: ¡Reuniendo en un día a nuestras masas obreras! ¡Juntando nuestras bandera rojas a modo de glorioso pendón navarro! ¡Evocando las gestas navarras, que hoy no son cuestión de cadenas, ni de señoríos, ni de terrenos conquistados; que hoy son gestas de unión, de libertad, de humanización de los sentimientos, colectivización de esfuerzos dispersos para formar el frente proletario común, que produzca, que civilice, que dé origen a una nueva vida!

Su voz, ya enronquecida por el esfuerzo, sobrevoló las cabezas de los asistentes.

–¡Unámonos en fraternal abrazo y que cada cual lleve a su casa, como sedante para la lucha que tiene que sostener contra la reacción, la convicción plena de que todos luchan como él y con él por la misma causa justa! ¡Todos unidos somos una clase social que ha respondido al llamamiento de su deber! –y

aquí la voz de Julia adquirió un timbre denso como de campana antigua, una sonoridad increíble de cuerdas vibrando en la oquedad de su garganta emocionada–. ¡En esta situación de avance es imposible retroceder! Seguiremos adelante acompasando el ritmo de nuestra República de hoy para convertirla a su debido tiempo en la verdadera República… ¡la verdadera, la nuestra, la República Socialista!

Los asistentes, tanto los socialistas como los simples republicanos, advirtieron que casi sin proponérselo estaban aplaudiendo desaforadamente ante la llamada de la chica. Luis Soriano y Aquiles Cuadra, tan sorprendidos por la bravura y el vigor de la proclama de la joven maestra como por la reacción arrolladora del público, se habían adelantado a abrazarla.

***

Antes de entrar en la iglesia, Julia había estado asomada durante largo rato a la barbacana de las calles Crucero Ancho, Río Grande y Castillo, junto a la parroquia, y en cuanto sonaron las doce campanadas que invitaban a la celebración de la misa, la joven entró a aquel espacio húmedo y fresco, como hiciera durante tantos días en su infancia y también tras su vuelta a Villafranca. Afuera ya hacía calor y el cambio brusco de temperatura le llevó a recordar los viejos tiempos y su infantil y acendrada devoción de otra época, cuando se emocionaba suponiendo que seguir las normas espirituales que proclamaban pomposamente los sacerdotes en sus homilías o en la confesión le confería ese estado de perfección espiritual a que le obligaba su carácter disciplinado y ascético. Sin embargo, desde que volvió como maestra, las indicaciones de los servidores de la iglesia le venían resultando pueriles o bien las juzgaba desorientadas.

Aquel día de julio la maestra tenía otras cosas en la cabeza que le impidieron concentrarse en las oraciones que constituían la celebración de la misa. Matilde Huici le había escrito desde Madrid. En cartas anteriores le había descrito pormenorizadamente su actuación como vicepresidenta del Lyceum Club, el refugio de las mujeres en Madrid, donde se reunían para leer, para escuchar conferencias, para instruirse, para tomar un café o una taza de té mientras disertaban sobre un libro. Hacía poco tiempo también le había

explicado su participación en la Junta Directiva de la Institución Protectora de Huérfanos de la Abogacía, dentro del Colegio de Abogados; le había descrito el homenaje realizado a Victoria Kent, su amistad con Isabel Oyarzábal, con María Lejárraga y con Clara Campoamor. ¡Esa sí que era una vida interesante! En aquella última misiva, la amiga Matilde le relataba su colaboración con la recién nacida República y su intención de participar en la presentación en las Cortes de un estatuto jurídico que concediera a la mujer casada las libertades de que carecía en esos momentos… Según le indicaba, también estaban estudiando la confección de una ley que incluyera el derecho al divorcio, al igual que en otros pueblos de Europa. «La mujer», decía su amiga en una reciente entrevista concedida al periódico *El Liberal*, «desea el divorcio tanto o más que el hombre… La Iglesia misma ya la practica bajo la forma de la anulación… Para mí es mucho más moral el divorcio que mantener el vínculo, entregándose el padre y la madre, cada uno por su lado, al concubinato. Así es como verdaderamente se les ofrece a los hijos un ejemplo abominable…».

Julia, paralelamente, también estaba colaborando, en la medida de sus posibilidades, en la difusión de las ideas republicanas y socialistas en la Ribera de Navarra y, especialmente en el caso del matrimonio, sus ideas coincidían totalmente con las de Matilde. No era justo que sólo existiera el matrimonio canónico, ni que la religión tuviera que oponerse a ciertos cambios que favorecían a la mujer o a las relaciones conyugales. Estaba bien claro que no se debía mezclar la religión con la política, ya que cada una tenía su propio ámbito. Muy al contrario, los seres humanos, desde el fondo de su corazón, eran quienes debían adoptar las decisiones personales que afectasen a su propia forma de vida. ¿Por qué no un matrimonio civil, redactado con la misma sencillez de un contrato al que se someten libremente las partes y que, como tal contrato, se pudiera deshacer si no funcionaba bien? ¿Por qué tener que pagar durante toda la vida la elección de un cónyuge equivocado?

La maestra suspiró y dirigió su mirada hacia el techo. La Iglesia de Santa Eufemia, con su planta de cruz latina y sus capillas laterales, se construyó en estilo gótico renacentista, pero el siglo XVIII la adornó posteriormente con los ornamentos barrocos; así que Julia, desde los bancos de abajo, podía observar la

bóveda de medio cañón con sus lunetos y la cúpula gallonada, las yeserías de follaje, las flores y veneras de los capiteles de las pilastras, los enmarques de ventanas. Toda aquella ornamentación, que durante la infancia la distraía y cautivaba por su profusión, ahora le parecía agobiante y la ahogaba.

De improviso, algunas palabras del oficiante llamaron su atención: el coadjutor, desde el púlpito, había mentado la palabra *República*. Comenzó quejándose de las blasfemias y las canciones groseras cantadas en la calle y las achacó al ambiente *impío* y *desagradable* surgido por culpa del nuevo régimen, el cual, según sus teorías, había nacido desde tendencias materialistas, inmorales y anticristianas. A continuación, abordó el tema del matrimonio y de la posibilidad de divorcio, que según dijo sólo podía proceder de ideas abiertamente adversas al concepto cristiano de la familia. En este sentido, continuó, la República proponía fórmulas de igualitarismo jurídico para el marido y la esposa tan contrarias a la naturaleza como al interés mismo de la mujer… ideas que sólo cabía calificar de *anarquismo doméstico* y contra las cuales estaban de acuerdo tanto la moral cristiana como el derecho natural.

Julia escuchó la diatriba sin poder creer lo que oía. ¿Cómo era posible que el coadjutor se atreviera a criticar a la República cuando sería precisamente este nuevo régimen el que iba a procurar en la tierra la doctrina cristiana del socorro social? Y aunque así no fuera, ¿por qué mezclar la religión con la política? La Iglesia tenía un reino propio y a ella le parecía inmoral que un cura de pueblo utilizase su ascendente ideológico sobre los lugareños para arremeter contra un gobierno legítimo, elegido democráticamente por los españoles. Una oleada de indignación la sofocó y el frescor primitivo de la iglesia se convirtió para ella en un horno. Tenía que salir de allí antes de que la garganta le jugase la mala pasada de contradecir con sus propias razones los disparates del oficiante.

Una vez en la calle, observó a algunos hombres que se hallaban fuera de la iglesia, tomando el sol en la plaza. En grupos se apostaban algunos labradores que no habían querido participar de la liturgia, y un poco más allá, observando desdeñosamente a los que no habían querido entrar en la parroquia, *Gaiztoa* y algunos amigos del Conde de Rodezno. Julia saludó a unos y despreció a los otros; en su cabeza se estaba gestando una idea sugerente: actuaría conforme a

derecho y denunciaría el abuso del párroco ante el Gobierno Civil. Era injusto emplear el púlpito de la iglesia para la propaganda de la ideología cavernícola. No había que obligar a nadie a tener que abjurar de sus creencias religiosas para participar en la política: había que diferenciar el campo social y el campo religioso y, por tanto, todas las personas tenían el deber de laborar en aquél sin ofender a éste.

Desde aquel día, como muchos de los labradores, no volvió a entrar en la parroquia.

***

Los días pasan raudos cuando hay muchas obligaciones que cumplir y muchas solicitudes a las que acceder. En poco tiempo la vida de Julia se había convertido en un torbellino que la arrastraba sin dejar ocasión al descanso. En julio de 1931 Fraternidad Obrera la requirió para dar un mitin en Corella con Firmo Rubio y Celso Alfaro, justo en el kiosco de la plaza, para celebrar que, a la vez, se inauguraba la Agrupación Socialista y su comité femenino; en agosto arribó a Castejón, por el llamamiento de la Fraternidad Obrera de allá; en octubre a Estella y después a Mallén, llamada por su Agrupación Socialista; en diciembre a Larraga, Azagra y Calahorra. En todos sitios triunfaba y era aclamada por los asistentes, que irremediablemente se conmovían por su presencia, y es que siempre era su corazón el que hablaba acerca de aquellas cosas que la gente sencilla tanto necesita oír: la necesidad del ferrocarril, el voto para las mujeres, la justicia social…

¿Adónde me ha llevado la vida?, se preguntaba algunas veces mientras un desvencijado automóvil la zarandeaba en las carreteras navarras para llevar los ecos de una República, que ella quería socialista, a los labradores de los pueblos. ¿Cómo me he llegado a convertir en la Julia mitinera, disertante, oradora, predicadora de un futuro más justo, elocuente demagoga y panegirista del socialismo en Navarra? Aquellos pensamientos la hacían sonreír y si durante los incómodos viajes se preguntaba qué afán extraño la había llevado a ese esfuerzo, durante los mítines, cuando se zambullía en las multitudes expectantes, cuando leía en los ojos asombrados de los que la oían el acicate de la ilusión, la esperanza renovada de una vida mejor, se olvidaba del cansancio de las

carreteras, del esfuerzo previo de atender a sus niñas en clase, del dolor en los huesos o el polvo del camino pegado a sus faldas oscuras, del sudor de su frente y las punzadas que el grito de las palabras *justicia* e *igualdad* le habían arrancado a su paso por la garganta.

El momento más cómico o quizás más patético se produjo aquel día, cuando separó a dos niños que se estaban peleando en el patio de la escuela de Villafranca. El padre de uno la tachaba de impía, de maestrilla petulante y soberbia, acusándola de pretender dirigir con su arrogancia los destinos de toda la Ribera de Navarra; mientras que el otro la defendía.

Julia, la mala. ¡Aquello sí que era una reseñable novedad!

4. ¡¡*Trabajadores*!!

El sábado y el domingo no son días para descansar, pensaba Julia, sino para laborar a favor de la redención del proletariado y de la República socialista. A su lado, Ricardo Zabalza o Tiburcio Osácar, los habituales, sufrían pacientemente como ella el traqueteo de un automóvil que los llevaba por las carreteras de Navarra, Aragón o Guipúzcoa.

En febrero, a pesar de las nieves, llegaron hasta Andoáin. Desde Villafranca a Pamplona la carretera no era mala a lo largo de sus sesenta y tantos kilómetros; pero, de Pamplona hasta la villa guipuzcoana, los 70 kilómetros restantes discurrían entre arboledas espléndidas de pinares, robles, castaños y hayas, y las curvas peligrosas del Valle de Leitzarán.

El aire frío y húmedo la hizo tiritar mientras se dirigían al local de la Kale Nagusia donde darían el mitin. La calle formada por guijarros estaba franqueada por altas casas de piedra con tejados inclinados y ventanas protegidas por firmes hojas de madera. Julia, mientras tanto, se preguntaba sobre aquello que precisarían oír los lugareños de aquella hermosa villa: ¿cuál sería la información adecuada que les ayudase a vivir? Por otra parte, calibraba, ¡qué espíritu bronco sería necesario para afrontar cada nuevo amanecer en el invierno de aquel valle nevado! Aquella reflexión le hizo imaginar a la pobre mujer que se apuraba cada mañana para encender un fuego que calentase mínimamente su casa y al hombre que saldría presuroso a la lucha por la vida. El calor de la casa y el frío de los verdes prados… Seguramente la mayoría de los asistentes ni siquiera

tenían una casa en propiedad: casi todos los campesinos y los jornaleros vivían de alquiler.

Cuando comenzó Julia su discurso, las pocas mujeres asistentes oyeron con indiferencia su defensa del voto de la mujer. Era probable que tuvieran otros problemas más acuciantes. Por eso la maestra paseó su mirada por los rostros cetrinos y huraños de los varones, que se habían descubierto y mantenían las boinas arrugadas entre las manos, y decidió no perder más tiempo y pasar inmediatamente a la ofensiva.

–Ahora vamos a hablar de los alquileres de las casas. Los artículos 6º, 7º y 8º del reciente Decreto de 29 de diciembre de 1931 detallan cuándo y cuánto se pueden revisar y subir los alquileres. Pero estos artículos, como tantos otros apartados y tantos otros decretos de la República, no llegan a los pueblos porque… –Julia miró a los ojos de los presentes de las primeras filas– porque la *Gaceta* va sólo al Ayuntamiento –declaró en un arranque de osadía–, donde un secretario, por lo general de Cavernicolandia, oculta lo que puede favorecer a la mayoría y tergiversa a su gusto lo dispuesto –sonrisas de algunos–. Ahora, para que la República llegue a todos los pueblos, yo misma voy a explicar los artículos 6, 7 y 8 de este Decreto sobre alquileres, el cual establece una norma para poder obtener una rebaja en los alquileres de nuestras casas, que son casi siempre excesivos.

Una vez obtenida la atención de todos los asistentes, Julia respiró hondo y continuó de forma más distendida.

–Cambiaron los tiempos, cambió la parte económica de la vida… ¡pero las casas siguieron aumentado sus alquileres! Este aumento, claro está, se incrementó por la escasez de viviendas creada por los mismos propietarios, ávidos de lucrarse excesivamente con las construcciones ya existentes. Y al venir la República, con espíritu de equidad y de justicia, ahora se concede a caseros e inquilinos el medio de regular aquéllos sus ingresos, cuando estén perjudicados, y éstos sus intereses… ¡que casi siempre lo están, en manos de propietarios sin más conciencia que la caja de caudales!

Quiso nacer algún tímido aplauso, pero la mayoría de los asistentes lo sofocaron para que pudiera continuar el discurso de la oradora.

–Ya en Pamplona, tras el acto organizado por la Federación Provincial de Sociedades Obreras, las gentes se han dado cuenta de que es cierto que la República ha hecho algo bueno y quieren aprovecharlo y muchos inquilinos acuden a afiliarse a la Agrupación de Inquilinos que se está formando. Pero de este movimiento quedan aislados los pueblos, y por eso yo he venido hoy a informaros para cortar los abusos de los caseros. ¡Escuchadme! El artículo 7º es el más importante para nosotros. Dice: «Todo inquilino, comerciante o industrial que se considere perjudicado por el aumento de los precios de arriendo… podrá solicitar la disminución de la renta».

Julia dictaba su lección lentamente, como si explicase a los niños de su escuela, y así les explicó la sencilla ecuación que impedía elevar legalmente más de un diez por ciento el precio de las casas que pagasen menos de 1.500 pesetas; un quince por ciento el de las de 1.5001 a 3.000 pesetas o un veinte por ciento el de las de 3.001 en adelante.

–Está todo, pues, determinado. En algunos pueblos no se ha iniciado la revisión de las rentas de las casas por temores a procedimientos largos y costosos, temores a desahucios fulminantes… ¡temores a enfrentarse con el abogado del *señor* o bien a encontrarse en los juzgados con montañas de papel y cúmulos de leyes que ahoguen la voz de la justicia! –y aquí, levemente, elevó su voz nítida y serena–. Pues bien, los temores deben desaparecer: ¡mientras el trabajador tema demasiado, el *amo* mandará más de lo que debe! La República nos da los medios de ir desarmando a los caciques. ¡No despreciemos estos medios! Acojamos los decretos que nos favorecen con todo cariño para demostrar que ha sonado la hora de las reivindicaciones. Hace cientos de años que nuestros antepasados vienen entregando su sudor íntegro a los propietarios de la casa y de la tierra para que así aumenten su hacienda. ¡¡Exijamos hoy por las vías de la legalidad lo que nos pertenece!!

Los asistentes no necesitaron ningún otro estímulo para arrancar en un fervoroso aplauso. Aquello no eran arengas vacías como las de muchos otros, sino una información de gran utilidad.

Julia había enhebrado su disertación de memoria, sin ningún apunte, y su acompañante Tiburcio Osácar, obrero tipógrafo y director de la revista de la UGT, había quedado hipnotizado.

–Julia –le dijo, mientras intentaba arrancarla de los brazos de los asistentes–. ¿Por qué no lo escribes? Podemos publicar todo esto en *¡¡Trabajadores!!*, la revista de la UGT.

–Todo se andará –contestó ella, y aún le dio tiempo de contestar en voz alta las preguntas apremiantes de algunos–: Para solicitar el juicio de revisión basta con pedir en la Secretaría del Ayuntamiento un certificado de lo que la casa en cuestión rentaba en 1914, ver si la renta que se paga hoy excede del diez por ciento, sacar la diferencia del exceso y presentar una sencilla demanda, para la cual quizá el mismo Juzgado facilite impresos…

–Julia… –insistió Osácar–. ¡Has triunfado! ¡Explicar el juicio de revisión a los aldeanos! Has hecho claro lo que muchos no entienden… Tenemos que publicarlo con la misma sencillez en nuestro periódico…

***

El calor de la acogida de los humildes servía para curar el cansancio del viaje y para que los miembros agarrotados por las horas en la carretera se desentumeciesen. Julia, durante sus mítines, veía que los ceños fruncidos de los campesinos se distendían, que las caras irritadas se dulcificaban, que las sonrisas amargas cedían y que la dureza de las miradas se teñía, si no de risa, al menos de una chispa de ironía. Y la esperanza brillaba en los corazones y servía de acicate para continuar en la lucha por la justicia social.

En el mes de marzo, después de la aventura del viaje hasta Andoáin, decidieron visitar algunos pueblos de la Ribera cercanos a Villafranca: Tudela, Murchante, Cascante… Todos eran enclaves agrícolas y desde todos ellos distintas agrupaciones requerían su presencia de manera insistente.

La maestra jugueteó con un rimero de cartas recibidas en la recién fundada Agrupación Socialista, escindida del Centro Republicano Socialista de Villafranca, y de la que ella misma era la secretaria general.

«Que venga *la Julia*, que la queremos en este pueblo antirrepublicano para que vean que hay mujeres que saben y defienden a los trabajadores

explotados y para que los trabajadores se animen y no se encuentren tan acobardados como lo han estado hasta la fecha».

«Como han llegado hasta mí informes de su relevante personalidad dentro de la oratoria, de su figura en calidad de propagandista infatigable y briosa, me dirijo a V. para rogarle que conceda a esta Agrupación la distinción de tener ocasión de escuchar su autorizada palabra».

«Le invita a actuar en un acto de propaganda para afiliados de ambos sexos, pero en especial para las mujeres».

«De encontrarse animada podríamos dar otro acto en San Adrián por la tarde, pues son muchos los deseos que se tienen por oírla en los pueblos de Navarra».

–¿Por dónde empezamos? –dijo ella.

Ricardo Zabalza se adelantó.

–Buscaremos el lugar de mayor afluencia: yo te acompaño a Tudela.

Y allí llegaron un trece de marzo por la mañana. Esta vez, para que pudiera asistir el mayor número de personas, dieron la conferencia al aire libre, en la plaza Vieja, a las puertas del Ayuntamiento. El nuevo alcalde, el republicano Aquiles Cuadra, impecablemente vestido con traje y corbata, les dio la bienvenida. Julia recordó su primer mitin en junio del año anterior y le saludó efusivamente. En pocos meses Aquiles Cuadra, en el ejercicio de la alcaldía, había encontrado unos cuantos amigos y una cifra numerosa de enemigos, pero todavía disfrutaba luchando por sus ideales.

Los oradores se situaron junto a la fachada del Ayuntamiento, más alta que el resto de la plaza, de modo que los asistentes los podían observar desde la explanada que quedaba protegida por un lateral de la Catedral y los edificios circundantes. El alcalde, antes de comenzar las presentaciones, se quitó las gafas redondas de oscura montura y las limpió con un pañuelo blanco. Julia observó su gesto automático de apretar las mandíbulas, que conferían a su cara cierto signo de autoridad. Su pelo, algo escaso y peinado hacia atrás, dejaba ver una frente abombada y contrastaba con la cabellera abundante y rizada de Zabalza, del que se desprendía gran impresión de tranquilidad. La maestra se imaginó a sí misma e intentó adivinar cómo la verían los asistentes, escoltada por los

oradores masculinos. Aquiles Cuadra, delgado y nervioso, transmitía un efecto de energía y autoridad, mientras que en Ricardo Zabalza se adivinaba una bondad empecinada e ingenua. Julia comprobó que su propio cabello seguía firmemente recogido en el moño bajo la nuca, se acarició la frente despejada y las mejillas carnosas. No era una muchacha coqueta ni tenía ningún interés en vestirse o calzarse a la moda, e incluso en alguna ocasión la habían calificado de grande y desmañada. Ella tampoco se consideraba una mujer convencionalmente atractiva: quizás fuera por su frente huidiza o por la barbilla saliente, tan ostensible; quizás fuera porque era una mujer corpulenta, con una figura que se avenía bien poco a la estereotipada y presunta debilidad femenina. En fin, todo aquello no tenía importancia. Ricardo y ella ya habían sido presentados y pronto comenzaría su turno.

Tudela, cruce de caminos entre Zaragoza, Logroño y Pamplona. Tudela, buena huerta en La Mejana y buenos campos, regada en abundancia por tres ríos: el Queiles, el Mediavilla y el Ebro fabuloso. Julia comenzó su discurso. Por fin se había publicado la tan esperada ponencia del Gobierno sobre la Reforma Agraria, una reforma bastante más tímida y elástica que lo deseado. No obstante, en lo relativo a Navarra, sí iba a suponer ciertas mejorías respecto a la situación actual: los asentamientos de campesinos alcanzarían en un comienzo a los señoríos transmitidos en herencia; las tierras expropiables serían las de los señoríos, las incultas o mal cultivadas, las explotadas sistemáticamente en arriendo desde hace doce o más años…

De improviso, Julia advirtió que su mano atemorizada había partido en busca del brazo de Zabalza e inmediatamente soltó el contacto del compañero: no necesitaba como mujer ni como socialista el auxilio de ningún hombre. Y era que, entre los asistentes, se habían llegado hasta las primeras filas tres figuras temerarias: un hombre de traje bien cortado y sus dos acompañantes mal encarados. El hombre elegante era más bajo que sus compañeros y se cubría con un abrigo amplio que ocultaba el terno oscuro y dejaba a la vista la corbata, su pelo era ralo y engominado, las cejas y labios finos, la nariz puntiaguda y los ojos chicos, fruncidos, como si estuvieran sopesando la pertinencia de arrancarse

en un acto violento. Sus acompañantes caminaban de forma chulesca con las manos en los bolsillos y la sonrisa desdeñosa en la boca.

Zabalza y Julia ya los conocían. Hasta Aquiles Cuadra sabía que se trataba de algunos enviados de Rodezno.

–Cándido Aranda y sus secuaces, Teófilo y *Gaiztoa*…

Julia, a pesar del inicial sobresalto, continuó su mensaje:

–Tenemos que realizar un censo de campesinos, clasificándolos en tres grupos: jornaleros sin tierra, propietarios que paguen hasta 30 pesetas de contribución y arrendatarios que exploten 10 hectáreas de secano o una de regadío. Y después los arrendamientos se tienen que hacer por ese orden, concediendo a cada familia las tierras que les correspondan para trabajarlas individual o colectivamente…

Los tres recién llegados, que no estaban totalmente interesados en el contenido de la reunión, se movieron entre los asistentes murmurando algunas frases despectivas, pero casi ninguno de los presentes les hizo mucho caso. Finalmente, se situaron al fondo de la plaza Vieja, aguardando a comprobar las adhesiones con que contaban los oradores.

Julia, espoleada por la presencia retadora de sus convecinos cavernícolas de Villafranca, fue creciéndose en elocuencia y abordó con acento belicoso un tema que imaginó que les molestaría.

–Navarra, según se han cansado de asegurarnos, es netamente católica, apostólica y romana… Sin embargo, yo no lo creo tanto. Observaremos que son legión los que postulan piden para el sostenimiento de los sacerdotes en los pueblos y en las capitales, que por su parte tampoco cumplen con sus obligaciones. A mí me han contado que, en cierto pueblecito cuyo nombre no viene al caso, como un pastor se ha negado a contribuir al mantenimiento del cura, éste ha amenazado con negarse a bautizar a su hijo… ¡Hasta aquí llega la desvergüenza de algunos representantes de la Iglesia!

Desde el fondo de la plaza los tres hombres huraños observaban fijamente a la oradora. El mal llamado *Gaiztoa* comenzó a dibujar una palabra con la boca mientras fijaba en Julia una mirada taladrante.

–¡Puta, puta, puta! –creyó ella leer en sus labios. Sin embargo, prefirió no darse por enterada.

Cuando terminaron las arengas, el mitin acabó sin otros incidentes y Aquiles Cuadra, por cautela, recomendó a los asistentes que «se retirasen pacíficamente y sin proferir gritos de ninguna clase». La prensa, al día siguiente, reconoció que se habían reunido más de dos mil personas, muchas del sexo femenino.

–¡Las ideas socialistas, las únicas redentoras de los obreros! –habían concluido los oradores al final del acto, levantando el puño en alto.

Aquiles Cuadra, como republicano, había observado con aprensión a los conferenciantes en la traca final, a la vez que vigilaba la reacción de sus convecinos y de los pocos forasteros. ¡Qué necesaria era siempre la libertad de expresión! Aunque, por otra parte, ¡cuánto camino tenía por delante la República!

***

Desde Villafranca a Murchante, hacia el sur, más allá de Tudela, sólo había treinta y cuatro kilómetros y el viaje suponía una ocasión excelente para llegar también a Cascante, en el mismo día, a sólo ocho kilómetros de camino. Sin embargo, el destino del siguiente fin de semana, en Zaragoza, requería un poco más de tiempo, porque distaba ciento dieciséis kilómetros.

–Como vicepresidenta de la Asamblea Provincial de Trabajadores de la Enseñanza de Navarra, podrías hablar allí de la escuela –propuso Sixto Alonso–. Mientras los trabajadores de todas las clases acuden al grito de *unión* y se prestan a una lucha en que muchas veces se juegan el pan de sus hijos, el grupo de los trabajadores de la Enseñanza, sin embargo, calla…

–¡Naturalmente! –dijo Julia–. Hay que despertar en los maestros el instinto de libertad que todos llevamos dentro y convencerles de que la Federación Nacional de Trabajadores de la Enseñanza no huele a política. Insistiremos en que no hay que abjurar de ningún ideario para pertenecer a nuestra Federación…

–Los Trabajadores de la Enseñanza tenéis que ser la sección más fuerte y vigorosa de la Federación Internacional de Trabajadores –clamaría la oradora en

la asamblea de Zaragoza–. ¡Que caigan abatidos los convencionalismos, los desengaños, los politiqueos de rebotica o de casino! ¡Seremos los más heroicos en la lucha!

El siguiente domingo Julia visitó otro pueblo cercano, Corella, apenas a veintiocho kilómetros, pasados Cadreita y Castejón. Y al otro, Arechavaleta, muy al norte, en Guipúzcoa, a ciento ochenta y ocho kilómetros. Y desde todos sitios era solicitada para dar sus mítines de propaganda socialista.

–Queremos una charla con la *especialidad de anticlericalismo*, porque aquí mete bastante mano el cura.

–Una mujer que hable a las mujeres, para que les dé ejemplo. Que están tan embebidas en el confesionario, que es necesario que oigan su voz.

-¡Y más si tienen el voto! ¡Hay que educar a las mujeres para que hagan buen uso socialista de él! Arrancarles la capa clerical en que se hallan envueltas…

–¡Conducirlas poco a poco al camino de la democracia!

Como había llegado la primavera y era más fácil viajar, volvieron desde Villafranca a Cadreita, de allí a Tudela y finalmente a Ejea de los Caballeros, en la provincia de Zaragoza, a sesenta y ocho kilómetros, y el mes siguiente otra vez hacia el norte, desde Olite y Tafalla, pasando Pamplona, más allá de Andoáin, hasta Azpeitia, en Guipúzcoa: ¡ciento ochenta y dos kilómetros de carreteras retorcidas!

Y en todos los pueblos era tan fácil animar a las mujeres a ser libres como explicar las novedades de la República, y si el mitin comenzaba con el tema de las rentas rústicas terminaba con la necesidad de separar la Iglesia del Estado: las mujeres debían desvincularse de la influencia de los confesonarios, los labradores tenían que escapar de la esclavitud impuesta por los caciques y los *señoritos*, los obreros debían unirse en una fraternidad de clase. Por eso, por todo eso, en el futuro sólo era posible el triunfo de la doctrina socialista, con la unión de todos los esfuerzos hasta la redención del proletariado.

–Hace más de un mes que en la Cámara se discutió el proyecto para que se prorrogue por este año el derecho de pedir la revisión de las rentas de las tierras. Pasó al Ministerio correspondiente y al día de hoy todavía no ha

aparecido en la *Gaceta* nada referente a esa disposición –se desesperaba Julia en los mítines–. ¡Los propietarios aprovechan la tardanza y emplean todos los medios posibles de persecución contra los arrendatarios; sobre todo, contra los que el año pasado ya revisaron sus contratos de arrendamiento!

La atención de los labradores se aguzaba y los ojos cobraban un brillo nuevo.

–Pues bien, a estos últimos conviene fijarse en el Decreto de 13 de mayo de este año, ampliatorio del de 31 de octubre de 1931, que les sirvió de norma para pedir la revisión…

Las palabras, los títulos y las fechas se agolpaban en la mente de Julia y pasaban temblando hasta sus labios. ¿De qué han de servir tantos kilómetros de viaje, pensaba, si los renteros no se ahorran unas pesetas con la información que yo les proporciono? Repartir cargas y erradicar la pobreza, mitigar la indefensión de los desfavorecidos. Yo, que he saboreado la verdad en los libros, no puedo callar, tengo que extender al mundo esta nueva verdad.

–Pero los propietarios, ateniéndose nada más al Decreto de 31 de octubre, pretenden cobrar las rentas de los revisionistas como en los años anteriores, y tenemos que salirles al paso porque no hacen uso más que de los decretos que convienen a sus bolsillos…

Y seguía pensando: la cooperación del maestro no debe faltar para la magna obra de la redención de los trabajadores. Es cierto que éstos no se han de redimir más que por su propio esfuerzo, pero yo, que poseo los conocimientos necesarios, tengo también la obligación de comenzar la lucha. Me adentraré en el corazón de las gentes y desbancaré la influencia del cura cavernícola, del boticario, del médico, del señorito y de los hijos de los señoritos… ¡Destruiré para siempre el imperio de los caciques de cada pueblo hasta la fundación de una nueva sociedad socialista, una nueva Humanidad!

Sin embargo, de vuelta a casa, con el cansancio instalado en los huesos, Julia a veces desconfiaba de *su misión*. Su intención era, indudablemente, la de mejorar la vida de los trabajadores, pero, ¿quién la acompañaba a ella en sus cuitas cotidianas? Una vez extinguido el eco y el calor de los aplausos en los mítines, los asistentes volvían a sus casas pobres y frías y ella se conformaba con

regresar a su sempiterna soledad. Julia intentaba comprender y solventar los problemas ajenos, pero quizás nadie la entendía a ella. Se sentía, apenas, una mujer sola gritando contra la injusticia infinita. Cuando la asaltaban esos pensamientos, Julia temía perder la cabeza en el vaivén alocado de aquellas ilusiones. "¿Qué estoy haciendo yo aquí?", se decía. Pero no, concluía, no debía preguntarse algo que, en realidad, le hacía tanto daño. Era preferible cerrar los ojos y seguir hacia adelante, impulsada por el primitivo acicate de la solidaridad.

***

Mientras tanto, en Villafranca, algunas cosas habían cambiado. El alcalde republicano Zenón Pelayo, tras su traslado, había dado paso a Jonás Arizu, que en el mes de abril de 1932 cedió su puesto a Macario Jericó, que al parecer se proponía tomar algunas nuevas resoluciones. Sin embargo, para Julia nada sucedía tan rápido como las circunstancias exigían.

–Se rumorea que nuestro alcalde actual, en la época de Primo de Rivera, tenía tratos con la CNT –comentaba a la salida de la escuela, entre los maestros, para calificar a Macario Jericó–. ¡Y ahora se presenta, en teoría, como socialista!

–¡Seguro que es otro amigo encubierto de Azaña! –dijo Nicolás Jiménez, que despreciaba a los republicanos.

–No me importa tanto su verdadera ideología como el hecho de que no se dedique a retirar a los indeseables del pueblo –dijo Julia–. Consiente en que campen a sus anchas los comisionados de Caciquelandia y, a la vez… ¡ampara a las fuerzas reaccionarias que se alojan en la Guardia Civil!

–Todo lleva un tiempo, Julia –terció Sixto Alonso–. Hay que seguir en la lucha. Ya hemos comenzado con las reivindicaciones más básicas: la Biblioteca Pública, la Cantina escolar para alimentar a los niños pobres… ¡la asignación de una casa-habitación para los maestros de fuera! El resto lo acabarán trayendo los nuevos tiempos…

Casualmente, como si hubiese sido llamado por la fuerza evocadora de las palabras, apareció el alcalde, Macario Jericó, acompañado de sus concejales.

–Es posible que salgan ahora de algún pleno –dijo Sixto y se dirigió hacia ellos para preguntar sobre la petición de la Biblioteca: recientemente había

presentado una solicitud que incluía un estudio sobre la inversión necesaria, los materiales precisos y una lista básica e inexcusable con títulos de libros.

Los acompañantes del alcalde, Ángel Arrondo, Luis Lavín, Santos Catalán y Emilio Arana siguieron adelante, pero Macario Jericó no pudo escapar de la solicitud del pedigüeño. Sixto le sonrió como disculpándose por abordarle en la calle y el alcalde lo acogió con displicencia. Macario Jericó era un hombre fornido, de cara ancha muy bien afeitada. Tenía cierto aspecto delicado, quizás por el corte de pelo cuidado, con raya en el centro, las cejas finas y la tez pálida, pero el capricho del bigote con sus puntas exageradamente levantadas hacia arriba hacía deducir al observador avispado que bajo su disfraz se escondía el carácter implacable de un autoritarismo sin discusión. Mientras Sixto le hablaba, Macario, que no soportaba las corbatas, se aflojó con la mano la fina tirilla del cuello blanco de la camisa, como si le apretara. Debajo del primer botón, que le ceñía el cuello robusto, la camisa se abría impotente para contener la energía del pecho ancho y la respiración enérgica del hombre.

–Está la solicitud entregada, ¿no es cierto? –preguntó a Sixto tajantemente y continuó con evasivas–. Si es así, ya se tratará en su momento…

Los maestros sabían que aquella respuesta era una negativa velada, pero Sixto se empeñó en insistir.

–El Ayuntamiento está llamado a velar por la cultura, sobre todo en este régimen republicano. Desistir de la creación de la Biblioteca sería un claro atentado contra el progreso… Hay que facilitar que el pueblo acceda a las obras que le interesan, sacando a la escuela fuera de sus cuatro paredes y extendiendo la cultura…

El Alcalde se debatía entre la sonrisa misericordiosa y la falta de paciencia.

–Ya hemos dicho que se estudiará –dijo finalmente, intentando desasirse.

Cuando casi se iba, Julia le interpeló con nueva energía.

–En otro orden de cosas, desde que nos debemos a la República y ya no tenemos como concejal a Tomás Domínguez Arévalo, el Conde de Rodezno –aclaró con ironía–, ¿por qué seguimos bajo la vigilancia de su administrador Cándido Aranda y de sus sicarios?

Macario Jericó no esperaba una alusión tan directa a un problema que él no podía evitar.

–¿Tiene usted alguna queja concreta, señorita? –le preguntó con acento cortante, silabeando el apelativo final.

–Para servir a la República hay que anticiparse a los problemas –dijo ella vivamente–. Los pueblos aún tienen en su seno el microbio de la reacción y por eso hay que desbancar a las gentes del antiguo régimen que entorpecen las nuevas organizaciones…

El alcalde la miró de arriba abajo como si se tratase de una persona perturbada y enfiló enérgicamente la calle hacia adelante para seguir su camino.

–Le aseguro –añadió mientras se alejaba– que tengo bajo mi poder absoluto todas las fuerzas de la Guardia Civil. ¡Si hubiera algún problema, no ponga en duda que adoptaré la solución más enérgica!

¡La solución más enérgica! Julia sentía graves reparos hacia la energía de muchos servidores de la República. Recientemente, se acababa de condenar a varios años de prisión a tres campesinos de Milagro a santo de una nimia circunstancia: uno de ellos se había negado a descubrirse la cabeza al paso de una procesión, de modo que los tres fueron procesados por *estorbar el libre ejercicio del culto*. ¡Eso eran las soluciones enérgicas de los republicanos más turbios! Ella acababa de volver de Tolosa, donde había participado junto a Enrique de Francisco, Moreno Mateo y Luis Jiménez de Asúa en el mitin del 12 de agosto a favor de la liberación de los tres inocentes de Milagro, víctimas de la religión mal entendida. Allí había continuado su labor educadora, más allá del contacto con las niñas de su propia escuela, instruyendo a todos los asistentes, especialmente a las mujeres, a favor del voto femenino, en contra de la monarquía y también, por qué no, denunciando la labor catequizadora y antirrepublicana de los sacerdotes y de muchas mujeres. El domingo próximo iría a Pamplona, como representante de la Asociación Provincial de Trabajadores de la Enseñanza, para hablar de nuevo a favor de los presos de Milagro y para defender la labor de los maestros orientados en el espíritu del Socialismo. Liquidar la guerra y las injusticias sociales… ¡qué bella misión!

Pero mientras tanto, según ella creía, en Villafranca, todos los vecinos sufrían la vigilancia permanente de las fuerzas reaccionarias bajo la supervisión de un alcalde que no se atrevía o que no quería corregir la situación anterior.

En aquellos momentos sintió una profunda irritación contra ese primer edil recientemente nombrado, que consentía en la pervivencia del sistema caciquil encarnado en Cándido Aranda, la sombra del Conde de Rodezno, y sus matones… ¡En qué momento conseguiría la República arrancar las malas hierbas que asfixiaban al pueblo!

***

Cuando la Guardia civil lo detuvo en Tudela, no podía imaginar cuál sería la causa. Al comienzo lo condujeron al cuartelillo con ciertas formalidades, pero en cuanto llegaron allí lo ataron a una silla y le asestaron, para comenzar correctamente la función, un par de bofetadas. Sin embargo, parecía como si los números de la Benemérita obedecieran instrucciones contrapuestas, ya que después de recibir el maltrato uno de los otros se acercó para reconvenir a los compañeros.

–Probablemente esto no sea necesario –dijo alguien–. Seguro que el ciudadano está deseando colaborar…

–¿Por qué me habéis detenido? –se quejó Ricardo Zabalza– Quiero que inmediatamente se informe de este atropello al alcalde.

–Estamos en ello –dijo otro con acento de gracioso.

¿Que adónde iba y que por qué? No tenía que ocultar que se dirigía a Villafranca, a entrevistarse con algunos compañeros de la UGT, algo absolutamente legal en esos momentos…

Villafranca, claro, la cuna de los rojos… Pero… ¿no iría a encontrarse allí con aquella maestra?... ¿con aquella mujer?

Julia. Sí. Julia Álvarez. ¿Y qué?

–Para los trabajadores de Navarra, y en especial para nuestros campesinos, el nombre de Julia Álvarez es como un símbolo del socialismo –les hubiera dicho–. En los tres o cuatro mítines que la Federación Provincial organiza cada domingo, Julia Álvarez siempre es la que despierta más expectación. Los aldeanos recorren kilómetros y kilómetros para escucharla y, a

veces, ella tiene que hablar tres y aun cuatro veces en un solo día. ¡Pocas personas habrá como Julia Álvarez que tengan la virtud de agitar a los pueblos con el solo anuncio de su llegada!

Ricardo Zabalza no sabía si sus palabras sonaban en los oídos endurecidos de sus captores o si, en realidad, las estaba solamente pensando.

–Para los caciques y fanáticos irreductibles, Julia es *la mala*, el enviado de Satán, que viene a romper la quietud secular y la vida sumisa de la aldea invadiendo el coto cerrado de su dominio. Para el pobre, en cambio, Julia es la voz de la esperanza y de la verdad, la voz que flagelará al eterno déspota y que lo pondrá al descubierto y en ridículo delante de sus mismos siervos, la voz que pasará por la aldea dejando un reguero de esperanzas.

Y qué extraño el murmullo de los vocablos describiendo a Julia. Zabalza no quiso seguir escupiendo las verdades en aquel extraño interrogatorio. No quería perjudicar a la compañera, pero todo el mundo conocía ya su labor en favor de los desprotegidos, de los desesperados, y las palabras escapaban ellas solas de su boca porque estaban deseando vivir para proclamar su verdad. Las manos atadas y la lengua que habla. ¡Triste triunfo de la libertad!

–La casa de Julia en Villafranca es un refugio acogedor para todos los desgraciados. A pesar del trabajo abrumador que representa la educación de sus 90 niñas, sin faltar jamás ni una hora a sus clases, siempre encuentra un minuto para atender al campesino que llega a su puerta, a un rentero que desahucian sin motivo, a un jornalero que echaron del trabajo por ser socialista, a una viuda o a un viejo que buscan alguien que les redacte una petición o una denuncia contra algún atropello inicuo.

Un golpe con la culata del máuser en el pecho interrumpió de momento el silencio del interrogado.

–Pues a mí me han dicho que, por desafiar a Dios, quedó muda de repente… ¡y que los masones le pagan para que hable mal de la religión!

Zabalza reprimió un conato de risa, que se le mezcló en la garganta con otro gemido del dolor, pero guardó su retahíla con intención de publicarla en cuanto pudiera en *¡¡Trabajadores!!*

–¡Vano empeño! Por perjudicar a Julia se han inventado, como de todos los propagandistas, cien historias canallescas y absurdas. Cuando las Secciones reclaman la presencia de un orador, entre quejas contra el cacique engreído o contra el cura que habla mal del socialismo, siempre quieren que vaya *la Julia*. Si *la Julia* no va, quedan mohínos los compañeros. Pero si va, la reciben en palmas y el engreimiento caciquil se viene al suelo y la guerra doméstica, fomentada por el cura, se resuelve a favor del marido socialista: la pobre mujeruca engañada se convence de que las cosas sencillas y claras que dice *la mala* son verdades más grandes que la iglesia del pueblo. Y esa misma mujeruca, que fue con el Cristo colgando dispuesta a ahogar las blasfemias de *la mala* con sus chillidos, oye asombrada aquella peroración inesperada ¡y, al fin, rompe en aplausos como las demás! Y con su chiquillo en brazos y su Cristo colgando se une al grupo de mocetes ruidosos, de hombres morenos, de viejecitas arrugadas y de fuertes mozas y mozos campesinos, y entonces todos ellos, tras el airón rojo de la UGT, van al Centro acompañando a los oradores, atronando la aldea con sus vivas estruendosos, tirando cohetes y cantando a grito pelado el *Himno de Riego* o *La Internacional* para *que rabien los caciques y el cura.*

¡Esas eran en Navarra todas las actuaciones de *la mala*, esos eran los pecados de la generosa mujer que dedicaba su empeño a luchar por el bienestar de sus convecinos!

En cuanto Aquiles Cuadra llegó al cuartelillo, liberaron a Zabalza. Este, a pesar de la señal producida en las manos atadas y las marcas del maltrato en el rostro, todavía conservaba la mirada altiva y la dignidad orgullosa de quien está convencido de su razón. ¿Por qué le exigían noticias de Julia los que ya sabían de su dedicación a la difusión del ideario socialista?

–Te aseguro que yo no he ordenado tu detención –explicó a Ricardo al acompañarlo a la calle.

–Cuando, en plazo próximo, todo Navarra sea socialista –dijo Zabalza–, y vamos en camino de ello…

El republicano Aquiles Cuadra dibujó un mohín de vacilación con la boca, pero prefirió no interrumpir al sindicalista.

–Entonces se podrá decir que, entre los esfuerzos heroicos y generosos de tanto compañero anónimo, hubo uno verdaderamente decisivo: ¡la propaganda de Julia Álvarez!

Aquiles Cuadra sentía simpatía por Zabalza, quizás aún más que por Julia, a la que consideraba excesivamente exaltada para ser una mujer. Sin embargo, quiso endosar a su amigo una ligera reprimenda.

–No queráis correr demasiado… No por mucho madrugar… ¡ya te sabes el resto! ¡En unos pocos meses no se le pueden pedir milagros a la República!

5. Veinticinco de septiembre

Villafranca, 1932

La niña Alicia Alonso se estiró los calcetines admirando la primicia del dibujo bordado. Su madre le había puesto aquel día la muda blanca de hilo tejida a ganchillo que incluía las tres piezas: las bragas, la camiseta calada y los calcetines blancos. Las bragas y los calcetines incluían una parte incómoda pero necesaria: la goma que sujetaba a la cintura o a las pantorrillas cada una de las prendas y, aunque los dibujos calados a ratos se marcaban en la carne, a ella le parecían el colmo de la elegancia, la muda obligada de un domingo especial que iba a quedar para siempre marcado en el recuerdo de todos los habitantes del pueblo. Conchita Arana la apremió desde abajo.

–¡Que ya va! –contestó su madre, mientras la ayudaba a terminar de vestirse y le colocaba una cinta en el pelo–. ¿Y qué? ¿Ya tenéis preparado el ramo de flores?

La compañera de clase de Alicia clamó la evidencia.

–¡Pues claro! El ramo más grande para nuestra maestra, para la señorita Julia, en el día de su homenaje. Está guardado en la Escuela.

–¿Su homenaje, amante? –le tomó el pelo la madre de Alicia–. ¿Y qué es eso, muchacha?

Conchita abrió mucho los ojos ante la escandalosa ignorancia de la madre de su amiga.

–¿Qué va a ser? ¡El acto de propaganda y confraternidad socialista en obsequio a la simpatía de la señorita Julia Álvarez!

–Moceta –dijo la señora con un punto de ironía, bajando hasta el portal a su hija de la mano–, di a tus padres que no te enseñen tanto, que a veces no es bueno. ¡Hala, majas! ¡A disfrutar!

Desde Pamplona a Tudela y en todos los pueblos de la comarca, la UGT había sembrado las calles con pasquines que invitaban al acto del 25 de septiembre que se organizaba como una excursión a Villafranca para homenajear a Julia Álvarez. Para los que viajasen desde Pamplona, la salida sería a las siete de la mañana, con parada de 15 minutos en Tafalla, y el regreso a las 7 de la tarde. En el acto, previsto para las 11 y media de la mañana, tomarían la palabra Juana Ontañón, Ricardo Zabalza con otros dos compañeros de la minoría parlamentaria y la propia homenajeada. Se había previsto también la presencia de la diputada Margarita Nelken, que finalmente no pudo asistir por formar parte de la comisión nombrada por el Gobierno para hacer entrega del Estatuto de Cataluña ese mismo día.

Los carteles indicaban el programa del día y añadían muchas más explicaciones; pero, de todo aquello, lo que más impresionaba a las niñas era el dinero que habrían algunos de gastar en el viaje (las plazas de arriba en los autobuses costaban cinco pesetas) y el llamamiento final: «¡Compañeros! El domingo todos a Villafranca». ¡Qué emocionante iba a ser la jornada! ¡Cuánta gente, venida desde Pamplona, se acercaría al pueblo a saludar a su señorita, la maestra a la que tenían, para ellas solas, todos los días en clase!

¡Julia, Julia, Julia! Nunca antes en Villafranca se había recibido la visita de las multitudes para homenajear a un villafranqués (ni siquiera cuando el Conde de Rodezno fue alcalde), para agasajar a un paisano del pueblo que además era, en esta ocasión, una mujer, cosa que secretamente disfrutaban todavía más las niñas. Una mujer y maestra. ¡Su maestra!

Alicia y Conchita salieron con sus trajes primorosos a la calle. Ellas iban a tener también su parte de gloria cuando entregasen en el acto el gran ramo de flores a la maestra. Para eso eran las mayores de la clase, las alumnas preferidas, las más estudiosas, las más formalitas… Y para eso caminaban ahora remilgadamente, evitando tropezar con las piedras de la calle o mancharse de polvo los zapatos, procurando no arrugar los vestidos ni despeinarse

excesivamente si se levantaba el cierzo de septiembre, aunque, afortunadamente, parecía que iba a ser un día sin viento, un día de calor.

Allá al fondo de la calle divisaron a los chicos y chicas del pueblo, que habían hecho cuadrilla para la celebración. Tras ellos se dirigieron por la calle Camino hasta la Carretera de Cadreita, por donde probablemente aparecerían los autobuses que venían de Pamplona. Junto al camino pedregoso, los niños y niñas correteaban impacientes esperando la novedad y, apenas sin advertirlo, se alejaron del pueblo hasta casi un kilómetro. Por fin, vieron la caravana de los coches de línea en la lejanía. Uno, dos, tres, cuatro… ¡Desde el altozano de la entrada a Villafranca consiguieron divisar hasta once autobuses!

–Julia, Julia… ¡Viva *la Julia*! –gritaban la mayoría.

Pero alguno de los mayores también gritó por lo bajo, ocultándose:

–¡La puta de *la Julia*! ¡La puta de *la Julia*!

–¿Por qué dices eso? –preguntó Alicia a uno de los chicos.

–¡Yo qué sé! ¡También lo dicen algunos mayores!

En medio de la barahúnda, con el recibimiento de los coches de Pamplona, las dos niñas se olvidaron de los zapatos limpios y de los vestidos planchados y se dedicaron, como todos, a perseguir a los autobuses, a los que se procuraban encaramar, en marcha, los mocetes más atrevidos, gritando y colgándose por todas partes.

Los vehículos llegaron hasta el centro del pueblo y descendieron sus ocupantes. Allí fueron recibidos, en primer lugar, por los componentes de un cuadro teatral formado por la juventud de la Casa del Pueblo de Pamplona que había representado algunas obras sociales el día anterior. Junto a ellos, en un grupo heterogéneo y curioso, el alcalde, Macario Jericó, se mesaba los bigotes acompañando a Julia, a su hermana y a su madre. Más atrás, en abigarrada concurrencia, los sindicalistas de la UGT y simpatizantes de los pueblos vecinos se estorbaban intentando acercarse al grupo del alcalde.

Los recién llegados estrechaban furiosamente las manos callosas de los campesinos de Villafranca y muchos comenzaron a cantar canciones socialistas y a gritar vivas estruendosos al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores. Resultaba casi imposible moverse entre la muchedumbre y los

chiquillos se escurrían entre los asistentes molestando y empujando por todos sitios: al menos había medio millar de excursionistas. Con todo, el cuerpo tremendo de la multitud comenzó una lenta manifestación por las calles de Villafranca, en pos de la banda de música y de los representantes de la UGT, que encaminaron a los asistentes hasta la sede de la Casa del Pueblo. Aparte de los fervorosos simpatizantes socialistas, había muchos villafranqueses que asistían con curiosidad a un acto que les llenaba de orgullo local; pero algunos otros, por la identidad de la homenajeada, se ocuparon de no salir durante todo el día de sus casas, entre ellos, los votantes de las derechas y los seguidores de Cándido Aranda o de las autoridades religiosas.

Conchita y Alicia siguieron a la multitud, entusiasmadas con la abundancia de banderas, que ondeaban alegremente, mientras todo el mundo cantaba, sobre todo las mujeres jóvenes, que habían acudido en gran número y sobrepasaban a los hombres. Así llegaron desde la Casa del Pueblo hasta el domicilio de Julia, donde se había levantado un curioso arco de triunfo con un saludo para los forasteros. A continuación, la comitiva se dirigió nuevamente hasta la plaza, el lugar previsto para el desarrollo del mitin. Las niñas, que habían recogido ya el ramo de rosas preparado para su maestra y exhibían un cartel de saludo, ocuparon un espacio reservado cercano a la puerta del Ayuntamiento y esperaron el comienzo del acto, aunque observaron decepcionadas que no eran las únicas que habían ideado las flores: varias secciones de los grupos locales de UGT de los pueblos cercanos también habían enviado unos ramos.

Pronto comenzaría el mitin y, mientras tanto, se alzó en el cielo un sol esplendente. El espectáculo de la plaza de Villafranca era grandioso: las ventanas y balcones estaban llenos de gente y el ondulante trigal humano en que navegaban más de 70 banderas se balanceaba como impulsado por sus emociones hacia los costados de la plaza, que albergaba firmemente a la multitud para poder contenerla. El rojo amapola de las banderas destacaba sobre el blancor de las camisas campesinas y todo era alegría y vibración.

La fachada del Ayuntamiento, de ladrillo, sustentada sobre cinco arcos idénticos, mostraba orgullosa los tres balcones del primer piso, que se

comunicaban entre sí por una baranda de hierro forjado. A la derecha del balcón central, se divisaba el escudo de piedra con el águila real (el *arrano beltza*) utilizado por el rey navarro Sancho el Fuerte desde su llegada al trono en 1194, en representación del antiguo reino de Navarra, y a la izquierda, el escudo histórico, con sus cadenas. Sobre los cinco pares de ventanas pequeñas, coronando el edificio, se asentaba un reloj, que mostró la hora prevista para el comienzo del acto: las once y media.

La aparición de Julia y de los oradores en la balconada del Ayuntamiento fue saludada por estruendosos aplausos, que subieron hacia arriba como mariposas de viento. Desde allá, la maestra vio a la multitud apiñada aguardando su discurso y advirtió que una punzada extraña le oprimía el centro del pecho y el corazón golpeaba con fuerza contra las costillas. ¿Qué era aquello? ¿Podría flaquear en esos momentos de dicha? Intentó tomar aire y, mientras se serenaba, pasó a Ricardo Zabalza la palabra. Este se alisó de forma automática el cabello ondulado, se quitó las lentes, contra las que se estrellaba el sol revoltoso, y las guardó en un bolsillo.

–¡Camaradas!

Una nueva y ensordecedora ovación lo silenció durante algunos segundos mientras Alicia Alonso y Conchita empujaban a los adultos circundantes para hacerse sitio nuevamente.

–Estamos aquí para ensalzar el valor de la gran labor de propaganda que viene realizando nuestra compañera Julia Álvarez, cuyo elogio –insistió, señalando en círculo a todos los asistentes– es esta imponente multitud de obreros y campesinos que habéis venido de tantas partes a saludarla.

Julia oía las palabras de su compañero como en un sueño. ¿Era ella la mujer de quien hablaba con tanto entusiasmo? Y además, ¿podía ser cierto que todas aquellas personas que la miraban desde abajo habían venido a agasajarla a ella precisamente? Julia recordó su descontentadiza infancia en Villafranca, de donde había pretendido escapar para abrirse hacia nuevos horizontes, y el reciente regreso y su afán por ayudar a sus convecinos y por mejorar con sus conocimientos la suerte de las mujeres y los hombres de su patria. Ciertamente, se había volcado en cuerpo y alma en la defensa del socialismo y en el amparo

de los desheredados, pero aquella asistencia masiva de obreros y campesinos para agasajarla colmaba con creces todas sus expectativas. La maestra posó discretamente su mano sobre la boca del estómago, que traducía como un eco los latidos de un corazón que ya comenzaba a serenarse, y sintió una oleada de agradecimiento hacia todos los asistentes y hacia el mundo entero. Su lucha sólo acababa de comenzar. ¡Tenía fuerzas sobradas para ir mucho más allá!

–Recordemos la creciente importancia que el Socialismo adquiere día a día en el mundo y la grave responsabilidad a que eso nos obliga –seguía Zabalza, hasta que concluyó mirando a los que se situaban a su alrededor–: Por eso conviene conocer a los que vienen a nosotros,_no en busca de mercedes, sino para darse en cuerpo y alma por los demás. De entre ellos, de los probados en el sufrimiento y la lucha, saldrán nuestros futuros alcaldes, nuestros jueces y nuestros diputados y gobernantes. ¡Sólo quien es justo y fiel en la hora de la prueba merece ser quien mande en la hora del triunfo!

Otro sonoro aplauso coronó las palabras de Ricardo Zabalza. Julia lo miró con cariño y admiró su entereza y su sabiduría: ser justo y fiel en la prueba… ¿Quién más justo y más fiel que Zabalza? Entre todos los compañeros, ella lo estimaba como el más generoso en el sacrificio y el menos exigente para cualquier recompensa. Un grupo de muchachas le envió besos desde la plaza y el orador se ocultó para dejar paso a la siguiente intervención, a cargo de Mariano Sáez Morilla, director de la Escuela Normal de Maestros de Pamplona.

Las niñas Alicia y Conchita siguieron las explicaciones del catedrático con desconcierto. No entendían claramente sus alusiones al cumplimiento de los compromisos de la República, aunque sí les sonaba, por haberlo oído a su maestra y a sus padres, la mención a la Reforma Agraria.

–…que muy pronto acabará con la bárbara explotación de que hoy es víctima el campesino por parte de aristócratas y terratenientes parásitos, a muchos de los cuales la República ha expropiado justicieramente sus bienes, no sólo para que no los usen como arma de conspiración contra el Régimen, sino para hacer realidad la vieja y justa aspiración de que *la tierra sea para el que la trabaja*.

Una gran ovación cerró los discursos de los oradores y entonces dio comienzo la parte del homenaje que casi todos recordarían con mayor emoción. Un labrador, llamado Ricardo Zapater, se asomó al balcón del Ayuntamiento y entonó una jota con su voz potente y armoniosa.

–Soy hijo de Monteagudo
y he venido a saludar
a la compañera Julia
y a nuestra Unión General.

Las niñas advirtieron que la maestra reía y, después de que terminara el aplauso que premiaba al cantor, se hicieron hueco en el balcón otras dos mujeres campesinas, que cantaron a dos voces otra copla socialista.

–En nombre de nuestra Unión,
como Socialista pido
que devuelvan a los pobres
los bienes mal adquiridos.

De nuevo, unos aplausos cerrados y unas vivas delirantes acogieron la aspiración agraria resumida en una copla e, inmediatamente, se volvió a elevar otra voz robusta y vibrante.

–El que toca la guitarra
ha salido de la cárcel,
por venganza lo llevaron,
no por hacer mal a nadie.

–El que toca la guitarra es Rodero –aclaró Julia a uno de los acompañantes mientras crecía el entusiasmo de los asistentes–, uno de los presos de Milagro, que fue a prisión por odio de los fanáticos. Ha salido de allí después de mes y medio de encierro, gracias al esfuerzo solidario de todos los compañeros.

La copla fue altamente festejada y casi todos dieron vivas entusiastas a los presos. Las niñas oyeron sucederse otras coplas y cantares, canciones llenas de intención, rudas, enérgicas y emotivas que les pusieron los vellos de punta y, por fin, un afiliado de la U.G.T., en nombre de los obreros de la Casa del Pueblo de Pamplona, entregó a Julia como obsequio el tomo grueso de un libro

encuadernado en tela roja que anunciaba su contenido con letras mayúsculas, rectas y grises: *El Capital*, de Carlos Marx, traducido por Manuel Pedroso y editado por Aguilar hacía sólo unos meses. La maestra lo tomó con mano firme y chispas en los ojos. ¡*El Capital*, el *catecismo* de los socialistas! ¡Qué mejor libro para la mesilla de noche! Días más tarde, Julia llevaría el libro a la escuela e intentaría, sin conseguirlo, buscarle un lugar visiblemente apropiado. Con todo, procuró, también con poco éxito, utilizarlo para algunos dictados infantiles. «La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un *inmenso arsenal de mercancías* y la mercancía como su *forma elemental*. Por eso nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía…». Las alumnas, sin embargo, todavía no estaban preparadas para algunos conocimientos profundos…

Mientras Julia repasaba el tomo que acababa de recibir y lo mostraba a la concurrencia, unas manos presurosas empujaron a Alicia y Conchita hasta subir las escaleras del Ayuntamiento, cruzar la sala y aproximarse a la balconada. Al poco, aparecieron junto a los protagonistas importantes con sus vestidos nuevos y los ramos en los brazos y los entregaron a la maestra, que ya tenía los ojos anegados en lágrimas. Julia estaba más guapa que nunca, con las mejillas arreboladas y la mirada brillante, y ellas se sintieron orgullosas de poder codearse con una de las personas más importantes del pueblo –¡y, quizás, de Navarra!–.

La maestra se miró en los ojos asombrados de las niñas y quiso ver, como en un espejo, el deseo de las chicas de aprender a vivir y a luchar con su mismo empeño. ¡Qué hermoso era educar y formar otro espíritu a la medida del propio! ¡Formar a tu imagen otro corazón! El color encarnado de las rosas y el rojo del libro de Marx competían entre sus brazos y Julia cerró el acto con emocionadas palabras de agradecimiento.

Alicia, por los nervios presumibles de la ocasión, había sujetado el ramo con todas sus fuerzas sin percatarse de las espinas del tallo y, al terminar su protagonismo y acabar el acto, observó que se había pinchado las manos y las tenía manchadas de sangre.

Los asistentes, después de una última ovación, se dispersaron por el pueblo para comer. Los que venían de Pamplona y de los pueblos cercanos habían llevado bocadillos suponiendo que sería imposible poder encontrar avituallamiento para tantos en Villafranca y se reunieron haciendo corrillos en las plazas y las calles. Después, la tarde transcurrió alegremente: los más jóvenes bailaron, cantaron y se divirtieron a su gusto; pero todos celebraron el arraigo alcanzado por la Organización Obrera y el Socialismo en Navarra.

Poco antes de subir a los autobuses para regresar a Pamplona un grupo de muchachas vio que una niña consolaba a otra que lloraba.

–¡Son las alumnas de Julia! ¡Las que le han entregado el ramo de flores!

–¿Qué te pasa, chavala? –se acercó la joven más decidida, que no soportaba descubrir que otros estaban tristes mientras ella se divertía.

Alicia se sintió amedrentada: se había dirigido a ella una de las chicas mayores que habían venido la tarde anterior para actuar en el cuadro artístico de la Casa del Pueblo de Pamplona. Por fin se decidió a señalar su vestido nuevo, que sin querer se había manchado de sangre.

–Te va a reñir tu madre, si se entera, ¿verdad? –dijo la joven–. ¡Ay, hija! ¡Si no pasa nada!

–Pepa, ¿adónde vas? –le dijeron sus compañeras al ver que empujaba a la niña hacia la fuente.

–¡Esperar, que ahora vuelvo! –les contestó y después consoló a Alicia–. Yo no he tenido estudios, pero quitar una mancha… ¡menuda tontada!

Hablando sin cesar sacó una servilleta que había llevado para la comida y la mojó en el agua de la fuente para restregarla sobre la señal.

–Yo no he tenido ninguna maestra, como te digo, ni he tenido estudios. Ya ves, todo el día en la calle: en Navarrería, en Descalzos, en Dormitalería. Si vienes a Pamplona, a mí me conoce todo el mundo –añadió sin dejar de frotar la señal–. ¡Mira qué risa! Las manchas de sangre hay que sacarlas con agua fría…

La chica tenía unos ojos bondadosos y soñadores, cautivadores, lucía un cabello abundante y rizado y, sobre todo, sonreía sin parar.

–¡Pepa! –volvieron a llamar las compañeras.

–¡Que ya va! –contestó, y entonces le salió un gesto extraño en la boca, que años más tarde, después de muchos sufrimientos, se agudizaría hasta semejar que se preparaba a tragar un sapo repulsivo–. ¡Que estoy ayudando a la alumna de *la Julia*! Porque tú sí que estudias, ¿no? Que eres una alumna de *la Julia*, la del ramo de flores.

–Sí –dijo Alicia–. Y tú, ¿cómo te llamas?

–Yo soy *la Pepa*. Si vienes a Pamplona, pregunta por mí en la Navarrería, que estoy todo el día en la calle; pregunta por Josefina Guerendiáin. Pero que no he venido sólo a ver a *la Julia*, ¿eh? –concluyó con una sonrisa socarrona–. También he venido a ver a Zabalza. ¡Qué guapo, Ricardo Zabalza! Ese también se merecía un buen ramo de flores…

Cuando los autobuses regresaron a Pamplona y Villafranca recobró su aspecto cotidiano, algunos respiraron aliviados y, después de haber dejado transcurrir el día con las persianas bajadas, abrieron por fin las ventanas de sus casas para que entrase el fresco de la calle. Después de toda aquella paranoia, ¿qué otros desastres podría todavía traer la perturbadora República?

6. Fraternidad en la Casa del Pueblo

Julia se dirigió a la Oficina de la UGT, en el número 70 de la calle Mayor, a primera hora de la mañana: las vacaciones de verano, próximas a terminar, tenían de bueno que podía dedicarse en cuerpo y alma a las labores del sindicato sin tener que robar horas al sueño. Subió al primer piso y entró en la pequeña habitación donde organizaba los documentos de la asociación. Abrió la ventana y, antes de sentarse junto al escritorio para comenzar su trabajo, se asomó indolentemente para mirar hacia afuera. Le gustaba observar la tranquilidad de Villafranca en las primeras horas, cuando todavía no jugaban los chiquillos en la calle y parecía que el pueblo descansaba serena y lánguidamente, como ajeno a los problemas de sus naturales.

Sin embargo, al poco rato se impacientó por causa de su propia ociosidad, no quiso desperdiciar más el tiempo y se sentó a emborronar enérgicamente algunas cuartillas. Acababa de sentir una repentina inspiración: iba a proponer en la próxima Asamblea general unas cuantas iniciativas que seguramente serían

bien recibidas y que podían mejorar enormemente las necesidades espirituales y materiales del pueblo. Por ejemplo, estaría bien celebrar todos los viernes por la noche charlas y lecturas sobre temas de educación sindical y de cultura general, para extender las luces en el pueblo. Además, para aliviar el paro obrero, pensaba solicitar al Ayuntamiento que se arreglasen los caminos vecinales, que comenzase una obra para la defensa del río Aragón y que se diera riego a la corraliza *de Morante*, una obra fácil y de gran provecho… Y a todo eso se uniría la puesta en práctica de la ansiada Reforma Agraria: había que designar sin pérdida de tiempo una comisión que se encargase del estudio de los terrenos del término municipal de Villafranca…

Sin darse apenas cuenta, mientras ampliaba el guión de sus propuestas y las contrastaba con cierta documentación, pasaron un par de horas. De pronto, dos compañeros del sindicato entraron abruptamente en el despacho.

–¡Qué barbaridad! ¡A quién se le ocurre!

–¡Y, además, en mitad de la calle!

–Hasta que ha perdido el conocimiento, la pobre. Menos mal que pasábamos por allí…

–Pero, ¿qué ha pasado? –se alarmó Julia.

En lugar de contestar, los recién llegados tomaron aliento echando un buen trago del botijo de agua fresca que siempre guardaban en la Oficina. Lo que acababan de presenciar no era fácil de contar.

–Ha sido contra la hija de Jerónimo…

–¿La hija de Jerónimo?, ¿de qué Jerónimo?, ¿qué ha pasado? –insistió Julia.

–Seguro que remiten el asunto al Juzgado…

–¡Y con toda la razón!

Después de oír su narración, Julia quedó perpleja. Algunas personas habían agredido a la hija de un patrono…

–Resulta que dos obreros son despedidos por ciertas rencillas entre el patrono que los manda y el que ha empleado su influencia para colocarlos –resumió uno de ellos.

–La madre de los chicos implora al patrón que los readmita, pero no consigue nada…

–Y al día siguiente los obreros cogen a la hija del patrono, una gentil muchachita que no tiene culpa de nada, la abofetean en la calle y hasta la dejan inconsciente, tirada en el suelo.

–Son entonces los obreros de la UGT los que detienen el brazo agresor y recogen a la muchacha golpeada, para evitar males mayores

–Pero, claro –dictaminó Julia–. El asunto terminará pasando al Juzgado. Habrá que buscar abogado que informe y procurador que acuse. Habrá que perder días para las comparecencias y alguien tendrá que sufrir el peso de la justicia.

–Y, mientras tanto –resumió uno de los afiliados–, dos obreros sin trabajo, una muchachita golpeada bárbaramente y los patronos lanzándose dardos uno contra el otro.

–Ese es el engaño de los que confiaron en el poder del *señorito* que los empleó: ¡a la hora del despido, el *señorito* se encoge de hombros!

–Tendremos que abrirles los brazos de nuestra Sociedad obrera… –propuso un alma bondadosa.

–Si es que quieren afiliarse –interrumpió un escéptico.

–Por humanidad… siento las consecuencias personales –añadió alguno–, pero me alegro de los buenos efectos que producen las riñas entre patronos para nuestra Sociedad de obreros campesinos.

–Ahora, todo ha pasado entre *ellos*, entre *los buenos* –terció Miguel–, entre los que han declarado un boicot cerrado a la UGT. Pero nosotros, *los descamisados*, estamos creciendo de manera imparable… Ya se vienen al sindicato hasta los pequeños cultivadores, esos que se creen menos explotados por haber aceptado el favor de unas tierras que les cedió el amo en un arrendamiento carísimo. Acuden a nuestras filas todos los trabajadores del campo, y en estas dos noches muchos han dado la cara, valientemente, para decir su nombre en las oficinas de la UGT ¡y hasta han tomado parte en las discusiones de sus asambleas!

Julia pensó que merecía la pena difundir las noticias de Villafranca a los obreros de toda Navarra para animarles en la lucha, y envió su artículo a Tiburcio Osácar, que lo publicó en la sección de "Nuestros pueblos" en el periódico *¡¡Trabajadores!!*, el órgano de la UGT. Había que denunciar bien claro los tejemanejes de los propietarios para atraer a los trabajadores a afiliarse: «Este es el resultado, patronos católicos, de vuestra conducta criminal. Pedid listas de nuestros afiliados para boicotearlos mejor y, al día siguiente, vuestros esclavos de ayer vienen a afiliarse. Resistíos a respetar las Bases de trabajo y al día siguiente son docenas de hombres los que vienen a unir su esfuerzo con el de los demás para obligaros a cumplirlas. Sitiad por hambre a los afiliados de la UGT y al día siguiente son muchos los que, por lo visto, quieren también morirse de hambre con nosotros. Despedid obreros, y sólo los vuestros, los incondicionales, son los que lo arreglan golpeando a una muchachita en la calle. [...] ¡Por la libertad y por la dignidad obrera, nadie que sea honradamente trabajador debe quedar fuera de las filas de la UGT!».

Pocos días más tarde, *Gaiztoa*, con gesto chulesco, se apostaba en compañía de a algunos amigos enfrente de la puerta del local de la UGT, procurando hacerse notar. Para llamar la atención de los de dentro lanzaron algunas chinitas pequeñas contra el marco de la ventana.

–Está el pueblo imponente, obreros contra patronos –dijo en voz alta, dirigiéndose con acento amanerado a sus compinches.

–Todo el pueblo insultando a los patronos... –contestó el llamando Teófilo y añadió–: y atacando a muchachas indefensas.

–¡Es que no tenemos justicia ni Guardia Civil!

–Estamos temblando –insistió *Gaiztoa*, con ironía.

–¡El partido obrero, con *la abogada*, va a echar el pueblo a perder! –concluyó el que se había referido a la Guardia Civil.

Julia, que había oído las imprecaciones desde arriba, no quiso obedecer las indicaciones de los que le aconsejaron que no se diera por aludida y se asomó a la ventana para encararse con los desocupados.

–¿Que está el pueblo imponente? –les increpó con sarcasmo–. Yo no lo he visto nunca imponente, fuera del 14 de abril de 1931. Pero os doy un consejo,

amigos: dejad ya de temblar porque eso es cosa de mujericas. Y también os digo que el Partido Obrero, con abogada o sin abogada, va a transformar un pueblo de borregos y maniquís esclavizados en un pueblo educado y libre, que no tenga que recurrir a casa de Jerónimo ni de ningún otro patrono a mendigar lo que gana.

Uno de los insolentes hizo ademán de querer subir hasta el piso para llegar a las manos contra la abogada, pero *Gaiztoa* lo contuvo teatralmente indicando que la contrincante era una mujer que no merecía ser objeto de violencia física. Mientras tanto, Julia siguió encarándose a ellos desde la ventana.

–No puede, amigos míos, echarse a perder un pueblo que ya lo estaba –silabeó, procurando no alterarse–. Puede, y eso es lo que se propone nuestro Partido, despojarse de todo lo malo que tiene ¡y sobre esa podredumbre, que ha de ser buen estiércol, plantar nuevas vidas para transformar el pueblo entero!

Julia, después de su diatriba, les volvió la espalda orgullosamente y se adentró en la habitación, mientras los atrevidos la miraban con gestos desdeñosos y la premiaban con señales obscenas a sus espaldas.

En la calle, algunos curiosos se habían acercado para disfrutar con la vista del altercado, pero otros viandantes, más prudentes, se encerraron temerosos en su casa: no querían que nadie les relacionara ni con la UGT ni con sus detractores. Una mujer se acercó a tomar a su hijo adolescente de la mano para apartarlo del lugar.

–Hijo, tú no te juntes con ninguno –le avisó–. No hay por qué significarse…

***

Julia y Pablo hablaban en murmullos en una sala pequeña de la Casa del Pueblo

–Julia, ¿has dicho caridad o fraternidad? –preguntó Pablo, desde el asombro de sus ojos.

–¿Caridad cristiana o fraternidad humana? –dijo ella–. Tú mismo lo puedes juzgar. Yo sólo sé que la mujer llamó a mi puerta y abrí. Mejor dicho, llamó a la puerta de la Casa del Pueblo, donde sabía que podía encontrarme y,

desde luego, allí me halló. «Vengo desde la Asociación de Damas de la *Conferencia de San Vicente*». Eso no podía ser, pensé yo: era una mujer pobremente vestida, una hija del pueblo que ni era dama ni podía asociarse a nada más que a su miseria. «Mi marido está enfermo desde hace tiempo y no tenemos recursos de ninguna clase… Tengo cuatro hijos», aclaró la mujer. Y por eso había acudido a las Damas caritativas de la llamada *Conferencia de San Luis*. «Pero su marido… », preguntaron las caritativas damas, «¿no será de la Unión General?». «Si fuese así» insistieron cautelosamente, «el dinero consagrado no podría nunca ir camino de su casa… Mejor, vaya usted a casa de doña Julia. Quizá ella le arreglará la forma de que le den un socorro», se le ocurrió a otra de las damas. Y por eso la mujer estaba aquí, mirando obstinadamente las baldosas del suelo de esta sede de la Unión. «Esa es la caridad del Cristo colgante», se me ocurrió contestarle. Pero la mujer me devolvió el gesto de su indiferencia: ella sólo tenía hambre, ¡y sus hijos y su marido también! Como soy una pobre maestra que no tiene dinero para remediar a una familia entera, fui corriendo a exponer el caso a los trabajadores y aquí sí surgió el modo de colaborar. «¡Que se ponga una bandeja a la salida de la Asamblea!». Y en la despedida cada uno echó lo que pudo: casi todos algunas perrillas. Se puso la bandeja, como te digo, y quedaron en ella, no cinco ni siete pesetas, sino… ¡dieciocho pesetas con cuarenta céntimos! Así que, durante tres semanas, se le entregarán al compañero seis pesetas, para que pueda tomar un poco de caldo. Y para que la ayuda sea completa, mientras esté enfermo, se le entregará a la familia un pan diario, pagado por un camarada. Por fin, en cuanto acabe su convalecencia y esté en disposición de trabajar, se ha dispuesto que tenga trabajo en la carretera sin esperar su turno. Esta, Pablo, ésta es la caridad de *los malos*. ¡Que no es lo mismo llevar la cruz en el pecho y cerrar el corazón y el bolsillo al necesitado, que librarse de cruces de aluminio para aceptar la carga de la de *fraternidad humana*, de nuestra verdadera fraternidad!

Julia dejó vagar durante algunos segundos la mirada sobre las paredes desnudas de la Asociación, tomó aire y siguió.

–Y lo mismo pasó con aquel compañero sexagenario que desde hace dieciocho años vive en la misma casa. Un buen día, le aumentaron la renta desde

ochenta hasta trescientas pesetas. ¡Casi nada! Hizo la revisión que le permite la ley y obtuvo una rebaja de cien pesetas. Pero el patrono propietario, en vista de ello, como se ha retrasado unos días en el pago de la renta al no haber podido entregar la remolacha por el tiempo lluvioso, le ha citado inminentemente a desahucio, demanda que el señor Juez se ha cuidado de no demorar ni horas. ¡Hoy, el compañero se ve en la calle porque tardará una semana o dos en cobrar la remolacha con la que ha de pagar la renta! ¡Esa es la *caridad cristiana* del patrono! En contrapartida, los compañeros de la UGT están preocupados porque no hay uno que tenga las doscientas pesetas que hacen falta para detener el desahucio. Se piensa ya en hacer una suscripción, pero una socia, una viuda que con penoso esfuerzo gana el pan suyo y de sus hijos, resulta que tiene accidentalmente esas doscientas pesetas a su disposición por unos días y se ha ofrecido a prestarlas sin interés ninguno. ¡Hemos detenido el desahucio! Esto es la *fraternidad humana*.

Pablo asintió gravemente y Julia acabó con su arenga.

–¿De qué servirá que la opresión de los patronos aumente, si nada puede ni ha de poder en contra de la unión de cientos de trabajadores conscientes? ¡Por encima del pedazo de pan que nos pueda dar el rico hemos puesto la dignidad de la clase trabajadora! ¡Lucharemos sin desánimo, porque, a la corta o a la larga, las sociedades patronales han de romperse con estrépito si persistimos en nuestra Unión! ¿Caridad o fraternidad, me dices, Pablo?

***

Desde el fondo de la Casa del Pueblo sonaban las voces de Francisco Lafraya, Blas Soret, Crisanto Bretos y Victoriano Adrián, voces que se superponían unas sobre otras en un murmullo con el mismo sentido en común.

–La sociedad patronal ha tomado el acuerdo en firme de que sus afiliados no empleen a ningún peón de la UGT…

–Como casi todos tienen a su servicio peones afiliados, les han planteado este dilema: «si te das de baja en la UGT, tendrás jornal todo el año; si no, te despido y no te empleará ningún patrono».

–Los peones han sopesado las ventajas y los inconvenientes. Muchos dirán: «yo tendré jornal todo el año y los trescientos que están en la Bolsa de Trabajo se morirán de hambre».

–Pero otros lo han pensado mejor y han adivinado que no conseguirán la liberación desertando de nuestras filas. Además, tampoco quieren ser el perrito del patrono y le han vuelto la espalda dignamente: ¡ni uno solo ha sido traidor a la causa obrera! «¿Que mañana estará quizá el puchero a la funerala? Pues… comeremos de donde haya».

–Sin embargo, los peones que trabajan en la carretera hacen su labor intensamente. Se ha conseguido respetar un turno riguroso y, por lo menos, son ochenta los obreros que ganan el jornal de este patrono que se llama Diputación.

–¡La Diputación, que no está en la sociedad patronal, y que no excluye a ninguno!

–La carretera de Villafranca se consiguió con la Unión de los obreros…

–Con esta obra todavía quedan jornales para no morirse de hambre en unos días.

–Se consiguió con la Unión de los obreros…

–Fraternidad… –se oyó al fondo la cantinela de Julia.

***

Corría el viento frío de noviembre, así que había que acomodar al cuerpo las solapas del abrigo o la pelliza. Los integrantes del grupo (Nemesio, Andrés, Victoriano, Fermín y Mariano) se apiñaron como para protegerse mutuamente del cierzo, mientras avanzaban a lo largo del trazado de la carretera vigilando la lejanía de los campos.

Después de muchas promesas incumplidas, después de anuncios lisonjeros en vísperas de varias elecciones, por fin, en agosto se había conseguido que comenzasen las obras de la carretera de Villafranca a Marcilla. Con eso se había empleado a setenta obreros, todos inscritos en la Bolsa de Trabajo, que cumplían su turno escrupulosamente y por orden riguroso.

–Cuatrocientas veinte pesetas que ingresarán al día los hogares proletarios –había anunciado Julia cuando se consiguieron las obras.

Pero en noviembre llegó el día en que habían de comenzar los trabajos de recogida de la remolacha, y los patronos, que necesitaban peones, se encontraron con que muchos de ellos no acudían a su llamada por estar realizando sus turnos en la carretera

–Y no han de dejar de cumplirlos, aunque el patrón, este mes o el que viene, les ofrezca más jornal, porque aquello es lo seguro –dijo Victoriano–. Es el jornal todos los días y es el jornal en riguroso turno de bolsa.

–La recogida de la remolacha sería el salario de unos días, ganado en perjuicio de los afiliados de la Unión, a quienes no llamará ningún patrono para trabajar.

Sin embargo, después de llegar a ese acuerdo, de improviso y sin que nadie diera ninguna razón, advirtieron que la carretera se paraba, a pesar de estar ya preparados los planes de trabajo para el mes de noviembre.

–Que dice el Ayuntamiento que conviene pararla.

–¿Pararla? ¡Justo ahora, cuando los patronos necesitan personal para la remolacha! ¿No será ese el verdadero motivo?

Julia, como asesora de la comisión que se ocupaba de la Reforma Agraria en Villafranca, acompañó a los comisionados al Ayuntamiento para interesarse por la paralización de las obras, pero no obtuvieron ninguna respuesta. Enviaron protestas a la Diputación y al señor ingeniero y redactaron oficios para el Ayuntamiento. Finalmente, al comprobar que no quedaba otro remedio... ¡anunciaron una huelga para el 10 de noviembre!

–Si Villafranca viviese en aquellos tiempos en que, si era cura don Fulano o don Mengano, daban con sus huesos en la cárcel los esclavos del caciquismo, la carretera seguiría parada; pero Villafranca no es ya muñeco inconsciente: ¡sus campesinos han decidido protestar!

–¡Agrupados, como un solo hombre, bajo la bandera roja!

El cierzo despeinaba las brozas del camino y los cinco hombres sonreían. A lo lejos advirtieron que Julia, una vez terminado su horario escolar, se acercaba por la vereda sujetando contra el viento las faldas largas.

–¡No ha salido nadie a trabajar! Hoy, el primer día de la huelga, las básculas de recepción de remolacha están cerradas. Los carros que se cargaron

ayer permanecen quietos. ¡La actividad agrícola de Villafranca ha quedado anulada!

Ella les estrechó efusivamente las manos. Los hombres llevaban todo el día vigilando que nadie trabajase en los campos, pero ella les traía otras buenas noticias desde el pueblo.

–¡Además, muchos otros obreros, albañiles o carpinteros, se han unido al movimiento! ¡Esta es la fraternidad de los hermanos trabajadores!

–Luego dirán que en Villafranca se pasan *días de soviet*… o que hemos coaccionado a los obreros –dijo algún escrupuloso.

–Que digan las majaderías que quieran –concluyó Julia–. Al final, siempre resplandecerá la verdad: ¡que la unión de los obreros esta vez ha podido más que el dinero de los patronos!

De vuelta a Villafranca, el pueblo dormitaba sobre una especie de calma tensa. Julia paseó por las inmediaciones del Ayuntamiento: era ella quien había redactado la solicitud de UGT denunciando las presiones de los patronos para que se parasen las obras de la carretera y pensaba que Macario Jericó, el alcalde de la República, era uno de los primeros obligados a justificarse ante los trabajadores.

Como si el hombre hubiera adivinado el reto de la presencia de la maestra, se asomó al poco a la plaza. Sin dudarlo, se dirigió hacia Julia juzgando que ella era la única responsable de las discordias de Villafranca. Los ojos del alcalde se oscurecieron de rabia mientras se encaraba con Julia, que se entretuvo preguntándose cómo un servidor de la República podía esconderse detrás de aquellos grandes bigotes.

–¿Se puede saber qué pretendéis con vuestra provocación? –le espetó en cuanto llegó a su altura.

Ella no se quiso dar por enterada de la crispación del alcalde.

–¿Está ya preparada la respuesta del Ayuntamiento para nuestra carta de la UGT? –dijo en el tono más neutro posible.

–Los huelguistas estáis cometiendo muchas coacciones y yo, como alcalde, debo garantizar la paz en este pueblo –exclamó él por toda contestación–. Sé que unos cuantos hombres, distribuidos en grupos por la huerta y las afueras, hacen

volver a todos los que salen al campo, incluso los que van por verdura para la comida…

–Yo de eso no sé nada –respondió ella con frialdad absoluta–. Sin embargo, sí sé que las mujeres afiliadas a la UGT que seleccionan patatas han suspendido su trabajo voluntariamente… Nadie quiere agachar la cabeza ante los *señoritos*. ¡Tener que parar la carretera cuando a ellos les interesa!

–¡Ojo con lo que hacéis! Algunos están impidiendo retirar la remolacha de la orilla del río, con peligro de que se la lleve en la próxima crecida… Comprended que quienes no simpatizan con la huelga me exigen que se garantice libertad para poder trabajar. A este paso pueden ocurrir incidentes desagradables… –avisó.

–¿Vas a llamar a la Guardia Civil? –dijo ella, retadora.

Macario Jericó dudó entre conservar la poca sangre fría que le quedaba para seguir con las explicaciones o dejar a *la abogada* plantada en mitad de la calle. Él era sincero en su intención de mantener la paz en el pueblo y pensaba que la actitud de los seguidores de la UGT traería más problemas que soluciones. Como alcalde, sólo estaba procurando contentar a todos en lo posible. Finalmente, advirtiendo que no conseguiría convencer a *la revolvedora*, eligió escupir unas palabras que se le salían, casi sin quererlo, de la boca.

–Vosotros veréis… De momento, ya he avisado a la Diputación, ya he explicado que os habéis organizado en una vigilancia por turnos, que habéis amenazado a los que salían a trabajar, que algunos llevan palos y forman grupos numerosos… La Diputación también sabe que esta Alcaldía no dispone de medios para garantizar la libertad de trabajo. ¡Puede haber graves enfrentamientos y tú vas a ser uno de los responsables!

Julia miró a su alrededor antes de retomar pacientemente las explicaciones necesarias.

–La Alcaldía ya conoce la solución –dijo, por fin–. Sólo es necesario que sigan las obras de la carretera… Nosotros nos estamos jugando el dejar morir de hambre a unas cuantas familias… ¡Tú sabes que ningún patrono va a contratar a los afiliados de la UGT para la recogida de la remolacha! ¡Su única posibilidad de supervivencia está en los turnos rigurosos de la bolsa de trabajo!

Macario Jericó, a su vez, respiró con fuerza e hizo un nuevo intento de conservar la paciencia.

–¿Y de dónde quieres que saque las 20.000 pesetas para que sigan las obras? –dijo, por fin.

–Eso pregúntaselo al alcalde –respondió ella con ironía–. A lo mejor debería pedir un préstamo de la Caja de Ahorros…

Después de los cinco días de huelga en el campo y de las tensiones pasadas, conseguido finalmente el préstamo y alguna otra aportación individual, la realización de la carretera continuó, así que Julia, tras su triunfo con los obreros, pudo enviar a finales de noviembre una esperanzadora crónica a Tiburcio Osácar, para que la incluyera en sección habitual dedicada a los pueblos de Navarra: «En fin de cuentas, que la carretera sigue, pese a todo lo hecho y dicho para que no siguiera y que, por primera vez en Villafranca, han conseguido los obreros una cosa justa sin necesidad de quitarse la boina delante del *señorito*. Pues bien, obreros: UNIÓN y UNIÓN, que por ahí y sobre las columnas de la fraternidad y de la disciplina conseguiremos cambiar la faz de Villafranca, para que sea, en breve tiempo, teatro de justicia social…».

***

Los maestros de Villafranca, después de las clases, celebraban una fiesta. Sixto Alonso, Basilia Casajús, Elena Aramendía, Agustina Villanueva, Eloísa Arteta, Felipe Arribas y Nicolás Jiménez llenaron con vino dulce los vasos que habían previsto para la celebración.

–Tanto que pedimos la Biblioteca, hasta con el apoyo de la Agrupación Socialista… ¡y nada!

–¡Tanto que solicitamos ayuda económica para asistir a la Semana Pedagógica! –dijo Basilia.

–Total, para tener que escuchar que los maestros no hacemos nada en la escuela y que ya tenemos dos meses de vacaciones –recordó Nicolás amargamente–. Al Ayuntamiento le es indiferente si estamos bien o mal formados…

Sixto Alonso no quería recordar adversidades y animó a los compañeros a celebrar los éxitos recientes.

–Pero esta vez nuestros esfuerzos han dado sus frutos. El informe del Consejo local al Ayuntamiento solicitando nueve aulas, además de las nueve que tenemos, ha sido atendido.

–Yo, sinceramente, ya daba todo por perdido –dijo Elena.

–Pero resulta que el Ayuntamiento acuerda, por unanimidad, concederlo… ¡y encima, como por arte de magia, se preparara un local para crear inmediatamente las cuatro primeras! –exclamó Nicolás– ¡Es increíble! No salgo de mi asombro. ¿Es posible que los mismos concejales que niegan al pueblo el derecho a leer y al maestro el derecho a mejorarse, concedan el crédito necesario para la creación de nueve aulas?

Sixto no estaba dispuesto a recordar sinsabores. Había que quedarse con lo positivo y con el fruto alcanzado, sin tener en cuenta los padecimientos del camino.

–Es posible, Nicolás, es posible –dijo con la sonrisa beatífica de un sabio paciente–. Y muchas cosas más serán posibles si los concejales dejan de lado sus pasioncillas personales y alzan la vista sobre la inmensidad de las gentes incultas que esperan redimirse con la escuela y con el libro.

–Es cierto –dijo alguno–. No sabemos hacer alabanzas: es más fácil censurar y criticar que enaltecer lo bueno. Pero ahora hay que ensalzar este hermoso acto del Ayuntamiento de Villafranca

–Para ejemplo de tantísimos otros Ayuntamientos, que bien lo necesitan –concluyó Sixto, y acabó en una risa–: ¡Debe ser un acto de contrición que ha hecho el Ayuntamiento! Sólo nos falta que a la contrición siga el propósito de enmienda… ¡y acabe la obra completa con las otras cuatro aulas!

Chocaron los vasos y los celebrantes bebieron. Julia, que no había asistido a clase aquella mañana, entró abruptamente y se dejó caer con cansancio en una silla. Los maestros se sobresaltaron.

–¿Qué? –preguntó Nicolás.

–¿Qué? –respondió ella agriamente– ¿Qué va a ser?

–Viene de Cadreita –aclaró Sixto a los otros, para disculparla–, de asistir a un acto judicial para asesorar a unos labradores.

–Pasan primero diez individuos… y luego otros veinte –se decidió ella a contar acremente–. ¡Sólo tenían que firmar un acta!

Los otros la miraron sin comprender.

–Se va pasando lista. Uno, otro, otro… –Julia los miró a su vez uno a uno, como si de los campesinos se tratase, y luego añadió–: De entre todos, cuatro sabían firmar. ¡Los demás, no!

Los maestros comprendieron su desaliento: la mayoría de los agricultores eran analfabetos.

–Pues bien –se fue reponiendo Julia poco a poco–, los rostros, curtidos por el sol y resquebrajados por el polvo, se han inclinado a tierra para decir que no saben firmar, como si sintiesen vergüenza de su ignorancia. Pero, en un relámpago de energía, uno ha levantado la cabeza y las manos y ha dicho: «¡Aquí están las escuelas que nos dio el Duque!».

–Hace tres siglos que todo el término municipal de Cadreita es posesión de los Duques de Alburquerque –recordó Nicolás Jiménez y siguió ironizando–: Los propietarios perpetuos no iban a pensar en escuelas para las pobres gentes campesinas…

–¡Les bastó con recibir sus talegadas de trigo! –dijo Julia con amargura–. Y hace poco, el Duque de Cadreita, acosado por el empujón de la República, concedió un trozo de su terreno para escuelas y hasta comenzó a levantar un edificio, que es hoy obra muerta…

–Es que no lo hizo a impulsos generosos de cultura, sino para acallar a un pueblo que estaba harto de injusticia.

–Por eso, el primer grito de estas gentes campesinas, al sentirse libres dentro de la República, ha sido: ¡tierra y escuelas! Y como al *amo* le costaban menos unos metros cuadrados de terreno para escuelas que unas hectáreas para cultivar, empezó una obra… ¡que hoy duerme en cuanto se convenció de que la República no era suficientemente revolucionaria!

Julia, que se había levantado de la silla para enhebrar su diatriba, se volvió a sentar, oprimiéndose las sienes entre las manos. Los compañeros se inquietaron.

–¿No te sientes bien?

–Simplemente, se trata de un dolor de cabeza –dijo ella haciendo señal de que no hacía falta que ninguno la sujetase o la ayudase.

–Julia, debes cuidarte –dijo Sixto–. Un día son las palpitaciones y otro las jaquecas…

–Te alteras demasiado –dijo Elena–. No todas las cosas se pueden solucionar tan rápidamente…

–Mira lo de Arguedas –siguió Nicolás, desatendiendo los gestos de Sixto para que no continuase–. Allí también los campesinos piden escuelas para sus hijos. Y entonces el Ayuntamiento cavernícola concede unos amplios salones, propiedad del pueblo, ¡…a las monjitas!

–Así, al mismo tiempo que cobran el sueldo del municipio, imparten a las alumnas enseñanza de pago –dijo otro.

–¡Y, mientras tanto, los que quieren escuela laica y no tienen dinero para pagar a las monjas tienen a sus hijas en la calle!

Julia se había retirado a un lado para tomar el vaso de agua que le llevó Sixto con solicitud y simulaba no escuchar las quejas de Nicolás, que ampliaba el repertorio de vejámenes.

–En Pamplona, en sesión del Ayuntamiento, nuestros tres camaradas propusieron invertir un crédito en construcciones escolares y, entonces, el *Diario de Navarra* pidió que con ese dinero se subvencionase a las Escuelas del Ave María, que tan bien han servido la enseñanza…

Julia, finalmente, se decidió a levantarse para dirigirse al refugio de su casa, pero antes de salir no pudo evitar completar el análisis político de estos acontecimientos.

–Los pueblos callan ante estas cosas porque todavía temen. Pero nosotros no podemos callar: ¡callando sentiríamos la vergüenza de haber cooperado con los enemigos de la República!

Nicolás Jiménez le hizo coro.

–Mientras en los pueblos se mantenga al secretario de hechura jesuítica o dictatorial que esconde las disposiciones beneficiosas para que nadie se entere o mientras se mantenga al alcalde de monterilla, que para despistar se afilió a un

sector republicano y que no se preocupa de la instrucción, habrá un mal de fondo irremediable.

–Pero si un día el pueblo, cansado de estas injusticias, desaloja el local que es suyo y que ocupan las monjas, si quema los papelotes del Ayuntamiento que de nada sirven, o si destituye al alcalde traidor a la República, ¡al pueblo le tacharán de salvaje, de malo, de impaciente, de haber hollado la Ley!

–Y el castigo vendrá fulminante –añadió Sixto, empujándola suavemente del brazo para obligarla a salir– ¡Déjalo, Julia, déjalo!

–Un castigo fulminante sobre los que tienen la boca seca de pedir y el corazón oprimido de tanto esperar –concluyó ella torvamente, dejándose llevar.

Una vez en casa, después de saludar a su madre y hermana y negarse a tomar ningún alimento, se encerró en la oscuridad de su habitación buscando alivio para su jaqueca. Con cierta frecuencia, la tensión y el esfuerzo a los que voluntariamente se sometía le producían crisis de palpitaciones y migrañas. En aquellos mismos instantes estaba padeciendo una tremenda opresión en la frente y en las sienes y, con cada movimiento, el latido de la sangre sobre su cabeza parecía capaz de hacerla estallar. Sentada en la cama, se sujetó con los dedos de las dos manos el cráneo y la frente y masajeó el cuero cabelludo.

A veces, durante algunos momentos de flaqueza, se sentía perdida. ¿Qué era de ella después de buscar durante todo el día el alivio de los humildes? Aquella mañana, había hecho caso omiso de su malestar para ayudar a los labradores de Cadreita en sus intereses legales y luego, a la vuelta, se había comportado desagradablemente con los compañeros, a pesar de la buena noticia de la concesión de las aulas. Había que pensar que, realmente, no iban mal las cosas. La República estaba consiguiendo para los desheredados unas ventajas con las que nunca habían soñado, pero para ello… ¡qué lucha tremenda, qué trabajo violento y qué sacrificio! Fraternidad, humanidad, justicia: esas eran las palabras que ella esgrimía constantemente en su pugna cotidiana. Mientras tanto, en el fondo, a pesar de la mentada fraternidad con los labradores iletrados, a pesar de la camaradería con los amigos maestros o el afecto de las niñas de la escuela, se sentía… ¿Por qué no confesarlo? ¡Se sentía sola y cansada! Allí estaba, después del viaje a Cadreita –un camino que

probablemente daría buenos frutos–, absolutamente apartada de todos y sufriendo en soledad.

La imagen de Sixto y sus solicitudes cruzó por su mente, pero comprendió que lo que ambos sentían era el compañerismo y el aprecio nacido ya desde la niñez. Después recordó a Nicolás Jiménez y Tiburcio Osácar y ambos se le aparecieron junto a la remembranza de un padre. Amigos y compañeros, desde luego, pero tan lejanos de su edad y sus ansiedades… Los colegas de escuela, los jóvenes labradores del pueblo… por último, los *señoritos*. Este último pensamiento la hizo sonreír. ¿Cómo podía pensar en ellos? Desde luego, la soledad actual era siempre preferible a esa fina compañía.

A continuación pensó en otras muchas chicas de su edad de Villafranca, que se habían casado y le enviaban a sus hijas a la escuela, y no envidió su vida. Su propia lucha era mucho más importante que las cuestiones personales. Unidad, fraternidad… Había que seguir en la brecha. La transformación de la sociedad era un asunto mucho más interesante que cualquiera de las minucias personales, pensó mientras se terminaba de acostar.

***

A Julia nunca le duraba mucho el desaliento, así que al día siguiente, ya mejorada de su indisposición, a la salida de la escuela decidió visitar la tienda de ultramarinos de su tío. Juan Resano había sido una influencia notable en su adscripción ideológica de izquierdas y, con su buen humor y su sociabilidad permanente, era uno de los primeros en conocer las novedades en Villafranca.

–Sobrina, ¿sabes ya las últimas noticias?

–¿La construcción de unas aulas? –preguntó ella primero, pero al poco ironizó–: ¿O me vas a contar que por fin recobramos las corralizas y que nos devuelve la suya el Conde de Rodezno?

–Esto es algo mejor, algo mucho más divertido: los patronos de todos los colores, con las derechas, con unos pocos tibios tricolor y algún que otro elemento, ¡están formando una Agrupación!

–Ya había hecho antes la patronal un intento de ingresar en una sociedad política de izquierdas… –dijo Julia.

–¿Y qué saldrá de ahí? –se burló Juan Resano– ¿Saldrá una Agrupación o saldrá una ensalada rusa? Se han reunido ya varias noches y no consiguen ultimar un Reglamento, y es que hay proposiciones pintorescas, por ejemplo, que haya afiliados con cuota de 0,50 pesetas y otros de 0,25, sin voz ni voto.

–Claro –explicó Julia–; éstos serían los obreros, los infelices esclavos que, creyendo que van a encontrar el maná en la baba que les arrojan los ricos, lamen la mano de quien detenta las tierras usurpadas.

–¡Menudo cotarro están armando! Es preferible llamarlo *jazz-band* obrero-patrono-político-sindical.

–Que hagan lo que quieran –dijo ella–. Yo, mientras tanto, te puedo resumir el balance de la UGT: primero fueron 100 y después 200 y 300 afiliados más, todos ellos bien disciplinados y perfectamente hechos a vivir societariamente. ¿Dirán los patronos que son pobres? ¿Desharrapados? ¿Muertos de hambre, quizá? ¿Qué importa si bajo la miseria de su hogar y de su estómago vacío tienen la esperanza de la República?

–¡Tú sí que sabes, sobrina!

Julia se animó a desgranar despectivamente las diferencias entre las dos asociaciones.

–Mientras en el Casino riñen los directores del *jazz-band* obrero-patrono-político-sindical, en la Casa del Pueblo hay que abrir todas las noches el Salón grande del teatro porque no caben los afiliados que acuden a charlar, a leer el periódico, a oír las conferencias, a informarse de los asuntos que les interesan… ¡a preparar una nueva Villafranca para una nueva República!

–Es cierto que los hombres pasan por delante de la taberna sin entrar en ella para acudir a la Casa del Pueblo…

–Hasta las mujeres dejan unas horas de sueño por venir a instruirse en cosas que nadie antes les enseñó, e incluso los muchachos dejan todo por venir a leer y conversar… ¡Todo el pueblo se reúne en afán de mejoramiento intelectual y moral!

–¡Y, mientras tanto, esos pocos y desgraciados obreros que aún lamen la mano del amo se creen que, con 0,25 pesetas de cuota y sin voz ni voto, tienen asegurado el pan y el porvenir de sus hijos!

–¿Qué les darán los explotadores de siempre, los caciques, para que hayan olvidado la esclavitud de toda la vida?

–¡Pobres obreros inconscientes y engañados!

–¡Más les valdría, antes de entrar de músicos de tercera en ese *jazz* que se organiza, pensar en la UGT, y en que los trabajadores no se redimirán nunca por las migajas que pueden arrojar los ricos, sino por su propio esfuerzo!

7. Eulogio y *la mala*

Pamplona, 1933

Hacía frío en Pamplona aquel mes de enero de 1933, pero Eulogio no dudó en acudir a la conferencia organizada por la UGT en el salón de actos de las Escuelas de San Francisco. Era una obligación moral, a pesar de ser sábado: se trataba de un deber que tenían los trabajadores. Había escuchado a Constantino Salinas, a Mariano Sáez Morilla, a Carmelo Monzón… y todavía quedaban unos cuantos oradores más. ¡Ah! Además, las charlas encerraban otra estupenda primicia: aparte de los disertantes masculinos, por primera vez, se podía también disfrutar de las alocuciones de algunas mujeres: Julia Álvarez, Juana Ontañón, Rosaura López…

Eulogio había llegado demasiado pronto y estuvo deambulando entre la calle Nueva y la calle Mayor, esperando el comienzo del acto. Cuando vio que ya habían cruzado unos cuantos el arco central de las viejas escuelas municipales se aprestó a ingresar también en el edificio y se dirigió al amplio salón. Salvador Goñi y Julia Álvarez, sentados en la presidencia, ya habían comenzado su lección.

Sentado gravemente, con el sombrero entre las manos, el muchacho apenas se enteró de lo que contaba el primer orador, ya que estaba esperando la intervención de la segunda. Eulogio había oído hablar de ella e incluso la había avistado desde lejos en alguna ocasión, pero nunca la había podido contemplar desde una distancia tan corta. Sentada frente a él, la mujer parecía mucho más joven de lo que casi todos los asistentes habían imaginado. Eulogio la miró y creyó que le sonreía. Ella vestía, como en otras ocasiones, un vestido oscuro y amplio, que permitía adivinar una silueta rotunda y generosa, que el chico procuraba quitarse de la cabeza. Por dignidad, debía considerar a la mujer como

una compañera, frente a la visión anticuada de la hembra en su función de madre o de prostituta (cuestión que había mencionado someramente alguno de los oradores anteriores). No obstante, a pesar de la obligada seriedad del acto, a Eulogio le pareció que los ojos de Julia despedían alguna chispa juguetona: sus pómulos graciosos y su barbillita picuda sugerían aventuras revoltosas.

–¡Qué mujer, eh! –le dijo de improviso el vecino de asiento, adivinando sus pensamientos–. Lo peor de este mundo es decir la verdad… Esa es *la Julia*, ¡*la mala*!

Eulogio se volvió torvamente. No le había gustado nada aquel apelativo.

–Sí, decir la verdad. Y esa es *la mala, la mala*. Así es como la llama la gente reaccionaria –le aclaró por lo bajo el compañero, un hombre de cierta edad–. Es que *los malos* hemos sido siempre los republicanos. Ese es un remoquete muy antiguo y muy usual que nos ponen los enemigos de las ideas renovadoras. La docena de socialistas, y la otra docena que entonces simpatizábamos con las ideas marxistas, no éramos los malos, éramos más que malos, éramos los leprosos…

Eulogio se escandalizó de la perorata del compañero y le hizo señas de que hablase más bajo. Al mismo tiempo, acabada la disertación de Salvador Goñi, Julia Álvarez se levantó para hacer uso de la palabra y dio un enérgico paso adelante, como enfrentándose al auditorio. Eulogio se sintió repentinamente intimidado. ¿Habría oído algo de las palabras del viejo? La figura de la mujer, en pie, le hacía sentirse extrañamente acomplejado, pero con un sentimiento insólito y dulce a la vez. Nuevamente, evitó mirar al pecho de la oradora, que subía y bajaba al compás de su verbo impetuoso, y sintió aparecer en la boca del estómago un revoloteo de mariposas cálidas.

La mala. Quizás no era tan mala… La voz de Julia sonaba acogedoramente y adquiría matices graves cadenciosos. ¡Qué voz arrulladora!, pensó Eulogio, mientras se asombraba de haber podido concebir él solo un adjetivo tan rebuscado. Y en tanto sonaba el murmullo de las palabras, el rostro de Julia se transmutaba desde una máscara alegre a otra preocupada, desde un gesto optimista hasta otro combativo: las cejas oscuras subían o bajaban, mientras las mejillas se estiraban para dar lugar a una sonrisa o la boca se

plegaba en un mohín gracioso. Una línea definida y exacta dividía en dos mitades el cabello oscuro, recogido en el moño de la nuca, y Eulogio imaginó neciamente la aventura de soltar la ligazón. ¡Qué martirio de atadijo en el cabello y qué pasión desenredarlo!

Pero, ¿qué estaba diciendo *la Julia*? Eulogio no se estaba enterando de nada y el vecino de al lado probablemente tampoco porque, cuando el trueno de una ovación premió el esfuerzo de la oradora, ninguno de ellos se había percatado de que la prédica ya había terminado. Como un solo hombre, Eulogio y su convecino se pusieron en pie para festejar con aplausos el esfuerzo de los disertantes y, sin saber muy bien dónde iban, se dejaron conducir hasta la calle. Allí el viejo retomó su cantinela.

–Nosotros, los pocos republicanos que respondíamos a las arengas de don Basilio Lacort cuando Pamplona y Navarra eran el feudo íntegro-carlista, éramos los malos, cuando ser republicano constituía un martirio.

Eulogio, que todavía seguía afectado por la impresión recibida, asintió.

–Donde pisábamos nosotros, si pisaban ellos, quedaban rojos; si tocábamos algún objeto y lo tocaban ellos, se quemaban; no podían beber agua de la fuente en que nosotros bebíamos porque se envenenaban, ni escuchar lo que decíamos, porque quedaban sordos… ¡Ja, ja!

El viejo, como si se conocieran desde siempre, empujó a Eulogio hacia la calle Nueva, cruzaron San Antón y se internaron en San Nicolás, buscando alguna taberna.

–No éramos *los malos*, ¡éramos más que malos!

Eulogio pensó que no estaba bien culminar la sesión cultural de la tarde del sábado emborrachándose en las tascas de la zona, pero el compañero parecía decidido a completar la función con el recuerdo de su pasado socialista.

–Esto eran los socialistas de entonces y los que con ellos coincidían: seres cuya contaminación causaba esos estragos –añadió, volviendo al comienzo de su apología–. No puede extrañar, por lo tanto, que ahora surja una *mala* más para la reacción ¡y que ésta sea *la Julia*!

Eulogio dio un respingo, volviendo abruptamente en sí y recuperando el perdido don de la palabra.

–¡Que es una mujer de condiciones! –exclamó intentando meter baza en un tema de conversación que le interesaba sobremanera.

–¡Qué mujer! –añadió el compañero, elevando el tono– ¡Que saben que es muy difícil disuadirla con sermoncitos! Y saben que en Navarra representa un peligro interponiéndose en el camino de la propaganda falaz y nefasta de sus enemigos.

Después de trasegar con fruición sus dos chatos, de una taberna pasaron a otra similar, donde al viejo camarada le bastó un simple gesto al camarero para conseguir otra consumición, que también se echaron al coleto sin dudarlo.

–*La mala* es mala para los que así la llaman porque es socialista –se explayó Eulogio un poco mareado: él aún no se había acostumbrado a beber tan rápido.

–Es mala porque es maestra y temen que quienes reciben sus lecciones y atienden sus consejos salgan socialistas –dijo el más viejo, con acento doctoral.

–Porque es laica –dijo Eulogio, dejándose arrastrar nuevamente hacia la calle–; porque con claridad meridiana explica a los espíritus proletarios las desigualdades de la vida…

Cruzaron la plaza del Castillo y la Estafeta y bajaron por la calle Javier justo cuando un grupo de jóvenes fascistas irrumpían en la plaza con sus cantos.

–¡Viva Cristo Rey!

–¡Viva España Única! ¡Viva España Grande! ¡Viva España Libre! –gritó Luis, que conocía la consigna que hacía poco había popularizado Onésimo Redondo

–¡Eh, Luis! ¡Más fuerte! –gritaron al que parecía llevar la voz cantante.

–¡Abajo la República! –gritó el interpelado– La Patria vive días de luto y de sangre, y se impone para todos el sacrificio y las privaciones… ¡Fuera el ateísmo y la inmoralidad!

–¡Por Dios y por la Patria!

–¡Fuera los comunistas y los enemigos de la propiedad y de la Iglesia!

Mientras tanto, Eulogio y su acompañante habían torcido a la izquierda por la calle Caldderería y buscaban el refugio de otros chatos de vino en nuevas

dependencias. El suelo vinoso de algunas tabernas parecía querer cobrar vida y se rebelaba contra los pisotones de los borrachos.

–*La Julia* es mala –lanzó Eulogio su dedo acusatorio contra cualquiera de los parroquianos– porque demuestra a los trabajadores del campo que la tierra es de todos y debe ser trabajada por todos.

–Porque arremete contra el capitalismo –añadió el viejo–; ¡contra el capitalismo culpable de la inopia del obrero!

Alguno de los presentes se acercó hasta la puerta entornada para vigilar el ambiente de fuera, pero los patriotas de la plaza del Castillo no solían llegar a aquellos antros tan degradados.

–Porque aboga por… –Eulogio sintió unas repentinas arcadas que le obligaron a llevarse las manos a la boca, pero consiguió terminar su palique– ¡porque aboga por la desaparición del caciquismo y de los latifundios!

El viejo, que dominaba bien las asechanzas del alcohol, observó serenamente que Eulogio salía con grandes prisas para aliviarse en la calle. Algunos parroquianos los miraron con guasa, pero él los ignoró, escudado tras una sonrisa altiva y, finalmente, también salió. Una vez afuera, esperó a que el compañero se recompusiera un poco y lo tomó del brazo, envestido de cierta dignidad. Tenía que enseñar al jovenzuelo a dominar el influjo de los chatos de vino y le quiso mostrar que, para despejar la cabeza y disipar la congestión, lo mejor era evaporar los efluvios del alcohol a fuerza de pasear la borrachera. Por otra parte, la frialdad de la noche ayudaba a eliminar emanaciones etílicas; así que lo dirigió hacia el Redín para avistar el río Arga desde lo alto de las murallas. Dejaron a un lado la Navarrería y se dirigieron hacia la catedral de Santa María la Real. La visión de la Iglesia inspiró a Eulogio un nuevo panegírico.

–*La Julia* es mala porque no pierde el tiempo rezando ni escuchando salmodias…

Frente a la catedral, la aparición de la Escuela de Maestros iluminó a su vez al anciano socialista.

–Es mala porque aspira a una sociedad equitativa donde la educación sea la misma para todos, y no especial para el de cuna de seda y mediocre para el de colchón de borra…

–¡Por eso es *mala* nuestra compañera! –concluyó Eulogio mientras se asomaba para alcanzar la vista del Arga.

Un viento gélido lo vino a despertar totalmente. ¿Qué hacía a esas horas de la noche paseando con un desconocido? ¿Cómo se le había ocurrido emborracharse y suplantar la imagen de su amada Julia por la compañía de aquel viejo bebedor empedernido cuya compañía le iba a costar una pulmonía? Eulogio se despidió torpemente y abandonó a su amigo en la soledad amurallada del Redín. Contra la oscuridad de la noche el viejo socialista alzaba los brazos y gritaba su mensaje a la soledad silenciosa.

–Lo peor de este mundo es decir la verdad…Julia*, la mala,* ¡para nosotros es *la buena*!

Eulogio, salvado milagrosamente de la borrachera y de la neumonía, desanduvo sus pasos anteriores desde el Redín hasta la Navarrería y de allí a la plaza del Castillo, donde todavía sonaban unas voces que él rehuyó.

–Esos padres, con hijos paganizados que saludan con el puño cerrado a una sociedad desconocida, que pretenden la lucha de clases… ¡esos son los culpables de los desastres de la Patria!

–Sigue, Luis, sigue –animaron al orador los jóvenes antirrepublicanos.

–¡Abajo los que tienen la Patria renegada, la familia y la propiedad, quebrantadas, bamboleándose…! ¡Quien siembra vientos, recoge tempestades!

–¡Muerte a los que queman conventos y nos quieren robar las propiedades!

–¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!

Eulogio se escurrió entre las sombras de los soportales y cruzó algunas calles hasta llegar a la suya. Abrió con mano temblorosa y helada el postigo de la puerta de su casa y llegó hasta el dormitorio solitario. Su cama de mantas ásperas y lanudas lo acogió amorosamente, vestido como estaba. Una vez adentro, el calor de su cuerpo lo confortó de las miserias padecidas y el recuerdo

de *la Julia* lo condujo hacia un ensueño amable que mezclaba la razón con la quimera.

–Sigan los clericales, los católicos, los integristas, los carlistas… siga todo el conglomerado reaccionario llamando *mala* a nuestra Julia –suspiró entre sueños–, que mientras nosotros la tengamos por buena, a los socialistas nos importan bien poco los ladridos de todos esos gozquecillos…

8. Colectivismo

Villafranca, verano y otoño de 1933

Aunque me lo digan, no soy soberbia. La victoria ha sido cierta y probada en este caso: por fin, nuestros campesinos han comenzado en Villafranca una verdadera labor de colectividad. Pero el superávit económico que se va a conseguir no es lo más importante, sino la nueva etapa de desenvolvimiento societario lograda. Este es un avance de tal envergadura que se ha de registrar como el primer jalón para la construcción de una nueva sociedad, alejada del régimen capitalista.

Pablo Sánchez, fundador de esta Sección de la UGT, contrató en octubre del año pasado el trabajo del cargue de la remolacha con la Azucarera de Marcilla. Durante los meses de noviembre, diciembre y enero, los obreros de la UGT se han estado turnando para llevar a cabo este trabajo colectivo en jornadas de 8 horas a razón de 8 pesetas de jornal al día. La ganancia sobrante iba a redundar en beneficio de la Sociedad y su ensayo cooperativo. Pues bien, después de realizar los trabajos, ¡el beneficio sobrante ha sido de casi mil pesetas! Y mientras tanto, todas las Azucareras se han visto obligadas a pagar a 8 pesetas el jornal, las peonadas se han realizado por turno riguroso y hemos desterrado al contratista crónico…

Tras este primer ensayo teníamos que continuar la trayectoria: Nemesio Las, el más ardiente defensor de la colectividad, ha hecho las gestiones necesarias para conseguir un nuevo trabajo colectivo: el engravado de 7 kilómetros de la carretera en esta época de gran crisis de trabajo. Mientras no llegue la recolección de los cereales, no existe ninguna otra labor que la de los 70 peones que salen a la carretera de Villafranca a Marcilla. Los patronos se

cruzan de brazos ante esto; pero nosotros, los obreros, nos hemos organizado colectivamente para salvar la crisis.

Los carros y caballerías de los afiliados se reúnen hasta formar un grupo de 16, y se establecen los turnos: cada obrero trabaja tres días, para que pueda ganar por lo menos tres jornales en cada quincena. Los hijos de las afiliadas viudas, que no son afiliados, también disfrutarán de su turno. Y el hijo de 15 años de *Fulano*, encarcelado y procesado junto a otro hijo y que ha dejado otros seis más hambrientos en casa, ése no tiene que turnarse: ese irá todos los días.

El trabajo se realiza sin capataces ni encargados y no se excluye a ninguno: el más viejo se conformará con recoger unas piedras y su escaso rendimiento lo suplirán los jóvenes. Pero todos trabajan con entusiasmo: el entusiasmo propio de los obreros de la UGT, sin necesidad de que un tercero vigile o inspeccione. Si hay ganancias al final, se dedicarán al fondo de la Sociedad, al fondo del ensayo cooperativo o al aumento de los jornales de los obreros.

Ya no se trata de un sueño utópico: hace tres días que los obreros trabajan en la colectividad y los rendimientos han superado todos los cálculos. El entusiasmo y el espíritu colectivista han conseguido un fondo económico suficiente y una educación colectivista, que ha de llevar finalmente hasta el destronamiento del capital. Abrimos los brazos a todos los obreros para que acudan a enrolarse en este nuevo ejército que forman los obreros de la UGT; ¡un ejército que tiene por bandera la fraternidad, por patria el universo y por lema la revolución!

***

La Casa del Pueblo hervía de animación. Francisco, Blas, Crisanto, Nemesio, Andrés, Victoriano, Fermín, Mariano y unos cuantos más hablaban fogosamente e incluso se interrumpían unos a otros para quitarse la palabra. Mientras tanto, Julia los observaba y tomaba las notas que enviaría a Tiburcio Osácar para *¡¡Trabajadores!!*.

–Otra cosa, relacionada con el paro y de la que debemos ocuparnos, es organizar, desde ahora, la realización integral de la Reforma Agraria.

–¡Que debe hacerse este mismo otoño!

–Digan lo que digan Rodezno y Aizpún, para nosotros en Navarra el asunto está claro. En cada pueblo las Secciones campesinas deben estudiar sobre qué campos, cómo y en qué forma se aplicarán los derechos consignados por la Reforma.

El acuerdo de las voluntades se reafirmaba con el movimiento de las manos y la ratificación de todas las frentes asintiendo a la vez.

–Y una vez acordado el programa, cada pueblo debe ir a realizarlo con decisión, tal y como está consignado en las Bases de la Reforma.

–¡Las corralizas deben pasar, real y efectivamente, a poder de los pueblos este mismo año!

Alguno se removió, a medio camino entre el acicate del miedo y de la excitación.

–Claro está, que los corraliceros harán una resistencia desesperada para evitar que les quiten las tierras.

–¡Pero no hay que hacerles caso! Y como el pueblo tiene la razón y además tiene la fuerza, ¿quién va a ser el que le impida hacerse cargo de lo suyo? –dijo una de las voces más graves, con machacón acento local.

–Lo único que hace falta, pues, es uniformar la acción y dar la batalla sin contemplaciones.

–Se dirá que esto atenta a los sagrados derechos de la propiedad… –opuso alguno.

–Bueno, ¿y qué? ¿Acaso esos propietarios no atentaron y atropellaron antes la propiedad de los pueblos? ¿No han abusado y explotado, en su provecho personal, sin derecho alguno, lo que fue y es de todos? Pues quien roba a un ladrón…

–¡Aún merece recompensa! –con risas.

–No hace falta más. Eso y, además, el hacerlo todo disciplinadamente, todos a una, y con cabeza, respetando cuanto se pueda a las personas –añadió el más viejo.

–Pensando, de antemano, cómo se hará frente a los problemas que puedan presentarse hoy, mañana y al día siguiente…

–Con ese criterio, la revolución se hará en poco tiempo y veréis cómo se esconden y escapan, igual que conejos, todos esos que ahora hablan del fascio, de guerra al Socialismo, de caos económico, de que no se debe permitir la aplicación de la Reforma Agraria en Navarra…

–Y los que hacen de la religión y el fuerismo una máscara para esconder sus bienes mal adquiridos…

Julia terminó la redacción de su artículo, que se publicaría a comienzos de agosto, con un llamamiento apasionado: «Obreros y campesinos: Mil veces se os habló de la revolución. ¡Ha llegado el momento de realizarla!».

La mecha de la Reforma Agraria había prendido ya en muchos pueblos de la Ribera navarra y el 7 de octubre se realizaron ocupaciones de fincas y corralizas en unos cuantos pueblos: en Tudela, Villafranca, Valtierra, Cabanillas, Monteagudo, Peralta, Pitillas… En Villafranca, los afiliados a la UGT y muchos simpatizantes se reunieron frente al Ayuntamiento para exigir que se aprobaran con carácter inmediato las bases del reparto de tierras de labor.

–El corralicero Lapuerta, en Valtierra, ha cedido 6 robadas de tierra a cada jornalero mayor de 25 años, soltero o casado…

–Los campesinos tudelanos han llegado hasta la muga de las corralizas, pero los ha disuelto la Guardia Civil…

–En Fustiñana se han ocupado unas cuantas fincas y se han sembrado los comunales como si nada…

–Muchos pueblos ya están cortando leña y repartiéndola a cualquiera…

–Alcalde, ¿vas a llamar a la Guardia Civil?

–¿En qué campos aplicaremos la Reforma Agraria?

–¿Cuándo nos vais a devolver las corralizas y los comunales que robasteis al pueblo?

***

Aunque me lo digan, no soy jactanciosa. Otra victoria cierta y probada después del cargue colectivo de la remolacha sigue dando señas de nuestro nuevo triunfo colectivo: la venta colectivista de la patata. ¡Con ella hemos vencido de un golpe a los traficantes e intermediarios locales, que desprecian constantemente el trabajo de los pequeños agricultores!

Todos los años, los pequeños cultivadores, al llegar la época de vender las patatas, habían de acudir a uno o dos traficantes de la localidad: gentes de comercio, con la epidermis dura para sentir el reactivo de la ética más fundamental, que hacían oscilar el precio hacia abajo, según sus conveniencias.

Este año en la UGT hemos organizado la venta directa y en colectividad. Anunciamos en distintas plazas de importancia la comercialización de 400.000 kilogramos de patatas y pronto se pudieron colocar casi todos. Y si la víspera de entrar en negociaciones los especuladores hicieron bajar su precio desde las dos pesetas hasta una con ochenta, la UGT acabó contratando a dos pesetas y siete céntimos y medio la arroba (a quince céntimos y medio el kilogramo) y, así, ha vendido 23 vagones de patatas (un total de trescientos cincuenta mil kilos), que han salido puntualmente de la estación de ferrocarril hacia su destino.

Mientras tanto, otros campos enteros de patatas esperan que llegue un comprador: los campos de los incautos, de los que odian la unión y huyen de la Casa del Pueblo suponiendo que son de una raza superior porque cultivan las diez robadas de tierra que les arrienda el cacique.

Pero ahora yo digo: Villafranca es un pueblo eminentemente agrícola, que tiene las mejores frutas de la Ribera, que tiene además pimientos, trigo y verduras en abundancia… Entonces, sopesando los resultados del ensayo cooperativista de la UGT, ¿por qué no nos decidimos a borrar los intermediarios de toda clase y, quitando fabricantes y cambistas, tomamos por cuenta de la Sociedad la transformación de los productos? ¿O por qué no pactamos nosotros derechamente con Cooperativas las ventas directas? ¿Por qué no establecer relación con grandes plazas comerciales?

Todo ello podrá conseguir la unión de los trabajadores, que es el único camino para triunfar en justicia. Por eso, a vosotros os digo:

–¡Adelante, pues, campesinos de Villafranca! El triunfo está a medio camino entre el capital, representado por la clase caciquil y explotadora, y nosotros, trabajadores de toda clase. Y será nuestro si, uniendo la acción a la palabra, arrojamos a la cara de cuatro *semiseñoritos* nuestra victoria: ellos dicen que *Con mítines no come la gente*; pero nosotros les contestamos que comemos

con el producto de nuestras cosechas vendidas en colectividad. ¡Y, mientras, sus patatas se pudren en el campo!

9. El Centinela

Madrid, junio de 1933

Matilde de la Torre también era socialista. Cuando la animaron para presentar su candidatura como diputada en las elecciones del 33 ya estaba al tanto de las andanzas de Julia Álvarez y, aunque todavía no se conocían en persona, habían intercambiado algunas cartas en unas cuantas ocasiones. A ella el Partido Socialista la presentaba por Asturias y a Julia, con Ricardo Zabalza, por Navarra.

–Una chica bastante joven –suspiró.

Matilde de la Torre, con casi 50 años, tenía a sus espaldas una gran experiencia como educadora y ensayista, era conocida por sus labores de recuperación del folklore y por sus habituales colaboraciones en *El Socialista* y *La Región*. También era ardiente defensora de la emancipación de las mujeres, así que la energía de Julia y el ejemplo de su protagonismo en la lucha social llegaban a emocionarla. Y no debía ser nada fácil el cometido de Julia en Navarra, una tierra donde tanta fuerza tenían todavía las derechas. Más aún, algunos amigos le habían descrito una pintura de Villafranca bastante desagradable. ¡Quizás en Asturias no fuera tan trabajoso mantener los ideales de la República como en la Ribera de Navarra!

Julia le había confesado que se inició en las ideas socialistas ya en la infancia gracias a su tío, Juan Resano, que regentaba un pequeño comercio en la localidad; así que la escritora decidió devolver una pequeña recompensa al instructor de su amiga con el artículo que quería redactar para *El Socialista*. Lo dedicaría a Julia Álvarez: tanto ella como su mentor se lo merecían.

Matilde de la Torre se quitó las gruesas gafas y las depositó durante algunos minutos sobre la mesa. Se llevó las manos a la cara y se oprimió los ojos con las yemas de los dedos buscando el descanso. A continuación, despejó de la frente algunos cabellos que habían escapado de su moño bajo, como si con eso procurase liberar sus propias ideas, y comenzó a teclear con decisión en su vieja Hispano Olivetti un artículo dedicado «A Julia Álvarez, socialista en Navarra». El

título, «El Centinela. Una casita en Villacaciques», ya era un señuelo y un aviso para quien quisiera entender de qué estaba hablando.

Y así comenzó su relato aludiendo a la casa donde vivía un socialista, el único socialista de un pueblo de derechas. El socialista era un personaje señalado en el pueblo como blasfemo y heterodoxo porque, según decían, hablaba en las tribunas «ofendiendo a las buenas costumbres, a la economía y a la religión sacrosantísima. Además, escribe en periódicos herejes toda clase de blasfemias, obscenidades y mentiras.»

Matilde de la Torre sonrió para sus adentros valorando el uso que acababa de hacer de la ironía. Sabía que muchos veían así a los socialistas, como herejes y masones, y no resultaba exagerado atribuirles injustamente la sombra de la violencia y hasta del asesinato. A ella misma también la habían acusado de blasfema cuando insistía en la necesidad de una mayor justicia social.

Por eso siguió hilvanando su discurso para describir el empecinamiento de los representantes de la iglesia local y de las falsas beatas en la persecución del socialista de Villacaciques. Frente a su puerta se fijaron carteles con avisos de la asechanza del infierno, construido ex profeso para alojar a los socialistas. También recibía anónimos amenazantes, y se encontraba aislado en medio de una sociedad pueblerina incapaz de atreverse a confraternizar con el calumniado. Hasta los niños de Villacaciques, hijos de sus padres, insultaban al réprobo socialista acechándole y gritando alrededor de su casa…

El socialista tenía un pequeño negocio familiar –al igual que aquel familiar de Julia Álvarez en Villafranca–, negocio que sufrió el boicoteo galopante y unánime de sus paisanos, con la pretensión de expulsarle.

Pero aquello no podía continuar. La razón se debía imponer y tenía que triunfar a toda costa la justicia, así que Matilde de la Torre continuó: «Pero el socialista no se va. No se va, señor. ¡No le da la gana de irse! ¡Caprichos! ». Y ella lo imaginaba contestando a todos aquellos que se extrañaban de su testarudez:

–Mire usted. Si en algún lugar del mundo hace falta, no digo yo un socialista solo, sino cuatrocientos socialistas, es precisamente en Villacaciques.

Mi puesto es el de un centinela: si huyo, el enemigo triunfa. Mientras yo esté..., ¡no ha triunfado todavía! Yo no desertaré de mi puesto.

Matilde de la Torre ultimó su texto y lo releyó satisfecha. Esa, precisamente, era la idea que pretendía comunicar a los lectores de *El Socialista* y a los habitantes de cualquier lugar que se pudiera asemejar a Villacaciques. Había que resistir, como el centinela, como el soldado que no piensa desertar de su puesto ni de sus ideas, hasta que se produjera el triunfo definitivo de la razón. No cabía desfallecer ante las dificultades ni ante las calumnias de los esbirros de los caciques locales. La historia del socialista de Villacaciques, encarnada en la vida real por Julia y por su tío Juan Resano, podía servir de ejemplo para otros pueblos que se mantuvieran bajo el poder de un oligarca local. Aquel hombre testarudo no podía fracasar: se mantendría en su puesto, viviendo de su pequeño negocio, feliz y respetado por sus convecinos… ¡Merecía la pena el esfuerzo de mantener la guardia frente a las asechanzas del enemigo!

Matilde de la Torre tomó su texto y se dirigió a la sede de *El Socialista*, que lo publicó en su tercera página del día 2 de junio de 1933.

Juan Resano, en Villafranca, todavía mantenía su negocio.

10. Mezquindades y grandezas

–Esto parece un consultorio sentimental –dijo Julia por lo bajo, mientras los afiliados entraban y salían de la sede de la Casa del Pueblo.

–Si vienen, es porque tú los aconsejas bien –contestó Sixto ocultando una sonrisa.

–Ya… ¿y cuántas veces no puedo hacer nada y me muero de rabia?

–En esas ocasiones, los escuchas, que también es importante…

La mujer que acababa de sentarse delante de la mesa era una vecina de Julia de toda la vida, una mujer que nunca había salido del pueblo, pero que conocía las engañifas del mundo antes de que nadie se las explicase.

–Y digo yo que en el Ayuntamiento de Villafranca hay agentes que deben tener comisión en ciertas oficinas –la mujer calibró la posible aceptación de Julia ante tal acusación.

–Siga, siga…

–Total que, como soy viuda, me presento a llenar las hojas de declaración de riqueza catastral. Que estaban allí sentados bien repantingados el secretario, el vicesecretario, una auxiliar, un alguacil que hace casi siempre trabajo de oficina… Y yo, que digo: «¿Y cómo se rellena esto?». Y en vez de contármelo, me dicen: «Estas hojas las hace muy bien Fulano de Tal. Vaya usted a su casa, que allí se las harán.»

–Y ese Fulano de Tal cobra por hacerlas, ¿verdad? –dedujo Julia.

–¡Anda, tú!

–¡Enchufes socialistas que tenemos! ¡Vergüenza de Ayuntamiento socialista! –Julia se apresuró a cumplimentar los documentos antes de que nadie se lo pidiera– ¡Traiga aquí!

Al poco subió un pequeño tropel de solicitantes que quería que Julia les redactase algunas reclamaciones. Había un viejo que venía a denunciar que su hijo estaba en la cárcel por insolvencia al no haber pagado una multa por cantar y cuando solicitó al alcalde que le dejara salir para concurrir a un mitin que el propio hijo había organizado, éste le contestó que no tenía constancia de que tuviera voluntad de asistir. Otros dos muchachos se quejaban de que nada más entregar una instancia solicitando un socorro, la habían contestado a las pocas horas diciendo que estaba visto y archivado.

–¡Necesitarán armarios nuevos para archivar todos los papeles que no quieren mirar!

Pero el número mayor de administrados lastimeros se quejaba de que, de improviso, el Ayuntamiento había desempolvado expedientes antiguos para reclamar las pequeñas deudas que hubiera: una peseta, ocho, algo. El plazo para el pago se daba en tono de ultimátum: «O paga en 24 horas o se le embargará».

–Y es que es mala época, la peor del año: no hay ni jornales ni cosecha y no tengo esas dos pesetas en el plazo.

–Hay derecho, desde luego, a cobrar lo que se adeuda por cualquier concepto –decía Julia con paciencia antes de volver a impacientarse–. Pero no hay derecho a acorralar a la gente para que pague en plazo brevísimo cuando los asuntos han dormido y se han dejado pasar tiempo y más plazos…

–Será que el secretario necesita reunir dinero para acudir al Congreso –dijo con sorna uno de los quejicosos.

Por último, entraron a parlamentar dos mujeres que se ganaban la vida vendiendo helados.

–Al alcalde le molesta que vendamos helados y nos ha prohibido hacerlo de una a tres de la tarde, la única hora en que es vendible la mercancía... –dijo una de ellas.

–Nos ha llamado para amenazarnos con muchísimos males y le hemos dicho que tenemos todo el derecho a vender a esa hora.

–Y entonces… –dudó la primera.

–Y entonces, ¿qué? –apremió Julia.

–Entonces nos ha dicho con mucho rostro: «Eso no os lo aconseja más que *una revolvedora*, que está revolviendo el pueblo y no sabe ni una palabra de estas cosas».

–Por eso hemos venido aquí.

–Aquí, donde *la revolvedora* –concluyó Julia, mientras se ponía violentamente en pie.

Después lo pensó mejor y se volvió a sentar haciendo acopio de paciencia. Movió los papeles entre los que se encontraban las Ordenanzas Municipales e intentó buscar alguna norma aplicable al caso. Finalmente, despachó a las protestonas prometiendo que se interesaría por el asunto.

–Julia, ¿dónde vas? –preguntó Sixto cuando la vio salir sin despedirse, pero para entonces ella ya había bajado casi todas las escaleras.

Primero se dirigió hacia el Ayuntamiento, que, naturalmente, estaba cerrado: nunca se abría por las tardes. Después, conociendo que era más fácil encontrar al alcalde en las cantinas, se puso a inspeccionar todos los locales de Villafranca. Cuando iba por el cuarto, se lo encontró jugando una partida de cartas con el alcalde de Pitillas, un pueblo cercano.

–Alcalde… ¿de la República? –le espetó nada más entrar.

Algunos parroquianos se sorprendieron de ver allí a una mujer y otros se hicieron los desentendidos. Macario Jericó no se dignó a mirarla.

–Yo soy Julia, según tú dices, *la revolvedora* –insistió ella con rabia y a continuación le escupió la retahíla de reproches que desde hacía bastante tiempo estaba rumiando–. Cuando un alcalde está denunciado por dar una corrida ilegal y sin autorización del Ayuntamiento; por poner en una escuela una especie de prostíbulo, teniendo que quedarse los niños sin clase por usurpación del local; por gritar *¡viva el comunismo!* a altas horas de la noche; por estar en una taberna a las once y media, cuando él mismo multa al que no cierra después de las once; por estar a la una de la madrugada alborotando en una calle, convidando a vino a los serenos, diciendo frases soeces, etc. y… sigue siendo alcalde... ¿será que tiene derecho a hacer y decir todo lo que le dé la gana?

El hombre, por fin, se giró y se encogió de hombros antes de responder pausadamente:

–Déjame en paz. Te recuerdo que soy alcalde por los votos de izquierdas que me han dado los vecinos de Villafranca. ¿Quién te ha dado voz o voto a ti?

–Sí, es cierto –dijo ella procurando dominarse–. Tienes el puesto que ocupas por los votos de las izquierdas de Villafranca, pero de unas izquierdas sin organizar, manejadas por cuatro saltimbanquis y negocieros de la política…

El camarero, a un gesto de Macario, se acercó a ella para empujarla hacia la puerta, pero antes de que llegase, Julia tomó la determinación de salir mientras enviaba al alcalde una amenaza con fanfarronería.

–Cuando toque la hora de derribar el tinglado del actual Ayuntamiento y de sustituirte, los obreros organizados de Villafranca no van a olvidar estas lecciones que están recibiendo y, en tu lugar, llevarán al Ayuntamiento hombres responsables de corazón grande pero de cabeza bien equilibrada.

Al poco de salir aún volvió a entrar para espetarle con ironía:

–Alcalde… ¿de la República?

Después de esa *función*, Julia no podía serenarse. Recordaba los festivales teatrales que se daban en la Casa del Pueblo, donde trabajaban muchachos y muchachas campesinos sanos e ilusionados, que memorizaban sus actuaciones con empeño y con entusiasmo; recordaba las lecturas y las lecciones donde participaba el pueblo indocto para cultivarse… Había una juventud campesina que había dejado la taberna y el juego para hacer arte… Es más, cultura y arte se

unían para marcar una nueva era en la vida de Villafranca, y esa cultura y ese arte salían, precisamente, de la Casa del Pueblo. Pero, frente a ello, ella identificaba al actual alcalde y a sus amigos con una vieja raza de hombres altaneros e ignorantes, que se ufanaba de gritar en las tabernas y emborracharse indignamente.

¡Qué mal ejemplo para el pueblo! Ojalá llegase pronto el momento del balance de fuerzas para que los alcaldes indignos cayesen a manos de la juventud y de los obreros.

***

Días después, un encuentro casual volvió a encender las iras de Julia contra los alcaldes elegidos por la República, pero sin méritos a su juicio para serlo. Unas conocidas de Pitillas, un pequeño pueblo distante poco más de 20 kilómetros de Villafranca, le hicieron una descripción jocosa de los hábitos de su alcalde.

–Hace pocas noches, en un departamento del tren, tuvimos que taparnos los oídos ante el estruendo de cantos y vocablos soeces.

–La curiosidad, sin embargo (¡al fin, mujeres!), nos hizo levantarnos para ver quiénes eran los gaznápiros productores de tal ruido tabernario.

Las dos narradoras se miraron con la sonrisa bailando en la boca.

–Eran un grupo de hombres coloradotes, viejos algunos, canosos varios, con cara de caciques de pueblo. Dirigía la banda a coro un semicalvo con las mangas de la camisa remangadas, en la derecha una bota de vino y, en la izquierda, una botella de aguardiente.

–El semicalvo dominaba al grupo en estatura, pero sobresalía todavía más por lo grueso de sus vocablos y por sus tragaderas para el licor.

–Señalando al director de aquel cotarro cerril preguntamos quién era…

–Y nos contestaron: *El alcalde de Pitillas*.

Julia anotó el escándalo para publicarlo en la sección que habitualmente redactaba para el periódico de la UGT. Sería el primer ejemplo del artículo titulado *Semblanzas. Alcaldes de la República*, que firmaría, como siempre, con su propio nombre.

–Alcalde… ¿de la República? –ironizó Julia en una pregunta que ya sonaba excesivamente repetida y añadió una sentencia agorera–: Quizás les está muy bien a los caciques panzudos y coloradotes de pueblo un alcalde de bota en ristre; ¡pero seguro que se hunde con ellos el día que triunfe la verdadera revolución!

A los pocos días, Macario Jericó se divertía leyendo el relato de la descripción de su amigo, el alcalde de Pitillas, en el número de *¡¡Trabajadores!!* de 25 de agosto. Sin embargo, cuando llegó al párrafo en que se le señalaba como «alcalde… ¿de la República?» comenzó a cambiarle el humor. Un poco más abajo se inició su verdadero calvario: Julia lo citaba a él mismo de manera explícita. Le acusaba de haber contratado a un hermano y a un cuñado para dos puestos de obrero especializado en el Ayuntamiento frente a otros dos solicitantes más veteranos y acababa con una acusación destemplada: «Alcalde… ¿de la República? Este es también uno de los que se hunden con la vieja España del caciquismo y del compadrazgo».

Macario Jericó arrugó las hojas de *¡¡Trabajadores!!* y las lanzó contra el suelo antes de salir bufando del Ayuntamiento. Algún subalterno, cuando el alcalde ya se había ido, se atrevió a alisar con las manos el semanario para leer la amenaza contenida en las últimas líneas: «¿Más semblanzas? Con dos bastan. Como la vara de éstos que miden con la bota de vino o con el árbol genealógico… ¡hay tantos por ahí! Pero todos, el día del balance de fuerzas, caerán bajo sus mismas varas al impulso de las fuerzas de la juventud y del impulso obrerista honrado.»

***

Quizás fue a la vuelta del mitin de Zumárraga o de Alsasua cuando, al regresar hacia Villafranca y ya cerca de Pamplona, unos chiquillos en las afueras de Huarte Araquil tiraron piedras al coche.

–Será que han visto muy pocos y creen que es cosa de ricos –justificó el conductor y siguieron adelante.

Cuando llegaron a Pamplona, sin embargo, quisieron parar a comprobar los posibles desperfectos y a mirar el motor, que se calentaba demasiado.

Mientras los hombres se afanaban en encontrar un taller mecánico, Julia fue a estirar las piernas en un paseo por la capital de Navarra.

Para no alejarse demasiado del punto de encuentro, desdeñó internarse en la Vuelta del Castillo o en la Taconera y se dirigió desde la calle Navas de Tolosa hacia la calle Mayor. En su comienzo, dejó a su derecha la parroquia de San Lorenzo y a su izquierda las calles de Recoletas y San Lorenzo. ¿Por qué había tantas iglesias en todos los pueblos de España?, se preguntó. Ella misma, aun después de perder la ingenua fe de la infancia, había sido bastante aficionada a visitarlas buscando sosiego para el alma. No así ahora, cuando sucedía que las autoridades religiosas hacían un daño tan nefasto a los intereses de la República. Con todo, volvió sobre sus pasos y se plantó frente a la fachada de San Lorenzo. En la época de su construcción en el siglo XIV era una iglesia-fortaleza que formaba parte del sistema defensivo de la ciudad. Aquel dato histórico la solivianto. Parecía que en todas las épocas la religión hubiera estado supeditada a los intereses de los poderosos. Ahora mismo, durante la República, todavía se educaba a los jóvenes a partir de prejuicios religiosos, tanto en los colegios religiosos como en muchas escuelas públicas. Pero eso no podía seguir así e insistió en un pensamiento que era casi una obsesión: ¡había que separar Iglesia y Estado! Aún más, ¡había que suprimir por completo la enseñanza religiosa, tal como estaba previsto en la Constitución!

Julia siguió avanzando a lo largo de la calle Mayor mientras continuaba con sus pensamientos. En primer lugar, calibró que habría que hacer efectiva la prohibición del ejercicio de la enseñanza a las órdenes religiosas y, después, estudiar su sustitución por escuelas laicas. Allá donde hubiera escuelas servidas por congregaciones religiosas habría que conseguir que las escuelas nacionales absorbieran su alumnado y si éstas no existían, construirlas.

Mientras la tarde se oscurecía, Julia dejaba atrás las altas casas con pisos adornados de hermosos balcones de forja. En mitad de la calle se detuvo en el cruce con Hilarión Eslava, dudó unos momentos hacia dónde dirigirse, pero finalmente desdeñó girar hacia ella y siguió hacia delante por la acera de su derecha hacia la plaza del Ayuntamiento. Iba tan embebida en sus pensamientos que tardó en percatarse de que una cuadrilla de jóvenes alborotadores seguía sus

huellas. En un principio oyó sus voces achispadas a sus espaldas y apremió el paso. Sin embargo, ese gesto les dio alas a los gamberros para perseguirla.

–¡Una mujer sola! ¿Buscas compañía, preciosa? –dijo uno.

–Calla, que es a mí a quien espera… –se oyó más atrás.

–Aguarda un poco a que te veamos las piernas…

Julia se dio la vuelta enojada, dispuesta a encarar a los desvergonzados: si en Villafranca era capaz de enfrentarse a Cándido Aranda y sus secuaces, con más razón podía sacar los colores a aquellos jovenzuelos incivilizados. Sin embargo, de repente sintió un agudo dolor en el pecho que le cortó la respiración, mientras el corazón comenzaba a latir de una forma desbocada. No era la primera vez que su salud le jugaba esa mala pasada, pero aquellos momentos eran los menos adecuados para padecer cualquier debilidad. Con todo, siguió andando arrimada a las casas de la acera hasta que se le apareció, como en un milagro, la pared de piedra de la Iglesia de San Saturnino. Cruzó a toda prisa la embocadura de la calle Campana y se lanzó como pudo hacia el arco central de los cinco que adornan la entrada de la iglesia.

–¡Eh! –gritaron los jóvenes– ¡Si es una beatona! Se está metiendo en la iglesia.

–Ven con nosotros, que somos mucho más divertidos que quien te espera en el confesonario –insistieron mientras se alejaban.

La nave única de la iglesia estaba fresca y oscura. Julia avanzó hasta el último banco de madera y se dejó caer procurando serenarse. Sabía que no debía dejarse llevar por el pánico: si conseguía dominarse, el episodio de su ahogo sería más corto. Con todo, el sonido de los latidos intensos y rápidos del corazón le asustó aún más que el dolor en el centro del pecho. Imaginando que, por esta vez, la crisis fuera tan grave como para no conseguir superarla, le horrorizó la posibilidad de caer desmayada en la iglesia. ¿Qué pensarían sus camaradas? ¿Creerían que se había convertido en el último momento de su vida y que había acudido a la iglesia para morir en paz, como los santones de las estampas piadosas? Sin embargo, esos inoportunos pensamientos, a pesar del apuro, la hicieron sonreír. Aquello hubiera sido una broma pesada del destino…

Como en otras ocasiones, la crisis fue remitiendo poco a poco y, a los pocos minutos, Julia se repuso con el único inconveniente de un gran dolor de cabeza y una tremenda lasitud. Se demoró todavía un buen rato sentada en el banco para intentar recuperarse y entonces recordó a los jóvenes que la habían molestado. Por su atuendo, se podía ver que eran *gente de posibles*: *señoritos* presumidos de la capital. Aquello la indignó. Aunque fueran jóvenes, aunque tuvieran pocos años, decidió que un espíritu medieval y podrido amarilleaba su existencia. Eran egocéntricos y avaros: seguro que el amor al dinero les hacía olvidar el amor a los hombres. Eran muchachos de corazón endurecido y alma arrugada en una vejez prematura, que se comportaban con la misma falta de respeto que sus antepasados reaccionarios.

Frente a ellos, recordó a los jóvenes labradores de Villafranca que acudían a la Casa del Pueblo deseosos de aprender y que se divertían ensayando obras de teatro y procurando otras actividades culturales. Sin duda, ¡esa era la juventud que se encauzaba por el camino de la solidaridad y la justicia, de la mano del Partido Socialista! Unos jóvenes que estudiaban para poder discutir, que leían para saciar sus ansias de saber, que publicaban periódicos en su afán de superación, que hacían actividades artísticas para ascender por la senda de la cultura, no de la cultura de títulos amarillos de Universidad, sino de la cultura de títulos rojos de la vida.

Esos jóvenes sanos, tal como ella los veía, hacían ejercicios físicos, se bañaban, practicaban el sano desnudismo, realizaban excursiones, entonaban himnos… Por ese camino los jóvenes irían formando una raza nueva que suplantaría a la que se depauperó a la sombra de los templos españoles. A estos jóvenes ya no les gustaban las trágicas corridas de vaquillas, sino que las cambiaban por certámenes y concursos, por bailes, por actos de cultura.

Imaginando este futuro de ensueño Julia se serenó y volvió a sentirse optimista. Si esto era así, probablemente acabarían los crímenes violentos de la ciega pasión sensual (sentimiento que había llevado a los muchachos de la calle a molestarla), porque la convivencia y la coeducación de las juventudes llegaría a templar los apetitos desordenados. Y para acabar la fantasía, Julia quiso imaginar una legión de juventudes socialistas levantando el puño en alto y

enfrentándose a los *señoritos* reaccionarios, que los miraban asombrados y retrocedían con espanto. ¡Bonita forma de aplastar y deshacer el castillo capitalista de los viejos roñosos!

Era ya bastante tarde. Julia se oprimió la frente con los dedos, desde las cejas hacia lo más alto del cráneo, como para inducir al dolor a escapar y decidió afrontar el regreso. De camino hacia el coche intentaría encontrar una fuente para tomar algún analgésico…

11. Las elecciones de las mujeres

Se acercaba el momento de las nuevas elecciones, así que, antes del 19 de noviembre, los actos de propaganda socialista y las apariciones de Julia en los mítines se multiplicaban sin cesar por los pueblos de Navarra y Guipúzcoa. Además, en estas fechas, ella ya figuraba en las listas para diputados de Navarra, junto a Ricardo Zabalza, Tiburcio Osácar, Salvador Goñi y Gregorio Angulo. ¡Qué orgullo sintió al poder presentarse investida de toda su dignidad frente a las otras candidaturas! Por fin, ella había adquirido la misma legitimidad previa que los candidatos de la lista de derechas, con Tomás Domínguez de Arévalo a la cabeza, el paisano villafranqués detentador del *soto robado*, que se había unido a los carlistas, a las Derechas Independientes y a las Asociaciones Agrarias.

No obstante, el ambiente se enrarecía y casi todos los días recibía anónimos en la sede de la UGT, en casa o en la escuela. En uno de ellos la acusaban de haber dirigido *malamente* la huelga que se había hecho en el 32 para que continuasen las obras de la carretera, la tachaban de ser utopista y cobarde, de dar aliento a las masas fanáticas e incultas que ponen su fe en unas cuantas robadas de tierra de monte y *que todo lo fían a la navaja*. La culpaban de publicar insultos a la Unión Patronal en ¡¡*Trabajadores*!! y, a la vez, de cosas tan peregrinas como no querer rebajar la renta de sus tierras a quien se las llevaba (¿qué tierras tenía ella y, menos, arrendadas?), de expulsar de la escuela a los hijos de los pobres, de no dar dinero a una mujer que se lo pidió, alegando que no lo tenía «cuando ella paga 600 pesetas de renta de casa y yo creo que con una casa de 200 pesetas basta para dos».

En una ocasión arrancaron un pasquín clavado en la puerta de su casa que avisaba contra sus intenciones. La *maldad* de Julia se debía, en última instancia, a sus deseos de alcanzar las puertas del Congreso de los Diputados: «Aquí te habla la sinceridad de un convencido de la *maldad de esta mujer*. ¿No sabéis que su único resorte y su única ambición es el dinero y el escaño del Congreso?».

Ella pensó que seguramente esas infamias partían de la Unión Patronal: ¡muchos allí estaban temerosos de acabar perdiendo los dominios mal adquiridos! Por eso, insistía en que no había que dar crédito a nada de aquello y en que había que seguir luchando. De momento, además de presentarse en Navarra, el Partido Socialista decidió presentarla también en Guipúzcoa, donde era ya muy conocida. En San Sebastián había participado en la Fiesta del Trabajo del Primero de Mayo y después, en agosto, repitió con una extensa gira por toda la provincia.

En octubre de 1933 volvió a Tudela, de nuevo al teatro Cervantes, para pedir el voto a los tudelanos. Insistió en que los socialistas tenían ya de su parte a la Montaña y confiaban también en la Ribera. Y su voz, como siempre, sonaba firme y decidida, como si lanzase sus teorías a puñetazos.

–Que en las próximas elecciones hay que llevar al Parlamento hombres, verdaderos hombres, para que si llega el caso les quiten los calzoncillos a Rodezno y a Beunza –todos los asistentes, naturalmente, rieron–. Que es preciso votar diputados de entre la clase trabajadora para desenmascarar a la canalla del actual Gobierno y apoderarse del poder. ¡Hay que hacer entre todos la revolución…!

Pero, aparte del mensaje bronco dedicado a la concurrencia masculina, también tuvo palabras para las mujeres y, entonces, la voz áspera y desgarrada se convertía en un murmullo flexible que buscaba hacer mella en la sensibilidad de las oyentes y disculpaba a las que aún no habían llegado al socialismo.

–…porque hasta hoy la mujer ha sido entregada plenamente a la reacción, pero, ahora que la República ha traído un rayo de luz liberadora, ya la mujer puede oír la sublimidad de la causa socialista. Que si la mujer desgarró sus pies guiando carretas por los riscos, dobló su espalda layando en las laderas, quemó

su piel ahechando trigo en los eriales y machacó sus dedos macerando esparto en provecho solamente del cacique o del terrateniente, justo es que sepa que, en el socialismo, ¡tan bello sacrificio se realiza para la Humanidad!

Y, por cierto, los hombres también tenían su tantico de culpa respecto a la actual inconsciencia de la mujer,

–Ya que algunos, enviciados y corrompidos en las tabernas, abandonan el hogar y se olvidan de sus obligaciones, con lo que ponen a su compañera en el trance de recurrir a sus propios enemigos, vendiendo su conciencia o prostituyéndose para llevar a su casa un mendrugo de pan.

Las mujeres aplaudieron, los hombres aplaudieron y Julia recogió aquellas salvas sintiendo que la energía que ella había lanzado contra las paredes del teatro Cervantes le volvía en forma de respaldo para su labor.

Cuando salía a la calle, vino a saludarla Juan Arrastia Redrado, secretario de la Federación local de Sociedades Obreras de Pamplona, con quien ya había dado algunos mítines en enero en Noáin y Garínoain, en compañía de Ricardo Zabalza.

–¡Bienvenida a Tudela! –la saludó.

Arrastia le presentó a un familiar de Tudela, trabajador de la Azucarera, que había asistido con su esposa y un hijo de 12 años. El chico miraba a Julia deslumbrado.

–Y este es mi primo Félix –dijo Arrastia mientras empujaba al chiquillo hacia delante para que se atreviera a saludar.

Julia le sonrió. Parecía un chico despierto, con sus ojos penetrantes bajo las cejas espesas. Ella acarició su cara ovalada, proporcionada, de pómulos pronunciados. Seguro que aquel chiquillo que tan pronto se interesaba por la política, dentro de muy poco tiempo, formaría parte de la nueva y sana juventud republicana que iba a cambiar España…

Abruptamente, otro muchacho bastante joven se hizo sitio entre los concurrentes y la abordó para presentarse. Se llamaba Eulogio y había asistido entusiasmado a su conferencia.

–Compañero… –le estrechó ella fuertemente la mano, aunque no entendió el apellido.

El muchacho había llegado desde Pamplona y después de grandes dudas se había decidido a acercarse a la villafranquesa en su propio medio natural para ver si en la distancia corta conseguía ablandar su corazón.

Él, por empezar de alguna manera su relación, dijo torpemente:

–Con una docena de mujeres como tú bastaba para transformar a todas las mujeres españolas…

Julia no supo adivinar las intenciones del recién llegado, pero se sorprendió de la furia con que el hombre le clavaba la mirada entre ceja y ceja.

–Ahora que la República ha virado hacia la derecha, el pueblo, y sobre todo el pueblo campesino, se está dando cuenta de que se ha perdido la ruta revolucionaria –contestó ella, por decir algo.

–Has impresionado hondamente a todos los trabajadores que te han escuchado, pero, sobre todo, a las mujeres… –insistió él, bajando ahora la voz en busca de mayor intimidad.

–No sabemos que tenemos un derecho hasta que alguien nos lo arrebata –siguió ella, que no comprendía el murmullo tan bajo de aquel mocetón–. Hasta ahora el pueblo español no entendía lo que la República representaba, aun siendo burguesa, y cuando nos han querido arrebatar el turno en la Bolsa de trabajo…

Eulogio aprovechó un momento de silencio de Julia, que esperaba hasta ver si el problema del chico era que no estaba incluido en ningún turno de trabajo, y volvió a la carga.

–Tus palabras, tan cálidas, tan apasionadas, tan expresivas y oportunas… me recordaban la figura de una madre que marcase la trayectoria a seguir… y por eso he venido, para ver cómo marcas la ruta…

Julia observó al admirador sin comprender. Ella ya había dictado su discurso y no se le figuraba que a nadie le guiase ningún otro interés más personal. ¿Qué más pretendía saber aquel mocetón proletario?

–Se oye el oleaje de la revolución –contestó por fin distraídamente, vigilando si, en las inmediaciones, se hallaba alguno de los sicarios del conde de Rodezno–. Se siente cerca el rumor del proletariado que se levanta en una atmósfera cargada de protestas…

–Yo te escucho con la avidez para recoger enseñanzas –insistió para ver si ella se ablandaba–. Veo tanto sentimiento, tanta alma en tus palabras…

Pero Julia supuso que el inoportuno finalmente sólo pretendía que ampliase su conferencia.

–Un gigante, el gigante del fascismo, se ha alzado en España bajo la protección de un Gobierno radical, avalado por partidos y partidillos ambiciosos e irresponsables. Pero otro gigante, el gigante de la revolución campesina, se alza frente a él. El fascio es el cacique pueblerino, el patrono cruel, el jornal escatimado, la oligarquía de un régimen desnaturalizado por las ambiciones de cuatro politicastros. El antifascio sois vosotros, la masa de trabajadores conscientes y libres que protestáis contra el absolutismo y que constituís el movimiento hacia la república socialista.

Después de semejante razonamiento, que el chico no entendió totalmente, o que si entendió no consiguió aplicar a sus propias expectativas, la ola de los acompañantes de Julia se la arrebató para lanzarla a otros foros.

–La batalla será dura –aún le dijo Julia en la distancia, pretendiendo culminar con él su labor redentora–. Pesa mucho el dinero del cacique y la fuerza pública al servicio de un Gobierno retrógrado, pero también pesa mucho la fuerza moral de los Sindicatos y el garrote enarbolado por la mano del campesino.

Eulogio quedó solo y desorientado por la energía de aquella mujer, una energía que, por otra parte, la convertía en un ser inabordable. ¡El jornal escatimado y el garrote del campesino! Aquella firmeza lo había sumido en un estado de desconsuelo que no podía borrar la imagen de ninguna otra enamorada.

Julia, a su vez, se dejó arrastrar hasta el coche que la tenía que devolver a Villafranca. El mitin de Tudela había ido muy bien, pero, como siempre, al terminar, su recuerdo le producía un tropel de sentimientos confusos. Por una parte, había notado la presencia y el apoyo de todos aquellos que fijaron sus ojos en ella, unos ojos que latían de esperanza y de pasión. Por otra, después de desaparecido el auditorio, a ella le asaltaba una sensación de renacida soledad. Cuando todavía sonaban los aplausos en su memoria, advertía la tristeza del

regreso a casa sin la compañía de un alma gemela que compartiese con ella sus mismas sensaciones. ¡Vaya desamparo!

Los camaradas de viaje, mientras tanto, estaban comentando la deriva de la recién fundada Unión Republicana de Villafranca. En las elecciones para vocales del Tribunal de Garantías Constitucionales celebradas en septiembre los dos concejales de esa asociación, aunque se llamaban a sí mismos *republicanos*, no habían votado a la candidatura gubernamental republicana, sino a la tradicionalista.

–¿Era salsa tradicionalista la de la Unión Republicana o no? –decía alguno.

–Individuos que se presentan como concejales republicanos y que salieron por la mayoría de la clase obrera, que cotizan en una agrupación republicana… ¡y que luego votan a Pradera y Garrán!

–Para la masa obrera de Villafranca es una vergüenza tener esos concejales en el Ayuntamiento…

–¡Y también para la República, que está cobijando bajo su rótulo tricolor a gente como esa!

Julia olvidó sus remotas soledades y se concentró en la conversación de sus compañeros de viaje, que la indignaba. ¡Había que tomar medidas y arrojar de una patada a los representantes que habían votado en contra de la sociedad que presuntamente amparaban! El pueblo tenía que saber quién le defiende y quién le traiciona.

–No basta con ponerse el traje nuevo y acudir al Ayuntamiento cuando lo visita el Gobernador o cuando hay cuchipanda en las fiestas. ¡Hay que acudir a defender los intereses de aquellos con cuyos votos se ha ocupado el puesto de concejal! –dijo Julia, y añadió al rato–: En cuanto pueda, publicaré los datos de esos dos traidores al pueblo en las páginas de *¡¡Trabajadores!!*. Sus nombres son Ángel Arrondo y Emilio Arana.

–Ten cuidado… –contestó un compañero–. Te arriesgas demasiado señalando tan claramente con el dedo a la gente de Villafranca. El nombre de Macario Jericó, por ejemplo, lo has escrito ya unas cuantas veces.

–Señalaré a la gente de Villafranca y a quien haga falta… –sentenció ella, secamente–. Ninguno me da miedo.

Después de este arrebato siguieron unos momentos de ansiedad y silencio que sólo se interrumpían por el ronroneo del motor del coche. A pesar de sus palabras resueltas, a Julia se le vino a la cabeza la persecución de que era objeto en Villafranca: los anónimos recibidos, la presencia amenazante de los esbirros del conde de Rodezno, las sombras temerosas por las que a veces se sentía perseguida… Sin embargo, no quiso dejarse llevar por la aprensión y volvió a retomar el mismo tema, procurando teñirlo esta vez de un tono jocoso para liberar la tensión.

–¡Que la Unión Republicana quite de su fachada el rótulo tricolor, porque no merece! Que lo sustituya con un retrato de Rodezno… ¡o de san Roque!

***

Por fin, después de tantos viajes y mítines, se celebraron las elecciones. Julia había insistido en que la naciente República había tenido éxitos indiscutibles, pero las reformas habían sido demasiado lentas y en los últimos tiempos se estaba produciendo una involución hacia la derecha. Era, por tanto, necesario que las elecciones del 19 de noviembre dieran un nuevo triunfo más amplio a las izquierdas, que obligatoriamente tendrían que salir reforzadas.

Sin embargo, estas previsiones no se cumplieron. En Navarra Ricardo Zabalza solamente obtuvo 21.223 votos y Julia 21.119, pero siguientes tres candidatos de la lista apenas llegaron a los 20.000 votos. Ninguno de ellos alcanzó el acta de diputado, que por su parte sí consiguieron todos los candidatos del Bloque de Derechas: Tomás Domínguez Arévalo (con 89.901 votos), Javier M. de Morentin, Esteban Bilbao, Rafael Aizpún, Luis Arellano, Raimundo García y José Gafo.

¿Qué había pasado? ¿Cómo podían los navarros haberse dejado engañar de ese modo por los caciques de toda la vida? Julia procuró encajar el golpe con estoicismo, a pesar de la desilusión obligada. Y, para colmo de males, casi todos echaron la culpa del desastre al voto recién conseguido por las mujeres, que habían obedecido el mandato del confesor en lugar de oír la voz de sus corazones.

Julia se encerró durante un par de días en su casa para reflexionar sobre los errores cometidos y, cuando salió, se encontró con las calles de toda la vida: la calle Muro, la Cava, Crucero Ancho, Bajo el Arco y Castillo, la calle Mayor, la parroquia de Santa Eufemia… Nuevamente, sintió la antigua sensación de ahogo y desasosiego de la infancia. El redondel de los montes que contenían la llanura de Villafranca parecía cerrarse sobre la villa y la oprimía hasta asfixiarla: el anillo cerraba su círculo y, en su propio centro, ella misma padecía sabiendo que era algo más que una simple maestra en un pueblo de caciques. Yo puedo más, debo más… Paseó por las calles semivacías barridas por el cierzo y, en lugar de encontrar las felicitaciones de sus convecinos, creyó advertir ciertas miradas de desprecio. El triunfo de las derechas había ensoberbecido a los más pudientes y fuera de las paredes de la Casa de Pueblo se había instalado un ambiente hostil.

–Después del triunfo del tradicionalismo, las cosas se están complicando por momentos… –le avisó su tío Juan Resano–. Las derechas campan a sus anchas, la Guardia Civil detiene a los socialistas sin motivo ninguno, y hasta unos cuantos indeseables enseñan sin rebozo sus navajas y sus pistolas para amedrentarnos… Dicen que quieren defender las propiedades privadas y los bienes de la iglesia…

Las elecciones de las mujeres… ¡menudo fiasco! Julia se preguntaba si todo habría sido un naufragio y si habían tenido razón algunos socialistas que se opusieron, contra su criterio y el de la distinguida Clara Campoamor, a que las mujeres votasen, temiendo la influencia de sus confesores… Pero no, ¡no hubiera estado bien negar ese derecho a quien ya lo tenía como ser humano! Y, después de estas elucubraciones, se quería consolar mirando a las niñas de su escuela, preocupada por su futuro. ¿Qué mundo les esperaba si no conseguían desprenderse de las asechanzas de la pobreza y de la opresión para vivir su propia vida?

Al poco Julia recibía carta de su amiga maestra Juana Ontañón, que se había trasladado desde Pamplona a Madrid recientemente y que juzgaba como un triunfo lo que otros consideraban fracaso. La peor electora de hoy, decía, era ya mejor que la mujer antigua incapaz de votar. La mujer había tomado posesión de su propia personalidad y, poco a poco, acabaría por tener criterio propio: «…

veremos entonces si vota a las derechas. No hay otro camino para que se emancipen de la tutela del confesonario: aire, luz, que salgan a la calle, que oigan y vean, que se den cuenta de que son alguien; lo demás vendrá ello solo».

Julia constató que aquello era cierto y convino en que no había que culpar a las mujeres de aquella derrota aparente. Las coacciones, la compra de votos, la falsificación de actas e incluso la división de las candidaturas de izquierdas seguramente habían podido mucho más que los votos de algunas mujeres inconscientes. El derecho al sufragio concedido a la mujer no podía haber sido un fracaso, puesto que el simple ejercicio de ese derecho ya era una victoria…. Sólo había que esperar con serenidad la llegada de la nueva ocasión. Había que seguir luchando por los mismos ideales con el mismo convencimiento y la misma pasión que hasta entonces.

12. Pasiones y presidios

En el mes de diciembre de 1933, después del triunfo de la derecha tradicionalista, Villafranca hervía de indignación, unos contra otros y muchos contra todos. La Agrupación Socialista protestaba de un alcalde elegido por las izquierdas y que, en su opinión, defendía a las derechas; la Unión Republicana clamaba contra los insultos de que la hacían objeto algunos integrantes de la UGT; los obreros socialistas, que se morían de hambre excluidos del trabajo por los propietarios de derechas, solicitaban la urgente devolución de las siete corralizas y el *soto robado* de regadío que detentaba el conde de Rodezno. Delaciones falsas y motivos fútiles servían para encarcelar a los que estaban afiliados a la Casa del Pueblo, lo que les ocasionaba viajes a Pamplona y a Tudela, juicios de faltas, sobreseimientos, multas… Y todo aquello caldeaba constantemente un ambiente que se hacía irrespirable.

–Macario Jericó es un individuo peligroso. Del Partido Socialista lo echamos por su mala conducta moral.

–La Guardia Civil, en lugar de estar al servicio del pueblo, actúa en beneficio del alcalde y de los escuderos de Rodezno.

–Los alguaciles están pagados por la burguesía, que los afianzó en sus cargos antes de que llegara la República…

La noche del diez de diciembre los ánimos se exacerbaron.

–¡Se ha declarado el estado de alarma! ¡Los municipales se han armado!

–Es que los cavernícolas han incendiado un pajar para echarnos la culpa a los socialistas…

–¡Si hasta han retirado la puerta de madera para preservarla!

–Dicen que le hemos arrojado gasolina, cuando eran orines de gato…

–Macario Jericó ha escrito al Gobernador Civil denunciando que queremos incendiar el convento de los Carmelitas, el Ayuntamiento y hasta el cuartel de la Benemérita…

–Por eso han venido tantos guardias de refuerzo…

Al día siguiente, se ordenó cerrar las tabernas a las cinco de la tarde y los cafés a las ocho, pero los que estaban en la plaza no lo hicieron. Para solucionar esta desobediencia, según unos cuantos, Macario Jericó se lanzó a desalojar, pistola en mano, a los obreros que se hallaban en el café Sarasate, que invadieron el recuadro de la plazoleta.

–Había casi doscientas personas en la plaza, todas protestando…

–No estaban protestando… ¡acababan de salir de los tres cafés que daban ahí mismo!

–No eran doscientas…

–La gente no aguanta que la importunen, pistola en mano…

–Muchos gritaban contra la Guardia Civil: «a por ellos», «a tiro limpio con éstos…»

–Los que llevan las armas son los caciques, no los obreros.

–El cabo les gritó que se retirasen.

–¡Pero si había chiquillos jugando en la plaza… y unas cuantas mujeres, que pasaban casualmente por ahí!

–Avanzaron contra los guardias empuñando pistolas y armas blancas.

–No fue así: el Comandante dijo de víspera que tenía ganas de escarmentar al pueblo y, en cuanto pudo, comenzó a disparar.

En la plaza sí cabían doscientas personas pero, a la hora de escapar de los disparos, los grupos se adensaron y se empujaron hacia las pocas salidas de las calles aledañas. La última cuadrilla en abandonar el recinto escapó por la calle de Las Rosas. Los más jóvenes lograron guarecerse en la casa de Santiago

Maimón, pero Juan Mañas, que tenía más de cincuenta años, no pudo correr y cayó en su misma puerta, herido por un balazo de máuser.

–Juan Mañas Gómara, un sujeto peligroso.

–¡Como era viejo, no pudo correr!

–Consiguió levantarse y dar unos pocos pasos, hasta la calle de Procesiones. Allí se derrumbó, muerto.

–Una herida mortal de necesidad, que entró por delante hacia atrás y de arriba abajo.

–¡Granujas, traidores, a traición matan!

El cuerpo quedó tendido en el suelo, pero los guardias no consintieron en que nadie se aproximase.

Juan Resano, que estaba embotellando vino, había oído el disparo y se apresuró a cerrar, por si acaso, la tienda. Cuando entraba en el portal de su casa, Dolores Mañas, su vecina, pugnaba por salir a la calle.

–¡Mi padre! ¡Han disparado a mi padre!

–¡Granujas, traidores, a traición matan! –gritó Juan Resano, pero sujetó a la hija para que no se arriesgase a salir.

Dolores se desesperó por acercarse a la puerta, pero no se lo consintieron.

–¡¡Que está tirado en el suelo!!

–¡Granujas, traidores! –insistía Resano mientras empujaba a la mujer hacia lo alto de las escaleras.

El cadáver siguió abandonado en la calle solitaria durante casi una hora hasta que Eusebio Mañas, el hermano del muerto, con Santos Mañas, Sixto Malo y Juan Catalán, se acercaron después de dar cuenta al Juzgado y lo condujeron al hospital en una camilla. Hacía mucho rato que ya no se podía hacer nada.

La noche cayó sobre Villafranca como un manto oscuro y pesado, mientras la familia del muerto pasaba del estupor al dolor y del dolor al desconcierto: la viuda, Serafina Quintana, y una hermana mayor que vivía con ellos, la hija Dolores y su niño de cuatro años, hijo de ningún padre porque era fruto de las promesas engañosas de un *señorito*, quedaban sin ningún sustento en la casa.

El amanecer trajo noticias de un nuevo desastre: la Guardia Civil había encarcelado a sesenta o setenta vecinos, para identificar entre ellos a los alborotadores, y los retuvo durante todo el día y la noche siguiente en la Casa Consistorial, sin calefacción y sin ningún abrigo.

–Al que se mueva lo traspaso de un tiro –fue la única consigna.

De todos ellos, al día siguiente, enviaron a veintiséis a la cárcel de Tudela, acusados de asalto al Ayuntamiento, sedición, desorden público y agresión a la fuerza armada.

Después de aquello el pueblo, por la fuerza de las circunstancias, comenzó a pacificarse en algún sentido.

–Felicitamos a la Guardia Civil por la serena y eficaz represión –elogió Macario Jericó ante los ediles del Ayuntamiento.

–Represión realizada con la energía imprescindible, no exenta de prudencia serena… –añadió el más zalamero.

–¡Sólo ha habido un muerto entre la abundante masa de gente hostil!

–¡Estupendo! ¡Se gratificará a los serenos y a los alguaciles!

–Sin embargo, a los agentes Santiago Soret y Gregorio Sola, que no han denunciado a quienes promovieron el escándalo en las escaleras de la Casa Consistorial, se les impondrá una falta disciplinaria.

–Y si en lo sucesivo no son más diligentes en sus obligaciones, se procederá a la instrucción de un expediente correctivo… ¡hasta su destitución!

***

Julia estiró su toga de abogada, que había depositado encima de la cama, y colocó sobre ella, a la altura donde se hallaría la cabeza, el curioso birrete. No podía ser de otro modo. ¿Maestra? ¿Sólo maestra en la España paciente que necesitaba el empuje de la acción? Ella pensaba que la necesidad obligaba y había tanta carencia que solventar que no era suficiente con enseñar el alfabeto a las niñas. Había que actuar, había que dedicarse en cuerpo y alma a alcanzar la justicia que merecían los trabajadores. Había que ayudar al pueblo cuando levanta su voz contra el despotismo.

–Nosotros podremos más que toda la caciquería junta –se decía, para consolarse de su descalabro electoral–. Del pueblo honrado hemos de salir los

hombres y mujeres que arrojemos a patadas a todos los déspotas y perseguidores.

Ricardo Zabalza había sido encausado por el delito de injurias al Jefe del Estado, y el Ministerio Fiscal pedía para él nada menos que una pena de 7 años, 4 meses y un día de prisión, más otra pena de 4 meses y un día por otro delito de excitación a la rebelión.

Julia se enfundó la toga negra y el extraño birrete con que se presentaría ante el Tribunal de Urgencia para defender al amigo Zabalza y ensayó algunos párrafos de su alocución. No se pensaba dejar intimidar ni por el Ministerio Fiscal ni por los abogados de la acusación, ni siquiera por el edificio señorial de la Audiencia de Pamplona, con su fachada de ladrillo y piedra arenisca. Un paso y otro paso, cruzar la altísima puerta y los largos pasillos de suelos pulidos, soslayar las altas ventanas, cortinones y maderas de caoba, el escudo de Navarra, rojo brillante, cruzado de cadenas (¿cadenas de quién?). Siete años de prisión para el amigo Zabalza por denunciar la injusticia y Julia, por primera vez, informando como jurista…

Pero la verdad –comprobó Julia– siempre resplandece y el debut no pudo ser más afortunado: la abogada novel Julia Álvarez, según anunció la prensa, consiguió la sentencia absolutoria de Ricardo Zabalza con todos los pronunciamientos favorables. Al día siguiente todos los periódicos comentaban su defensa brillantísima.

Sin embargo, quedaban los 26 trabajadores de Villafranca confinados en la cárcel de Tudela a consecuencia de los hechos sucedidos el día de la muerte de Juan Mañas; así que, a su vuelta de Pamplona, Julia se apresuró a visitarlos. En la cárcel, como suponía, se confirmaron sus ideas: allí constató que, cuando la persecución y la desgracia se ceban en los trabajadores, puede llegar a florecer nuevamente, por encima de la desgracia, el espíritu colectivista. Sus compañeros presos, tal como relató al poco en *¡¡Trabajadores!!*, en lugar de caer rendidos por la desesperación, apretaron los puños disciplinados y ejercitaron el espíritu comunitario para ensayar el próximo futuro de la República Socialista.

–Fueron y allá, dentro de los muros de la cárcel, introdujeron el calor de su espíritu colectivista: juntaron los seis reales diarios de cada cual y una

compañera los convirtió en un cantarillo de café con leche para el desayuno y en una olla de comida para el mediodía y la noche. Y la comida que llegaba en común, en común se comía, participando no en la medida de su aportación individual, sino en la medida de su necesidad o apetito. Y fumaban juntos el tabaco que cada uno recibía y que iba al depósito común – contó en la Casa del Pueblo–. Y bailaban los jóvenes para distraer a los viejos, y éstos referían las aventuras de sus mocedades para ilustrar a los jóvenes. ¡Todo era de todos y para todos!

A finales de diciembre muchos de los detenidos salieron, una vez aclarada toda la verdad, con sobreseimiento de los cargos. También regresaron Lucio Catalán, condenado a 4 meses por un presunto delito de disparos de arma de fuego, y Emilio y Julián Malo, condenados a dos meses, ya que todos habían cumplido el plazo de sus faltas. Sólo quedó procesado Eusebio Mañas, hermano del muerto, acusado de haber dicho que las autoridades eran «canallas por dejar a su hermano en la calle, cerca de una hora, sin auxilio de ninguna clase».

A Julia, paseando por Villafranca, le hervía la sangre recordando la injusticia padecida por sus compañeros. Una mañana luminosa de diciembre, la llevó el corazón hasta la calle Camino del Palomar para presentarse frente al cuartel de la Guardia Civil: allí les pensaba espetar a gritos a los de dentro su victoria absoluta.

–¿Qué hacéis ahí, atrincherados? ¿Es que estáis esperando nuevas presas para vuestros fusiles?

Un sonido de ventanas que se cierran con violencia desairó sus palabras, pero ella siguió plantada frente al edificio.

–Los cavernícolas también se han metido en sus cuchitriles mascullando injurias… Pero la masa campesina y trabajadora, gracias a vuestros actos, tiene la seguridad de que el colectivismo triunfará. Ese es el único procedimiento para mantener unidos a los trabajadores y la mejor manera de asestar una buena patada a la reacción.

Mientras se mascaba el silencio en la calzada vacía, Julia dio unos pasos como para alejarse pero, antes de doblar finalmente el recodo de la calle, se volvió para dejar alzada su amenaza.

–¡Nos encerraron en la cárcel para hacernos claudicar de nuestras ideas y hemos salido más unidos y más valientes! Estad seguros de que seguiremos siempre adelante: ¡por la sangre de los que cayeron y por la vida de los que quedan!

Aquella misma noche unas manos desconocidas apedrearon los cristales de la Casa del Pueblo, orinaron contra la puerta y un coro de voces broncas cantaron bajo las ventanas de Julia un insulto con su nombre.

–¡Que muera la puta de *la Julia*!

En enero se sobreseyó la causa contra Lucio Catalán, pero se imputó a Luis Lavín, aunque no había participado en los actos. También se prolongaron las acusaciones contra Eusebio Mañas y contra Juan Resano, al que se atribuyó haber insultado a la Guardia Civil y a la Monarquía durante la escaramuza con la hija del muerto. Por fin, se celebró en Burgos un último juicio y allí un Tribunal Militar impuso a los encausados la pena de prisión correccional, aunque les sirviera de abono todo el tiempo de prisión preventiva sufrida con anterioridad. Afortunadamente, tampoco se les pidieron otras responsabilidades civiles.

–¿Podremos, algún día, descansar? –suspiró Juan Resano en la puerta de su tienda, una vez en casa.

Julia, que había acudido a visitar a su tío acompañada por su madre, negó. Los tres entraron hasta la trastienda.

–Cayó el camarada Mañas, a manos de las derechas triunfantes en Navarra… –dijo ella.

–No hubo provocación, ni intento de asalto al Ayuntamiento, ni nada… –aclaró Nemesia, sin que hiciera ninguna falta.

–Claro… las derechas no pueden consentir que, después de que ellas se gastaron el dinero en *hacer* las elecciones, sean las Casas del Pueblo las que abanderan a los trabajadores –dijo Resano, con cierto optimismo.

Pero su sobrina tenía que darle alguna otra mala noticia.

–Cayó el camarada Mañas y su viuda quedó en la más absoluta miseria –siguió Julia–. Pues bien, en diciembre también se cumplió el plazo para pagar la renta de su casa, que suma doscientas pesetas al año. Y ahora… ¡la viuda no tiene dinero para pagar! La Azucarera aún no le ha abonado la cosecha de

remolacha y, además, en diciembre tampoco tuvo ánimos como para recordar a los dueños el pacto que tenía respecto al cobro con la Azucarera.

–Y resulta –siguió Nemesia bajando la voz– que ahora los propietarios han presentado en el Juzgado una demanda de desahucio por falta de pago.

Julia desdeñó la presencia de algunos clientes que habían entrado en la tienda y, desatendiendo las señales de su madre para que bajara la voz, quiso hacer patente la identidad de los arrendadores.

–Don Casto Yanguas y doña Librada Musgo, su elegante hija doña Avelina Yanguas y su esposo, hasta hace poco *republicano de toda la vida*, no han pensado en que nuestra compañera Serafina Quintana es viuda y que no ha cobrado todavía la cosecha de la remolacha… –dijo con ironía.

–Calla, hija, calla –intervino Nemesia.

Pero Julia no estaba dispuesta a tragarse la rabia que la atenazaba por la injusticia cometida con la viuda.

–Entonces dejamos consignados en el Juzgado dos talones de entrega de remolacha por valor de 215 pesetas… y los dignísimos señores propietarios, de ultraderechas, ultracatólicos y algún ultra más… ¡no los quisieron admitir!

Nemesia se acercó a entornar un poco la puerta, pero la hija no se ocupó de disimular su arrebato.

–Tuvimos que realizar una colecta entre los trabajadores para conseguir las doscientas pesetas. Ha habido que hacer muchos viajes. Ha habido que derramar muchas lágrimas. ¡Habrá que pagar las costas!… –Julia se interrumpió, porque la agitación que sentía le robaba el aliento–. Hemos tenido que mordernos los puños de rabia ¡y hemos maldecido el escudo tras el que se esconden las gentes de derechas!

–De momento, se ha salvado la situación –dijo Nemesia, en susurros.

–¡Sí, con el dinero mojado de lágrimas y manchado de hiel que hemos entregado a esos señores! –gritó Julia– ¡Dinero del trabajo, arrancado de muchos bolsillos gracias a la generosidad de compañeros que, en su miseria, han sabido ser más justicieros que los propietarios!

Juan Resano negó con lástima con la cabeza.

–Son gentes sin conciencia… Se confiesan todos los días, porque todos los días cometen injurias con los trabajadores. Gentes egoístas y crueles…

Julia oprimió con fuerza las manos de su tío y continuó con su arenga emocionada.

–Los trabajadores están hartos de morderse los puños de rabia… ¡Pero llegará algún día en que en lugar de mordérselos los levanten con coraje para aplastar al monstruo del capitalismo!

–No sé, sobrina –dijo Resano recordando el frío padecido en la prisión durante los días pasados–, no sé cómo puede acabar todo esto…

Nemesia miró nuevamente por la rendija de la puerta que dejaba vislumbrar el espacio vacío de la tienda y la volvió a entornar con temor.

***

«A la hora de la Revolución».

Julia, con la espalda muy derecha apoyada en la dura madera de la silla, tecleaba con determinación sobre la máquina de escribir adquirida por la Casa del Pueblo mientras redactaba el artículo que incluiría en la sección de «Nuestros pueblos» para *¡¡Trabajadores!!*. «Lentamente, con ahínco, con terquead, con sacrificio, cristalizando muchas veces en terrible dolor, han ido tejiendo los pueblos las redes de sus Sindicatos...». Las letras, como si cobrasen vida propia, nacían en la prisa de sus dedos al chocar contra las teclas duras para formar palabras y frases, largas hileras de signos con sentido. «En un cuartucho indecente y lóbrego unas veces; otras, en sótanos, graneros y galerías; quizá a la luz de las velas de sebo o de los candiles de aceite, nacieron las Casas del Pueblo de los trabajadores de la UGT. Los hombres arrancaron unos céntimos al vicio para llevar sus cotizaciones, que eran y son (¡triste paradoja!) la contraseña que utilizan los patronos para boicotearlos. Las mujeres se arrebujaron en pingajosos mantones y, en las noches frías de invierno, fueron, desafiándolo todo, a reunirse con sus compañeros en busca de fraternidad y de protección. Penuria y persecuciones; sacrificios y dolor…».

Aquel párrafo le había surgido desde el propio centro de la emoción: ella misma había sido testigo y protagonista del surgimiento de la Casa del Pueblo de Villafranca. Pero desde la oscuridad, tenía que hacerse la luz. Después de

respirar profundamente, siguió escribiendo la alabanza de la Casa de los obreros de su pueblo natal: «Sobre sus columnas se alza, sublime y grande, la próxima revolución del proletariado».

En este punto, Julia pensó que el esfuerzo que ella realizaba tenía que acabar dando sus frutos. Y al detenerse en la palabra esfuerzo, una punzada de dolor se le instaló en el centro del pecho. ¿Qué sería aquello? Cada vez con mayor frecuencia sufría el espasmo de la misma opresión. Procuró serenarse para que se aquietaran aquellos latidos agitados. Aquel estremecimiento, probablemente, era fruto de las contrariedades que habían acompañado a sus empeños. Así que siguió con su argumentación. En 1931, mientras algunos valientes eran perseguidos, unos pocos, los desvaídos, los miedosos, los pusilánimes, se habían quedado en sus casas y ¡hasta habían alternado con la clase burguesa! Estos últimos comían el mendrugo arrojado por el patrono, mientras los luchadores estudiaban la forma de arrancarle sus privilegios. Unos saludaban sombrero en mano al enemigo y otros sufrían la sañuda persecución del cerrilismo caciquil. Pues bien, a la hora de la revolución, los desvaídos, los pusilánimes, los semitraidores, eran los que habían salido de sus covachas para enarbolar hipócritamente la bandera de lucha y para dejarse elegir como representantes del pueblo. ¡El pueblo había elegido a espantapájaros estúpidos o reptiles inmundos!

En 1931 el pueblo ingenuo había confiado la política en manos de unos desaprensivos. Y ahora, tras las elecciones ganadas por las derechas, las cosas estaban derivando en algo peor: el pueblo se estaba jugando la revolución por entregarse en manos de los semitraidores.

Y eso no, no podía ser. ¡El pueblo tenía que reconocer tanto a sus amigos como a sus enemigos burgueses! Ella tenía plena confianza en el triunfo del proletariado: lo mismo que derrumbó la monarquía, derrumbaría el viejo castillo de la democracia burguesa. La revolución no la hacen los que salen a la palestra a gritar estentóreamente; la hacen los trabajadores que un día y otro, sin miedo al patrono ni al *señorito* ni temor de perder amistades, han luchado por la causa obrera. La hacen –la han hecho– los que han pasado hambre antes de ir a doblegarse a casa del cacique.

Julia, en un último esfuerzo de sus dedos rápidos hiriendo con su energía las teclas de la máquina de escribir, culminó su mensaje enojado. «Los que a última hora vienen a unirse al movimiento de los trabajadores, bien venidos sean si vienen con espíritu revolucionario; pero habrá que probarlos para ver si llevan careta semejante a la que se pusieron muchos negocieros de política en el año 1931». ¡Habrá que probarlos!, insistió para sus adentros.

Por fin, el sonido metálico de la máquina se extinguió. Julia entrelazó sus dedos lastimados y los presionó para aliviar el dolor. Después, apoyó las manos sobre el pecho y suspiró. En la calle, algunos grupos de sombras recorrían la acera de la calle Mayor a la altura de la Casa del Pueblo. Se oyeron unas risas que sofocaban otras voces insultando a los de dentro. Julia se tapó los oídos con las manos. Ya no tenía paciencia para oír de nuevo palabras soeces ensuciando su nombre. Desde el día en que triunfaron las derechas, tras la muerte de Juan Mañas y el intento de desahucio de su mujer, las cosas se habían puesto especialmente difíciles para todos. Julia recordó la fecha en que vencía el contrato de arrendamiento de su propio domicilio. Sabía que los sicarios de Cándido Aranda estaban visitando a todos los propietarios para que ninguno le quisiera alquilar una casa.

III- LA PUTA DEL CONGRESO

1. Madrid, Madrid

En enero de 1934 Ricardo Zabalza fue nombrado secretario general de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, adscrita a la UGT, y dejó Navarra para establecerse en Madrid. Al poco de llegar, advirtió que además de haber cesado el anterior secretario general, Lucio Martínez Gil, también se habían producido otras vacantes.

–Nuestro asesor, el camarada José Prat García, hace poco se ha ido –le informaron–. Ahora es diputado por Albacete y ha tenido que dejarlo para poder participar en un gran número de comisiones parlamentarias.

Ricardo Zabalza paseaba nervioso. La responsabilidad de presidir una organización que contaba con casi cuatrocientos mil afiliados era un reto complicado. Con todo, su obligación consistía en mejorar las condiciones de los campesinos y en procurar la realización efectiva de la Reforma Agraria. Había que cumplir las promesas antiguas, impulsar las ocupaciones de tierras… ¡había que luchar!

–¿Un asesor para la oficina jurídica? –se le iluminó la mirada–. ¡Esa es Julia Álvarez!

–¿Julia Álvarez? –respondió su interlocutor– ¿El asesor de los campesinos, una mujer?

–Julia Álvarez ha sido la luchadora más efectiva en Navarra en los dos últimos años. Ella es capaz de mover multitudes y puede realizar el trabajo de tres hombres. Ha sido el alma de todos los esfuerzos colectivistas de la Ribera de Navarra.

–¡Ah, la maestra de Villafranca! –cayó el despistado– Algo he oído de ella.

Pero a Zabalza no le cabían en la boca las virtudes de Julia.

–Maestra, sí, maestra. Y mientras tanto, abogada. A mí me sacó en diciembre de la cárcel de Pamplona y ahora está defendiendo a unos cuantos compañeros en la Audiencia Provincial: a Tomás Chivite, por tenencia ilícita de armas; a Segundo Juaiz; a Miguel Escobar… ¡a José Manuel Marturet Larráyoz, por el asesinato del párroco de Erice!

Si Ricardo Zabalza lo había decidido, seguro que Julia era la mejor candidatura para ocupar la oficina jurídica. ¡El asesor de los campesinos de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, una mujer!

***

Los periodistas que redactaron la noticia del asesinato del párroco de Erice, la entrega inmediata en la Comisaría de Policía del homicida, José Manuel Marturet, y la defensa que de él hizo Julia Álvarez habían sido excesivamente neutrales y mesurados, decidió el director del Diario de Navarra. Raimundo García García, *Garcilaso* o *Ameztia* en ocasiones, tenía una idea más elocuente de lo que debía ser la descripción del asesinato de un cura. Pero, ¿cómo lanzar abiertamente la piedra sin que se le viera manifiesta la mano? A esos rojos asesinos, a esos revolucionarios, había que retratarlos como lo que eran, como demonios, como apóstatas, como criminales repugnantes. Y si eso servía para el asesino, su defensora no merecía mejor trato.

Ameztia desdeñó el titular que aparecería el 16 de febrero en su propio periódico: «La vista de la causa por la muerte violenta del Párroco de Erice», nacido de la mano de uno de sus subalternos. ¡Menuda simpleza! Sin embargo, de momento, la cosa quedaría de ese modo. No quería todavía cargar las tintas contra Julia Álvarez, *la impía*, *la mala, la revolucionaria*. Hacía muy poco tiempo que ambos habían sido candidatos a diputado en Cortes: ella por el Partido Socialista y él por el Bloque de Derechas. ¡Qué ingenua! Pensaba que estaba destinada a pisar las alfombras del Congreso cuando, en realidad, ese nombramiento estaba reservado para él. ¡Y qué ordinarieces había dicho en los mítines contra su partido! Indudablemente, lo pagaría… pero quizás un poco más adelante. Si él hubiera redactado la noticia sobre la muerte del párroco de Erice, ésta hubiera sido un poco más expresiva…

Raimundo García quedó varado en sus ensoñaciones y, entre el sopor y la vigilia, se le vinieron a la cabeza unos titulares y la continuación de un texto divertido.

LOS NUEVOS BÁRBAROS EN ESPAÑA: JOSÉ MANUEL MARTURET, ASESINO DEL PÁRROCO DE ERICE, Y JULIA ÁLVAREZ

Durante estos años fatídicos, parece como si hubieran venido a España los bárbaros del siglo XX para demostrar su ferocidad incomparable quemando templos, destruyendo imágenes sagradas y persiguiendo y asesinando a personas religiosas, sin descansar un instante la mano criminal. Levantado otra vez Atila por la inconsciencia de muchos españoles y por la maldad inconcebible de otros, se van repitiendo con gran ensañamiento las salvajadas perpetradas en personas indefensas y en edificios sagrados, para llenar de vergüenza a la patria, de oprobio a la civilización y de indignación al mundo entero.

Como todo el mundo sabe, desde que se instauró la malhadada República, no ha pasado ningún día sin que se quemaran iglesias, sin que se martirizara y asesinara a sacerdotes, sin que se continuara la persecución religiosa a sangre y fuego, llevando a todas partes la ruina y la muerte, con extraordinario asombro de quienes consideraban imposible que en España pudieran suceder actos tan vandálicos. ¿Cómo podría explicarse la actitud de la España católica, ante tantos y tan monstruosos desafueros y crímenes, sin impedirlos ni resistirlos?

El último atropello, el asesinato de don José María Razquin, nuestro querido cura párroco de Erice. La tarde del día anterior ya lo había avisado el perverso homicida: cuando el honrado cura párroco regresaba a su pueblo en el autobús, el inculpado José Marturet Larráyoz, que iba en la baca del coche, le dijo en voz alta para todos lo oyeran: «A este cura le he de matar mañana».

Y al día siguiente lo hizo. A las seis y media, mientras se dirigía don José María a cumplir su segundo servicio de misa al pueblo cercano de Berasain, el avieso asesino le esperaba escondido entre unos matorrales, armado con una escopeta de dos cañones, que tenía cargada con dos cartuchos desde antes de salir de su casa. En cuanto el cura pasó, salió Marturet de su escondite de comadreja y le pidió a voces que le pagase la absurda deuda de 2.800 pesetas por ciertos trabajos realizados por su familia como jornaleros, alegando furiosamente que, de no abonarle esa cantidad, le pagaría con la vida: «Es cuestión de un minuto».

A pesar de sus 60 años de edad, el valeroso padre Razquin, un hombre de complexión robusta y de ánimo gallardo, no se amilanó ante la amenaza e intentó contenerle con palabras discretas. Después de decirle que no le debía

nada, ante la saña de su agresor, se defendió empuñando el bastón que habitualmente empleaba para hacer el camino y se defendió con bizarría. Sólo con dos golpes lo quiso contener, en la frente y en el pómulo derecho.

Entonces el asesino, que esperaba con la escopeta en la mano, le descerrajó un tiro a bocajarro y le produjo una herida tremenda, mortal de necesidad. Cayó el pobre cura al suelo, pero aún tuvo fuerzas para incorporarse y dio unos pocos pasos hasta desplomarse agotado y agonizante en la cuneta, cosa que aprovechó el siniestro verdugo para descerrajarle otro tiro a traición que le destrozó la base del cráneo. A continuación, el propio criminal se presentó en la Comisaría de Policía para confesar su delito.

Pues bien, estos sucesos luctuosos no son frecuentes en Navarra. No en todas las regiones españolas se ha permitido el paso al feroz Atila del mismo modo. Si en algunas, menos creyentes o más tímidas, la fiera revolucionaria se mueve como en su propia casa, en otras como Navarra apenas son conocidos los zarpazos del monstruo infernal. Navarra es la región española más enemiga del engendro revolucionario y la menos visitada por el mismo y, de ocurrir, sólo podría darse en parajes solitarios, en cuyo caso, los vecinos de dichos pueblos navarros saldrían a cumplir y cumplirían sus deberes religiosos y cívicos, denunciando los hechos y buscando la imposición de la pena merecida a los culpables, de modo que el caso no volviera a repetirse jamás.

Tengamos la completa evidencia de que así, con tanta virilidad y ejemplaridad, obraría Navarra si sus malos hijos se atrevieran a mancillar el sagrado nombre de la Patria, cometiendo en ella los crímenes contra la Iglesia y sus representantes que sin cesar perpetran en otras regiones los demonios escapados del Infierno. Por lo menos, los navarros ayudarían a las autoridades a descubrir y a castigar a los pecadores.

No así la desdichada maestra Julia Álvarez, ahora abogada que defiende al asesino de párrocos, la mala, la revolucionaria, la impía, que ha sumido a Villafranca en discordia, porque en los ratos que le deja libre la profesión tiene tiempo de estrechar la mano homicida de los asesinos. Hoy ha disculpado al criminal Marturet en la Audiencia de Pamplona alegando que cometió su acto perverso en estado de *perturbación mental*. Pero este hecho aislado, esta traición

de una descendiente de nuestra tierra navarra, no debe enturbiar la esperanza de los buenos hijos, que han de continuar la persecución y denuncia de los bárbaros revolucionarios hasta reconstruir sobre los más sólidos cimientos y muros macizos la gran España caballeresca e inmortal del porvenir, que es prolongación natural de la España gloriosa del siglo XVI, la verdadera España inmortal y católica.

***

No se podía vivir de una sola cosa, y menos de algo tan tornadizo como la asesoría de una Federación con pocos posibles, así que Julia se había presentado a las oposiciones a escuelas en Madrid y había ganado la plaza del Grupo Escolar Rosario de Acuña, situado en el barrio obrero de Aluche, donde ocupó la plaza de directora.

Después de cesar el 25 febrero de 1934 como maestra de Villafranca, se incorporó a la plaza de Aluche y se presentó en la capital con su madre Nemesia y sus hermanos Miguel y Carmen.

–En Villafranca era ya muy difícil vivir. Ni siquiera nos querían alquilar una casa… –explicaba Nemesia a las vecinas de portal– Todo por miedo… Se creían los propietarios que si nos arrendaban la suya iban a ir por ello al infierno.

–Por miedo al infierno… –aclaraba Julia– ¡Y por los manejos de los curas y de las derechas cavernícolas! ¡Pobre Navarra, en manos de la reacción!

Julia se dio de alta en la Agrupación Socialista de Madrid y, para completar el cambio de vida, puso despacho de abogada en la calle Mayor 29 principal izquierda, de 5 a 7 de la tarde. La asesoría de la Federación, sus clases y su labor en el grupo escolar, el despacho… todo era trabajo, trabajo, trabajo. Pero, por fin, se había roto de nuevo el círculo que en los últimos tiempos la encarcelaba en Villafranca. Como sucediera en su primer abandono del pueblo, Julia había podido rebasar los montes que cercaban la llanura agrícola y un mundo más amplio se abría ante sus ojos. Un mundo donde poder luchar nuevamente por la solidaridad y la justicia para los desposeídos.

El colegio de su nuevo destino era un edificio pequeño, de dos cuerpos, con cuatro aulas de altas ventanas cuadradas, situado en un barrio obrero

rodeado de huertas. Las viviendas de la localidad eran humildes y apenas se veían los signos de riqueza de las casas solariegas de Villafranca. Por otra parte, ya sólo el nombre del Grupo Escolar, Rosario de Acuña, traía a sus mientes la nueva de la buena suerte. Rosario de Acuña, la escritora de poesía, novela y dramas de éxito, la *Hipatia* masona que había brillado entre los hombres por su talento, había sido una mujer admirable; así que la llegada de Julia a su reciente ocupación sólo podía significar para ella una nueva etapa venturosa para el cumplimiento de sus ideales. Como Rosario de Acuña, Julia también era una mujer valiente y luchadora, otra propagandista revolucionaria, y tenía ante sí en aquellos momentos la oportunidad de seguir batallando por la justicia, tanto desde su labor docente como desde la asesoría de la Federación o desde su despacho.

Nemesia, por una parte, sentía añoranza de Villafranca, pero por otra se alegraba de haber alejado a Julia de un ambiente que se volvía día a día más agresivo contra ella. Desde el triunfo de las derechas el pasado noviembre, las posturas se habían radicalizado y, aunque la hija conservaba buenos amigos, otros convecinos la evitaban, o incluso habían pasado de solicitar sus favores a infamarla, suponiendo que con eso se congraciarían con los poderosos. ¡Qué calamidad más lamentable! Era cierto que ella muchas veces le había aconsejado que no se dejase llevar por su vehemencia y que fuera más comedida, pero Julia no consentía en callar sus opiniones y se creía en la obligación de denunciar en toda ocasión aquello que le parecía injusto o desafortunado. Si había sido siempre así desde la infancia… ¿cómo podría nadie hacerla cambiar ahora? Y había mencionado tantos nombres en Villafranca… Aquellos mítines donde la gente la aplaudiera habían suscitado también tantas envidias y enconos… Nemesia se asomó a la ventana de la casa sencilla que tenían en alquiler y miró hacia los transeúntes de afuera. Ojalá que Madrid fuera un lugar más abierto a las nuevas ideas que la estrecha Villafranca. Sin embargo, ese pensamiento, surgido de la esperanza en el futuro, le trajo el recuerdo de los momentos felices y, sin poderlo remediar, suspiró.

***

A pesar de las nuevas ilusiones derivadas de la vida en Madrid, Julia tampoco podía olvidarse de los amigos de Villafranca. Había prometido a Tiburcio Osácar seguir escribiendo para *¡¡Trabajadores!!* y, a raíz de las noticias recibidas de parte de los compañeros, hasta le parecía que en algunos aspectos seguía estando allí. Cuando Lerroux nombró ministro de Hacienda a Manuel Marraco en el mes de marzo, a ella se le vino a la cabeza una previa visita a Villafranca. ¡Entonces Marraco había calificado a Carlos Marx como «perro tiñoso»! Así las cosas, ¿cómo se podía tolerar que un ministro de Hacienda calificara a un filósofo con una frase tan grosera? ¿Qué créditos iba a conceder en el futuro a las Sociedades Obreras, o a los maestros empobrecidos o cómo pensaba solucionar el problema del paro?

Por otra parte, también sabía que el alcalde Macario Jericó había solicitado una gran presencia de guardias civiles en el pueblo –¿por qué? ¡para qué? ¿por qué?–, los cuales se habían apropiado de los colchones del hospital y, como consecuencia, ya no los había para los enfermos. ¿Qué tipo de atropello era aquello? ¡Para que los ricos durmieran tranquilos en almohadas de pluma, había que traer guardias civiles que utilizaban los colchones del hospital municipal, dejando sin cama a cualquier pobre mujer proletaria!

¿Y la protesta por la subida de las tarifas ferroviarias? Un concejal monárquico llamado Emilio Martínez había achacado esa subida al gobierno socialista, diciendo que, como se había gastado el dinero en pagar jornales a los obreros, ahora el gobierno actual se veía obligado a subir el billete del tren. ¡Mentira, mentira! ¡El aumento del precio sólo sirve para que se hinchen un poco más los Consejeros y los Accionistas! ¡Hay que denunciar por escrito bien claro el nombre de Emilio Martínez, y el de Arrondo y Arana, que votaron a favor de su proposición! Y después de eso, ¡que nos detengan como pistoleros, que nos nieguen el trabajo, que nos maten a todos de hambre, si se atreven…!

Julia apartó su silla de la mesa sobre la que se hallaba la máquina de escribir y se puso en pie. Muchas veces, mientras escribía, se contagiaba del calor de sus propias palabras y sentía que un rubor atropellado le subía desde el pecho hasta la garganta. Estrechó los dedos de sus manos entre sí hasta que crujieron para liberarse de la tensión del teclear sobre las letras de la máquina y después

se retiró el cabello de la frente. ¡Qué desazón! Incluso en la lejanía, los problemas de Villafranca seguían quitándole el sueño y la serenidad. Había dejado allí a los amigos en la lucha y sentía cierto remordimiento, como si sólo ella tuviera la obligación de defenderlos…

Pero no era sólo Villafranca, no eran sólo sus campesinos los que sufrían en España. También allí, en Madrid, en Aluche, sus propias alumnas pasaban penurias… ¿Y la República? ¿Qué hacía la *consoladora* República para cubrir todas estas necesidades perentorias? Había urgencias que no podían aguardar y, mientras tanto, con petulancia, las autoridades se ufanaban de sus presuntos triunfos en lugar de socorrer a los necesitados. Eso había visto ella con sus propios ojos en la celebración del 14 de abril, el día de conmemoración de la República. Se había acudido a los niños para la fiesta, porque quizás los mayores no servían ya para muñecos de guiñol. Sin embargo, los niños no atendían a esa conferencia tan admirable de dicción, pero tan vacía de sentido realista. ¡Ni siquiera ella misma le había prestado gran interés! Mientras oía desgranar las melifluas y poéticas palabras que adjetivaban a la República, Julia había pretendido adentrarse en las cabecitas rubias o morenas de sus alumnas para desentrañar qué realidad se escondía tras sus rostros a veces macilentos.

–Esta pequeñita es hija de la mujer que el otro día nos habló de que la desahuciaban de la casa. Son muchos hijos; el marido está enfermo hace años… Aquella morenucha es hija de una viuda que está gastada de trabajar y que en la actualidad no encuentra dónde ocuparse… Ese mocetón de catorce años es el mayor de los nueve hijos de un bracero, que confesaba, apretando los puños, que sus hijos se mueren de hambre.

Muchas de esas niñas vivían en casuchas miserables, habitaciones sórdidas, apiñadas en tugurios. ¡Una mano formidable, férrea y cruel, apretaba todos los tornillos de la vida de esas gentes humildes!

Y al apagarse las últimas notas del himno nacional Julia, en una oración que no iba dirigida a ningún dios, invocó «las fiestas de una República en la que no haya ni niños sin escuela, ni casas donde no se pueda comer pan». Esa era la verdadera República, la que todavía estaba sin construir.

***

Pocos meses después de estar en Madrid, Julia decidió volver a Villafranca en un viaje relámpago para celebrar la Fiesta del Trabajo del Primero de mayo. Para ello había tenido que pedir permiso al alcalde, que a su vez había solicitado la autorización del Gobierno Civil, que por su parte había exigido que la propia Julia Álvarez lo comunicase por teléfono antes de participar en los actos organizados por la Asociación Socialista.

El alcalde no quería problemas y dejó bien atado el desarrollo de los actos: la manifestación saldría a las seis de la tarde con la bandera de la Casa del Pueblo para encaminarse, según lo acordado, directamente al cementerio. Allí podría dirigirles la palabra Julia Álvarez y a continuación habrían de regresar seguidamente y de igual forma a la Casa del Pueblo.

Pero aquello fue suficiente para que los trabajadores celebrasen el día con un gran sentimiento emocionado: estaban homenajeando al camarada Juan Mañas Gómara, muerto por la Guardia Civil el diciembre anterior. Sobre su tumba depositaron un gran ramo de flores.

–¡Prometemos no desmayar en el camino! –clamó Julia ante la lápida desnuda–. Los trabajadores estrecharemos sin cejar nuestros brazos de unión hasta destruir el imperialismo de quien armó a los guardias que te asesinaron.

A la vuelta, la manifestación recorrió algunas calles de Villafranca hasta detenerse en la casa de la viuda, Serafina Quintana, y desde allí llegar a la Casa del Pueblo, donde continuó la asamblea.

–No perdamos el tiempo en palabras… Tenemos que fijar normas precisas para las luchas intensas que se nos avecinan…

–¡Más fuerte la Internacional! ¡Que los caciques tiemblen de miedo con sus ecos!

–¡Vamos a la revolución!

–¡Una revolución violenta, por el hambre que tenemos! –dijo alguna voz, entre temerosa y ardiente.

–El hambre que tenemos… –quedó temblando como un eco.

Julia volvió a Madrid confortada: el espíritu revolucionario de sus camaradas seguía latiendo con potencia a pesar de las dificultades. Muchos de ellos no tenían ni trabajo ni la esperanza de que los patronos se lo quisieran

ofertar debido a su ideología, pero se sostenían unos a otros en una lucha comunitaria. El recuerdo y la defensa del compañero Juan Mañas y de tantos otros bien merecían un esfuerzo prolongado hasta la victoria final, cosa que indudablemente llegaría.

Sin embargo, Nemesia no compartía el optimismo de su hija. Las cartas que iban llegando del pueblo hablaban más de dificultades que de logros. En junio, su hermano Juan le narraba sucesos que a ella le parecieron alarmantes. Cuando Julia llegó de la escuela, su madre la esperaba sentada tristemente con una carta en la mano.

–¿Qué es?

–Carta de tu tío, hija… que las cosas están muy mal en Villafranca. La Guardia Civil está tomando medidas para parar la huelga de campesinos que dicen que se está preparando –desplegó la hoja manuscrita y leyó–: «Esta noche se presentaron en las casas de los del comité de trabajadores: llamaron a la puerta y, cuando bajaron, les pusieron la pistola en el pecho para saber quiénes son los que van a ir al campo para no dejar trabajar…». Y creo que no cuenta todo lo que quiere. Parece como que no se fía. Dice que ya hablaréis por teléfono.

Julia disimuló su disgusto para no preocupar a su madre, pero ya conocía aquellos hechos y otros cuantos parecidos. En el despacho de la calle Mayor había recibido una carta de Victoriano Adrián, el secretario del comité de Trabajadores de la Tierra de Villafranca, donde le explicaba que habían detenido a seis afiliados de UGT por pegar carteles sin autorización. Además de pasar toda la noche en la cárcel, habían condenado a cada uno al pago de una multa de 100 pesetas. «Le mando el oficio para que me diga qué tenemos que hacer», añadía.

Julia se mordió los labios. Tenía razón Largo Caballero cuando sostenía que había que corregir el rumbo de la actual República burguesa hacia una orientación revolucionaria. ¡Ni los obreros ni los campesinos podrían seguir soportando durante mucho tiempo aquella situación! Como decía Ricardo Zabalza, una República en la que los agricultores ven a sus hijos morirse de hambre camina hacia la disolución. ¡Por eso estaban promoviendo una huelga

campesina para el 5 de junio! La patria necesitaba una convulsión general para retomar el camino…

Mientras tanto, Manuel Escobar, secretario provincial de la UGT en Navarra, recorría los pueblos de forma apresurada organizando la huelga. El propio Victoriano Adrián explicó que Escobar se había reunido con ellos durante breves minutos, justo a tiempo de escapar de la Guardia Civil.

–Y resulta que a las 3 de la mañana vienen a la puerta dos guardias y un alguacil y nos llevan al cuartel a Garrido y a mí… El comandante del puesto de Villafranca nos pregunta qué nos había dicho el individuo que había venido de Pamplona y nosotros le dijimos que había venido a enterarse sobre la tramitación de la huelga y el primer saludo que me hizo fue coger un palo y darme tres golpes en el hombro…

Así estaban las cosas en Navarra, peor todavía que en Andalucía, Badajoz o Castilla.

Aunque Victoriano Adrián denunció la agresión del comandante y lo enviaron a Tudela para ser reconocido por el médico, no sirvió de mucho. Por otra parte, también habían maltratado a Garrido durante la detención. Los del comité de Villafranca estaban seguros de que alguien, desde sus propias filas, les estaba denunciando ante la Guardia Civil. ¿Cómo explicar, si no, que siguieran de esa manera sus pasos?

Pero, a pesar de los chivatazos y las detenciones, la huelga campesina se realizó: en Villafranca, en Navarra y en toda España. La Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra estimó que había sido un éxito durante algunos días.

Sin embargo, después de sofocada la huelga, el periódico *ABC* daba cuenta de las circunstancias con titulares significativos: «Decrece la huelga en Navarra. Hallazgo de cartuchos de dinamita. Agitador detenido». En Cárcar, en Mendavia y en Fitero patronos y obreros estaban negociando ciertos acuerdos, mientras que en Caparroso y Azagra se había detenido a unos cuantos por haberles encontrado paquetes de dinamita. En Olite, finalmente, fue detenido Manuel Escobar, secretario provincial de la UGT, «que recorría los pueblos excitando a los campesinos a la huelga». En Madrid, como cabía esperar,

también detuvieron a Zabalza, el principal artífice e impulsor de la actividad revolucionaria.

Al acabar el intento, los compañeros del pueblo escribieron a Julia advirtiéndole que no se llegase a Villafranca, ya que a raíz de la huelga la situación se había endurecido terriblemente. La represión del comienzo había derivado hacia una indiscutible persecución a casi todos los que habían participado: cada día detenían a unos cuantos, registraban sus casas o les llamaban al cuartel para indagar sobre quién tenía las listas de los agitadores o preguntar el motivo de la llegada de Escobar….

–Hija, mira lo que nos dice Marcelino: que menos mal que no has viajado a Villafranca, que te podían haber detenido…

Ella se encogió de hombros, desdeñando el aviso y Nemesia insistió en la lectura de la carta.

–«Me alegré muchísimo de que no viniera *la Julia* porque la habían de haber perseguido y quizá hasta la hubieran detenido como han hecho con la mayoría de los compañeros: llamarlos al cuartel cien veces y maltratarlos…»

–¿Qué harán ahora ellos solos? –se dolió Julia.

–Luchar tanto… ¿para qué? ¿Para que empeoren las cosas? –reflexionó en voz alta la mujer.

–Había que hacerlo, madre. No vamos a dejar que la caciquería nos siga mandando… ¡Hay que aguantar!

–Mira lo que dice después: que la hija de Morán ha bautizado a sus hijos… ¡Con lo que se las daba de atea cuando nacieron!

Julia no quería escuchar.

–¡Vendida! En cuanto empeoran las cosas, da la espalda. Si cree que con eso se va a reconciliar con los *señoritos*… ¡Ahora no la querrán ni los patronos ni los obreros!

–Marcelino se queja de que muchos, cada vez más, son traidores a los compañeros, los denuncian o se vuelven atrás en su ideología…

Julia disimuló un mohín de disgusto que en seguida se trocó en palabras de coraje.

–¡Este es el momento de reconocer a los nuestros! –dijo mirando intensamente a su madre–. Después de la implantación de este régimen agonizante sólo estamos resistiendo los verdaderos proletarios…

–¿Cómo seguir adelante, hija? ¿Cómo seguir?

Pero Julia no sabía dejarse llevar por sentimientos agoreros.

–Sólo hay una forma de hacerlo: ¡denunciar las injusticias! Y, a partir de ahí, ¡salud a los camaradas perseguidos y puño en alto!

***

El maestro se acercó ladinamente al pupitre de la niña.

–Cuando todos se vayan, tú te quedarás aquí, castigada –le dijo sin levantar demasiado la voz.

La niña se sorprendió: no había hecho nada malo aquel día. Había recitado la lección de memoria y durante toda la jornada ni siquiera un instante había dejado de escribir en su desgastado cuaderno...

En cuanto sonó la campana las alumnas fueron saliendo. Ella hizo un gesto significativo a las amigas que la acompañaban a casa y quedó sentada en su pupitre, esperando.

–¡Eh, acércate!

La chica se levantó dócilmente. Al alzarse era fácil advertir que tenía un cuerpo esbelto y proporcionado. Ella, instintivamente, se estiró la falda y agachó los hombros para ocultar de la vista del maestro el pecho recién formado.

–No te asustes –dijo él, procurando una afabilidad infrecuente–. Sólo quiero explicarte alguna parte de la lección que no has entendido... Mira, ven, te voy a mostrar un nuevo libro.

La alumna se acercó cautelosamente. No era la primera vez que el maestro insistía en quedarse a solas con ella y en esas ocasiones una de sus manos, presuntamente distraída, solía pasearse por sus hombros, su espalda, su cintura...

–Acércate, ¿no ves que sólo quiero enseñarte algo muy importante?

El maestro miraba a la niña con gesto rijoso y ella comenzó a sentir una especie de aprensión nauseabunda. A un paso de distancia ya le llegaba su olor a tabaco y sudor y su aliento agrio. No deseaba acercarse al maestro bajo ningún

concepto, pero el miedo al castigo la compelía permanecer a su lado, rígida y envarada. El hombre comenzó a disgustarse.

–¿Pero es que no me oyes? ¡Acércate! Aún no has terminado todo lo que corresponde al día de hoy.

La chica se acercó medio paso. Aunque sólo tenía once años, había oído en susurros algunas murmuraciones de otras niñas que se quejaban de la mano larga del hombre y no quería arriesgarse. Con todo, él le pasó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia sí. Ella comenzó a llorar mientras el maestro, que se había puesto en pie, intentaba sentarse y sentarla sobre sus rodillas. Pero aquello era demasiado: con un repentino ataque de pánico la chica comenzó a forcejear hasta desasirse del hombre y salió corriendo.

–¡Eh, espera! ¿Qué te has creído: que me puedes dejar así? Ven aquí… ¡Si no pasa nada!

Al día siguiente, la alumna no asistió a la escuela, pero al poco de comenzar las clases un grupo de personas indignadas acudieron a sacar por la fuerza a sus hijas del Grupo Escolar y amenazaron con golpear al maestro.

Julia, como directora, comenzó una defensa ardiente de la escuela.

–¿Qué es esto? ¿Personas que no han ido a la escuela quieren arrebatar este derecho a sus hijas?

Y cuando los brazos fornidos de los trabajadores quisieron agredir al maestro también lo impidió.

–Sólo una fascista puede proteger a un canalla –le espetó uno de los padres– ¡Carca, fascista!

La directora del Grupo Escolar "Rosario de Acuña", después de conocer el fondo de los hechos, tomó conciencia de que la indignación no nacía de la escuela que la República había procurado a los hijos de los obreros, sino que se debía a la actuación de un maestro que no valía para serlo. Julia subió y bajó, habló, explicó y aclaró las cosas y, aunque no lo merecía, impidió nuevamente que se agrediera al causante del daño. Lo justo era presentar una denuncia en la Inspección antes que tomar la justicia por la mano. Y después de que se suspendieran un par de días las lecciones para aclarar lo ocurrido, continuaron

las clases con el resto de los niños, que volvieron a las aulas con normalidad. Y no pasó nada más.

Sin embargo, desde su despacho del *Diario de Navarra* en Pamplona, Raimundo García, enemigo acérrimo del magisterio republicano, había encontrado carnaza para sus disquisiciones: ¿Que en el flamante Grupo Escolar llamado "Rosario de Acuña" se había armado la marimorena? ¡Qué buena noticia! ¿Que la Inspección se había visto obligada a cerrar el Grupo para investigar los hechos? ¡Un suceso extraordinario! ¿Que los chiquillos se habían amotinado contra los maestros? ¡Lo que nos faltaba por vaticinar! ¡Ojalá la protesta infantil alcanzara a todo el magisterio marxista de la maldita República!

Ameztia sacó el pequeño peine que guardaba en el bolsillo superior de la americana y se alisó hacia atrás el tupé martirizado y sujeto por gomina. Hacía tiempo que ya peinaba canas, pero no podía sufrir el tener una apariencia descompuesta. Antes de ocupar la silla cercana a su Hispano Olivetti, se subió hasta el estómago el cinturón que le sujetaba los pantalones, se alisó la corbata fina sobre la camisa blanca y se estiró los puños de la americana hasta dejar asomar someramente un centímetro de puñeta blanca. Por fin, se sentó, alzó sus cejas rectas y finas, escupió su mejor sonrisa de conejo –gesto que pronunciaba la graciosa redondez de sus mofletes hacia arriba– y comenzó a escribir con sañuda alegría: «Total, una grey infantil amotinada. Un grupo escolar cerrado. Cientos de niños sin escuela…». Pero ahora venía lo mejor: «Me dicen que dirige este grupo escolar cierta maestra que dejó ahí en Navarra un pueblo en discordia y luego, cuando los vientos iban a cambiar de cuadrante, se vino para acá…Para acá, ¡donde se ha producido el primer motín de niños en una escuela de su dirección!».

Raimundo García estaba incluyendo el enconado agravio contra Julia Álvarez en la última parte de un complejo texto titulado "Divagaciones", plagado de diatribas contra el catalanismo, que se publicaría el 17 de junio de 1934 en primera plana. Sólo quedaba la guinda final para cerrar la sarta de improperios y la añadió con un suspiro goloso: «¡Una delicia!».

Julia, desde su despacho en Madrid, acusó la publicación como una bofetada.

–Pero *Ameztia*, ¡por favor! –e intentó serenarse a fuerza de ironía– ¡Rebuznó *Ameztia* desde acá y allá llegaron resoplidos nauseabundos y baba asquerosa…!

Tenía que escribir una contestación para *¡¡Trabajadores!!*. Era cierto que ella, aparentemente, había defendido al maestro para impedir que la indignación popular ejecutara su justicia inmediata, y el maestro causante, para desviar las iras, la había acusado de fascista; pero finalmente todo se había aclarado y ella había cumplido con su deber.

–¡Qué satisfacción, en medio de la vergüenza! –escribiría para la revista socialista–. Por una parte, ver que la gente reacciona en contra del fascio cuando cree que se ha metido en las escuelas de sus hijos. Por otra, haber demostrado ante toda la Navarra *católica* que Julia Álvarez, *la mala, la revolucionaria, la impía, la petrolera*, sabe ser ante todo maestra en su escuela, y no se ha aprovechado de estar en un barrio eminentemente socialista para captarse voluntades por afinidad política, sino que lo ha conquistado por su labor escolar.

–Y sí: estuve en Navarra –continuó explicándole al silencio de la estancia vacía–. Esta maestra que dirige el Rosario de Acuña es navarra. Y estuvo en un pueblo de Navarra, en Villafranca, por más señas. Y quizá lo dejó en discordia, porque en los ratos que le dejaba libre la profesión tuvo tiempo de estrechar la mano callosa de los trabajadores, y les dijo de quién es el *soto robado* en cuya hoja catastral figura el nombre de Rodezno, y les recordó que Mateo Múgica fue el causante de los presos de Villafranca en el año 24, y descubrió algún que otro enjuague municipal, y revisó rentas de tierras y de casas, y se esforzó en llevar a los humildes una esperanza: la de que en breve plazo caería la canalla fascistizante en el pozo de podredumbre que ella misma ha creado.

Los nombres de Mateo Múgica, obispo de Pamplona en 1924, y de Tomás Domínguez Arévalo quedaron temblando en el aire y al poco se condensaron en la mancha oscura de las letras de molde. Ella también había denunciado en varias ocasiones a Macario Jericó, a Emilio Martínez, Arrondo o Arana. Había hecho y deshecho listas de amigos y enemigos… Y es que era el momento de dejar las cosas claras, reconocer a los propios y distinguirlos de los semitraidores

que estaban usurpando la voluntad del pueblo. Si Nemesia hubiera estado presente hubiera reconvenido con la mirada a su hija.

–¡Julia, no debes mencionar esos nombres!

Pero en aquellos momentos no había nadie presente en la estancia y ella saboreó el placer de desgranar en su artículo las letras de los apellidos y los títulos de sus adversarios políticos.

–¡Salud, *Ameztia*! ¡Ojalá te encuentre un día por Madrid para felicitarte como *croniquero* veraz! Entonces te gritaré a la cara que vivan los maestros: ¡Viva la Asociación Provincial de Trabajadores de la Enseñanza en Navarra!

Después de haber aliviado el fuego que enturbiaba sus pasiones, Julia se levantó y se dirigió hacia los archivos para encararse con otras obligaciones perentorias. Allí le esperaba un enorme cúmulo de carpetas apiladas y repletas de nombres: en Villaviciosa, Joaquín Covarrubias, Gonzalo Algaba; en Móstoles, Pedro Arribas, Pablo Sanz; en Berbinzana, Francisco Elizalde, Marcelino Chocarro; en Corella, Lucio Calvo, Santos Liroz; en Cortes de Navarra, Isidoro Llavería, Lucio Clavería; en Lerín, Fernando Hierro, Fermín Bastero; en Cárcar, Eusebio Pío; en Estella, Florencia García… Todos ellos estaban acusados, tras la huelga campesina de junio, de diferentes delitos: desde coacciones, desórdenes públicos o reunión clandestina hasta desobediencia, insultos a la autoridad, tenencia ilícita de armas o sedición. La lista incluía por lo menos 55 personas procesadas que apenas tenían posibilidad de defenderse… Era ella la que debía sacarlos de la cárcel y buscar el modo de pagar, en determinados casos, las innumerables multas. Hasta el propio Zabalza seguía detenido…

Las morosas campanadas de una iglesia lejana señalaron una de las últimas horas de la tarde. Pero no había tiempo para descansar. Julia desatendió el ligero temblor que notaba en el pecho, sacó fuerzas de flaqueza y se puso a redactar sus escritos de defensa.

2. Amancio

El trabajo en el despacho de la calle Mayor era intenso y absorbente, pero había que hacerlo. Cada tarde, una vez acabada su labor en la escuela, empujaba la pesada puerta del número 29, cruzaba la entrada forrada de estuco y subía ligera por las escaleras hasta el primer piso con el objetivo de hacerse cargo de

su despacho. La Casa del Pueblo de Villafranca, donde se había estrenado en sus lides de abogada, le había brindado la oportunidad de conocer a fondo los problemas de los campesinos y de intentar solucionarlos con la ayuda de las leyes. Frente a aquello, el espacio de Madrid le abría nuevos horizontes, pero a la vez la obligaba a una labor aún más dura. Carpetas repletas de nombres eran sólo el embalaje de cientos de historias de rebeldía o de dolor. Después, en los Tribunales de Justicia, venía la lucha verdadera, la ensañada batalla donde se jugaba a sangre y fuego la libertad y la justicia.

En este tiempo Julia se había olvidado de sí misma y sólo se interesaba por los problemas ajenos. Más importantes que su cansancio o sus necesidades eran las historias de los obreros cuyos nombres en hilera interminable le ofrecían la narración de un desahucio, de ciertas deudas, reclamaciones, faltas contra la autoridad, tenencia de armas, altercados o detenciones… Ella era apenas el instrumento del consuelo de otros.

Hasta que se cruzó con Amancio. Quizás en algún tiempo anterior se hubieran encontrado en los largos pasillos del juzgado o en los mítines socialistas, pero fue en la preparación de la defensa de unos cuantos militantes del PSOE cuando se conocieron realmente. Julia se sintió como si nunca antes hubiera tratado con ningún hombre.

–Yo soy Amancio Muñoz –dijo él con un ligero acento del sur.

–Julia Álvarez –y le tendió la mano.

Él defendía a Ricardo Maroto, a Ponce de León, José Ruiz Suárez y Felipe Martínez Martín, detenidos tras las revueltas de octubre en Madrid y sometidos a consejo de guerra. Ella atendía a Carlos Rubiera y algunos otros militantes acusados de organizar un depósito de armas en la calle Alberto Aguilera.

Amancio Muñoz tenía ya 40 años y en las espaldas llevaba muchas más aventuras que Julia. Por eso tuvo el valor de mirarla de frente y aguantar el ceño inquisitivo de la chica.

–¿Conoces Cartagena?

–¿No es una ciudad de la costa murciana? –a ella le turbó por igual la sorpresa de la pregunta como el acento melodioso de quien averiguaba.

–Cartagena es el sitio que ha tenido el mejor alcalde de la República: Amancio Muñoz de Zafra –contestó él en una broma, con el trasfondo de un alarde de jactancia–. Y antes de eso, el mejor concejal durante unos cuantos años.

Julia rió por la chanza inmodesta y se dejó acompañar por un hombre que la miraba sin recato ni disimulo. Ella antes no había creído en el amor, pero a partir de aquel día Amancio la convenció de todo lo contrario.

***

–¿Cómo era ella? –preguntó mientras se levantaba del revoltijo de las sábanas– ¿Cómo fue tu matrimonio con Bernarda?

Amancio ensayó un gesto riguroso.

–¿Qué importa eso? Ahora estoy contigo. Sólo pienso en ti.

Julia hizo un mohín de disgusto, se acercó nuevamente al lecho y observó sus hombros blancos. Amancio sonrió y ella se dejó ganar la partida por la ternura.

–Sólo quiero conocerte mejor… –justificó su pregunta.

–Ya me conoces: he sido sastre, estudiante de Derecho, concejal, abogado y masón. Si quieres, te hablo de la logia 234 de Cartagena… –y añadió simulando un acento rufianesco–: ¡aunque ya sabes que lo tengo prohibido!

–No, no quiero saber eso. ¡Háblame de ella!

–¡Mmm! ¡Hablar de Bernarda…! –el hombre se levantó de repente y atrajo hacia sí a la mujer que lo miraba desde arriba–. ¡Ven aquí! ¡Es mejor que hablemos de Julia!

–¡Tonto! –rió ella dejándose engatusar.

–Tú ya sabes lo que quiero. Siempre he sido sincero conmigo mismo y he seguido mis ideales. Mi ideal actual… ¡eres tú!

Julia hundió la cara en su pecho. Nunca antes se había sentido comprendida o acompañada: su vida sólo había seguido la ruta de la soledad. Si luchaba, lo hacía sola. Pero con Amancio… Con Amancio se podía permitir el lujo de dejarse vencer durante algunos minutos por el desaliento, porque él era capaz de subirla hasta lo más alto del ideal. Con Amancio no tenía que desviarse un ápice de sus intereses, ya que ambos tenían los mismos. Parecía como si una

corriente eléctrica los recorriera para construir a partir de su sangre y de su carne un solo cuerpo común, que comprendía en cada caso las necesidades de cada una de sus partes primigenias.

–Contigo soy ahora la parte de un todo.

–¡Contigo!

***

Había luchado mucho. A los veinticinco años fundó en Cartagena la Organización Obrera de Oficios Varios, a raíz de un acto en el que defendía la colectivización de los medios de producción y una sociedad sin clases, cuando casi nadie se atrevía a proponer abiertamente todo aquello.

–Tenía una sastrería en la calle Cuatro Santos de Cartagena, muy bien puesta, no creas… ¡Hasta viajaba a París para documentarme sobre la moda!

También desempeñó el cargo de concejal durante diez años. Fue entonces cuando comenzaron a llamarle *el Lenin cartagenero*. Su lengua afilada y sus ideas radicales, expuestas sin tapujos, hicieron su figura tan famosa como controvertida: ¡hasta sus propios camaradas muchas veces se asombraban de su osadía! Pero su interés no se cifraba en mostrarse a sí mismo con el simple barniz de la demagogia, como le acusaban sus enemigos. Su verdadera obsesión consistía en servir a su pueblo y procurar restituirle lo que, siendo del pueblo, se le había robado. Por eso propuso que las sesiones municipales se celebrasen los domingos y no los viernes: así los trabajadores, el día de descanso, podrían presenciar y juzgar la actuación de sus mandatarios. ¡Habían de vigilar el buen hacer de quien les representaba! Por lo mismo también se negó a que el Ayuntamiento asistiera a la procesión del Corpus. ¡Había tantos asuntos que resolver en Cartagena, que los representantes del pueblo no tenían derecho a perder el tiempo en cosas banales! ¿Qué importancia tenía que le tildasen de anticlerical o demagogo por estas propuestas? Lo principal era que se actuase en justicia y desarticular las diferencias de clases, desterrar la propiedad privada abusiva, abolir el autoritarismo…

–¿Por qué me hice abogado? –Amancio rió con suficiencia– ¡Por instinto de conservación! Mis ideas socialistas hicieron que llovieran sobre mí los

procesos. En una ocasión no encontré abogado que me defendiera, así que en cinco años me hice bachiller y licenciado en Derecho.

Julia lo abrazó de nuevo, lamentando no haber estado presente para socorrerlo.

–Al final cerré la sastrería y puse mi título al servicio de los humildes. ¡Yo mismo me corté y confeccioné aquella toga!

Nada más proclamarse la República y un año antes de que Julia lo fuera en Villafranca, él también fue presidente de la Agrupación Socialista de Cartagena.

–Y formé parte del Comité Revolucionario que se hizo cargo del Ayuntamiento el día 15 de abril.

Una gran muchedumbre, que enarbolaba la bandera de la República, acompañó a los tres ediles más votados, Severino Bonmartí, Luis Romero y Amancio Muñoz, hasta la puerta del Consistorio para que tomasen posesión temporal de la alcaldía. Una vez allí, prendieron la tricolor en el balcón para que sirviera de guía a todos los patriotas *en la nueva era*. Cuatro meses más tarde, Amancio Muñoz resultó alcalde.

–Yo no haré ni más ni menos que ser consecuente –avisé el primer día–, hacer honor a mi conducta y a mis ideas, buscar soluciones a las necesidades del proletariado… ¡Defender en España las ideas democráticas!

Seguramente, en esos justos días, Julia también rezaba lo mismo en la Agrupación Socialista junto a los campesinos de Villafranca

–La redención del proletariado…

–Que no es otra cosa que la implantación de una sola clase, la de trabajadores dignos y libres, que obtengan íntegramente el producto de su trabajo.

Pero la misma presión callejera que llevó a Amancio a la alcaldía le obligó cinco meses más tarde a renunciar. Un tumulto sindicalista entró por la fuerza al Ayuntamiento y le planteó la dimisión como si le amenaza con un fusil contra el pecho: los socialistas estaban divididos y Amancio Muñoz no era una opción que se aviniera a contemporizar con ninguna de las facciones. El traje socialista que se había confeccionado en Cartagena se le estaba quedando pequeño.

–Me vine a Madrid.

Amancio se dio de baja en el censo y se colegió como abogado en la capital en marzo de 1932. Después de recorrer más de cuatrocientos cincuenta kilómetros, Cartagena se desdibujó en la lejanía y *el Lenin cartagenero* la quiso recordar en la distancia como encerrada en un círculo: al norte, la rambla de El Albujón; al oeste, los Cabezos del Pericón y la Sierra de las Victorias; al sur y al este, el mar Mediterráneo.

A la aventura de la alcaldía, aun residiendo en Madrid, sucedió un proceso judicial, instruido por el delegado del Ministro de la Gobernación y que duró varios años, para depurar la gestión administrativa de los alcaldes que habían gobernado la ciudad desde el advenimiento de la República. Los cargos formulados contra todos ellos (Luis Romero, Amancio Muñoz e Isidro Sánchez) iban de menor a mayor importancia: infringir un acuerdo municipal, falsedad documental, malversación de caudales públicos.

A Amancio no le sirvió recurrir la condena de primera instancia, ni defenderse a sí mismo en apelación. Fue igualmente condenado *por indicios racionales de criminalidad*, acusado de haberse apropiado de 2.400 pesetas para hacer pagos que no procedían.

¿Qué importancia podía tener aquella acusación cuando lo que trascendía era su profunda disconformidad respecto a los presupuestos y la ejecución de los gastos? Había que seguir laborando en sus empeños.

–Nosotros, la parte de un todo –dijo ella.

–Tú y yo, y nuestros ideales para la nueva España –dijo él.

–Adecuando siempre nuestra conducta con nuestras aspiraciones.

–Y si en algún momento, como consecuencia de nuestras normas políticas, económicas y sociales, apareciese nuestra disconformidad respecto a la confección de presupuestos o la forma de realizar impuestos…

–En estas cosas que son consustanciales con nuestros ideales…

–¡Defenderemos nuestras propias ideas socialistas!

–¡Y nos conduciremos rectamente, laborando con tenacidad hasta conseguir la victoria de nuestros proyectos!

3. Un matrimonio en el Congreso

Amancio y Julia contrajeron matrimonio civil en diciembre de 1935 y se cobijaron en su piso alquilado de la calle San Marcos, no muy lejos de la Gran Vía. En el portal clavaron una chapa metálica con un ofrecimiento implícito: «Julia Álvarez Resano y Amancio Muñoz de Zafra: abogados». Era una vivienda sencilla, pero de techos altos, con balcones de forja que permitían asomarse al bullicio de la calle. El lugar adecuado para recibir tres meses después a los periodistas Modesto Monreal, de *La Voz*, y Antonio Otero, de *Mundo Gráfico*, que estaban ansiosos por realizarles una entrevista cuando, después de las elecciones de febrero de 1936, resultaron los dos elegidos diputados socialistas.

–Irá en las *Novedades parlamentarias* –dijo el de *La Voz* mientras apuntaba– «¡Por primera vez se sentará un matrimonio en los escaños del Congreso!».

–«Un matrimonio en el Congreso: ella es maestra, y él, sastre…» –apuntó Antonio Otero.

Se acomodaron junto a la mesa para posar en la fotografía que aparecería en la portada.

–Julia, levanta la cara, para que te refleje la cámara –le dijo Amancio mientras él miraba el objetivo con su gesto de desafío.

–No quiero –dijo ella–. Es mejor que a las mujeres nos retraten trabajando.

Y la fotografía registró la figura de Julia cumplimentando sus escritos: la cabeza inclinada mientras revisaba los textos, con sus dos bandas disciplinadas de cabello seccionadas por una línea inclemente; las cejas rectas a juego con los pómulos y la barbilla puntiagudos; los labios apretados, rumiando la defensa que había de presentar a los pocos días en el Juzgado. Amancio, más relajado, jugueteaba con un vaso en la mano y miraba a la cámara. Aquí estoy, aquí estamos, para quien quiera acercarse a preguntar: con mi traje y corbata, mostrando los puños planchados, alzando la ceja en la duda de si responder con ironía o enfado.

Detrás de la figura de Julia y su bata floreada, un anaquel con los objetos humildes de una casa sencilla: un jarrón, un cuadro, un molinillo de café, una caja de música…

–Desde el día 17 se sentará en los escaños del Congreso un matrimonio cuyos dos miembros son diputados. Para la paz de la familia, por fortuna, se sentarán los dos en los mismos bancos –añadió bromeando el periodista–: ambos son socialistas.

–Pero no hemos ido a las elecciones cogidos del brazo –aclaró Amancio, mirando a Julia con orgullo–. Julia representa a la Cámara por la circunscripción de Madrid, mientras que yo soy diputado por Murcia.

–Llevo varios años afiliada al Partido Socialista –dijo ella al periodista–. Soy también maestra. Como tal ejercía cuando decidí hacerme abogada… Además de dirigir la escuela graduada Rosario de Acuña, empecé a ejercitar mi actividad política en Madrid como asesora de la Federación Provincial de Trabajadores de la Tierra. He visitado los pueblos de la provincia y así me he dado a conocer… –terminó humildemente–. ¡Estoy dispuesta a defender en el Parlamento mis ideas y, a la vez, los intereses de mis electores!

Amancio, desdeñando la cámara fotográfica, se dirigió a su vez al redactor.

–Mi historia política es más larga –resumió con llaneza–. Llevo más de veinte años militando en el socialismo y mi posición es completamente marxista. Si he de concretarla en lo que a táctica se refiere, considéreme usted entre los que reconocen la rapidez como cosa eficaz…

Después de aquello, mientras el informador apuntaba, Amancio comenzó a sentirse más a gusto con el cometido de presentarse a sí mismo. Había que hacer constar las verdades íntimas.

–No me gusta personificar –siguió–, pero en Lenin vi una orientación. Yo soy sastre. He sido sastre y he ejercido esta profesión hasta hace muy poco. Cartagena era mi residencia y me hice abogado casi por un interés personal: para defenderme en los procesos a que estaba sometido.

–En cinco años, sin interrumpir ni un momento la práctica de su profesión –interrumpió Julia–, hizo el bachillerato y la carrera.

–Me licencié en Valencia y empecé a ejercer. Cuando llegó la República había salido concejal socialista en las elecciones que cambiaron el régimen y me hicieron alcalde. ¡Fui al mismo tiempo sastre, abogado y regidor de Cartagena!

–La filiación queda hecha –concluyó el periodista–. Así es el primer matrimonio que llega a unas Cortes españolas.

Sin embargo, ya en la puerta, le hizo a doña Julia la última pregunta.

–¿Qué cree usted que ha de resultarle más sorprendente en el Parlamento?

Ella sonrió y acarició la mano de Amancio debajo de la mesa.

–¡Tener que llamar *su señoría* a mi marido cada vez que tenga que dirigirme a él!

Pocos días más tarde, Julia y Amancio volvieron a posar en una imagen distinta y, en lugar de elegir la modestia del hogar, se fotografiaron en los salones del Congreso. Sentados en un elegante diván, ninguno quiso observar a la cámara, porque lo único que cada uno veía se cifraba en los ojos del compañero. Y entonces, tomados de la mano, sonreían. Amancio, con el mismo traje, la corbata, el pañuelo doblado asomando del bolsillo, ofrecía el perfil de su mejilla carnosa; mientras que Julia, con vestido de mezclilla y zapatos de tacón recién estrenados, escondía su sonrisa ruborosa: por primera vez se dejaba retratar estrechando la mano de un hombre. Cruzando los pies a la altura de los tobillos, se sentía levemente asustada. No era el boato del sillón tapizado o la mesita labrada, adornada con su esmalte dorado; no era la presencia de los bustos de mármol a su espalda, las alfombras suntuosas o la delicadeza del adorno de porcelana china sobre la mesa contigua. Es que se había prendido en la solapa el emblema redondo con la bandera tricolor de la República. ¿Sería capaz de defenderla a sangre y fuego hasta fundar la nueva era sin desviar el camino? Afortunadamente, Amancio sujetaba con firmeza su mano.

–Nosotros dos, la parte de un todo. Tú y yo, y nuestros ideales. La redención del proletariado, que se cifra en la implantación de una sola clase social: ¡la de los trabajadores dignos y libres!

***

Madrid, 8 de marzo de 1936

Para aquellas fechas Julia había dado ya muchos mítines en los alrededores de Madrid como representante del Frente Popular –un total de treinta y uno, de los que diecinueve se habían desarrollado en febrero– y había

recogido también su acta de diputada, a la vez que Amancio. Pero un mitin en la plaza de toros de Las Ventas era algo excepcional. ¡Un mitin del Frente Popular dedicado a homenajear a las mujeres españolas, que le habían dado, por fin, la victoria! En el cartelillo que relacionaba a los extraños diestros, sólo tres nombres de mujer: Catalina Salmerón, hija del efímero presidente de la Primera República Nicolás Salmerón; Dolores Ibárruri, en representación del Partido Comunista, y Julia Álvarez, por el Partido Socialista. Todas eran integrantes de la Agrupación de Mujeres Antifascistas: la primera, su presidenta honorífica; la segunda, presidenta efectiva, y la última, activa colaboradora. Victoria Kent, que también hubiera participado en el acto, no lo pudo hacer por encontrarse enferma.

La plaza ofrecía un aspecto imponente: más de sesenta mil personas concurrían en un espacio diseñado para poco más de veinte mil. No sólo las gradas y tendidos estaban abarrotados de público, sino que la multitud también había ocupado por completo el ruedo, el callejón y los pasillos. ¡No cabía ni una sola persona más!

Frente al tercero de los diez tendidos que forman la plaza se había levantado en el ruedo una plataforma para la Banda Municipal y los números de varietés que habían de actuar. Al nivel del propio tendido se había erigido otro entablado, un poco más elevado, para la presidencia y las oradoras. Las tres disertantes, desde allí, observaban sobrecogidas a la multitud que se había reunido para escucharlas. Afortunadamente, rodeando la plataforma que las cercaba, un cordón de muchachas de las Juventudes, uniformadas, las protegía al evitar que el público enfervorizado invadiese el lugar que les estaba reservado.

El acto comenzó con el himno de *La Internacional*, interpretado por la Banda Municipal, que los concurrentes escucharon en pie. Julia no pudo evitar recordar las primeras veces que ella lo había cantado, en la Casa del Pueblo de Villafranca. Afortunadamente, ¡cuánto habían cambiado las cosas desde aquella lucha sorda contra el caciquismo! ¡Y qué valientes habían sido muchos de ellos al introducir las nuevas ideas en una Navarra tan tradicional y arcaica! Ahora, por fin, los votos recogidos en las urnas de toda España habían dado el triunfo a quienes construirían con sus propias manos una nación más moderna y más

justa. Sin percatarse del paso del tiempo, Julia escuchó el resto del repertorio de la Banda Municipal: un pasodoble de moda, *Churumbelería*; una selección de *Las hijas del Zebedeo*, de Chapí; y *Gigantes y cabezudos*, de Caballero. El público aplaudió cada una de estas composiciones con entusiasmo.

Después de la música, correspondía comenzar los discursos a la más veterana de las participantes, una iniciadora de las reivindicaciones femeninas, Catalina Salmerón, que a los setenta años conservaba más patente la presencia de ánimo que la energía física. Por ello, dejó que un *speaker* leyera las cuartillas que ella había redactado, mientras sancionaba con su venerable presencia el resultado. Julia pensó que era extraño observar su liviana figura, vestida de negro, acompañada de una voz vibrante que no era la suya pero que proclamaba los ideales que ella había procurado con su vida. Quizás ese era el triunfo verdadero de la lucha de los trabajadores, pensó, que su legado fuera llevado por una voz en el viento más allá de la propia existencia.

–Ciudadanos: no quiero dejar de deciros dos palabras, ya que este acto se realiza en homenaje a la mujer. La mujer española debe gratitud a la República, porque a ésta le debe todo lo que es: sus reivindicaciones y su personalidad. Bien es verdad que la mujer ha respondido con largueza, mostrándose dispuesta a poner todo su entusiasmo y toda su energía para acabar con todas las vejaciones, menosprecios e injusticias de que ha venido siendo víctima.

Catalina Salmerón había estudiado la carrera de Magisterio en Francia, durante el exilio de su padre, y se había ocupado hasta hacía poco de liderar la asociación feminista *Fraternidad Cívica*, fundada por su madre; así que tenía larga experiencia en la lucha femenina.

–Las mujeres estamos dispuestas a no consentir jamás que vuelvan al poder las gentes reaccionarias –continuó la voz que daba sonido a la voluntad de la anciana–. Por eso todas juntas debemos seguir trabajando dentro de la República de izquierdas hasta conseguir un régimen de justicia social.

Para acabar, la voz que desgranaba la lectura agradeció la intervención de la Banda Municipal y del resto de los artistas y presentó a las otras dos oradoras, *la Pasionaria* y Julia Álvarez, después de lamentar que Victoria Kent, la mujer que tanto había trabajado por la República y que tan excelente y humanitaria

labor había realizado al frente de la Dirección de Prisiones, no pudiera tomar parte en el acto.

Una gran ovación cerró ese breve discurso y las otras dos oradoras se prepararon para continuar. La asturiana y la navarra se miraron, como en un espejo, sorprendiéndose por compartir la misma emoción en su mismo empeño. Las dos, en una copia de sí mismas, exhibían un vestido similar, oscuro y liso, sencillo, sin concesiones a la feminidad o a la moda, y el mismo peinado recatado, con las dos bandas de cabello sujetas en la nuca. Emergiendo de su atuendo salían en ambos casos sus brazos blancos, enérgicos, acabados en manos que cerraban sus puños a lo alto y, del escote redondo o en pico, cerrado, se alzaba el cuello con su garganta vibrante. Dolores y Julia compartían muchas cosas: la fortaleza y el empeño, la lucha y el verbo arrebatado. Más gruesa la navarra, poseía una voz también más grave, empeñada en un redoble de la «r» que quedaba resonando como un eco, y aunque podía presumir de la intelectualidad que le conferían sus dos carreras, Magisterio y Derecho, se complacía en su acento ribereño porque pretendía llegar, sobre todo, a los humildes. *La Pasionaria*, una mujer que había deseado estudiar y a quien sus condiciones económicas no se lo habían permitido, poseía la elegancia innata que no nace de los títulos.

–¡Mujeres de Madrid! –clamó *la Pasionaria*– ¡Mujeres revolucionarias de todo el Mundo! No queréis continuar bajo un régimen de opresión y os levantáis hoy en masa para demostrar que deseáis ocupar el lugar que os corresponde. ¡El eco de vuestra voz revolucionaria resuena en toda la Península, de uno a otro extremo, para luchar contra la reacción!

Dolores Ibárruri explicó que las mujeres no habían votado sólo a favor del Bloque Popular, sino que lo habían hecho también contra los otros, contra los que habían llenado las cárceles de obreros honrados, contra los que negociaban con la sangre de los campesinos, contra los que explotaban al pueblo, contra los que querían seguir las huellas de Mussolini en Italia y de Hitler en Alemania.

–Venimos a decirle al Gobierno que las mujeres que hemos luchado contra el totalitarismo creemos que ha llegado la hora de derribarlo todo para acabar con el peligro fascista. ¡Es necesario acelerar el ritmo iniciado! Hoy en España la

mujer interviene en las artes, en las ciencias y en la gobernación del Estado y, por tanto, sabe dónde va y está capacitada para todo. La mujer española sabe luchar y dar la vida, y no le asusta la revolución, ¡cosa que no puede decirse de muchos hombres!

Un escalofrío colectivo electrizó a la multitud y algunas mujeres sonrieron observando a los varones, menos numerosos. La oradora insistió en la necesidad de luchar por los progresos sociales.

–¡Que se termine el *paro forzoso*, y que desaparezca para siempre la amenaza fascista!

La Pasionaria explicó la evidencia: un pueblo que tuviera esclavizada a la mujer no podía ser un pueblo libre y, por eso, el Gobierno tenía la obligación de proteger a la mujer y al niño, para que ella no fuera simplemente la esclava del fogón...

–Habéis demostrado que sois dignas del derecho que la Constitución os concedió –expuso en su conclusión y, antes de acabar, quiso añadir el aviso de una amenaza latente–. Hoy el peligro fascista es evidente en el orbe entero: Alemania ha lanzado al mundo su desafío y por ello es preciso que os levantéis unánimes para impedir que estalle la guerra. ¡Que en todas partes, en el taller, en la fábrica, en la Universidad, se levante la voz de la mujer diciendo que no quiere la guerra!

Una ovación atronadora completó su discurso. La Agrupación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, reconvertida en la Agrupación Pro Infancia Obrera y, por fin, en la Agrupación de Mujeres Antifascistas, había triunfado.

Julia Álvarez dio un paso al frente, antes de comenzar a hablar, y observó fascinada a la multitud que, a su vez, la observaba. Los diez tendidos con sus graderíos, el callejón y la arena del coso hervían repletos de personas que habían acudido a escucharla. Por un momento sonrió. ¡Ella, en la plaza de toros de La Ventas! Ella en la plaza de toros..., pero no en la celebración de esa fiesta sangrienta que representaba lo peor del alma española, la faceta cruel y desgarrada de un espectáculo que se alegra de la sangre y del sufrimiento ajenos. No, ella estaba allí para defender la justicia y la cultura, encarnada en la inteligencia y el trabajo, encarnada en el esfuerzo de los obreros, que celebraban

la llegada de la República y la participación igualitaria de las mujeres en la construcción de un mundo futuro. Julia miró al cielo descubierto de marzo, por encima de las cabezas de la multitud, tomó aire y comenzó.

–Las mujeres españolas no necesitan homenajes…

Los sesenta mil asistentes al acto se sorprendieron y quedaron expectantes. La oradora, después de una breve pausa, siguió de forma arrebatada.

–No necesitan homenajes porque saben que fueron a la lucha para seguir un camino de reivindicaciones que no supieron conquistar los hombres y que, por eso, ¡lo han emprendido ahora las mujeres!

Ella, sin embargo, era diputada socialista y abogada de la Federación de Trabajadores de la Tierra, y no podía olvidar a las mujeres campesinas de su tierra natal.

–Con todo, si hay que realizar un homenaje, éste de hoy lo ofrezco a las mujeres del campo, a las siempre explotadas y a las mujeres enlutadas de Asturias. ¡Lucharemos sin cesar! ¡Lucharemos por una República que sea de los trabajadores y para los trabajadores!

Desde su estrado, Julia no podía distinguir con nitidez las facciones singulares de ninguno de los asistentes. La muchedumbre se le aparecía, más bien, como una unidad de contornos difuminados a la que había que amaestrar y que ondulaba en un tenue movimiento colectivo. Para cautivar el sentimiento de la mayoría apuntó las injusticias que siempre había censurado en otros mítines menos multitudinarios y, en especial, la explotación sufrida por las mujeres, que para un mismo trabajo cobraban la mitad de jornal que los hombres.

–Esto sucede por una sola causa –explicó–: antes como ahora, tanto cuando mandaban los reyes como cuando mandan las derechas, mientras predomina el capital… ¡reina la injusticia! Y los gobiernos reaccionarios, que se dedican a mermar las escuelas, por otra parte preparan las guerras, para que vayan a morir los hijos de los obreros…

El auditorio, entregado de antemano, oía de boca de la disertante las quejas y demandas que le habían llevado hasta allí, aunque faltaba un estímulo nuevo.

–En mítines, en periódicos, en todas partes, los hombres clamaban: ¡Mujeres, venid a nosotros; venid a salvar la República!...

Julia tomó aliento, dio un nuevo paso al frente mientras alzaba con apasionamiento su brazo derecho con el puño en alto.

–¡Hemos venido y hemos triunfado! –gritó con voz enronquecida–: ¡Aquí estamos!

Las mujeres asistentes y los varones se pusieron en pie en el movimiento común de un cuerpo gigante que estalló en una ovación estruendosa y unánime. Cuando los aplausos se acallaron, Julia continuó con acento ya sosegado.

–Vino la República. Vino la República y se publicaron leyes, decretos, disposiciones que no se habían de cumplir… Vino la República, ¡pero no se limpió de enemigos, por lo que cayó derrotada a sus pies!

Explicó que la victoria de las derechas en el 33, contra lo que se quisiera decir, no se debió a las mujeres, sino que la culpa fue de los hombres, que no supieron conducirlas. Sin embargo, después del 16 de febrero, conquistada nuevamente la República por el triunfo de las mujeres, ésta podría volver a perderse si ellas no salían a la calle a defenderla.

–Esta no es todavía la República de los obreros –insistió–. Nos hemos encontrado ante una España llena de piedras, llena de malas hierbas, ¡y es preciso arrancarlas, quemarlas, para sembrar mañana y conseguir el triunfo de las ideas socialistas!

Cuando el eco de estas palabras se extinguió, en una nueva mudanza, Julia Álvarez se dirigió a la Presidenta de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, Catalina Salmerón, señalando su figura enlutada y liviana.

–Lo digo a doña Catalina Salmerón, para que lo transmita al Gobierno. Hay que limpiar; pero hay que limpiar desde las más altas magistraturas hasta los últimos rincones de los despachos, que son todavía refugio de monárquicos. Hay que limpiar hasta las cavernas del último pueblo –añadió mientras recordaba algunos lances en Villafranca–, donde los reaccionarios cobran pingües sueldos para luego traicionar a la República.

El tiempo de su alocución había terminado, así que Julia acabó con una conclusión que pugnaba por convertirse en amenaza.

–El mejor homenaje que podéis hacernos es que no haya más homenajes ni más manifestaciones hasta que España se haya limpiado por completo de la mala hierba. ¡Si no se da satisfacción a las mujeres –cortó el aire nuevamente, con el puño cerrado–, nosotras solas saldremos a la calle para defender nuestros derechos!

Tras el esfuerzo, la oradora se replegó en tanto que el auditorio aplaudía enardecido. La energía que la había levantado hasta rozar el cielo con el puño cerrado se disolvía ahora en la suma sin fin de unos rostros que comenzaban a adquirir sus rasgos distintivos individuales.

Ya podía comenzar un festival con la actuación de los caricatos Paquita Almería y Pepe Guerrero; del trío de bailarines acrobáticos rusos Zigani Spasorri; del *mago del saxofón* Fernando Vilches; y del rapsoda José González Marín.

Cuando terminó el acto, en un orden completo, se organizó el desfile de una imponente manifestación, sin que la prensa del día siguiente pudiese anotar el más pequeño incidente.

–Mi patria, mi pueblo –suspiró Julia al cabo.

***

Congreso de los Diputados, abril de 1936

El hombre grueso que ocupaba el centro del pasillo era diputado en Cortes por la provincia de Madrid, pero todavía no había llegado a ser el presidente de la República. Los dos jóvenes lo ignoraron al cruzar los pasillos del Congreso y él se vio obligado a girarse hacia un lado para dejar pasar a la pareja de novios, que caminaban agarraditos de la mano.

–¿Has visto? –preguntó desdeñosamente a su acompañante.

Indalecio Prieto, diputado en Cortes por Bilbao, también era un hombre corpulento. Asturiano y de origen humilde, se había forjado a sí mismo, desde sus primeros trabajos como taquígrafo en el diario *La Voz de Vizcaya* hasta convertirse en periodista, en un principio redactor de *El Liberal* y, después, su director.

–¡Cómo viene la juventud! –contestó aceptando el envite.

Manuel Azaña escrutó despectivamente a la pareja. Él ya contaba con 56 años, tres más que su acompañante, y le resultaban un poco cómicos los arrestos y las ínfulas revolucionarias de aquellos diputados recientemente elegidos.

–Tú a estos ya los conoces, ¿no? ¡También vienen por el Partido Socialista! –insistió Azaña.

–Los pobres somos casi todos socialistas –repuso Prieto–. Ella es Julia Álvarez y el consorte, Amancio Muñoz.

–¿Maestros los dos? –siguió don Manuel, pero apenas escuchó la respuesta de su acompañante.

–Son abogados, pero antes ella fue maestra y él, sastre.

Azaña pertenecía a la burguesía y siempre había gozado de todas las comodidades, mientras que Indalecio Prieto concedía que se había embutido en el traje de diputado a fuerza de ganas. Sin embargo, los dos a la par miraron a los jóvenes con arrogancia, achacándoles la inexperiencia de los recién llegados.

–*Parvenus* –murmuró cualquiera de los dos.

Julia y Amancio continuaron su camino sin atender a las miradas despectivas de los viejos dinosaurios. Ella era más alta que Amancio y bastante más robusta. Cuando era maestra, sus alumnas decían que era guapa. Sin embargo, los hombres casi nunca se lo dijeron a la cara: probablemente no se atrevían. Valiente, decidida, inteligente, voluntariosa, firme, insistente, infatigable, obstinada, intuitiva, tenaz… Pero guapa, guapa… no. Julia, a sus treinta y dos años, sonreía. Y cuando sonreía, los ojos se le achinaban y las cejas oscuras querían dibujar una línea recta que contrastaba aún más con la barbilla puntiaguda y los pómulos salientes. Amancio acababa de cumplir los 41: realmente no era tan joven como sus colegas lo juzgaban y la marca de unas entradas incipientes daban prueba de ello. Cogido de la mano de Julia, parecía una figura ligera: un chiquillo mofletudo vestido de adulto, con el pelo corto, los labios carnosos cerrando una boca de lengua afilada y de risa presta. Amancio también era arrogante, aunque astuto: sus colegas temían su verbo apasionado y fogoso y su genio irritable. Sin embargo, la primera impresión producía una idea equivocada de la pareja: los acentos rotundos de la villafranquesa, enfrentados a

la dicción suave del de Cehegín, parecían darle a ella la preeminencia. No era así: Amancio era, en realidad, mucho más peligroso.

–Esto cada día se parece un poquito más al Ateneo –añadió el expresidente del Gobierno y candidato a presidente de la República, con intención de tirar de la lengua a su amigo–. Ya no hay tipos jocosos, ni truculentos, ni nada….

–Lo mejor, *los Reyes Católicos* –respondió Prieto, señalando con la cabeza a los recién llegados, con ánimo de chancearse de los dos.

Azaña reprimió un estallido de risa y se tapó con la mano la boca.

–Si él ha sido sastre, a lo mejor es quien le ha cosido a ella la dalmática –bromeó señalando el vestido largo y recto de la mujer.

En realidad, ninguno de los diputados se había acostumbrado todavía a la presencia de las mujeres en los pasillos del Congreso y casi todos fisgoneaban con interés morboso las vestimentas de las diputadas.

–El otro día entraron *los Reyes Católicos* en el bar –siguió bromeando el socialista– y un periodista dijo: «Los reyes católicos van a tomar… ¡granadina!». Desde entonces, no han vuelto a asomarse…

–La reina católica interrumpe casi tanto como la Nelken –añadió Azaña desdeñosamente.

–Ya… –convino Prieto–. Hace poco un diputado de la derecha la increpó: «¡Menos interrupciones y más hijos!» y el marido comenzó una protesta, indignado: «¡Canallas, ladrones! ¡Eso es llamar infecunda a mi señora!».

Los viejos dinosaurios dejaron estallar en su boca el estruendo de la risa mientras intentaban sujetar con mano firme el palpitar jocoso de las tripas al son de las entrecortadas carcajadas.

–¡¡Es lo mejor, hasta hoy, de este parlamento!! –sentenció Azaña limpiándose las lágrimas y recuperó, por fin, el dominio de la respiración.

4. La sangre derramada

Villafranca de Navarra, julio de 1936

–Ven, mamá. ¡Mira lo que le están haciendo al señor Juan!

La mujer se asomó brevemente a la entrada de casa, tomó violentamente a la niña de la mano y la empujó dentro del portal. Después cerró la puerta, la zarandeó sin motivo, la abrazó y las dos comenzaron a llorar.

–¡Alicia, no mires! –susurró la madre, aunque era imposible que la niña viera algo, ya que además de que estaba cerrada la puerta la mujer había sepultado la cara de su hija contra su pecho.

En la calle Mayor de Villafranca, Juan Resano, alias *Pajavano*, no lo estaba pasando muy bien mientras lo arrastraban sin misericordia por el suelo. Unos metros más atrás su mujer, la señora Juliana, había quedado sentada y casi sin sentido en medio del desastre de la pequeña tienda de ultramarinos. Los militares recién llegados de Estella se habían aplicado a fondo para destrozarlo todo y se mezclaban en el suelo las alubias del saco rajado con los cristales de las botellas de vino y las cajas de conservas. La señora Juliana pretendió levantarse, pero sin querer pisó el papel de periódico con que solía envolver algunos productos y resbaló. Sin comprender bien lo que hacía, sentada en el suelo, se dedicó a descifrar las letras impresas de los anuncios, que incongruentemente hablaban del «Matacucarachas Relámpago»; la «Brillantina India, que devuelve a sus cabellos el brillo, suavidad y color de los años juveniles»; o «Valdelazura, agua de mesa antidiabética». En otra página, que provenía de un periódico traído por algún vecino y que ellos nunca compraron, todavía se leía un mensaje aún más extraño: «Los señores párrocos más celosos de España consumen los Vinos Puros de Vid para consagrar, de las bodegas de Agustín Serrano Manzanares, proveedor del S.P. Vaticano y de las comunidades más escrupulosas de España y América».

Mientras tanto, después de patear a su gusto al propagandista del socialismo Juan Resano, los militares lo habían remolcado hasta la calle de las Cuatro Esquinas. Allí lo pusieron de rodillas, aunque no lo iban a obligar a rezar. Uno cualquiera, quizás el más joven o el más rencoroso, sacó su pistola y se la clavó sobre la frente.

–Y ahora vas a gritar con todas tus fuerzas: «¡Que muera la puta del Congreso! ¡Que muera la puta de la Julia!».

El señor Juan miró a su alrededor, como para comprobar la asistencia de sus paisanos a su humillación, pero en esos momentos nadie se atrevió a aparecer, ni siquiera el alcalde. Aunque, bien pensado, ¿qué alcalde? Su antiguo enemigo Macario Jericó había presentado su dimisión el 21 de abril y fue sustituido por el teniente de alcalde, Santos Catalán, que a su vez delegó el 13 de julio en Ángel Arrondo, el cual también confirió el cargo al concejal Emilio Arana, que a su vez nombró a Miguel Cristóbal, quien de ningún modo quiso hacerse cargo de la Alcaldía. El 17 de julio, un día antes del levantamiento armado de julio de 1936, la corporación entera había abandonado el Consistorio.

Una nueva presión del cañón del arma sobre su frente urgió al centinela socialista a encarar la realidad. Al fondo de la calle, ese día de finales de julio, más allá de los uniformados, se divisaba una parte del campo de cereal que rodeaba Villafranca. Hacía ya tiempo que los labradores habían segado la cebada y el trigo y para entonces la tierra presentaba un aspecto reseco y pajizo. Julia. Su sobrina Julia tampoco estaba en el pueblo, sino en Madrid; así que supuso que todavía podía salvarse y, con esa esperanza, tragó saliva e intentó construir una frase sin sentido.

–Que muera la puta de la Julia –escupió como pudo.

Sus acompañantes rieron divertidos.

–No, no es así –dijo el que empuñaba la pistola–. Eso se dice más fuerte: se dice gritando. ¡Prueba otra vez!

Al señor Juan se le nublaron los ojos. No quería recordar los destrozos de la tienda y tampoco se atrevía a preguntarse cómo estaría su mujer, abandonada en el suelo.

–¡¡Que muera la puta de la Julia!! –gritó esta vez mientras se le partía la garganta.

–¡Bien, muy bien! –aullaron sus torturadores–. Así otra vez hasta que te oiga todo el pueblo.

Cuando ya había gritado por cinco veces el mandato, lo tiraron al suelo y se marcharon. A partir de julio de 1936 la vida de Juan Resano se convirtió en algo muy complicado.

***

El escarmiento de los militares fascistas al *centinela* había sido una advertencia muy ligera en comparación con lo que llegó a continuación. El día 23 de julio fueron fusilados en Arguedas Francisco Lafraya, secretario de la Agrupación Socialista y labrador; Pablo Lafraya, presidente de las Juventudes Socialistas, de 19 años; Bonifacio Malo, jornalero afiliado a la UGT; Francisco Adrián, ferroviario; Manuel González, padre de ocho hijos, y Santiago Segura. Al día siguiente, en Alfaro, murieron de la misma suerte Crisanto Bretos, ferroviario y afiliado a la UGT, Miguel Cristóbal y Macario Lafraya.

–¡No, no! –gritó Julia al conocer las angustiosas noticias.

Sin ser muy consciente de sus propios actos, sobrecogida, se dejó caer sobre una silla y enterró con violencia la cara contra las manos. Nemesia, para consolarla o para consolarse, pretendió abrazarla, pero ella necesitaba expulsar el horror que le quitaba el aliento.

–¡No, no! –dijo poniéndose en pie mientras advertía que la primera conmoción se convertía en arrebato.

La madre dio un paso atrás para dejar espacio a los ímpetus de su hija. Al conocer la noticia del asesinato de los que habían sido durante tantos años sus vecinos, había quedado consternada, incapaz de enhebrar con lucidez algunas ideas.

–¡Si, por lo menos, estuviera aquí Amancio! –dijo la mujer estrujándose las manos.

–¡Amancio! –volvió a gritar Julia. Durante algunos minutos había olvidado la suerte de su marido, que en aquellos instantes se dirigía hacia el frente de Albacete con el objetivo de defender a la ciudad contra los sublevados–. ¡Amancio!

Un dolor se mitigaba o se aumentaba con el otro, por momentos.

–¡¡Asesinos!! –dijo esta vez entre dientes, temblando de rabia.

Y en aquellos momentos el recuerdo de Amancio, de alguna manera, la serenó. Cuando él quiso partir hacia el combate ella se había negado, temiendo por su vida; pero ahora que conocía los desmanes de los amigos de Franco sentía agradecimiento por el valor del marido, que con más de 40 años tenía la audacia de empuñar las armas para defender a la República.

Unos cuantos días más tarde las malas noticias se multiplicaron.

–También han fusilado a Miguel Cristóbal Arrondo, en lugar desconocido… –le contó el mensajero, y dudó algunos segundos antes de proseguir–. Y a Sixto. ¡A Sixto Alonso lo han asesinado los facinerosos fascistas en Pamplona, en la Vuelta del Castillo!

–Sólo tenía 33 años… –gimió Nemesia Resano.

Él sabía que lo iban a matar. Como mataron a Francisco Lafraya, a Pablo, a Bonifacio o a Francisco Adrián… Después de haber sido presidente de la sección de Oficios Varios de la Agrupación y tras tantos años al frente de la Asociación Provincial de Trabajadores de la Enseñanza en Navarra, no le cabía ninguna duda. Por eso, decidió escapar a Francia: allí podría reunirse con su hermano Carlos, también maestro republicano y perseguido por el bando de Mola.

El día 16 de agosto tomó un taxi que le tenía que acercar a Valcarlos, a escasos kilómetros de la frontera francesa. De Pamplona a Espinal y desde allí a Burguete y a Roncesvalles, la carretera se retorcía en meandros sinuosos. A ambos lados la vegetación afloraba en profusa muestra de hayas, robles y castaños. Sixto recordó las excursiones en la escuela, en las que pretendía que los niños apresaran la vida desde la observación de la propia naturaleza. Aquello es un roble, les hubiera dicho, pero si miráis más despacio también podréis encontrar algún fresno, un chopo o un aliso. Y los niños se hubieran divertido recogiendo los frutos del endrino, para hacer en Villafranca pacharán.

Sixto tomó repentina conciencia de su situación desesperada y olvidó su papel de maestro. Su vida corría peligro en la carrera alocada hacia Francia. Tenía que llegar a Valcarlos y, en un paseo de apenas tres o cuatro kilómetros, cruzar la frontera hacia Arnéguy y llegar a Saint Jean Pied de Port, apenas a once kilómetros.

Pero llegó la noche y hubo de resguardarse de la oscuridad en una fosca pensión. Quizás el delator fuera el taxista o la dueña del albergue. El día siguiente al de la denuncia, unos brazos violentos lo condujeron en el camino de vuelta: de Valcarlos a Roncesvalles y desde allí a Burguete y a Pamplona. Al final

del camino, en la Vuelta del Castillo le aguardaba un pelotón de fusilamiento para enviarle en un último viaje hacia la muerte.

Ese mismo día, el 17 de agosto, en una espiral de violencia sin sentido, fueron asesinados en Valtierra Victorio Adrián, Vitoriano Arana, Vicente Arrondo, Primitivo Lafraya, Ángel Lafraya y su hijo Andrés, Estanislao Las, Agapito Muñoz, Emilio Malo y Francisco Sánchez. Y al mes siguiente, en Rincón de Soto, Balbino Alcalde, Faustino Arizala, Martín Arrondo e Isaac Aznárez.

–Al tipógrafo Tiburcio Osácar lo han matado en las inmediaciones de Ibero –se conoció a finales de agosto.

–¡El director del semanario de la UGT! ¡Después de tanto luchar, caer asesinado en medio del campo…! ¿Qué mal podía hacer a nadie un hombre de 67 años? –se dolió Julia en su desesperación–. ¡Pobre Navarra, devastada por las hordas fascistas! ¡Cuántos amigos muertos, masacrados! ¡Qué tristeza, la destrucción de nuestra labor revolucionaria, el trabajo colectivo!

–¡El mayor desconsuelo, la desaparición de la vida! –lloraba Nemesia.

El 27 de agosto fue ejecutado en la Vuelta del Castillo el joven Lucio Rudi: lo habían retenido allí hasta cumplir los 18 años para poderlo fusilar. El 2 de septiembre se dio un escarmiento general en el local de la Falange de Villafranca cortando el pelo y humillando a 33 mujeres republicanas. El 13 de septiembre, a dos kilómetros de Rincón de Soto, fueron tiroteados Balbino Alcalde, Faustino Arizala, Martín Arrondo e Isaac Aznárez. Este último, sin embargo, quedó malherido y tuvo fuerzas para llegar hasta el Hospital de Rincón, donde murió a los dos o tres días después de haber denunciado infructuosamente el nombre de sus asesinos. El 25 de septiembre en Vitoria fue fusilado Manuel Azkona y el 29 de septiembre, en Cadreita, Esteban Lafraya, después de presenciar, ante sus propios ojos, la violación y muerte de su hija Carmen. Aquiles Cuadra de Miguel, el alcalde de Tudela, que había sido destituido apresuradamente el 19 de julio, también esperaba su suerte en los calabozos de la Vuelta del Castillo.

Julia, en un arrebato, alzó su voz contra el cielo amenazando con su puño a lo alto.

–¡Vengaremos lo de Navarra! ¡Despoblaremos aquella provincia, para llenarla de gente nueva!

Tras el esfuerzo, quizás enterró entre sus manos el rostro velado de lágrimas

***

Guadix, 4 de noviembre de 1936, a las 4 horas de la noche

Los micrófonos de la emisora aún no estaban abiertos y ella aprovechó para suplicarle:

–No vuelvas al frente… Ya has cumplido tu parte… ¡Estuviste junto a ellos en julio, en Albacete! ¡Y en agosto, en Granada!

Julia señaló trágicamente los mandos de la mesa de mezclas antes de continuar.

–Para la victoria también es importante la fuerza de la palabra, y esa es tu labor… ¡animar a los otros para la lucha!

Él hizo un mohín desagradable.

–¿Mi labor? Las palabras solas no sirven de nada… ¡Sobre todo si son silenciadas por las armas!

Ella le tomó angustiosamente de la mano por debajo de la mesa, pero él apartó la suya.

–No puedo dejar solos a esos muchachos en el campo, en mitad de la noche –contestó procurando comunicarle a ella su zozobra–. En realidad, no son soldados… son campesinos, son obreros… ¡milicianos sin adiestramiento! Desconfían de los mandos que pretenden capitanearlos y rechazan la disciplina por motivos ideológicos… Necesitan ver el ejemplo de alguien que obedezca ciegamente las indicaciones…

Ella pretendió replicar, pero el locutor había comenzado su programa.

–Desde la emisora del Sindicato Nacional de Telégrafos, tenemos con nosotros esta noche al diputado socialista por Murcia, Amancio Muñoz de Zafra, y a su compañera, la diputado socialista por Madrid, Julia Álvarez, los cuales se encuentran recorriendo e inspeccionando nuestras primeras líneas…

Probablemente, los milicianos que Amancio nombraba estaban allí escuchándolos, en la humedad de las trincheras, con la falda de Sierra Nevada a las espaldas, y debía convencerles de que de su valor dependía la prosperidad futura de su patria. Había que seguir en pie, sin abandonar las armas, hasta el

último momento, aunque éste fuera el de la muerte; así que el orador se explayó subrayando la notable diferencia entre el fascio y la democracia. Había que denunciar duramente el movimiento subversivo y condenar la traición de los militares sin honor, perjuros a su palabra, que debiendo sus cargos a la República, en horrenda mezcolanza con el alto clero y la aristocracia, fueron contra las libertades del pueblo.

Cuando Amancio calló, ella tomó intempestivamente la palabra para dirigirse a las mujeres.

–Las mujeres de la retaguardia deben aprestarse a ocupar los puestos de trabajo abandonados por los hombres que marchan al frente. ¡Hay que cubrir cada ausencia con la fuerza poderosa de la voluntad! –añadió–. Las mujeres, que han trabajado silenciosamente durante toda la historia al lado de sus hombres, deben ahora ocupar el lugar de cada uno, el lugar de dos, el lugar de todos los que falten, sin dejar un hueco, para continuar el trabajo necesario.

La voz de la oradora durante algunos segundos dudó, pero al poco continuó con acento desgarrado.

–Y si alguno… si una minoría… o bien, si por desgracia, si cayeran muchos, ¡aunque cayeran todos en el frente! –se corrigió–. Aunque todos los hombres perdieran la vida en la lucha, ¡las mujeres empuñarían el fusil para aplastar al fascismo!

Las palabras vibrantes sonaron en la oscuridad de la noche y algún miliciano, aterido por la humedad de noviembre y el frío de la intemperie, probablemente se sintió acompañado y confortado. Pero la labor de los revolucionarios no consistía sólo en fortalecer a las tropas leales. Había también que desbaratar las seguridades del enemigo, así que Amancio se dirigió a los soldados facciosos que pudieran permanecer próximos a los ecos de la emisora de Telégrafos y les invitó a pasarse a las filas republicanas.

–¡Seguid el ejemplo de tantos de vuestros compañeros, que son recibidos por los soldados de la República con los brazos abiertos!

Terminadas las arengas, varias voces entusiastas acudieron ante el micrófono para cantar en alto el *Himno de Riego* y *La Internacional*.

–No vayas… –dijo ella en un susurro–. Ya has cumplido tu parte…

Amancio reprimió un mohín de disgusto y denegó, desdeñando la angustia de su compañera. Sólo debajo de la mesa las manos se comunicaron en silencio. Diez días más tarde, Amancio recibió el nombramiento de comisario de brigada en el frente sur de Granada.

5. Gobernadora

Julia tomó asiento y alisó con las manos el documento firmado por Manuel Azaña y por el presidente del Consejo de Ministros, Juan Negrín. Bajo el epígrafe que calificaba la jerarquía de la norma, «Decreto», aquella letra impresa le confería una potestad que para ella se convertía en un indudable desafío: «De acuerdo con el Consejo de Ministros, vengo a nombrar Gobernador civil de la provincia de Ciudad Real a Doña Julia Álvarez Resano. Dado en Valencia a doce de julio de mil novecientos treinta y siete».

A continuación, lo guardó cuidadosamente, se levantó y se dirigió a la ventana para observar el movimiento de abajo. Al poco, volvió hasta la mesa labrada del despacho de la Gobernación y preparó papel de escribir.

Ciudad Real. 21 de julio de 1937

Querida Matilde: Después de un año, he dejado mi puesto de Inspectora interina de Primera Enseñanza en Madrid y, como ves, soy ahora gobernadora de la República, creo que la primera en España. Tomo el cargo con ilusión y con orgullo, aunque me preocupa la gran responsabilidad que conlleva. No me asusta que el trabajo sea enorme.

Por otra parte, ¿cómo iba a imaginarme a mí misma en esta labor cuando paseábamos por los parajes de Villafranca? ¿Me reconoces en aquella niña que quería escapar de unos límites que confinaban su existencia?

Vivir… La existencia… En Ciudad Real, como en toda España, están ocurriendo cosas terribles. Desde que comenzó la catástrofe de la insurrección armada contra el Gobierno legal no hay un día en que no se den sucesos desgraciados, protagonizados unas veces por los facciosos y otras, desafortunadamente, por los que se dicen amparados por la República. Hace solo un año, cuando los insurrectos tomaron las armas, fueron asesinados en esta plaza, sin ni siquiera un juicio legal, varios cientos de sus partidarios, y ciertas

fuerzas incontroladas destruyeron o se adueñaron de sus propiedades. En Navarra, mientras tanto, la barbarie se cebó con los nuestros. Después de las redadas masivas de julio y agosto, en diciembre todavía fueron vilmente asesinados otros compañeros en el término de Fustiñana: Carmelo Arrondo, Justo Uriz, Víctor Les, Donato Martínez, Francisco Martínez, Pedro Romero… ¡y mi tío, Juan Resano! Días más tarde, Agustín Arana.

Ante todo esto, ¿cómo explicar el dolor irreparable y la desolación? El horror se me adensa en la garganta y parece ahogarme. Pero entonces un impulso nuevo me levanta y grito: ¡No! ¡No! ¡No! En la medida en que me acompañen las fuerzas debo evitar que vuelva a campar a sus anchas la barbarie, venga de la mano que sea.

Hoy el Gobierno legal no puede consentir que sucedan estos actos incontrolados al margen de su vigilancia, ni siquiera contra sus adversarios –¡cuidado!–, ya que, en otro caso, seríamos tan arbitrarios como nuestros mismos enemigos. El Gobierno democráticamente elegido, el Frente Popular, debe sofocar toda clase de injusticias para seguir pudiéndose llamar sin desdoro justo.

Siguiendo las instrucciones del director general de Seguridad, hoy mismo, como gobernadora, he hecho pública la prohibición de traspasar a la Caja de Reparación los objetos de valor o metálico intervenidos en los registros de las detenciones a facciosos. Tanto las personas detenidas como los objetos intervenidos deben enviarse al Juzgado o Tribunal que entienda en los hechos, y el envío a Cajas de Reparación ha de realizarse después de que el detenido sea declarado desafecto por quien corresponda, pero nunca antes.

¡No robaremos a los inocentes como hacen nuestros enemigos!

Ciudad Real. 24 de julio de 1937

Creo que la guerra, como todas las situaciones complejas, es capaz de sacar lo peor o lo mejor del ser humano, en cada caso. En relación con Luis, tu marido, siempre he sabido que sacaría lo mejor. Releo las cuartillas que me envías relatando su valerosa actuación de hace un año para proteger a los asustados Capuchinos Terciarios de Carabanchel del furor de las masas ignorantes. ¿Quién hubiera supuesto que el Tribunal Tutelar de Menores podía

esconder a algunos religiosos, protegidos valientemente y salvados de una muerte cierta por Luis San Martín? Tú sabes que yo admiro su bondad y, en estos tiempos de confusión, su capacidad para encontrar el camino de la rectitud y la justicia. Sin embargo, la religión nos ha hecho tanto daño que comprendo la dificultad de los desorientados a la hora de separar el grano de la paja y todo esto me reafirma en mi intención de organizar la retaguardia para desactivar la violencia de los elementos incontrolados de cualquier credo.

En cuanto a tu nombramiento como delegada en la Comisión Consultiva de Cuestiones Sociales y Humanitarias de la Sociedad de Naciones, no puedo dejar de felicitarte. Ya es hora de que las mujeres ocupemos con determinación los cargos que hasta ahora nos habían sido vedados y mostremos al mundo entero que somos tan capaces de gobernar como los hombres.

¡Mi amiga en Ginebra, en la Sociedad de Naciones, laborando, como siempre, por la salud y la felicidad de los niños! Me hablas de tu trabajo leyendo los informes de veintinueve países sobre los principios aplicables a los tribunales de menores, de la trata de blancas y de niños, de la represión internacional del terrorismo, de la creación de un Tribunal penal internacional… Viendo la importancia de tu cometido, mis obligaciones en este Gobierno civil me parecen ahora pequeñas y de escaso aliento.

Te prometo trabajar con todas mis fuerzas para sacar adelante la humilde parcela de mi labor en este lugar.

Ciudad Real. 24 de julio de 1937

Ayer visité a los trabajadores que siegan las mieses en terrenos de esta provincia y pude comprobar que algunos propietarios están faltando a lo preceptuado en las Bases de Trabajo y en la Legislación Social vigente, ya que, aunque satisfacen el jornal de la jornada legal, obligan a trabajar a los obreros en horas extraordinarias que, además, no pagan con los aumentos procedentes (el 25% las dos primeras y el 40% las siguientes).

Pues bien, yo tengo el deber de velar por que se cumplan las Bases de Trabajo en esta provincia y, por tanto, tengo el propósito firme de impedir que

se abuse de los trabajadores cuando los propietarios y los especuladores, aprovechándose de las circunstancias, pretenden lucrarse indebidamente.

Yo, Julia Álvarez Resano, como gobernadora civil de Ciudad Real, he dispuesto que todos los propietarios y patronos paguen a éstos el jornal estipulado en las Bases de Trabajo y que abonen las horas extraordinarias según lo debido. Los que durante esta temporada de siega hayan pagado a sus obreros jornales e indemnizaciones inferiores a lo preceptuado abonarán las diferencias en el plazo de quince días.

He dicho.

Ciudad Real. 25 de julio de 1937

Para alcanzar la puerta del edificio del Gobierno Civil hay que subir diez escalones mientras el sol te taladra la espalda. Una vez allí, habiendo desdeñado los tramos de escaleras de los dos lados, que desembocan en sus correspondientes arcadas, elijo la puerta principal. El frescor de la entrada sombría me conforta y, así, subo hasta el primer piso, donde ocupo un gran despacho con balcones a la calle Cervantes. A los lados de esta dependencia principal se abren dos amplias edificaciones de tres pisos divididos en espacios con ventanas iguales. Ayer conté nueve a la izquierda y seis a la derecha, repetidas en los tres pisos idénticos. El edificio triangular desemboca en cada uno de los lados en otro bloque cuadrado de aspecto distinguido.

Después de tomar posesión material de mi escritorio comienzo a hacerme cargo de mis actuales funciones, que muchas veces consisten en la aplicación de las normas emitidas por las autoridades gubernamentales o bien son fruto de mi propia observación de la vida de la Provincia, a cuyos males procuro poner algún remedio, en beneficio de la República y con el objetivo de construir una nueva España.

Hoy mismo, la Jefatura Administrativa Comarcal me dice que los Consejos Municipales de mi jurisdicción deben enviarle quincenalmente una relación del ganado existente, detallando con toda claridad el de cerda, vacuno, lanar y cabrío, de carne y de cría. Yo sé que, aunque todavía no hay graves problemas de abastecimiento en la Provincia, su población se está multiplicando por

momentos a medida que se va llenando de refugiados, aparte de las necesidades de abastecimiento de las tropas y de la obligación que tenemos en la retaguardia de constituirnos en granero de Madrid.

Pero al hacerme cargo del mando de este Gobierno Civil he podido comprobar que son pocos los Ayuntamientos de la Provincia que han constituido esos Consejos Municipales, incumpliendo así lo que dispuso el Ministerio de Gobernación en Decreto de 4 de enero de este año. Resulta, por tanto, que los Ayuntamientos no funcionan con la normalidad y justeza indispensable para una buena administración.

Por eso he ordenado a todos los alcaldes que, en el improrrogable plazo de seis días, de acuerdo con los partidos políticos y organizaciones sindicales obreras del Frente Popular, instituyan sus respectivos Consejos Municipales. En el plazo de ocho días me habrán de dar cuenta de su constitución o bien de las causas que hayan impedido el cumplimiento de mis órdenes.

Aparte de estos temas importantes, la gobernadora ha publicado que ha desaparecido una mula burrera negra mediana, con pelo blanco en el lomo, de 12 años, en el término de Abenójar, de propiedad de Isidro Puerto Ledo, para que las autoridades locales ordenen su búsqueda y entrega a su legítimo dueño, que la reclama…

Mientras construimos a sangre y lágrimas la España del futuro, hay individuos que sólo se ocupan de sus propios intereses y, traicionando cualquier ideal, aprovechan las circunstancias para lucrarse o robar. Yo te prometo que voy a luchar con la misma entrega: tanto para la construcción de nuestros ideales como para el castigo de aquellos que los entorpezcan con su oposición a la justicia o a la legalidad.

Ciudad Real. 26 de julio de 1937

¡Hay que constituir con urgencia los Consejos Municipales en todos los municipios! Las Asociaciones Sindicales de Campesinos y los particulares están pidiendo préstamos al Servicio Nacional de Crédito Agrícola, que necesita un informe de los Comités Agrícolas Locales, que a su vez dependen de los Consejos

municipales. ¡Mientras no se hayan constituido estos Consejos no se podrá solicitar ningún préstamo!

Todos los días insisto ante los Ayuntamientos para que los organicen e informen a mi Gobierno Civil de su constitución. Esta es otra de tantas preocupaciones acuciantes en la organización de la Provincia…

Ciudad Real. 28 de julio de 1937

«Un deber primordial de los españoles fieles al Gobierno de la República consiste en mantener un orden perfecto en la retaguardia para que mejore y aumente la producción destinada a ayudar a la vanguardia y, sobre todo, para preparar la sociedad que se ha de reconstruir en la posguerra. Por eso hoy, para el mantenimiento del orden, es importantísima la vigilancia del uso de las armas de fuego. Así… he acordado declarar caducadas las licencias de uso de armas cortas».

Los elementos incontrolados siempre son enemigos de la República y ésta, Matilde, es la argumentación en mi último bando para prohibir las armas de fuego. ¿Sabes durante cuántas horas he tragado lágrimas hasta conseguir sofocar el dolor por los amigos asesinados hace solo unos meses por las hordas fascistas? Francisco Lafraya, Bonifacio, Miguel, Macario, Victorio Adrián, Vitoriano… ¡Sixto! ¡Sixto Alonso! Y en diciembre, ¡mi tío Juan Resano!

No quiero recordar de nuevo el horror de esos días, un horror que se instaló contra los republicanos y socialistas en la zona donde triunfaron los facciosos y un horror también detestable contra los derechistas en los lugares fieles a la República. No olvido los actos de violencia que tú misma me relataste. También, como te dije, hubo asesinatos en esta plaza y un primer ensañamiento contra religiosos, propietarios rurales, caciques y patronos… ¡pero hoy es hora de consolidar la ley y el orden, ya por fin restablecidos! Por eso mismo, desde aquí, como gobernadora, por justicia, tengo el deber de obstaculizar la violencia que nace del odio o de la ignorancia. La República no puede cometer los mismos errores que sus enemigos. Con lágrimas en los ojos, pero con mano firme, conozco la obligación de sofocar la barbarie en cualquiera de sus manifestaciones. ¡Que no se diga que el Gobierno legal ampara a homicidas!

Por eso he establecido que quienes se consideren con derecho o necesidad de usar armas me lo soliciten, con los documentos pertinentes, haciendo constar las razones y causas de su petición y consignando el cargo oficial, político, sindical o profesional que desempeñan.

A partir de aquí también he de controlar las actuaciones del Cuerpo de Seguridad, reclutado a partir de la información que nos envían los Consejos Municipales, unos Consejos que, cuando existen, responden a mis peticiones en muchas ocasiones con el silencio… Yo, desde aquí, me desespero rogando a unos y ordenando a otros que contesten; pero, sobre todo, que procuren hacerlo con toda sinceridad y con alteza de miras. ¡No podemos consentir que la enemistad personal o la animadversión política puedan generar injusticias!

Ciudad Real. 29 de julio de 1937

Una preocupación importante en tiempos de guerra es que la cultura popular no se destruya en la vorágine de la lucha. Para ello, dentro del territorio que está bajo mi mando, vamos a recoger una muestra de todos los ejemplares de periódicos, revistas, folletos, libros y boletines publicados a partir del 1 de julio de 1936. Con ello formaremos un «Archivo de guerra», que recopilarán los Comisarios Directores de Institutos de segunda enseñanza.

Ruego a todas las autoridades y funcionarios de mi Provincia que presten su apoyo a esta labor cultural, una labor tan importante para formar el espíritu de la sociedad del futuro como lo es el alimento para sostener a los españoles del presente.

Ciudad Real. 3 de agosto de 1937

Recuerdo, tiempo atrás, que ni tú ni yo estuvimos nunca a favor de la censura. ¿Y ahora? Ahora que España se debate entre fuerzas colosales que la desangran, ¿lo seguimos estando?

El Director General de Seguridad ordena que se establezca estrecha censura para las películas y obras de teatro que se representen y pide que no se autoricen los escritos de autores derechistas guarecidos en el campo enemigo, ni las películas procedentes de naciones que protegen a los facciosos.

Estamos en tiempo de guerra y debemos conservar incólume nuestro espíritu societario sin dejarnos contaminar por la podredumbre de los fascistas. Tenemos que proteger la moral de nuestra Patria hasta construir la nueva España incontaminada…

¡Pero no por eso han de desaparecer los espectáculos públicos, que deben servir para entretener a los ciudadanos y para difundir los ideales democráticos de la República! Además de ser necesarios, estos espectáculos también sirven para recaudar dinero con que sufragar los gastos de guerra y el mantenimiento de los hospitales. Por ello he autorizado la actuación de los Coros del Socorro Rojo Internacional y la celebración de partidos de fútbol. De ninguna manera las corridas de toros, que son una fiesta sangrienta y detestable. ¡Y pensar que muchos las califican como fiesta nacional!

Los responsables de teatros y cines someterán diariamente a la censura todos los programas de forma inexcusable. ¡Siempre será preferible que los ciudadanos presencien espectáculos instructivos en lugar de acudir a las tabernas, contrarias a la moral de guerra! Éstas deberán permanecer cerradas a partir de las 19 horas y los días festivos, a partir de las 14 horas.

Ciudad Real. 4 de agosto de 1937

Ha desaparecido de Almadén un mozo de 32 años, de pelo castaño claro, más bien bajo, ojos azules, frente ancha, que estuvo en la Caja de Reclutas de esta capital y, después, enfermo en el Hospital provincial.

Han desaparecido del término de Cañada de Calatrava dos burras pequeñas, una de pelo negro y otra de pelo castaño oscuro, y también una mula vieja, de pelo pardo.

¡Encargo a las autoridades locales que ordenen la búsqueda de todos ellos! ¡Quien los hallare lo comunique a la jurisdicción correspondiente para su devolución!

Amiga mía, ¿quién podrá ordenar convenientemente las vidas, los casos y las cosas extraviadas en la guerra?

Ciudad Real. 5 de agosto de 1937

Muchas familias en esta Provincia, sin tener una motivación fundada, han cerrado los pisos y casas que habitaban y han marchado a ocupar otros domicilios fuera del casco urbano. Esto agrava notablemente el problema de la vivienda y provoca un cúmulo de protestas. ¡Mientras aumenta día a día el número de refugiados, a los que resulta imposible encontrar albergue, hay familias que tienen varias propiedades desocupadas!

Así pues, invito a todos los vecinos y domiciliados en esta capital que tengan sus habitaciones cerradas a que lo comuniquen al Gobierno Civil. ¡No podemos permitir que existan casas vacías mientras algunas familias han de dormir en la calle! Quienes no necesiten las habitaciones que venían destinando a vivienda las deberán ofrecer al Comité de Refugiados. De no ser así, recomiendo a los que conozcan actos de sabotaje contra estas instrucciones que me presenten sus denuncias por escrito y bien documentadas, para adoptar las medidas procedentes.

Mientras tanto, hay gobernadores y alcaldes que autorizan al personal civil a pasear e invadir las zonas de guerra, alegando ir a recoger objetos, reclamar pensiones o visitar a familiares. Todo ello quebranta la disciplina y crea conflictos de alojamiento y suministro; pero, lo que es más grave, ¿no servirá para favorecer la labor de espionaje? El Ministro de Defensa, a través del de Gobernación, ha prohibido la concesión de salvoconductos a los frentes. ¡Cúmplase!

Ciudad Real. 16 de agosto de 1937

Amiga, sólo a ti puedo confesarte que hay ciertas ocasiones (detestables, aunque breves) en que siento la tentación de abandonarme frente al desaliento. Alejada de Amancio y preocupada por su salud, querría salir corriendo a su encuentro. Sin embargo, he de permanecer en mi puesto. Mi sentimiento del deber es tan fuerte que sería capaz de encadenarme a la mesa de mi despacho si supiera que iba a dejarme vencer por la tentación de desertar un solo instante de mis obligaciones.

Con todo, ayer, en un momento de flaqueza, protagonicé un episodio ridículo, que prueba la debilidad del espíritu, susceptible de dejarse impresionar por el miedo o por la imaginación.

Las noches en esta comarca son calurosas y es preciso dormir con las ventanas abiertas para poder descansar. Anoche, después de un día abrasador en que pasamos de los cuarenta grados, era imposible descansar en la cama. El aire caliente de mi habitación me secaba la garganta y se me hacía molesto incluso respirar. Desesperada por el insomnio me levanté y me acerqué a la ventana. La noche era clara y la luna aparecía colgada en una esquina del cielo de tal modo que me recordó algunas noches de Villafranca, también calurosas. Mirando la calle recordé los buenos tiempos pasados… ¡y los malos! Y precisamente recordando los últimos años dedicados a levantar la Casa del Pueblo y a la defensa de los camaradas socialistas me pareció reconocer al pie de mi ventana un par de figuras conocidas: dos hombres en mangas de camisa me recordaron a los viejos enemigos, Teófilo y *Gaiztoa*, los secuaces de Cándido Aranda y el Conde de Rodezno.

–¡No puede ser! –creo que grité.

Los hombres elevaron la mirada chulesca hasta mi ventana mientras yo me escondía absurdamente en las sombras de mi habitación. Incluso me pareció oír los antiguos insultos. Sin embargo, aquello no podía ser cierto: en las circunstancias actuales era improbable que los viejos enemigos se molestasen en perseguirme hasta un lugar donde ostento cierta autoridad. Este pensamiento me dio el valor que había perdido en un primer momento y me asomé nuevamente a la ventana. Los dos hombres caminaban hacia el final de la calle. Sin pensarlo dos veces, en un arranque de enojo, decidí bajar hasta la puerta para comprobar si los esbirros de la caciquería navarra me habían perseguido hasta aquí.

Al poco rato ya corría por las calle persiguiendo quimeras mientras los escasos transeúntes me miraban como a una loca.

Volví a casa avergonzada. ¿Se trataba realmente de mis antiguos enemigos o es que la gobernadora de Ciudad Real se dedicaba a avistar oscuras sombras del pasado?

Ya de día he supuesto que todo fue una trampa de mi imaginación y he querido olvidar lo ocurrido: tanto el miedo al ver resucitados mis fantasmas como el desvarío de querer alcanzarlos. ¿Cómo pude admitir esa confusión? Hoy mi mayor preocupación es la defensa de la retaguardia… y la salud de Amancio. Es preciso seguir adelante hasta la victoria en ambos frentes.

Ciudad Real. 18 de agosto de 1937

Pasado el plazo, ha de cumplirse mi Bando del 28 de julio: hoy quedan caducadas y sin ningún valor las licencias gratuitas de uso de armas anteriores a esa fecha, tanto si son armas cortas como las de caza. Todas ellas quedarán registradas según su clase, marca, calibre y número, al igual que sus poseedores, con su nombre, apellidos, edad, profesión, domicilio, y su cargo oficial, político, sindical o profesional. Dentro de ocho días se recogerán aquellas que no tengan licencia y a cualquiera que las tenga sin permiso se le declarará incurso en delito. Solo los directivos de Sindicatos y Organizaciones del Frente Popular tendrán derecho a la concesión de licencia de armas gratuita.

¡Paz, amiga Matilde! ¡Paz y pan para los pobres! Hay que construir la nueva España, la verdadera España republicana y socialista.

Ciudad Real. 26 de agosto de 1937

Para controlar y distribuir las subsistencias hay que conocer perfectamente la producción de nuestros campos. En este sentido, los Presidentes de los Comités Agrícolas Locales hace tiempo debieron remitir al Ingeniero Jefe de la Sección Agronómica un informe relacionando la cuantía de fincas rústicas explotadas y su régimen, de arrendamiento o aparcería, de regadío o de secano, con sus distintas rentas.

Pues bien, como gran parte de los Comités dejaron de hacerlo, he de recordarles –¡he de encarecerles!– la obligación de remitir urgentemente los datos…

Si la producción agrícola no consigue aprovisionar a la propia población, ¿cómo abastecer al ejército?, ¿cómo socorrer a la capital? Yo sé que hay individuos que esconden cantidades de productos de primera necesidad: se

ocultan patatas, azúcar; pero también zapatos, textiles, jabón… ¡Y esos mismos productos se venden a escondidas, a precios abusivos!

Viendo estas deslealtades, pienso proceder con toda energía, aún a costa de enfrentarme sin tregua a cualquier tipo de enemigos, afectos o desafectos a nuestro régimen.

Ciudad Real. 30 de agosto de 1937

Hoy he visitado las iglesias de la ciudad, de esta ciudad que desde la República ya no queremos llamar Ciudad Real, sino Ciudad Libre.

La iglesia más importante es la catedral, llamada de Nuestra Señora del Prado, de influencia gótica y renacentista, que se comenzó en el siglo XV y acabó en el XVI. Las otras dos iglesias góticas son la de San Pedro, del siglo XIV y pura en su estilo gótico, y la de Santiago, de finales del siglo XIII.

Tanto la catedral como la iglesia de San Pedro tienen grandes campanarios. No así la de Santiago, mucho más humilde en todos los aspectos.

Ahora bien, todas estas construcciones, por ser patrimonio del pueblo, están sujetas a la utilidad que en estos momentos más precisa el Gobierno de la República: ¡hay que desmontar con la mayor urgencia las campanas y recoger con el ellas el bronce, el hierro y cualquier otro metal de que estén construidas!

He comprobado que varios industriales y chatarreros se dedican a comerciar con metales (hierro, bronce, latón...), que compran aquí y venden en otros lugares a precios elevados en un tipo de comercio que perjudica notablemente al Estado, que dificulta sus industrias de guerra y que, además, nos castiga a todos los antifascistas, ya que retrasa nuestro triunfo definitivo.

¡Si hasta ahora no se ha dedicado este material a fines de guerra, es ya tiempo de hacerlo! Los Presidentes de los Consejos Municipales me darán cuenta inmediata de la cantidad aproximada que se pueda recoger de cada metal, para que yo informe a la Subsecretaría de Armamento del Ministerio de Defensa Nacional, que ordenará la recogida y transporte. ¡Y no pienso tolerar ni la desobediencia a mi autoridad ni la ocultación fraudulenta!

Estaba, como te decía, visitando las iglesias para intentar calcular el interés económico de sus campanarios –solamente la catedral ya cuenta con siete

campanas–, cuando me asaltó con gran desparpajo un hombre que se presentó como antiguo compañero o conocido. Me preguntó por Amancio y le expliqué que, aunque vino conmigo cuando me incorporé al cargo, pronto fue nombrado representante del Ministerio de Economía y Hacienda en el Consejo de Administración de la Compañía Transatlántica y se tuvo que ausentar. Yo, sin embargo, te puedo asegurar que no recordaba al hombre por nada. Al poco de darme todos los parabienes por mi nombramiento y asegurarse defensor a ultranza de la República, tuvo la desvergüenza de solicitarme en plena calle una recomendación para un sujeto que se hallaba detenido como faccioso. ¿Quién era semejante desahogado? Aún no lo sé; pero en cuanto vio que yo no ponía buen semblante a su petición, se alejó lo más rápidamente que pudo.

Llegué al Gobierno Civil desazonada y furiosa por la osadía del pedigüeño y allí me encontré lo mismo que muchos otros días: una resma de solicitudes firmadas por alcaldes y afiliados a distintas organizaciones que nuevamente reclamaban la libertad y sobreseimiento de cargos de amigos y particulares.

Todo esto es inadmisible. Cuando me hice cargo de este Gobierno Civil ya sabía que los pueblos de esta provincia tenían una tradición genuinamente derechista y que, probablemente, habría elementos emboscados, facciosos antiguos, individuos peligrosos. Por eso, para propiciar la ordenación de la retaguardia a la vez que el triunfo en las trincheras, traje el propósito de ir descubriendo todo lo podrido, lo viejo, lo faccioso, que pudiera dañar la marcha de la nueva España. En los primeros momentos encontré el apoyo incondicional de todos los partidos del Frente Popular y de las Organizaciones Sindicales Obreras: todos estaban convencidos de la necesidad de despejar el ambiente de la retaguardia y limpiarla de facciosos y emboscados.

Sin embargo, cuando ha llegado la hora de la verdad, la hora de poner en práctica mi propósito, he comprobado que los Partidos y Organizaciones han rectificado su línea y los que ayer apoyaban la idea de limpiar la retaguardia ¡hoy emplean sus energías en extender avales, que llegan en aluvión, para recomendar a todo el que es detenido!

Todo esto resulta muy doloroso, tanto para mi propia conciencia antifascista como para dar cumplimiento al mandato imperativo que ostento. Por

eso advierto a todos los elementos del Frente Popular para que reflexionen y se abstengan de continuar con este tipo ilícito de padrinazgo. Y si la sola reflexión no frena sus ímpetus recomendativos… ¡yo misma tomaré las medidas precisas para cortar esta corriente que amenaza con socavar la justicia más elemental!

Hoy mismo están en la cárcel elementos declaradamente facciosos, de los que en febrero de 1936 formaban las directivas de Acción Popular y las centurias de Falange Española… ¡y llueven recomendaciones múltiples individuales y colectivas –de presuntos antifascistas– para que se ponga en libertad a los detenidos! ¿Qué significa todo esto? ¿Es que se pretende ganar afiliados de número? ¿O es que se trata de conquistar la recíproca por si se acercan las hordas fascistas?

Y si la voluntad de los recomendantes no es insidiosa, yo desde aquí les aclaro que con esto solamente consiguen dificultar la labor de investigación… Si es de justicia, ¡ya me encargaré yo de otorgar la libertad a cualquiera, sin necesidad de requerimientos de nadie! Pero mientras tanto… las Organizaciones y Partidos tendrán que sancionar a sus afiliados cuando se pruebe que han abogado por la libertad de un detenido faccioso. ¡Que nadie se atreva a seguir obstruyendo la labor de depuración de la retaguardia!

Ciudad Real. 1 de septiembre de 1937

Todas las fábricas y molinos harineros enclavados en la zona leal han sido intervenidas recientemente y el Ministro de la Gobernación me solicita reclamar a las autoridades locales el cumplimiento inexorable del suministro de trigo para el abastecimiento de Madrid. ¿Acatarán los Consejos Municipales este mandato o querrán permitir que los madrileños mueran de hambre?

Por otra parte, yo sé que esos mismos Consejos se extralimitan frecuentemente en la cuantía de las multas que imponen por las faltas cometidas en cuestiones de abastos. Es cierto que esa cuantía es pequeña en relación con los abusos que consuman los mercaderes de la guerra (con quienes pienso ser inquebrantable), pero los alcaldes deberían dar cuenta de los casos extraordinarios al Gobierno Civil y no tomarse la justicia por su mano. Nosotros

somos quienes deben imponer las sanciones que correspondan, siempre dentro de los límites que la Ley señala.

Ciudad Real. 13 de septiembre de 1937

Asciendo por las solitarias escaleras de la fachada del Gobierno Civil, cruzo el amplio vestíbulo y nuevamente subo los escalones que me conducen a mi despacho de gobernadora. Afuera ya no hace tanto calor, pero no hay demasiados transeúntes por la calle. Quizás algunos tengan miedo: cuando hemos sufrido bombardeos –escasos, bien es cierto–, no hemos previsto un refugio donde guarecernos. La vida, con todo, sigue inexorablemente.

Afronto, como cada día, los distintos y urgentes factores que constituyen parte de mis obligaciones y surgen, nuevamente, los Consejos Municipales…

Estos Consejos Municipales de cada una de las localidades, ¿están ya efectivamente creados y en plenas funciones? Abenójar, Agudo, Alamillo, Albadalejo, Alcázar de San Juan… Valenzuela, Villahermosa, Villar del Pozo, Viso del Marqués… No tengo noticia de que ninguno ellos me haya enviado los estadillos que les he solicitado con la información necesaria para la organización de la retaguardia: artículos que se derivan de la producción agrícola, cosecha aproximada obtenida, cotización actual en la plaza, ganado existente en el término (lanar, cabrío, de cerda, vacuno, caballar, asnal, mular), quesos, fábricas de harinas, molinos de aceite y su capacidad de molturación, designación y ubicación de las tahonas, capacidad máxima de producción de sus hornos, caminos existentes, capacidad de los carros, con sus marcas, clase y tamaño…

En cada uno de aquellos pueblos: ¿hay abastecimiento de manantiales y canalización de aguas?, ¿cuántos pozos de agua potable existen?, ¿cuántos abrevaderos para el ganado?, ¿hay lavaderos públicos?, ¿hay mataderos y con qué capacidad?, ¿cuántos locales del pueblo no utilizados pueden servir de almacén para granos?, ¿cuántos locales para acuartelamiento?, ¿cuántas colectividades agrícolas se dan en la localidad?, ¿cuántas hectáreas de tierra de regadío y de secano trabaja cada una de esas colectividades?

¡Es urgente y resulta de primordial trascendencia para los intereses de la República recibir aquellos estadillos!

Matilde: a pesar de la importancia de estos datos para la Administración Comarcal, nadie me responde. Recomiendo a las autoridades locales, ruego, insisto, solicito, encomiendo, invito, aconsejo o exhorto… Muchos no colaboran… Entonces, advierto, exijo, prevengo, amonesto… Finalmente… ¿habré, como siempre, de sancionar?

Ciudad Real. 29 de septiembre de 1937

El regreso a mi puesto tras el breve permiso oficial no ha podido ser más desconsolador. Por una parte, las noticias de la zona tomada por los rebeldes son poco esperanzadoras: allí siguen masacrando a los nuestros. Tras la caída de Vizcaya ha resultado prisionero en Torrelavega Juan Arrastia Redrado, uno de mis compañeros del 33 en la campaña socialista por la Ribera de Navarra. ¡Qué ilusionados vivimos el reencuentro en Tudela! En aquella ocasión nos ufanábamos de estar diseñando el futuro para los jóvenes que nos acompañaban; por ejemplo, para aquel familiar suyo, el muchacho de 12 años y cejas espesas (¿el niño Félix?). Pero entonces no pudimos adivinar que la lucha iba a resultar tan sangrienta y ahora… ahora el compañero Arrastia acaba de ser sentenciado a la pena de muerte por Consejo de Guerra… ¡Una pena de muerte que quizás, en estos momentos, ya se haya consumado! Y esto es sólo un ejemplo… ¡Son tantos los que han caído bajo el fuego enemigo o prisioneros en las cárceles fascistas!

Por otra parte, la salud de Amancio sigue siendo delicada. Desde la enfermedad pulmonar originada en el frente, no se está recuperando como debiera. Desearía correr a su lado, pero… es más importante el cumplimiento del deber que los intereses particulares.

Llegados aquí, en la Ciudad Libre continúo en la misma lucha. A pesar de nuestros esfuerzos, siguen sin cumplirse las disposiciones sobre la venta de artículos de primera necesidad y tampoco se practican las sanciones aplicables a los infractores. Insisto en que se coloquen las disposiciones oficiales en las calles y en los establecimientos de venta de comestibles para que resulte notorio y se hagan más patentes los incumplimientos. Esperemos que así estas normas lleguen a ser obedecidas.

Después de dos meses en el cargo esta ciudad todavía se me hace extraña. Tengo el cometido de solucionar el hambre, el miedo o el dolor de mis compatriotas con algunas menguadas disposiciones oficiales y con la triste amenaza de una sanción, pero a la vez que me esfuerzo por desenmascarar los conflictos se levantan ante mí montañas de cuestiones sin solución. Cuando miro a mi alrededor y veo las necesidades que me apremian me gustaría entonces tener una fuerza gigante para enderezar todo aquello que irremediablemente no funciona. Por eso no me permito descanso ni desmayo…

Sin embargo, algunos días, al regresar hasta casa, veo (o quizás imagino) sombras que me cercan: mis enemigos de Villafranca, los sicarios de Cándido Aranda, la mano cobarde de quintacolumnistas embozados… Entonces, irremediablemente, siento en el estómago un acicate de miedo que me quiere ahogar hasta llegar al corazón. Pero, junto al miedo, cada día me nace una nueva resistencia, un empuje violento que se impone sobre el pánico y me obliga a encararme a las visiones que me siguen; me doy la vuelta e inspecciono los rostros, escudriño recuerdos de aparecidos buscando traidores y, al final, sólo me queda una especie de rabia o de coraje que me empuja a seguir adelante.

Venceremos. Estoy segura. Venceremos a la España facciosa que no quiere la justicia ni la libertad. Hoy en día es indudable el triunfo de la República socialista de los trabajadores.

Ciudad Real. 25 de octubre de 1937

Una de mis mayores preocupaciones es la economía de la Hacienda provincial, que ha llegado a un estado calamitoso. ¿Y sabes quiénes son los responsables de esta situación? ¡Los Consejos Municipales, que –salvo honrosas excepciones– no abonan las cantidades que adeudan! Los camaradas consejeros olvidan que los establecimientos benéficos a cargo del presupuesto provincial cobijan en el día de hoy, entre niños, ancianos y enfermos pobres, a un mínimo de 1.600 personas, a quienes tenemos obligación de prestar la debida asistencia.

¿Cómo construir la nueva España si muchos se resisten a redistribuir la escasa riqueza entre todos los necesitados?

Ciudad Real. 5 de noviembre de 1937

¡Qué gran consuelo, las noticias que recibo de tu parte! Agradezco los calurosos ánimos que me envías, pero considero excesivas tus felicitaciones. Es cierto que somos pocas las mujeres que hemos merecido un cargo oficial del Gobierno de la República y que es preciso seguir luchando por la consecución de unos derechos civiles que todavía no han llegado a la mayoría, sobre todo a las mujeres casadas (¡Amancio, Amancio!: no puedo dejar de recordar a mi dulce, animoso e igualitario consorte); pero exageras cuando halagas mi vanidad diciendo que mi actuación es superior a la que efectuaría un gobernador del sexo masculino. Por mi parte, sólo intento servir a mi patria.

En cuanto al trabajo que lleváis a cabo la Asociación de Mujeres Antifascistas de España, me parece encomiable en estos tiempos de desolación: acopiar fondos y ropas para refugiados, organizar talleres y guarderías, sustituir el trabajo de los hombres… ¡Hasta me detallas la recogida de juguetes y donativos para los niños! Puedo asegurarte que dedicarse a confeccionar abrigos para los pobres es tan importante en estos momentos de carencias como la redacción de cualquiera de mis bandos. ¡Ojalá yo también pudiera haber asistido contigo a la Conferencia de Valencia de finales de octubre! Ya sabes que coincido en tus ideales y con tu visión de la realidad. Estoy de acuerdo en que hoy la mujer, en general, actúa supeditada más por las costumbres tradicionales que por las leyes y el obstáculo con que tropiezan esas leyes para convertirse en realidad son muchas veces los hombres, que acoplan la vida a sus comodidades personales a costa de impedir la plenitud de derechos femeninos. No, todavía no están cumplidas nuestras aspiraciones reivindicatorias ni hemos accedido al trabajo igualitario, pero no dudo que finalmente, de esta nuestra lucha actual, saldrá la incorporación de la mujer a todo tipo de industrias y trabajos.

Me hablas de la necesidad de crear escuelas de capacitación, de la construcción de centros médicos rurales y de higiene infantil, de la protección a las madres trabajadoras… Todo eso es tan urgente y decisivo que me impacienta sobremanera la duración de esta guerra que impide llevar a efecto con eficacia todas aquellas iniciativas.

Por último, mi enhorabuena por tu nombramiento como Juez de Menores. Tu clemente corazón, como siempre, se ha de inclinar a la dulzura y a la vigilancia protectora de los menores explotados y delincuentes. ¡Envidio tu coraje y tu ternura para atender a la infancia!

Ciudad Real. 18 de noviembre de 1937

Matilde, tú sabes que señalar con el dedo es de mala educación, ¿no es verdad? Así pues, ¿cómo me van a perdonar los vecinos de estos lares que yo los censure directa o indirectamente con mis bandos de forma constante e inmisericorde?

Han desaparecido tres mulos capones, algunos potros y unos cuantos caballos (¿quién los tendrá?); en caso de encontrar dos mulas, se enviarán al Batallón tal y tal; no se hallan por ninguna parte los diez soldados cuyo nombre anoto en el margen, evacuados desde el frente a esta plaza para su curación, que deberán presentarse, sanos o enfermos, para su traslado al Hospital de Evacuados de Madrid (ordeno, conforme me interesa el señor Comandante Militar, que se proceda a su busca y detención); se declara la Epizootía de viruela en el ganado de Argamasilla de Alba y habrá que inmunizar todo el término municipal; los vendedores de uva de Alcázar de San Juan no han enviado los talones justificativos de las operaciones de compra-venta (y tampoco los compradores han declarado la cantidad que adquirieron); por último, aunque nuevamente… los presidentes de algunos Consejos Municipales no han dado cumplimiento a mi circular de fecha tal y tal, ya que no han enviado relación alguna con los datos estadísticos relativos a la producción agrícola o pecuaria de su jurisdicción.

Abenójar, Agudo, Albadalejo, Alcoba… Magalón, Membrilla, Mestanza, Miguelturra… Valdepeñas, Villahermosa, Villamanrique, Viso del Marqués… Dos terceras partes de los términos municipales de esta provincia desoyen las órdenes de su gobernadora y se abstienen de enviar tan importante relación al Teniente Coronel Jefe Administrativo Comarcal de la provincia.

¿Cómo no señalar con el dedo a los españoles que no se comportan con fidelidad al Gobierno de la República? Así no estamos manteniendo la consigna

de nuestras obligaciones en la retaguardia, ni estamos preparando la sociedad ordenada y solidaria de la posguerra.

Hacer fuerte al débil, mantener firme al que pretende derrumbarse de abatimiento… Esta es la labor formidable que me corresponde como gobernadora de una humilde Provincia en una España donde casi todo se quiere desplomar hacia el abismo.

Ciudad Real. 23 de noviembre de 1937

Se han producido dos accidentes de trabajo, uno en Noblejas y otro en Yébenes. Los empleados estaban al servicio del Consejo de Administración de Fincas Incautadas, en el primer caso; mientras que el segundo era un trabajador municipal. Uno ha fallecido y el otro ha quedado inútil para el trabajo.

Pues bien, aun dependiendo de sendos organismos públicos, ¡a ninguno de ellos se les había contratado un seguro de accidentes de trabajo! Así, de no remediarlo con posterioridad, la Ley podría haber dejado desamparados a unos trabajadores que, por negligencia o por desconocimiento, o por otra cualquier causa, no habían sido inscritos en el Seguro legal.

«Desde el Gobierno Civil, velando por el estricto cumplimiento de la Ley y en el deseo de evitar toda clase de perjuicios –escribo con rabia–, me dirijo a todas las personas y Organismos para que con la mayor brevedad cumplimenten las disposiciones legales y aseguren a los trabajadores a su cargo. En otro caso, se les impondrán las sanciones que la propia Ley determina.»

Ciudad Real. 1 de diciembre de 1937

Hoy garabateo estas letras enferma de lástima.

Se han registrado varios casos de rabia canina en esta provincia, por lo que habrá que solicitar el cumplimiento estricto de lo preceptuado en el Reglamento de Epizootías. Los Ayuntamientos deberán organizar la recogida de perros vagabundos de sus poblaciones y, en las comarcas rurales o despobladas, organizarán batidas para darles muerte. Los dueños colocarán a sus perros un collar o chapa metálica que indique a su poseedor y, si lo desean, podrán

vacunarlos preventivamente. Finalmente, todo animal rabioso, cualquiera que sea su especie, será sacrificado…

Entre mis camaradas de la Federación Socialista provincial parece que también se ha propagado la enfermedad de la rabia. Algún individuo desafecto les habrá debido morder con suficiente intensidad como para hacerles padecer un encono profundo y continuado contra la gobernadora. No es nada nuevo: ni para mí (bastante de lo mismo padecí ya en Villafranca), ni en relación con el cargo, en el cual ordinariamente cada designado dura apenas unos pocos meses. Yo entiendo la dificultad de acatar la disciplina en tiempos de guerra, cuestión que se convierte en un duro castigo para los pusilánimes, aquellos que no son capaces de llevar hasta el último extremo el cumplimiento de sus deberes. Por eso, no les culpo. No han sabido o, mejor, no han podido empujarse a sí mismo hacia la grandeza en lugar de permitirse caer en la indisciplina y la derrota.

Me acusan de muchas cosas. Dicen que no les favorezco suficientemente y que me oriento hacia el Partido Comunista (yo, que carezco de predilecciones y sólo me inclino hacia la justicia); dicen que he malogrado las relaciones con los alcaldes; dicen que no perdono a los desafectos, que soy fría con los partidarios y violenta con los pusilánimes; dicen que mi actuación, extremadamente neutral, está perjudicando a las Agrupaciones socialistas y está dando lugar a que se produzcan hechos desagradables. (¿Qué hecho más desagradable que mantener disciplinada a la retaguardia en tiempo de guerra y favorecer, con grandes sacrificios, que ésta colabore hasta propiciar la victoria en el frente?).

El Comité Provincial de la Federación Socialista de Ciudad Real ha escrito una misiva dirigida al Comité Ejecutivo Nacional solicitándole que pida mi destitución al ministro de la Gobernación. No temo, desde luego, que esto se produzca, ya que el camarada Zugazagoitia conoce como nadie los problemas de la retaguardia, pero me duele la falta de sacrificio que demuestran mis camaradas al esquivar las necesidades que imponen los tiempos de guerra.

¿Habrá alguna medicina que sirva para que los socialistas se disciplinen hasta cumplir inexorablemente con sus obligaciones? ¿Habrá alguna vacuna que prevenga de la enfermedad de falta de arrestos en la lucha?

No puedo culpar a ninguno por su blandura en los momentos difíciles, Matilde. Pero, aunque a nadie responsabilizo, tampoco me permitiré a mí misma flaquear.

Ciudad Real. 6 de diciembre de 1937

El Jefe del Ejército de Extremadura me informa por medio del telégrafo de que el pueblo de Almadén ha sido declarado Zona de guerra.

El Gobernador civil de Córdoba me participa, asimismo, que en Villanueva de Córdoba han sido sustraídas las siguientes caballerías: una yegua alazana pura, otra yegua alazana cruzada, otra castaña clara, dos coloradas, dos muletos y otro quinceno colorado, una burra negra y tres pardas.

Ordeno a las autoridades de mi jurisdicción su busca y rescate.

Ciudad Real. 7 de enero de 1938

La necesidad imperiosa de satisfacer las necesidades de pan en toda la provincia me han obligado a intervenir en la compra y venta de trigo y harinas y su transporte, para aprovisionar urgentemente algunas plazas y evitar conflictos por falta de pan.

Esta intervención me ha demostrado que existe un buen número de alcaldes y consejeros municipales de Abastos que desconocen o no interpretan bien las disposiciones vigentes, con lo que se originan trastornos en el abastecimiento, que repercutirán necesariamente en desprestigio de la autoridad.

¡Si cada cual se percatara de sus obligaciones y pusiera interés en cumplirlas, el desabastecimiento tendría fácil solución!

En la provincia hay trigo todavía, pero el Gobierno Civil ha previsto su falta en un tiempo futuro y por eso está haciendo las gestiones necesarias para cuando se agote la producción provincial. Mientras tanto, hay que seguir ordenando las actividades del abastecimiento y tendré que recordar unas cuantas instrucciones: los consejeros municipales de Abastos tienen la obligación de prevenir las necesidades de trigo, harina y pan; los alcaldes, que son responsables de cualquier incumplimiento, deben vigilar las actividades de esos

consejeros; mientras que los panaderos y harineros tienen que advertir de la falta de existencias.

En consecuencia, las colectividades de agricultores deben cumplimentar todas las autorizaciones de compras de trigos y los Alcaldes tienen que redactar las estadísticas y enviarlas a la Sección Agronómica.

Por el bien de todos los ciudadanos y por el triunfo de la República, ¿se cumplirán finalmente todas estas exigencias?

Ciudad Real. 10 de enero de 1938

Ante las repetidas peticiones de libertad que se presentan en este Gobierno Civil sobre la totalidad de los detenidos gubernativos, he resuelto, de acuerdo con el Frente Popular Provincial, que no se admitirán ya más peticiones de libertad, cualquiera que sea su procedencia, y que tampoco será admitido ningún tipo de aval sobre detenidos cuando éstos no hayan sido solicitados. Si este Gobierno Civil necesita avales o informes, los pedirá al Frente Popular Local, que ha de tomar los acuerdos correspondientes por unanimidad o mayoría. Allí cada uno de sus componentes deberá estampar en el acta su firma, ya que todo firmante es responsable último de su propia decisión a todos los efectos.

Ciudad Real. 12 de enero de 1938

Los enemigos de la República, secuaces de las tendencias de Franco pero que no se atrevieron a dar la cara adhiriéndose al movimiento rebelde, trabajan en la retaguardia para dificultar el triunfo del proletariado, buscando en esta labor de zapa los puntos más relevantes de nuestra vida económico-social, especialmente en aquellas facetas que tienen fácil acogida en el pueblo sencillo, el cual, por su ingenuidad, no descubre el fondo de la estratagema enemiga.

Así, vengo observando que se está haciendo en los pueblos una callada propaganda en contra del urgente problema de arreglar las carreteras y caminos. Y, mientras nadie se atreve ni a negar la necesidad de obras que permitan mejorar las comunicaciones ni a afirmar que falten brazos, lo cierto es que, en cuanto se comienza una obra, escasean brazos y carros para el transporte.

Buscando razones que alegar, sobre el egoísmo individual de la mayoría se siembra el descontento por el escaso jornal que paga Obras Públicas.

Los que abonan estas inquietudes saben que esto no es cierto. Obras Públicas ha aumentado los jornales hasta ocho pesetas, algo que en proporción a lo que gana un soldado de vanguardia equivaldría al servicio continuado de muchos días. Los trabajadores saben, además, que lo que se litiga aquí no es una peseta de jornal, sino la liberación de España, ¡una liberación que no se cotiza en pesetas!

Pero como, a pesar de todo esto, subsiste la falta de jornaleros y de carros –agravada en algunos pueblos por la falta de atención de los alcaldes a mis órdenes– he dispuesto que se intensifiquen las obras comenzadas y que se inicien otras urgentes, necesarias para mejorar el abastecimiento de los pueblos y de los frentes.

Para ello he ordenado tomar unas cuantas medidas:

Uno. Los alcaldes formarán dos censos: uno con todos los vecinos residenciados, evacuados y refugiados, entre los 18 y los 50 años; otro, con los carros matriculados para servicios agrícolas o para transporte.

Dos. En el momento en que sean requeridos trabajadores para realizar obras públicas, los alcaldes facilitarán diariamente la cantidad que se les solicite, incluyendo en las brigadas de trabajo, en primer lugar, a los voluntarios. Después, hasta completar el cupo, utilizarán el orden de lista del censo. Los trabajadores a quien por lista corresponda prestar su servicio de trabajo tienen la obligación ineludible de hacerlo personalmente, o bien de poner un sustituto.

Tres. La misma táctica se seguirá con los carros: primero los voluntarios y, si no son suficientes, todos los de la localidad.

Esta es mi táctica para el servicio de la República socialista. ¡Quienes se nieguen a prestar su servicio de trabajo, ofrezcan resistencia pasiva, rindan menos de lo normal o exijan más jornal del asignado figurarán en los primeros lugares de la lista de reclutamiento forzoso para el Batallón de Fortificaciones! ¡Y, si la falta revistiese caracteres de gravedad, les será pasado el tanto de culpa como acto de sabotaje!

Para terminar, también he dispuesto que sean sancionados los alcaldes que no cumplan mis circulares en la medida que corresponda.

Ciudad Real. 16 de febrero de 1938

He estado alejada durante algunos días del Gobierno Civil por causa de Amancio, que no mejora de su enfermedad. En otras ocasiones he envidiado su vitalidad imparable y su brío para trabajar; ahora, sin embargo, queda sin aliento al menor esfuerzo. Se queja de un continuo dolor en el pecho, sobre todo al inhalar, y le agota una tos persistente, que no le deja descansar. Eso, sin contar con los días en que cae abatido por la fiebre.

Mi egoísmo no tiene límites. ¿Crees que soy capaz de obsesionarme por el estado de Amancio antes que por los soldados que caen en el frente o por los millares de ciudadanos que están pasando calamidades? Me duele la salud de mi esposo más que nada en el mundo y, a la vez, la mía se resiente por las continuas jaquecas y los espasmos en el pecho. Con todo, ¡intensificaría mis dolores por la salud de Amancio!

A esta tristeza se suma la nueva protesta de la Federación Socialista Provincial en mi contra. Exigen mi cese al Comité Ejecutivo del Partido y amenazan con dimitir de todos los puestos en la provincia. En estos tiempos difíciles sólo podremos triunfar con un sacrificio permanente y una disciplina sin fisuras en la retaguardia, que yo procuro, pero que nadie parece capaz de cumplir a rajatabla. Los gobernadores anteriores perduraron durante pocos meses en el cargo y por eso yo defiendo mi gestión obstinadamente, procurando con todas mis fuerzas realizar un buen servicio para la nueva España. Sin embargo, día a día se amplían los frentes donde me veo obligada a luchar denodadamente…

Ciudad Real. 20 de febrero de 1938

Por la prensa, por noticias y referencias particulares, por denuncias que llegan a este Gobierno Civil, he tenido noticias de que se han celebrado asambleas de Organizaciones y Partidos, conferencias, mítines y reuniones que

no se ajustan a lo preceptuado por la Ley en el estado de alarma en que nos encontramos.

Por ello recuerdo a los dirigentes de todas las Organizaciones y Partidos y a los alcaldes y particulares que tengan muy en cuenta la Ley de Asociaciones y la Ley de Orden Público, ambas en vigor, para que no organicen ni permitan la celebración de ninguna reunión de más de veinte personas sin autorización, ya que se podría considerar clandestina.

¡Exigiré responsabilidades a los alcaldes que las consienten y a los organizadores y asistentes les aplicaré inexorablemente el castigo que marca en estos casos la Ley Penal!

Barcelona. 16 de marzo de 1938

He dimitido de mi cargo, en el que me va a relevar Diego Abellán, mi sustituto durante todo mi mandato. No lo he hecho de manera particular y, por eso, quiero despedirme a través de la prensa de todas las organizaciones y partidos del Frente Popular, de los organismos oficiales del Estado, de las autoridades… ¡y, naturalmente, de los Consejos Municipales! ¡De todos los antifascistas con los que he trabajado!

Una vez abandonado el puesto, a pesar de las disensiones y dificultades padecidas, debo reconocer que sin el trabajo constante de los Consejos Municipales hubiera fracasado mi obra de gobierno. También es justo dejar patente que las Organizaciones y Partidos del Frente Popular han laborado en penosísimas condiciones y que han contribuido, de una manera disciplinada, al saneamiento de la retaguardia. Por otra parte, han sido muchos los antifascistas que de manera callada pero eficiente han robustecido mi obra con su orientación y trabajo. ¡Nuestro cometido, en definitiva, se ha cumplido!

Nunca olvidaré las penalidades y aspiraciones de la provincia de Ciudad Real y, en cualquier lugar en que me encuentre, procuraré su mejoramiento moral y material, de acuerdo con las necesidades de los antifascistas.

Atrás quedan días de duro trabajo y noches de insomnio. Pero todo esfuerzo merece la pena si sirve para levantar a la España doliente de la miseria adonde la han arrojado sus enemigos.

¡Salud, camaradas! ¡Y puño en alto!

6. Fugitivos en la niebla

Alicante, 28 de marzo de 1939

Igual que todos, había llegado con lo puesto. Como las otras 60.000 personas que permanecían atrapadas en la bolsa de Alicante al cerrarse el cerco golpista en torno a los últimos reductos de la República. Como los 15.000 que, igual que ella, se hallaban en el muelle esperando que algún barco inglés o francés los arrancase de los brazos de Franco y de una muerte segura.

Hacía ya muchos días que Julia, a pesar de los zapatos destrozados, apenas sentía cansancio o dolor. Desde la muerte de Amancio, casi ya seis meses atrás, sufría una especie de indiferencia física y psicológica que le impedía percatarse de las necesidades de su cuerpo o de su espíritu. Sólo gracias a ese enajenamiento podía soportar la visión de tantos hombres y mujeres desesperados que se afanaban en empujar, en gritar o blasfemar intentando lo imposible: cruzar la terrible trampa de la ratonera donde habían quedado retenidos a merced del enemigo. También había algunos niños, arrastrados de un lado a otro por las manos enloquecidas de sus padres. Ella, como en un sueño, seguía avanzando hacia adelante, intentando cumplir hasta el final con el mandato representativo que le habían dado las elecciones democráticas de hacía tres años. Un sueño hecho pedazos.

El 30 de septiembre del año anterior todavía pudo asistir a la reunión del Congreso de los Diputados, celebrada en el Monasterio de San Cucufate, en San Cugat del Vallés, donde fuera designada miembro de la Comisión de Suplicatorios y suplente de la de Presupuestos. Dos días después, acudió a la convocatoria de la Diputación Permanente de las Cortes en sustitución de Amancio, que murió tres días después. En diciembre, también como suplente, volvió a personarse en la reunión de la Diputación Permanente, junto a Dolores Ibárruri y Juan Negrín, para decidir la ofensiva republicana en Andalucía y valorar la campaña franquista sobre Cataluña. Era aún la encargada del Secretariado Femenino de la Comisión Ejecutiva del PSOE. Y por todo eso sentía la obligación de seguir trabajando para llevar adelante… Para llevar adelante ¿qué? ¿La huida de unos pocos? ¿La salvación de unos cuantos señalados

compañeros? Los acontecimientos se habían precipitado desde finales de febrero y comienzos de marzo: el presidente Azaña había dimitido, la flota republicana había huido y, para complicar aún más las cosas, el coronel Casado se había sublevado en Madrid, provocando la caída del Gobierno de Negrín, cuyos partidarios habían sido arrestados en gran número. La guerra estaba irremisiblemente perdida y el bando republicano, dividido. Sólo quedaba salvar al mayor número de militantes comprometidos con la causa de la República.

En Alicante, el Gobernador Civil, Manuel Rodríguez, trabajaba para facilitar pasaportes a quienes podía, sin distinciones políticas. Así que habían ya zarpado a lo largo del mes de marzo algunos barcos con exiliados: el *Winnipeg* y el *Marionga* en la primera semana; el *Ronwyn* y el *African Trader* en la siguiente. Todos ellos eran navieras con las que el Gobierno de Negrín tenía firmados contratos para el abastecimiento de la zona republicana. Pero a partir del 28 de marzo sólo quedaban dos barcos atracados en el puerto: el *Stanbrook* y el *Maritime*, incapaces indudablemente de cobijar a la muchedumbre de fugitivos.

Julia observaba a la multitud variopinta de hombres y mujeres acorralados, entre los que se encontraban militares, obreros, concejales, funcionarios, maestros y periodistas. De improviso, la visión de una faz conocida la sobresaltó. Las mismas mejillas carnosas, los ojos oscuros y la boca desdeñosa de Amancio: allí adelante, sujetando a sus dos hijitos de 5 y 6 años, María y Pedro, se encontraba María Muñoz de Zafra, hermana de Amancio. A su lado, arrastrando una estrecha maleta, Mateo, su marido, concejal republicano. Envueltos en la masa compacta de los refugiados, la desdichada familia se aproximaba al *Stanbrook*, un carbonero oxidado hacia el que la gente tendía los brazos gritando por su salvación. Julia, violentando el primer impulso de dirigirse hacia ellos, se encaminó hacia el Servicio de Evacuación para comprobar si se encontraban en la lista del capitán Andrew Dickson.

Mientras se acercaba al muelle quiso evitar el saludo de cualquier conocido hasta que reconoció en la lejanía a Ricardo Zabalza, que se ocupaba de organizar algún tipo de reparto entre la multitud. Él la identificó desde lejos y la saludó con la mano. Ella sonrió forzadamente, aparentando con un gesto equívoco su trayecto hacia el barco y le preguntó con señas si él partía en el

Stanbrook. Zabalza señaló a la muchedumbre y, simulando una muralla con las manos, hizo el gesto de querer embarcar primero a todos los que se desesperaban en el puerto. Julia sabía que Zabalza sólo consentiría en subir a bordo si era el último. Como buen capitán de barco, debía salvar primero a toda su tripulación, en este caso innumerable.

A las nueve de la noche comenzaron a embarcar ordenadamente los pasajeros, obedeciendo las instrucciones que el capitán Dickson daba desde el puente, hasta un total de 2.638. Pero entonces la pasarela se colapsó y la gente comenzó a subir por cualquier parte, incluso por las maromas que unían el buque al muelle. Cuando ya habían subido entre 800 y 900 fugitivos los guardias perdieron el control de la pasarela y algunos de ellos tiraron sus armas y se unieron a los asaltantes. A las once, el capitán decidió partir: ya se había sobrepasado la línea de flotación y, de seguir sobrecargándose, el barco y todos los refugiados se hallarían en peligro, por lo que largó los amarres y se separó lentamente del muelle, dejando en tierra a miles de personas. Muchos de los que no consiguieron subir se tiraron al agua: preferían morir ahogados que ser capturados. Otros huyeron despavoridos sin saber qué dirección tomar.

Julia observó alejarse lentamente el gran carguero con las luces apagadas. Había visto embarcarse a la familia de Amancio y, aunque se dirigían hacia un futuro incierto, aquella era la mejor opción que la suerte les había podido ofrecer. En una mezcla de fardos, maletas y sacos, los refugiados intentaban hacer sitio a los niños y ancianos entre gritos, lamentos y discusiones. Al menos, se dirigían probablemente hacia la vida.

Una mano amiga la sacó de sus cavilaciones.

–Julia, ¿no te has embarcado? –le espetó Ricardo Zabalza.

–¿Partir, como los cobardes? –contestó ella acremente–. ¡Tú tampoco lo has hecho!

Zabalza la miró entre aturdido y crispado.

–Tú tenías que salir… Te necesitamos en Francia para organizar las operaciones desde el SERE. ¡Todavía te puedo conseguir alguna barca de pesca que te lleve hasta Orán! ¡O, quizás, embarcar en el *Maritime*!

Ella se encogió de hombros. Amancio había muerto, el ejército republicano estaba derrotado, muchos de sus amigos habían sido ejecutados… ¿Qué mejor forma de acabar con la pesadilla del fracaso de sus ideales que dejarse capturar? El albur de la cárcel o la muerte… ¿Qué más daba ya? A pesar de las penalidades padecidas, Julia todavía conservaba suficiente vigor como para empujar a Zabalza y desasirse.

–¡Déjame!

Ricardo Zabalza no podía reconocer en aquella mujer desdeñosa y abatida a la infatigable luchadora navarra con quien tanto había laborado en la Federación de Trabajadores de la Tierra, a la tenaz oradora, a la gobernadora imperturbable, a la letrada que le había sacado tantas veces de la cárcel. Pero él también era capaz de aunar la cólera con el cariño. Alcanzó a la mujer que se alejaba y la obligó a volverse hacia él mientras le oprimía con violencia los brazos.

–No debes quedarte… No puedes caer en las garras de Franco. ¿No sabes quién eres? –la interrogó con violencia mientras ella le devolvía una mirada vacía–. Tú eres Julia Álvarez, *la mala, la impía, la petrolera*… Tú eres *la puta del Congreso*, ¡la puta de *la Julia*!

Julia gimió, espoleada por las palabras de Ricardo o quizás por sus manos, que le clavaban en los brazos las uñas. Sollozó débilmente y, por fin, comprendió. Ricardo Zabalza, los labios apretados y el cabello ondulado coronando su cabeza de profeta proletario, la quería despertar del sueño profundo del desencanto y la arrancaba de la desolación. Era la primera vez, desde la muerte de Amancio, en que, de nuevo, un ser humano le había prestado su calor. Por eso, también casi por primera vez, se dejó conducir dócilmente sin cuestionar el destino.

Tras la salida del *Stanbrook*, que embarcó a todos los fugitivos que pudo admitir, partieron algunos otros barcos pesqueros desde los puertos de El Campello, La Vila Joiosa, Santa Pola y Torrevieja. El *Maritime* también zarpó pasada la medianoche del 28 de marzo, después de embarcar a 32 autoridades de la provincia, abandonando en los muelles a una multitud desesperada. El

capitán se negó a permitir que subiera ninguno más alegando que «no admitía en su barco a más asesinos españoles».

Ricardo Zabalza, tras procurar la salvación de muchos de los suyos, fue capturado en Alicante. Después de pasar por el campo de concentración de Albatera y por la cárcel de Porlier, sería juzgado y condenado a la última pena.

–Yo he mirado siempre esta eventualidad con valor y serenidad… –escribía a su esposa antes de morir fusilado–. La vida es lucha y el perderla no es más que un accidente en el combate.

***

Sur de Francia, 1944

Julia despertó en mitad de la noche. A su lado, el hombre, todavía enfundado en su vieja gabardina, dormía.

–Amancio –suspiró ella–, Amancio Muñoz Zafra.

Ojalá no hubiera transcurrido todo este tiempo. Ocho años atrás, era Amancio su compañero de cama en una habitación que no necesitaban variar cada noche.

El hombre se removió incómodo y comenzó a manotear entre sueños. Julia se abrazó a la manta áspera. Su acompañante, al que llamaban por sobrenombre *Emilio*, alargó una mano ciega que palpó sus piernas y subió hasta su vientre. No era eso lo que buscaba. Entre ambos, a la altura del tronco, descansaba el arma, de hierro y madera: un fusil Mas 1936 del ejército francés, de un metro de largo y casi cuatro kilos de peso, capaz de realizar entre 10 y 15 disparos por minuto.

La pequeña ametralladora MP 38/40, capturada al ejército alemán por algún miliciano, quedaba en el suelo. ¡Cualquiera dormía con una ametralladora en la cama! Quinientos disparos por minuto y retroceso directo, a cierre abierto.

–Amancio, Amancio Muñoz Zafra –volvió ella a suspirar.

Emilio, después de encontrar entre sueños el tacto duro y frío del arma, se había apaciguado y respiraba lentamente. Con el leve rayo de luz que se colaba a través de la ventana, ella distinguía su perfil anguloso. ¡Vaya cara de vasco! Aquel hombre llevaba la marca de la raza euskalduna esculpida a conciencia: frente huidiza, nariz aguileña, labios finos y barbilla saliente. Él, aunque no le

dijo su nombre, le contó que también había sido maestro de escuela y era, de alguna manera, un dirigente socialista en el sur de Francia. No eran tiempos buenos, naturalmente. ¡Cuántas tragedias había padecido en poco tiempo! La desgracia de la guerra de España y la escapada a pie al cruzar la frontera. Argelès sur Mer o cualquier otro campo. Una nueva huida y, más tarde, la resistencia francesa frente a la ocupación nazi. *Emilio* hacía tiempo que se jactaba de no tener miedo a la muerte. Sin embargo, perdido entre las brumas del sueño, necesitaba la confianza del contacto con el arma para seguir durmiendo.

Para *Emilio* y para Julia, el pasado de los últimos años era un proceso de sucesos iguales: la lucha contra el nazismo en Francia era ahora la misma lucha que habían comenzado contra los fascistas de España, era la continuación de su propio compromiso con el Frente Popular en 1936. De hecho, el acuerdo de abril de 1937 de unidad de acción entre socialistas y comunistas los había empujado a buscar alianzas entre distintas tendencias y, ya en Francia, habían procurado aunarse con todos los aliados capaces de colaborar en la lucha contra el enemigo. Ahí había nacido, durante la ocupación francesa, la Unión Nacional Española, creada a instancias de Jesús Monzón, del Partido Comunista.

–Para salvar el presente de España y, sobre todo, para asegurar su porvenir, es necesario que todos los españoles y todas las organizaciones españolas antepongan a su satisfacción política el amor patrio y el bien nacional, y que efectúen una lucha en común.

–Nadie debe desconocer el hecho de que, en España y fuera de España, la abrumadora mayoría de españoles desea una unión de patriotas que trabaje por la salvación de la nación.

Estas eran las palabras del manifiesto por el que se constituyó la Unión Nacional y que firmaron los representantes de unas cuantas asociaciones y algunos militantes individuales en su propio nombre. Era cierto que más de uno había opuesto reparos a una alianza entre el Partido Comunista, la Unión Militar y los monárquicos, pero la Unión Nacional Española estaba colaborando en la lucha armada junto a la Resistencia Francesa. ¡A un lado, los agentes de Hitler;

al otro, los patriotas de cualquier procedencia social o tendencia, que anteponen a su interés personal los intereses vitales de la Patria!

Julia, desvelada, recitaba consignas y procuraba dilucidar el confuso papel que correspondía a los protagonistas de la desordenada mezcolanza humana del exilio. Ella pertenecía a la ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español por haber encabezado la Secretaría de Mujeres durante la Guerra Civil y desde ese cometido había trabajado incansablemente apoyando a los refugiados y preparando la evacuación de muchos camaradas: ella se sentía responsable neta de la reorganización del partido en el exilio. Su apoyo inquebrantable a Negrín, el último presidente del Gobierno republicano, le confería una legitimidad de la que carecían otros compañeros socialistas más tibios, incapaces de llevar a sus últimas consecuencias la lucha contra el fascismo. Cuando fue traicionada y detenida, sólo le cupo convertirse en guerrillera del maquis, pero ahora su misión consistía en aunar las voluntades de los antifascistas. Por eso también se había encargado de la redacción y publicación de un periódico que, como algunos otros, también se denominaba *El Socialista*.

La conciencia de la existencia del arma a su lado le hizo revivir recuerdos recientes frente al ejército de ocupación: habían hostigado a la milicia, habían desactivado detonadores en las fábricas de armas para impedir que explotasen en los bombardeos, habían inutilizado materiales en la construcción de submarinos, habían volado puentes y camiones… En más de una ocasión, ella misma había previsto boicotear la producción de las fábricas de conservas perforando el fondo de las latas que iban a ser enviadas al ejército alemán que peleaba en el frente ruso.

Un sabor amargo al final de la garganta le enturbió la dulzura de esas pequeñas victorias. Hay veces que el miedo se filtra a través de los poros y ahoga el corazón. Ella alargó la mano y la posó junto a la del hombre en el arma, pero no fue el contacto humano lo que la consoló, sino la frialdad del fusil, de hierro y madera. No importa tanto la vida… ¡pero el miedo es tan fuerte!

Julia se arrebujó de nuevo bajo la manta. No era la primera noche que pasaba desvelada en la cama triste de una pensión, con *Emilio* o con cualquier otro camarada, después de dejar un nombre falso en consigna: *monsieur et*

madame Martínez, *monsieur et madame* Jiménez… Al final, hasta te acostumbras a recorrer cada día una ciudad distinta con un nombre nuevo, a pernoctar cada noche en una pensión diferente.

Amancio, Amancio Muñoz Zafra. ¿Dónde quedaron las breves noches de la felicidad pasada?

Sin embargo, una nueva tristeza, distinta a la melancólica añoranza de su amor, volvió a enturbiar sus pensamientos: hacía sólo unas horas que *Emilio* le había anticipado que algunos grupos aislados del PSOE y de la UGT, contrarios a Negrín, se estaban reorganizando sobre una base anticomunista. Quizás corrían unos aires de unificación distintos a los que ellos estaban cimentando…

***

Toulouse, 10 de enero de 1945

El comité local del PSOE en Toulouse estaba de enhorabuena. Las cotizaciones de las distintas agrupaciones, a partir del Congreso de septiembre del año anterior, habían propiciado que en su propia sede, en el 69 de la Rue du Taur, se hubiera podido instalar una pequeña imprenta, la imprenta que de manera oficial editaría la edición en Francia de *El Socialista*. La sede, desde luego, no era un lugar elegante ni caldeado, pero suponía un lugar de reunión importante para llegar a los acuerdos necesarios. El primer asunto que había que aclarar era la propia identidad: quiénes somos y quiénes son *los otros*. Estaba claro que el Partido Socialista mantenía la censura al gobierno de Negrín decretada por la Comisión Permanente de las Cortes reunida en París en 1939 y se alejaba también definitivamente de cualquier actuación común con el Partido Comunista. Con mucha más razón rechazaba las actuaciones de la Unión Nacional Española, la cual a su vez había recibido de la UGT la amenaza de que expulsaría a cualquiera de sus afiliados que participara en su defensa.

El ejemplar de *El Socialista* impreso en la Rue du Taur añadía como subtítulo que él era el *Órgano oficial del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U.G.T.*, con las palabras *oficial* y *portavoz* bien destacadas, no fuera que algún otro falso periódico les arrebatase la supremacía.

Con las manos aún manchadas de tinta un tipógrafo sin nombre conocido se soplaba las puntas de los dedos, rígidas y ateridas por el frío, para acabar de

componer el título del artículo que le habían entregado: «Después de la usurpación, la denuncia y el engaño». El redactor proponía que era ya el momento de explicar a todos los exiliados que la *estafadora* Julia Álvarez nada tenía que ver con el Partido Socialista ni con la publicación del periódico. Cuando se celebró el Congreso de Toulouse no se había admitido ninguna participación de los partidarios de Negrín y a la propia Julia Álvarez ni siquiera se le permitió acercarse a la puerta. Después de eso, la Unión Nacional, valiéndose de Julia Álvarez, había editado otro periódico llamado *Socialista*, consagrado a malograr la aparición del verdadero y a difamar a los socialistas. Afortunadamente esa «hojilla chillona y vocinglera» había caído en el más completo de los vacíos. La UNE, empecinadamente, había dado nuevas instrucciones a *la usurpadora* para que criticase públicamente al verdadero *Socialista*, pero nada de eso podía prosperar.

El artículo, que saldría a la luz al día siguiente, acababa con una rotunda admonición: «Que nuestros lectores no se dejen sorprender por el nuevo *disfraz socialista de Julia Álvarez*, dirigente *fantasma* y ex afiliada al Partido Socialista Obrero Español.»

***

–Dijeron que, en una declaración oficial, la dirección del PSOE en España también se había desvinculado de la UNE –alegó *Emilio*.

Julia paseaba impacientemente por la habitación.

–¿Una declaración oficial? –dijo ella–. ¿Cómo puede existir una declaración oficial en un partido clandestino? La única declaración oficial es la nuestra, la de la Junta Suprema de la UNE.

–¡Ya viste cómo te difamaron en su edición de *El Socialista*! Te acusaron de usurpadora… ¡de usurpadora y de tránsfuga!

–Yo no he usurpado nada. Como yo, tú también fuiste elegido presidente de la UNE en la Conferencia de noviembre en Toulouse, y no nos han perdonado a ninguno que pretendiéramos asumir el liderazgo…

El hombre procuró serenarse, aunque seguía estrujando el periódico entre sus manos.

–Sigue leyendo –concedió ella, señalando el periódico que él tenía en las manos.

–La Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Socialista rechaza estar representado en la UNE –dijo el hombre, recitando los datos casi de memoria–. En el Congreso de septiembre dijeron que admiraban los avances del régimen ruso y su contribución a la guerra de liberación mundial.

–Pero también dijeron que esa manifestación no era aplicable al Partido Comunista de España –recordó ella–. A los partidarios de Negrín nos acusan de comunistas para boicotearnos. ¡Sigue leyendo!

Emilio alisó el ejemplar con las manos.

–«Sepa el Partido Comunista que nosotros no somos una fracción de nuestro Partido en Francia, sino que somos el auténtico Partido Socialista Obrero Español en Francia, consagrado en el Congreso de Toulouse de septiembre de 1944».

–Sigue leyendo –continuó ella, procurando apurar el cáliz de su desventura–. Ahora dirán que la Unión Nacional Española ha sido creada por el Partido Comunista y que eso ha perjudicado a la emigración…

El hombre asintió con la cabeza y eligió algún otro párrafo al azar.

–«La Unión Nacional Española nació de la mentira y de la farsa, usurpando representaciones de organizaciones y partidos, pretendió monopolizar la representación de los españoles en Francia, apeló a todos los excesos: la mentira, la fuerza, el asesinato…».

–Ya basta –dijo ella finalmente–. ¡El asesinato! ¡También nos acusan de eso! ¡Bonita excusa para expulsarnos ahora del Partido! Hemos luchado por la democracia, hemos puesto en peligro nuestra propia vida por la libertad de todos…

–¡No es de extrañar! También han sido expulsados Negrín, Lamoneda y Álvarez del Vayo…

–¡Expulsados del partido después de promover la unidad!

–Para no quedar totalmente aislados, tendremos que desvincularnos de la UNE –propuso el hombre.

Julia sopesó las palabras con un gesto de disgusto. Tampoco creía que, aunque lo hicieran, los fueran a volver a admitir.

–Otra de nuestras ilusiones, perdida –concluyó ella.

***

Julia se miró al espejo y recordó. Recordó su salida de la infancia y sus deseos de vivir intensamente. Su paso por Pamplona y Zaragoza, su interés por aprender. El descubrimiento de su propia fortaleza y de su decisión de aprovechar su inteligencia a favor de los demás. Entonces fue cuando volvió a Villafranca y se ocupó de enseñar a las niñas de la escuela: enseñar a vivir, para que fueran fuertes y valientes, para que luchasen por su propia existencia como seres humanos autónomos y libres. Después fue ya todo un torbellino, una catarata que arrastró su vida hacia un lugar determinado sin que ella lo pudiera evitar. Estaban allí los labradores, la gente pobre de Villafranca que se moría de hambre, los braceros que veían a sus hijos enflaquecer mientras quedaban campos yermos que a ellos les estaba vedado cultivar. ¡Los campos comunales en manos de los *señoritos*! Y ella, ¿cómo iba a consentir la injusticia o la ignorancia? Por eso fundó la primera Agrupación Socialista de Villafranca. Por eso los mítines en los pueblos, los viajes incansables para extender su doctrina. ¡Cambiar España!

Julia se miró al espejo y recordó su figura de entonces, con su aspecto de mujer proletaria: vestidos amplios para esconder cualquier atisbo de feminidad, para ocultar un cuerpo que no debía doblegarse al destino previsto de hembra; la cara lavada, limpia; el pelo recogido hacia atrás para que no molestase a la frente pensadora; los labios apretados conteniendo el ideal…

Los años de Villafranca pasaron rápidos. No quiso recordar las amenazas de la caciquería del pueblo, la negativa a alquilarle una casa, las luchas constantes contra la opresión, las detenciones de los compañeros y la rebeldía salvaje que le oprimía el corazón al observar la injusticia.

Enseguida se vio en Madrid, afiliada a la UGT, colaborando con Ricardo Zabalza y la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, preparando la huelga de campesinos del 34 y después… Después procurando sacar de la cárcel a los compañeros represaliados. Julia sonrió: a pesar de las adversidades fue una

época de ilusión y de optimismo. Además, en aquellos tiempos, conoció a Amancio. Amancio: el único hombre que se atrevió a soltarle los cabellos del moño y a arrancarle con mordiscos de pasión su honesta túnica talar… ¡Qué felices, qué enamorados, habían hollado los pasillos del Congreso, cogiditos de la mano, cuando ocuparon sus escaños en el 36 representando al Partido Socialista! En aquella ocasión algunos la confundían con la Pasionaria: el mismo traje amplio y oscuro, la voz vibrando poderosa, el cabello tirante recogido: toda una imagen vigorosa que alargaba su potencia para señalar hacia el cielo con el puño en alto.

A los pocos meses, la guerra, de un manotazo, derribó sus ilusiones por el suelo. Y entonces fue la gran tragedia de sangre, la lucha cuerpo a cuerpo en las trincheras, el frío de los muertos… ¡Cuántos amigos y camaradas, desaparecidos! No sólo Amancio, que la dejó sola, la abandonó, roto el pecho en estertores, en el frente de Lérida; también Sixto Alonso y los labradores de la Casa del Pueblo de Villafranca; el alcalde de Tudela, Aquiles Cuadra, ejecutado en la Vuelta del Castillo en Pamplona; Ricardo Zabalza… ¡Zabalza! ¡No quiso huir de Alicante y tuvo que acabar fusilado tras un juicio sumario un año más tarde en Madrid!

Julia se tapó con las manos la cara antes de mirarse nuevamente al espejo. Cuando las retiró sólo encontró los dos pozos oscuros de los ojos. ¿Qué había venido después? Tras la derrota y la huida hacia Francia, la nueva lucha contra el fascismo. Julia sonrió amargamente. Al fascismo sólo se le puede vencer en la unidad: ¡por eso sus pretensiones de aunarse con el Partido Comunista! La Pasionaria y ella, ¿no eran la misma mujer arrebatada que gritaba por el pan para el pobre y la justicia social? Y, por querer la unidad, sus camaradas socialistas la acusaban de traidora y la habían expulsado del partido. ¡A ella! Después de haber empleado su vida defendiendo a los desheredados en el sindicato, después de prestar sus servicios como gobernadora de Ciudad Real, como juez de primera instancia e instrucción en Alberique, como magistrada interina del Tribunal Central de Espionaje y Alta Traición… Pero, ¿cómo no, si habían sido capaces de expulsar también del Partido a Juan Negrín, el último presidente de la República?

Julia se miró al espejo. Ya no era ninguna de aquellas mujeres que había sido antes y que ahora recordaba. Su cara se había afilado visiblemente –¡después de las angustias del *maquis* y del hambre en la lucha clandestina! – y sus ojos parecían haberse agrandado a fuerza de observar el horror… Ya no llevaba el cabello recogido con la disciplina de la luchadora feminista. Ahora lo llevaba ondulado, rodeando su cabeza como un halo de llamas. En su vida actual de desterrada ya no podía mostrar abiertamente la cara lavada: ahora tenía que disfrazarse con subterfugios que disimulasen su identidad.

Por fin, después de ahuecarse el cabello con las manos, Julia volvió a mirarse en las sombras del espejo, reprimió un oscuro impulso de pasar sus manos por el cristal hasta borrar la efigie de dentro y, amargamente, con la barra de labios que completaba su disfraz, se pintó de un rojo brillante y exagerado los labios.

7. ¡Ándale!

México D.F., mayo de 1948

–Mejor no hubieras salido de tu tierra. ¿Qué viniste a hacer aquí?

Todavía no era un día caluroso aquel 19 de mayo de 1948 en la ciudad de México, Distrito Federal. Cuando Damiana entró a realizar la limpieza en el bufete de abogados administrado por Julia Álvarez, al poco de amanecer como todos los días, la descubrió tendida en el suelo, en la mayor soledad.

–Estaba medio doblada, como si para morir se hubiera tumbado allí mismo, acalambrada – contaría más tarde ante distintos auditorios–. En tantito la vi, supe que estaba muerta.

Por eso se apresuró a dar la voz de alarma, llamando a las puertas colindantes. Seguramente había fallecido mientras trabajaba hasta las últimas horas del día anterior.

–Aquí se llevaba bien con todo el mundo –aclaraban gustosos los vecinos ante los preguntones–, pero en España había tenido desavenencias…

***

En la primavera de 1947 Julia decidió, por fin, refugiarse en México, donde se encontraba su hermana Carmen y algunos otros familiares. España

quedó atrás, envuelta en la misma bruma correosa en que también se había consumido Francia durante la guerra. La derrota del nazismo había devuelto a Europa la libertad y la democracia, pero no a España, y ella sentía demasiada lástima por saberse cerca de su país, pero incapaz de seguir luchando activamente por él. No quería recordar sus días de cárcel en poder de los nazis y mucho menos la expulsión de su propio partido urdida por sus antiguos camaradas. El Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles, el SERE, donde ella había participado activamente facilitando la salida a América de todos los refugiados que pudieron libertar de los campos de concentración, había sido ya disuelto hacía mucho tiempo. Desde su última residencia en Clichy, cerca de París, ya nada más podía hacerse para ayudar a los españoles. Había que comenzar una nueva vida, ahora en el *nuevo mundo*.

El Gobierno mexicano, con Lázaro Cárdenas primero y después con Ávila Camacho, había tendido la mano abierta a los republicanos españoles en un gesto que no se podía dejar de agradecer y había acogido a más de doce mil refugiados. Después de los desacuerdos –mejor dicho, después de la traición de sus compañeros de partido– Julia sabía que en México se encontraría con Indalecio Prieto y sus partidarios, Martínez Barrio y Álvaro de Albornoz, que pretendían capitanear la representación de la España republicana en el exilio, frente a los comunistas o frente a otras tendencias socialistas, pero hasta ese cáliz había de apurar. Allí, quizás, a pesar de lo pasado y de la destitución y el menosprecio perpetrado contra Juan Negrín y sus partidarios, se podría volver a intentar la unidad…

Julia miró su tarjeta de identificación como asilada política. La que, en distintos momentos, fuera en España maestra, asesora de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, abogada, enamorada o agitadora social se había convertido en otra mujer, reflejada en la imagen sepia de aquella fotografía de su documentación. Un gesto desdeñoso, recién nacido, quería instalarse en sus labios, ahora pintados de rojo; mientras que el cabello, otras veces domado en dos bandas idénticas, se había convertido en un halo revoltoso y ondulado. A veces casi no se reconocía a sí misma, tan delgada. Si hubiera seguido sus antiguos impulsos, seguramente habría arrugado la tarjeta entre las manos pero,

después de las penalidades pasadas, esa fogosidad anterior se había convertido en una especie de lástima apacible y pesarosa.

Para completar su tormento, leyó la descripción que avalaba la identidad que le adjudicaba la tarjeta: estatura: 1,60; complexión mediana; color blanco; pelo negro; cejas negras; ojos cafés; nariz recta; boca mediana; señas particulares: ninguna visible. Afortunadamente, también figuraba su estado civil de viudedad (¡Amancio, Amancio!) y su profesión: abogado y profesora. Así había sido y así tendría que ser en la nueva vida. Por suerte, el Gobierno mexicano había reconocido a todos los refugiados sus anteriores títulos y oficios y los exiliados podían comenzar a trabajar de nuevo. ¡De nuevo, trabajar…!

***

Hasta que llegó la ambulancia, los vecinos platicaron en el rellano de la escalera recordando los sucedidos con la muerta. El médico que finalmente la reconoció sugirió que habría sufrido una hemorragia cerebral.

–Tenía cuarenta y cuatro años nomás. Dizque era comunista… o tanto así.

–¿Qué comunista? Fue alguien importante allá en España o creo que fue maestra. Ahora, con los refugiados, además de ser abogada, escribía para una revista.

–Morir así, sola, sin amigos, sin una mano que estrechase la suya…

Un alma caritativa quiso corregir la postura de la muerta o taparla con una cobija, pero los otros se lo impidieron.

–Aguárdenos tantito a que nos lleguen las instrucciones, a ver qué se hace con el cuerpo muerto.

–Que defendió a los trabajadores y por eso se exilió, como tantos otros españoles republicanos…

–¿Conoce alguno de ustedes a los parientes?

–Detrás de los ojos vehementes se le notaba que allá fue revolucionaria…

***

Julia, como otros refugiados, pensaba que sólo era cuestión de tiempo. Tanto la lucha de los españoles en el interior como la presión internacional acabarían con Franco e, indudablemente, tras la derrota temporal de la

República, volvería a triunfar la democracia. Entonces, ellos regresarían para seguir construyendo la nueva España.

Mientras tanto, ella se quería convencer de que trabajar o vivir en la Ciudad de México era similar a hacerlo en España: el número de exiliados era muy elevado y en un paseo por la calle Madero o por la avenida Juárez éstos se encontraban con una frecuencia casi superior a la que se daría en Madrid. Los españoles estaban trabajando con gran energía en el nuevo mundo: antes del fin de la guerra ya habían fundado la Casa de España, con el objeto de extender la cultura española; y también el Colegio de México, con su publicación, el Fondo de Cultura. Los asilados fundaban editoriales, como Séneca, de José Bergamín; Xochitl, de Eduardo Ontañón o Atlante, especializada en libros científicos. Un gran número de profesores españoles emigrados daban cursos en las universidades e incluso se creó un Comité Técnico que fundó sus propios institutos para niños mexicanos y españoles: el Centro Educativo Luis Vives o la Academia Hispano-Mexicana.

Julia, al poco de llegar, se incorporó como directora de la revista *Rimas*: había que seguir adelante y recuperar, de algún modo, la antigua ilusión por la vida. Abrió también un despacho de abogados para hacer lo único que le prestaba algún consuelo después de lo pasado: ayudar a quienes se encontraban en peores circunstancias que ella, rescatar a los republicanos de los campos de emigración, formar grupos de socialistas en el exilio, redactar documentos o certificados que ayudasen a entrar en el país y conseguir la residencia, buscar trabajo para los paisanos…

–Celebro que hayáis podido salir de las garras de Franco –felicitaba a unos amigos–. Yo no puedo conseguir mucho porque hace poco que llegué y el trabajo es duro siempre, pero intentaré en vuestra ayuda lo que pueda…

Y la nueva actividad imparable le impedía concentrarse en la incomodidad que producía vivir en un lugar con gran altitud sobre el nivel del mar. ¡La Ciudad de México se encontraba a dos mil cuatrocientos metros de altura, pero pronto se acostumbraría!

–En estas circunstancias la concentración de oxígeno en la sangre disminuye, aumenta el ritmo cardiaco y la profundidad de la respiración, pero sólo hay que aclimatarse.

No importaba la sensación de mareo o de ahogo, ni la fatiga, que tantas veces había sentido a lo largo de su vida. Las jaquecas y el insomnio también eran viejos amigos.

No merece la pena interrumpir el trabajo por las manos hinchadas o el maldito dolor de cabeza, pensó mientras se levantaba con dificultad. Qué extraña torpeza y qué náuseas. Hasta creyó estar teniendo alucinaciones: Amancio en las trincheras o la llanura agrícola de Villafranca encerrada en su círculo, la Escuela Normal de Maestras de Pamplona o la plaza de Las Ventas en Madrid… Qué estoy haciendo en este lugar, se preguntó, mientras las paredes bailaban a su alrededor y el techo de la habitación se convertía en el suelo. ¡Qué confusión hasta perder la conciencia!

***

–Dizque luchó contra Franco en España, y en Francia contra los alemanes, que dormía escondiendo bajo la frazada un fusil… –siguió insistiendo un curioso, por lo bajo.

–¿Lo saben de seguro?

–Uno platicaría muy a gusto en otra parte, pero aquí, con el cuerpo presente, cuesta trabajo –se dolió Damiana, intentando acabar con los chismes–. Yo nomás la tenía por buena persona…

–¡No le fue bien este clima, con tanta altura!

–Mejor no hubieras salido de tu tierra –suspiró la limpiadora, con lástima, ante el cuerpo caído–. ¿Qué viniste a hacer aquí?

8. ¡Arriba España!

Salamanca, 1948

Don Luis entró en la oficina, se desembarazó de la gabardina clara que siempre usaba en otoño y la colgó del perchero que había junto a la puerta. Se acercó a la calefacción y comprobó que todavía no estaba caliente, apenas un poco tibia. Miró con nostalgia los árboles de fuera, que no habían sufrido la poda obligatoria que soportaban en invierno. Muchas hojas se arremolinaban en el

suelo, apiñándose o desagrupándose en erráticos torbellinos. En el exterior aún no hacía mucho frío, pero él sabía desde los inviernos precedentes que la calefacción tardaría un buen rato en circular por los viejos y repintados radiadores. Era normal: había que ahorrar.

Igual que ayer y lo mismo que mañana, don Luis se sentó en su mesa de trabajo y se dispuso a liar su cigarrillo de picadura. Era una operación laboriosa para la que hacía falta pulso y habilidad. Don Luis no tenía mucho pulso, pero disfrutaba de una habilidad labrada por años de ejercicio. El temblor de la mano derecha propició la caída de unas hebras encima de la mesa: ese era el recuerdo de la primera bala recibida en el frente, que le había penetrado por delante, junto al hombro, y había salido por detrás. Apenas le quedaron secuelas, una pequeña agitación en la mano, esa leve sacudida que se acentuaba en situaciones de nerviosismo; tan leve que no le había servido en su momento para librarse de volver al frente, donde finalmente había perdido la pierna.

–No sé si podré hacer bien el trabajo –le confesó avergonzado a su mujer un día antes de ocupar el puesto de auxiliar administrativo–. ¿No ves cómo me tiembla la mano?

–Pero, ¿qué dices? –le espetó ella con impaciencia–. ¿Vas a ser tú el más inútil de los inválidos?

Don Luis ya estaba acostumbrado a los improperios impacientes de su señora: eran la carga obligada del matrimonio. En esta ocasión, por su parte, casi le agradeció la aclaración. Seguro que él no sería el más incapaz en aquellas oficinas. Aparte de que los motivos de su invalidez no eran ningún oprobio, sino la señal de una honra: él era Caballero Mutilado de Guerra y tenía bien guardadas las insignias de su merecimiento: la medalla militar al valor y la pensión de guerra. Una pensión exigua, sí, que había que completar con otros ingresos para sobrevivir, pero que simbolizaba una paga a su valor y a su labor en la construcción de la nueva España franquista, católica y enemiga del comunismo. ¡Franco, Franco! ¡Aún resonaba en sus oídos el sonido de la victoria…!

Don Luis no tenía mucha prisa en comenzar su labor. Las horas transcurridas ordenando papeles al final se manchaban de polvo y de hastío, así

que nada importaba regalarse con unos minutos de distensión. Haciendo gala de gran habilidad, había apretado la picadura en el pequeño papel de liar cuyo borde chupaba minuciosamente para terminar de montar el cigarrillo, estrecho y compacto. Mordió una punta del cilindro para arrancar el papel sobrante, que escupió al suelo, y encendió el otro extremo, saltaron algunas chispas que el hombre alejó con la mano y, finalmente, aspiró con delectación. Fumar su tabaco de picadura, el pequeño receso del almuerzo y la visión de los plátanos del patio trasero eran las únicas distracciones de una mañana que comenzaba a ser fría. Había apartado la máquina de escribir para acercar el cenicero, pero a los lados de la mesa se amontonaban los interminables expedientes. Se merecía unos minutos de preparación antes de comenzar su labor cotidiana…

Hacía ya unos años que había obtenido una plaza de administrativo en la Delegación Nacional de Servicios Documentales, un organismo fundado a partir de la Oficina de Investigación y Propaganda Anticomunista y del Servicio de Recuperación de Documentos, cuyo objetivo consistía en la recopilación de expedientes relacionados con personas e instituciones contrarias a la sublevación. La finalidad de esta institución estaba plenamente de acuerdo con el perfil de un Caballero Mutilado, ya que consistía en suministrar al Estado información sobre las actuaciones de sus enemigos y catalogarla convenientemente. ¡Otra forma de servir a la Patria!

Don Luis, después del cigarrito mañanero, se sintió algo más inspirado y comenzó a notar que, por fin, el latido de su corazón comenzaba a calentar el escuálido pecho. Su trabajo en los Servicios Documentales, a primera vista, parecía teóricamente interesante, pero a la hora de la verdad se reducía a revolver papeles polvorientos para entresacar nuevamente fechas y nombres que probablemente ya no servían de mucho. La mayoría de los actores de aquella pasada tragedia quizás habrían muerto o, cuando menos, se habían alejado definitivamente de la España victoriosa. Los vencidos, desde luego, no merecían tanto esfuerzo; pero, en fin, había que comer, y su puesto de *chupatintas* le daba para sobrevivir suficientemente.

Tomó uno de los legajos que coronaban la cima de documentos sobre su mesa (el Expediente 721, probablemente incautado a alguna agrupación sindical

de la época infausta de la República) y dejó escapar algunos papeles que quedaron desperdigados ante su vista. Enhebró una hoja de calco entre otras dos hojas blancas, las introdujo en la máquina de escribir y se dispuso a copiar las referencias: 7 de julio de 1931, por la Fraternidad Obrera de Corella; 9 de agosto de 1931, por la Fraternidad Obrera de Castejón; 31 de mayo de 1933, por la Juventud Socialista de Eibar… Una sucesión de fechas y de nombres le hizo sonreír, previendo que la mañana podía no resultar absolutamente tediosa: Echalar, Mallén, Calahorra, Gallur, Andoain, Arechavaleta, Ejea de los Caballeros… Desde todas aquellas localidades se invitaba a Julia Álvarez Resano para que diera algunas «conferencias». Aquello sí que era una novedad. Julia Álvarez Resano, como él y su propia señora, era navarra y, entre todos los expedientes, suponía un nombre conocido.

Julia Álvarez… Él había vivido casi siempre en Pamplona y aquel nombre quería traerle a la cabeza algunos recuerdos de juventud. La República… ¡la detestable República! De pronto se vio a sí mismo, con sus dos piernas completas, gritando en la Plaza del Castillo, en Pamplona, contra el comunismo y la quema de conventos.

–¡Viva Cristo Rey!

–¡Viva España Única! ¡Viva España Grande! ¡Viva España Libre!

Don Luis sonrió. Había sido una época hermosa, a pesar de las dificultades. Él mismo había sido protagonista de unas cuantas escaramuzas y algunas otras algaradas para defender a su tierra de la influencia comunista. Nunca había sido especialmente religioso, pero no se podía consentir que los ateos revolucionarios quemasen iglesias o asaltasen ningún convento. Por eso y quizás por buscar la aventura se escapó de su casa para unirse al ejército de los nacionales... Julia Álvarez… ¡Esta vez los expedientes, por fin, tenían la cara de un muerto conocido! Sí, quizás de un muerto. La navarra había escapado a Francia y probablemente a Rusia, donde alguien dijo que murió. ¿Murió? ¡Qué importaba!

De improviso, don Luis se dio una palmada en la frente. ¡Vaya cabeza! Precisamente hacía poco que le habían enviado una necrológica desde el periódico *Lanza* de Ciudad Real, que daba la noticia del deceso de Julia Álvarez

(«Nuestra provincia, aparte de tener la desdicha de haber estado sometida al yugo rojo, tuvo la desgracia de tener una gobernadora marxista. Pues bien, Julia Álvarez Resano ha fallecido en Méjico, según noticias fidedignas»). Buscó la nota y se dispuso a guardarla junto a los documentos del expediente. Contra su costumbre, en este caso se interesó sinceramente por el contenido de las cartas arrugadas que tenía entre las manos. Eligió una de ellas dirigida a la persona investigada y que provenía de Azagra y la leyó con curiosidad: «Muy señora mía y estimada camarada: con esta fecha me dirijo a usted para hacerle saber que en vista de que en toda España se va a celebrar fiesta por nombramiento de la República y que con tanto empeño desean oír la palabra de usted este pueblo y en particular las mujeres, así que ese día la esperamos sin falta, nosotros nos presentaremos en esa con el auto a las nueve de la mañana para que dé usted un mitin en ésta con un compañero de la Casa del Pueblo de Pamplona, a lo que haremos una manifestación con la bandera y el Ayuntamiento y la banda municipal, así que la esperamos sin falta…».

El escribiente sofocó una risa de desdén.

–¡Pueblerinos! –musitó entre dientes–. ¡Y qué faltas de ortografía y de redacción!

No dejaba de tener gracia imaginar a *la Julia* (él nunca la había visto en persona, pero oyó hablar de ella en muchas ocasiones) subida a un carro de paja o al quiosco de la plaza del pueblo para gritar sus consignas comunistas mientras los aldeanos escuchaban embobados que la República les regalaría a ellos las tierras y los coches de los ricos. Y como telón de fondo, la banda municipal y la bandera republicana en manos de los desharrapados…

Castejón, Villafranca, Arguedas, Valtierra, Fustiñana… ¿qué pueblos eran aquellos? Al fin y al cabo, meros villorrios aledaños de Tudela, la villa ilustre de las alcachofas. Él había estudiado en los jesuitas de Pamplona y nunca se hubiera atrevido a enardecer a las multitudes prometiendo cosas contrarias a la naturaleza y que no se podían cumplir. ¡Normal que estallase la guerra! Los aldeanos ignorantes habían hecho mal en dejarse llevar por las promesas de tres iluminados comprados por Rusia. ¡Todo eso lo había propiciado la incultura del pueblo!

Don Luis ordenó cronológicamente un total de 16 cartas donde se solicitaba la presencia de la oradora en distintos lugares entre el verano de 1931 y el de 1933 y anotó los firmantes y las fechas en el expediente. Aquella colección de despropósitos debía haber pertenecido a esa mujer, Julia Álvarez, que seguramente los habría guardado como oro en paño para poder recordar en la vejez sus aventuras de juventud. Menos mal que los muchachos del Caudillo habían requisado toda aquella basura que intoxicaba a los hijos del pueblo. Sin embargo, entre los convites de los socialistas ignorantes podía haber algo más llamativo, así que el hombre continuó revisando los documentos en busca de cualquier otra cosa más sabrosa, de algún contacto que fuera indudablemente interesante.

Allí estaba: Ricardo Zabalza. ¡Buena pieza! Ricardo Zabalza también era navarro, de Elizondo para más señas, secretario general de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, en sus comienzos representante del partido en Navarra y después secretario nacional. Aquello sí que era una buena compañía. Uno de los que asaltaron el Cuartel de la Montaña en el 36, miliciano rabioso y también gobernador civil de Valencia en el 37. Después de ser capturado en el puerto de Alicante, fue felizmente fusilado en Madrid en 1940. ¡Un rojo menos!

Ricardo Zabalza escribía a su amiguita Julia Álvarez para felicitarla por su labor propagandística en Valencia y por su defensa en los procesos de urgencia contra los huelguistas de junio del 34: de los 55 procesados fueron absueltos 31, algunos casos fueron sobreseídos y el resto se saldó con unas multas, desde 50 a 250 pesetas.

Don Luis se levantó para lavarse las manos. No sabía si se había manchado con el polvo de los expedientes o con otra cosa. En su camino hacia los aseos sufrió como un aguijón el roce del muñón contra la pierna ortopédica. Una granada le había volado un pie en la campaña del Ebro. Primera amputación de urgencia más arriba del tobillo izquierdo en el hospital de guerra, pierna gangrenada y segunda amputación a la altura de la rodilla. Aquello finalmente lo devolvió a la retaguardia y lo envió a la vida gloriosa del Mutilado de Guerra. No andaba mal con su pierna ortopédica, aunque la piel fina del

muñón sufría con el roce y se escaraba con frecuencia… ¡Otros habían pagado con la vida o con mutilaciones peores!

A la vuelta, los documentos del Expediente 721 seguían sobre la mesa. Entre otras, una carta sin firma (que venía de una tal «mejor amiga y camarada») contaba cosas banales, las cuales sugería a Julia referir a su vez a Ricardo Zabalza, Marcelino (¿Iglesias?), Martínez Barrio o Azaña. No merecía la pena prestar gran atención, así que en una lectura rápida en diagonal sólo leyó dos citas interesantes: «no se dice que estoy vendida a Moscú, pero falta poco» y, al final, «ahora la fobia es contra todo lo que huela a Rusia, me figuro que mi viaje hará ladrar de lo lindo». Bien, bien. Lo que faltaba: ¡las mujeres viajando a Rusia y escribiendo sobre el comunismo! ¡Qué asco! Don Luis no pudo soportar la familiaridad de la cita y cerró de golpe el expediente, pero antes de buscarle acomodo entre la hilera de los asuntos revisados advirtió que había caído una nota al suelo.

–Querido padre y hermano –leyó en voz alta, alejando el documento a la mayor distancia posible de su nariz–: con motivo de haber ido al juzgado municipal para proceder a la formación de mi expediente matrimonial, se precisa un certificado del juzgado municipal de Cartagena, legalizado, de mi anterior matrimonio y le intereso que vea de enviarme con dichos requerimientos lo antes que pueda hacerlo.

La firma era de Amancio Muñoz Zafra, con fecha de 4 de diciembre de 1935. «Matrimonio» y «juzgado», advirtió don Luis. ¡Qué mala alianza! Sin embargo, aquella carta de un hombre a su familia en la provincia de Murcia no podía proceder del archivo incautado a Julia Álvarez en Villafranca, aunque lo firmase el que fuera sacrílegamente su marido al poco tiempo. Aquella misiva debía proceder de otra carpeta… Miró el resto de los expedientes rebosantes de papeles y, aunque sabía que en esos momentos no había nadie junto a él en la oficina, echó un vistazo rápido a izquierda y a derecha y con mano resuelta lo introdujo entre el repertorio del Expediente 721. ¡Arreglado! Ya le había encontrado su sitio.

***

La mano huesuda y venosa de don Luis desplegó los documentos del Expediente 646 sobre su mesa. Para eso tuvo que apartar tanto la máquina de escribir como el cenicero, ya que sabía que necesitaba espacio para evaluar todo aquel batiburrillo y registrarlo. Los originales procedían de la sede de la UGT en Madrid y su protagonista también era Julia Álvarez. Don Luis frunció la nariz en un gesto automático que a la vez contraía su bigote un poco entrecano, teñido de nicotina. Algunos de aquellos papeles estaban sujetos por un clip y se referían a la muerte en Villafranca de un tal Juan Mañas, acaecida por disparos de la Guardia Civil en diciembre de 1933 y tras la cual se había enjuiciado a los alborotadores que gestaron los incidentes en que intervino la fuerza pública: Lucio Catalán, Julián Malo, Eusebio Mañas, Juan Resano… De nuevo, la ubicua Julia Álvarez se había encargado de la defensa de los encausados, la mayoría pertenecientes al Partido Socialista o simpatizantes.

A los pocos meses, el 1 de mayo de 1934, se celebró en Villafranca una manifestación desde la Casa del Pueblo hasta el cementerio en recuerdo del *mártir*. Macario Jericó, el alcalde, consentía en que la agitadora se dirigiera a la concurrencia, haciéndola responsable, eso sí, de cualquier posible alteración del orden que pudiera suscitarse.

Don Luis no pretendía evocar las malaventuranzas de la República, pero quedaba claro que las algaradas continuas y el desorden habían propiciado el Alzamiento. En ese sentido, aquella autorización del alcalde le pareció un absoluto disparate, algo así como permitir a un niño jugar con fuego en las cercanías de un pajar. ¡Dejar abierta una vía a los desórdenes! ¡Si hubiera existido mano dura ante los provocadores, se hubiera evitado el posterior derramamiento de sangre! Era evidente que fue necesario imponer un orden superior para encauzar a los revoltosos.

Un orden conseguido a base de sacrificios, desde luego. Frente al recuerdo un poco nebuloso de la República, a pesar del transcurso del tiempo don Luis todavía padecía el asalto de otras evocaciones turbulentas surgidas de los años posteriores, durante la guerra: el frío y el miedo sufridos en las trincheras, el sueño y la fatiga de las marchas eternas, el olor de la pólvora, el terror de la muerte… Y si en la vigilia todo aquello se podía dominar, cuántas

noches se despertaba temblando, reviviendo de nuevo el sonido de la sierra con que le amputaron la pierna, los gemidos de los compañeros heridos, la sensación fantasmagórica y tortuosa de notar un agudo dolor en una extremidad que ya no tenía… Mil veces se equivocó pretendiendo palpar una carne de la que sólo restaba el muñón.

–¡Rojos asquerosos!–, exclamó entre dientes y volvió de sus elucubraciones para tomar nueva conciencia de su cometido en la Delegación de Servicios Documentales.

Siguió, pues, con la relación de manuscritos del Expediente 646. Sin embargo, las cartas acopiadas en este caso le procuraron unas positivas emociones: Juan Resano, el tío de Julia, escribía a su sobrina narrando la acción de la Guardia Civil que, por fin, había tomado medidas contra los obreros y les había amenazado, con la pistola en el pecho, para que denunciasen a los impulsores de la huelga. ¡Buena medida! A los pocos días detuvieron a unos cuantos revoltosos que estaban poniendo carteles y les pusieron una multa de 100 pesetas por alentar a la sublevación. Otra carta de un tal Victoriano Adrián, uno de los que pegaban pasquines y que se dirigía a ella como «compañera», se quejaba de su detención y de que le había golpeado el comandante de la Guardia Civil para que denunciara al enlace que venía de Pamplona a instigarles a la huelga. Por último, el contenido de otra carta escrita en Villafranca y dirigida a la madre de Julia le hizo volver a sonreír. En ella el remitente se alegraba de que Julia no hubiese viajado desde Madrid a Villafranca, ya que allí corría peligro de haber sido detenida: en esos momentos se investigaba a los instigadores de la huelga campesina.

¡Afortunadamente, las cosas comenzaban a colocarse en su sitio! ¡Por fin, alguien procuraba que el pueblo fuera un lugar de orden, como a los pocos años y tras el Alzamiento lo fue!

***

Tac, tac, tac. Salto de línea: brrrr. Tac, tac, tac.

Desde la altura del cuadro en la pared, el hombre de cara pequeña y gesto adusto dejaba que se extendiera el desdén de su mirada por toda la habitación. La calva indudable permanecía semioculta: la frente abombada brillaba contra la

oscuridad del fondo y sólo se apreciaban los cabellos repeinados de los lados. Las cejas gruesas curvadas sobrevolaban los ojos oscuros, registrados con mirada torva: una mano astuta le había obligado a levantar permanentemente la barbilla, de modo que para mirar se veía obligado a dirigir la vista hacia abajo. Una nariz anónima y vulgar se alineaba sobre el corto bigote con forma de alas de pájaro, que imitaba el gesto áspero de la boca, en forma de W invertida. Sólo la turgencia de las mejillas contradecía levemente el gesto de autoridad, que por otra parte quedaba remarcado hasta el pánico por el traje caqui abotonado hasta el cuello, la banda verde y blanca y la insignia del pecho. La imagen del Dictador vigilaba los avances del rastreo de don Luis en los Servicios Documentales.

–¡Bah! –se dijo el escribiente a sí mismo, advirtiendo la impronta del tiempo en la tinta borrosa de las misivas–. Casi todos estos estarán ya muertos.

Don Luis no era muy religioso, pero ese pensamiento fortuito le hizo levantar la vista hasta el crucifijo, que compartía el espacio de la pared con el retrato de Franco. De entre los papeles que tenía entre las manos apareció nueva información sobre Amancio Muñoz Zafra que, efectivamente, había muerto durante la guerra.

–Por mi hermano José María me he enterado de que has abierto bufete en la capital de la República –leyó en voz alta–, por lo que te envío mi cordial enhorabuena…

El 2 de abril de 1932 Amancio Muñoz, posteriormente casado con Julia Álvarez según el Registro Civil, cesó como alcalde que había sido de Cartagena y hasta se dio de baja en el censo para colegiarse en Madrid como abogado. Don Luis coligió que seguramente huiría de los tumultos sindicalistas que él mismo habría provocado y de las desavenencias dentro de su propio partido… «¿Sigues militando en el Partido Socialista?», continuaba el incauto escritor epistolar. «Así lo supongo, ya que siempre has sido un romántico del ideal».

El oficinista sonrió desdeñosamente mientras anotaba el nombre del firmante en la relación del Expediente 894 y continuó revisando los informes. Algunos otros registros atestiguaban que el legado de Amancio Muñoz a Cartagena, antes de su marcha a Madrid, tal y como don Luis suponía, no era trigo limpio. De otro modo, ¿por qué huir de su tierra para establecerse en

Madrid? Efectivamente, según indicaba otro documento, ese mismo año el delegado del Gobierno había abierto una investigación para depurar las responsabilidades de los alcaldes en la gestión de la Alcaldía en Cartagena y enviaba al propio Amancio Muñoz el escrito de la acusación: «En méritos del expediente que me encuentro instruyendo como delegado del Excelentísimo Ministro de la Gobernación, para depurar la gestión administrativa de los señores alcaldes que se han sucedido en esta ciudad desde el advenimiento de la República, remito a Vd. adjunto el pliego de cargos contra Vd. formulados…». Cargos que consistían en infringir un acuerdo municipal (valiente paparrucha), falsedad documental (¡bien, bien!) y malversación de caudales públicos (¡excelente!).

A los pocos meses, la sentencia condenatoria dejaba en libertad condicional a los tres alcaldes imputados (Luis Romero Ruiz, Amancio Muñoz e Isidro Sánchez), pero les conminaba al pago de una fianza y a la obligación de comparecer cada quince días ante un tribunal.

Amancio Muñoz recurrió la sentencia y, además, quiso utilizar sus influencias y el favor ilícito de sus contactos para comprar al juez. Una misiva escrita de su puño y letra e incautada a un amigo lo corroboraba: «Según tengo referencias, este juez es hermano político del médico. Y nadie mejor que tú, bien directamente o como creas más oportuno, procura que éste se interese sobre su cuñado. Se trata de una recomendación para que el juez de Cartagena acceda a un escrito que yo presentaré en el que pediré la reforma del auto de procesamiento».

Don Luis miró torvamente el papel, hizo intención de levantarse y posteriormente se volvió a sentar. Tornó a rebuscar entre los documentos hasta que encontró la confesión del propio Amancio: «Actué desempeñando el cargo 117 días y sin respetar los acuerdos del Ayuntamiento sobre distribución de fondos, me libré a mi favor por gastos de representación de la alcaldía 2.384,90 pesetas, sobre las 6.410,90 pesetas que correspondía a mi ejercicio…».

La sentencia que recogía estas declaraciones, naturalmente, concluía con el dictamen palmario de «indicios racionales de criminalidad».

El escribiente sujetó con un clip toda aquella morralla, guardó los documentos en la carpeta correspondiente y decidió concederse un receso para liar un cigarrillo. Sin embargo, antes de nada se levantó para lavarse las manos. Aquellos papeles le resultaban en cierto sentido repulsivos.

–¡Menudos socialistas! –masculló entre dientes– ¡En esto consiste el reparto de bienes: en robar a un Ayuntamiento casi 2.400 pesetas!

Don Luis salió cojeando de la oficina, aunque por el pasillo intentó mantener un porte suficientemente digno, si no marcial. Tenía que engrasar la bisagra de la pierna ortopédica, que conseguía el juego de la rodilla, porque a cada paso sonaba con un chirrido metálico. De vuelta, se quedó mirando los árboles del patio interior, que mecían sus hojas blandamente a causa del viento otoñal. Todavía no hacía mucho frío. La calefacción, que ya imitaba un rumor como de gorgoteo, sólo se encendía un par de horas para templar un tanto el edificio, que era viejo y húmedo. En aquella época del año todo era especialmente gris.

–Mejor gris que negro –concluyó el hombre en un arrebato de buen humor.

Al fin y al cabo, a pesar del trabajo aburrido, no le había ido tan mal en la vida. Había que tener paciencia y conformarse con las pequeñas cosas: las alegrías humildes de la vida familiar, el chiquiteo con los amigos, el transcurso lento y seguro del tiempo. En eso consistía la existencia: en dejarse llevar sin pena ni gloria intentando salvar las dificultades, las cuales, en caso de no poderse superar, siempre se podrían ignorar. Él no era como aquellos iluminados investigados en los expedientes –estúpidos los unos, pero sinvergüenzas los más, comprados por Rusia– que habían querido sobresalir a costa de buscarle tres pies al gato e intentar cambiar la sociedad, pero a peor. ¡Qué absurdo! Todo estaba inventado desde hacía mucho tiempo. Cada uno iba a lo suyo, que era lo normal: lo que había que hacer era intentar medrar en lo posible, encontrar el beneficio propio, que es algo que lo da la misma naturaleza, y dejarse de monsergas idealistas. Eso fue la guerra, también. Tú me empujas para que yo me quite y yo te disparo para que no me mates.

Don Luis, una vez reconfortado por el cigarrillo, tomó la iniciativa de rebuscar entre los expedientes hasta que encontró alguno con el sobrenombre de Amancio Muñoz. El Expediente 102 incluía la misiva de un amigo de Amancio, desde Cartagena, que le advertía en 1936 del ambiente sedicioso que se vivía en el Cuartel de Artillería: «Están sucediendo cosas altamente desagradables, sin que hasta la fecha hayan tenido la réplica debida por quienes deben velar en todo momento por la salud de la República».

En la carta citaba los nombres de unos cuantos valientes: los capitanes de artillería Sergio del Fresno y Ángel de la Iglesia, los tenientes Roca y Aragonés y el comandante de infantería Miguel Carlos Roca, padre del teniente anterior. Todos ellos se estaban jugando el tipo oponiéndose al desorden republicano y el que firmaba la carta, que los denunció según sus propias palabras al alcalde de Cartagena y al general del arsenal, todavía se atrevía a indicar: «…hay más pero no he podido averiguar los nombres, pero si tienes interés los averiguaré.»

Don Luis sonrió complacido. Poco después, naturalmente, se habían sabido muchos de aquellos nombres. El tiempo ponía, por tanto, a cada uno en su lugar y, si los detentadores de esos apellidos habían obtenido el premio por su valor y su sacrificio por España, los designados con el nombre de los vencidos también habían alcanzado justo castigo. Los papeles que él tenía entre sus manos eran, indudablemente, la prueba de la conspiración masónica y comunista que había intentado sumir a la Patria en el desastre, y los nombres de aquellos a quienes los rojos habían hostigado durante la nefasta República recibían hoy la honra merecida, mientras que los traidores quedaban envilecidos por sus propios actos. El escribiente recordaba las palabras del Caudillo: «Hemos derramado la sangre de nuestros muertos para hacer una nación y forjar un imperio» y, sin percatarse, casi dejó descender una lágrima. Eso es lo que había hecho él mismo con su sacrificio: ¡forjar un imperio! En el fondo él era un sentimental. Miró nuevamente la efigie del Caudillo, con quien había luchado a costa de su salud y de poner en peligro su vida, se palmeó la pierna sana y continuó su trabajo.

El Expediente 102 también traía otro par de notas, una de la mano de Amancio Muñoz, donde explicaba que había participado en el frente en la

defensa de Albacete, y otra firmada por Julia Álvarez, que contaba a un amigo que su esposo se había incorporado al frente de Granada.

–*El Lenin cartagenero*, aparte de hablar, parece que también tenía redaños –suspiró don Luis, recordando la batalla del Ebro. ¡Qué tiempos!

***

La Delegación Nacional de Servicios Documentales proporcionaba datos a las dependencias oficiales, especialmente a la Dirección General de Seguridad, con vistas a la expedición del Documento Nacional de Identidad; pero también tenía cometidos más interesantes, como confeccionar fichas de antecedentes políticos, utilizadas en los consejos de guerra. De hecho, trabajaba en estrecha colaboración con los Tribunales de Responsabilidades Políticas, los Tribunales de Depuración de Funcionarios y el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo.

Don Luis no conocía la causa exacta por la que se solicitaba el rastreo de los datos relativos a la socialista navarra, aunque quizás se tratase simplemente de cerrar a su muerte su expediente. Con todo, allí delante tenía los datos fundamentales de su culpabilidad, que resumió en varios apartados de su informe:

> «PRIMERO. Expediente de depuración: depurada como maestra de la Graduada nº 28 “San José de Calasanz” de Madrid, por la Comisión Depuradora nº 3 de Madrid (1940-1941), con la resolución de «la separación definitiva del servicio y baja en el escalafón respectivo.
>
> SEGUNDO. Según el expediente 11466 del Tribunal de Responsabilidades Políticas, condenada a la pena de 3.000 pesetas de multa e inhabilitación absoluta por ser diputada socialista y gobernadora civil de Ciudad Real en 1937, cargos probados y suficientes para la condena. Como diputada por el Frente Popular, formó parte de las comisiones de Actas y Calidades, Estatutos, Instrucción Pública y Suplicatorios; y fue suplente de las de Presupuestos y Agricultura.

> TERCERO. Se investiga su labor como magistrada interina del Tribunal Central de Espionaje y Alta Traición entre el 3 de agosto y el 3 de septiembre de 1938.»

Esto último era bastante interesante, aunque don Luis sabía de la dificultad de rescatar ese tipo de actividades. Aquel tribunal republicano se ubicó en el Paseo de la Reina Elisenda de Montcada, en Barcelona, y los comunistas rabiosos en enero del 39 habían quemado toda su documentación en la caldera de la calefacción del Palacio de Justica. Todo el mundo sabía que tal tribunal se había dedicado a perseguir a los quintacolumnistas y que tuvieron que nombrar magistrado interino a cualquier ignorante licenciado en derecho, porque los funcionarios de carrera verdaderos se habían adherido al Movimiento. ¿Cómo se podrían investigar o probar las barbaridades que se cometieron? La navarra, desde luego, era convicta de todo aquello, aparte de que había huido ante la presencia de los nacionales, lo cual ya era suficiente prueba de culpabilidad…

El trabajo, finalmente, estaba hecho, pero con un espíritu meticuloso recién estrenado, don Luis se afanó en ordenar y registrar absolutamente todas las pruebas contra la paisana delincuente. Tomó el último cartapacio (el *Expediente 188, abierto el 16 de agosto de 1943, contra Julia Álvarez: expediente de antecedentes 37.790*) y se dedicó a ordenar cronológicamente las cartas y otras pruebas inculpatorias, trasladando en su informe la síntesis del contenido de cada registro.

> «OTROSÍ, contra la religión católica. En febrero de 1936 el Consejo Local de la Enseñanza de Gijón solicita a Julia que, como diputada, influya en las Cortes para que se decrete la incautación de los edificios de las órdenes religiosas, de modo que se les imposibilite continuar en el ejercicio de la enseñanza. Julia Álvarez, entre otras cosas, contesta: «… no cejamos un momento de trabajar por ello, pero los trámites de la fastidiosa organización capitalista del Estado impiden que adelantemos cuanto se desea para ello.»

> SEGUNDO OTROSÍ, colaboración con los enemigos de la Patria. Varios: la Agrupación Socialista de Fuencarral solicita de la diputada que labore por la libertad de Juan Valdemoro, preso en la cárcel Modelo; el secretario de las Juventudes Socialistas de Navarra pide que intervenga frente al Tribunal Supremo solicitando una amnistía para Luis Martínez de Ubago, condenado por la Audiencia de Navarra por muerte de un patrono y su contable; solicitud del nombramiento de un socialista como presidente de la Audiencia Territorial; anuncio de fusión de la juventud navarra socialista con la comunista; solicitud de libertad por un preso del penal de Cartagena, condenado desde cuatro años atrás junto con toda su familia…».

Pero, ¿quién era Julia Álvarez?, se interrumpió a sí mismo don Luis, ¿la libertadora de todos los delincuentes? Y siguió escribiendo.

> «TERCER OTROSÍ, prevaricación. Transportista de Fustiñana pide a Julia Álvarez que sea eliminada la competencia, ya que no está compuesta por socialistas…».

Después de aquel arranque de actividad, don Luis sufrió un ligero decaimiento y dudó si seguir con su recuento. Ya sólo quedaban dos hojas, adheridas con un clip. Haciendo de tripas corazón, leyó la primera, fechada en septiembre de 1936 y firmada por un maestro afincado en Granollers, agitador social desde octubre del 34 y huido a la zona republicana, que pedía una carta de recomendación a Julia Álvarez. Ella, efectivamente, se la remitía acompañada de otra misiva de carácter personal: «Me ha alegrado mucho su carta porque por ella veo se ha librado de las hordas fascistas de Navarra, gracias a haberse traslado a tiempo a esa nueva localidad. Celebro que Martín Gil se haya salvado. En cambio, han fusilado a Sixto Alonso y creo que a algún otro de los directivos de allí. En fin, ¡vengaremos lo de Navarra, despoblando aquella provincia, para llenarla de gente nueva!».

Don Luis cerró de golpe aquellos cartapacios y se levantó de la mesa temblando. ¡Despoblar Navarra para llenarla de gente nueva!… ¡Ilusos asesinos! En un ataque de rabia estuvo a punto de arrancar los folios del carro de la máquina y, por fin, concluyó gritando:

–¡Que muera ella, *la Julia*! ¡Que muera la maestra de Villafranca, la magistrada interina del Tribunal Central de Espionaje y Alta Traición! ¡Maldita puta del Congreso!

IV- EL VIENTO DE LA HISTORIA

Hace un tiempo y de forma un poco casual, en una visita a Tudela, oí hablar de Julia Álvarez, esa misteriosa mujer nacida en Villafranca cuyo nombre, después de tantos años, todavía levanta pasiones. En seguida decidí estudiar su figura. Pero no quise escribir una biografía, que ya existía: me propuse navegar en su interior para desvelar sus deseos, sus sentimientos, sus frustraciones. ¿Cómo vivió la aventura republicana? ¿Cómo sintió sus victorias de mujer sola en un mundo casi totalmente reservado a los hombres? ¿Cuánto tuvo que luchar para mantener sus anhelos frente a una realidad tan adversa? Como ella, yo también había nacido en la Ribera, y ese hecho casual me prestaba la engañosa sugerencia de poder así rescatar del olvido una esencia oculta y recoleta que pudiera conformar las raíces propias.

Ella había sido una dirigente socialista destacada, una de las primeras mujeres diputadas y quizás la primera que obtuvo el cargo de gobernadora. Por eso, en octubre del 2011, partiendo del afán de compensar las injusticias de la historia, una concejal del Ayuntamiento de Villafranca propuso poner el nombre de *Maestra Julia Álvarez Resano* a una plaza de próxima construcción en el pueblo, con la finalidad de conceder reconocimiento público e institucional a la mujer que tanto había luchado por conseguir la justicia social y por la erradicación del analfabetismo en Villafranca. Se recogieron 600 firmas que avalaban esta petición y a los pocos meses, en abril de 2012, se celebró en el Ayuntamiento un Pleno Extraordinario para llevar a efecto la iniciativa.

–¡Bah! ¡Si sólo estuvo aquí uno o dos años! –opuso otro concejal desdeñosamente, olvidando que la nominada había nacido en Villafranca, había pasado allí su infancia y después había trabajado como maestra y como abogada, consagrando su vida a defender y extender en el pueblo los avances de la República.

–El nombre de esta nueva plaza tiene que servir para que se identifiquen con ella la mayoría de los villafranqueses y para que todos la sientan como suya… –añadió la autoridad derechista que regía en esas fechas– ¡Así que proponemos que se denomine *Plaza de la Juventud*!

La oposición enarboló las 600 firmas recogidas que respaldaban el nombre de *Plaza Maestra Julia Álvarez Resano*, pero algunas otras voces rugieron como antaño para oscurecer la figura de una hembra destacada.

–¡Es un nombre con connotaciones políticas! ¡Esa señora hasta fue expulsada del Partido Socialista!

No pudo ser. Llegado el momento de las votaciones, de los 11 asistentes, 7 se decantaron a favor de *Plaza de la Juventud* y sólo a 4 a favor de *Plaza Maestra Julia Álvarez Resano*.

Habían pasado 109 años desde el nacimiento de Julia Álvarez en Villafranca, 76 desde que dejó el pueblo para trabajar en Madrid, 64 desde su muerte en el exilio, 37 desde la muerte de Franco y el comienzo de la democracia en España… y su nombre todavía seguía siendo censurado… «¡Que muera Julia Álvarez! ¡Que muera la puta del Congreso!», parecía resonar a través de los tiempos. Y aquí renacían de nuevo las extrañas preguntas: ¿por qué esa animadversión a una persona que, en el siglo XXI, sólo podía suponer un motivo de fama y reconocimiento a su pueblo natal? ¿Quién era, cómo fue, qué sintió esa mujer que durante la República levantó unas pasiones que todavía se mantienen más de medio siglo después de su muerte?

A estos enigmas se sumaban algunos otros interrogantes que me venían a la cabeza desde la infancia, entre ellos el significado de un apelativo, Aquiles Cuadra de Miguel, alcalde de Tudela, que oí en ocasiones en labios de mi abuelo. Era un nombre pronunciado en voz baja y que encarnaba un misterio nunca aclarado, ya que después de ser pronunciado casi siempre sobrevenía el mutismo. Mi abuelo nunca nos explicó por qué era importante la persona designada. La desdicha de su fusilamiento y el peso de los años de la dictadura de Franco lo prohibían. Hoy, como en el caso de Julia, quince lustros después de su muerte, su nombre todavía emplaza al silencio.

Como decía al comienzo, buscar el pasado supone, en el fondo, querer encontrarnos a nosotros mismos: volver a lo que fuimos, a lo que nos conformó… Y por eso, imaginé que podría revivir el mismo escalofrío que sintieron Julia Álvarez o Aquiles Cuadra cuando les hirió el cierzo loco y frío de esta tierra bronca.

Así que me fui a Villafranca y, en su busca, pateé las calles del pueblo: la calle Cava, la Mayor, la calle Sol y Portillo, el Crucero Ancho, la del Castillo, la plaza de la parroquia de Santa Eufemia… Y quise mirar los muros de las casas antiguas para que me contasen lo que los vecinos no se atrevían a nombrar. ¿Cómo fue Julia Álvarez? ¿Cómo sonó su voz? Sus palabras arrebatadas, ¿dónde encontrarlas? ¿Subirían al cielo desde su garganta y se han perdido en los arcanos de la historia? Ella, que yo sepa, no escribió libros, pero… ¡Sí! –cavilé de pronto–. ¡Hay que buscar en las hemerotecas! Y allí, en el fondo de algunos estantes polvorientos, estaban los artículos que publicó en la revista *¡¡Trabajadores!!* mientras impartía sus clases de maestra.

Sin embargo, la palabra escrita a veces se resiste a retratar a quien la creara. Además de leer su verbo apasionado, yo necesitaba un testimonio vivo: la opinión de alguien que la hubiera conocido, que hubiera asistido a sus mítines como espectador. Quizás algún vecino de Tudela…

¡Tudela! ¡Pero si yo misma la había abandonado con despecho al despedirme de la infancia! Y después de desdeñar los recuerdos infantiles de la época de Franco, ¿cómo recuperar testimonios fidedignos del tiempo de la República? ¿Cómo encontrar las raíces de un pasado que me acercase a Julia Álvarez? Buscar a los otros con el ensueño de encontrarse a uno mismo… ¡Todo eso podía resultar una aventura!

***

–Mi tío dice que sí… ¡Conoció a Julia Álvarez! –exclama mi amiga Mariluz por teléfono–. Asistió a alguno de sus mítines en Tudela, cuando era un muchacho.

El tío de Mariluz, Félix Pinilla, trabajaba en la oficina del Instituto donde ambas cursamos el Bachillerato. Hace demasiados años de eso y entonces yo debí ser una niña bastante atolondrada, así que no guardo demasiados recuerdos. A pesar de mi desmemoria, lo cierto es que durante un par de cursos participé en una pequeña rondalla que él organizaba, donde enseñaba a tocar la bandurria *de oído*, por medio de partituras con números en lugar de notas. En los últimos tiempos, Mariluz me había hablado muchas veces de su tío Félix: de su viudedad y de sus noventa y tantos años, de la autonomía que le llevaba a vivir

solo a pesar de la cercanía de los hijos, de su excelente memoria y de su lucha en la guerra civil. Hasta que ese día saltó la pregunta.

–Julia Álvarez, de Villafranca… ¿Se acuerda de ella?

–Recuerda que Julia estuvo al menos tres veces en Tudela y dice que él la vio en el teatro Cervantes en enero del 36, con mis abuelos, cuando ella dio una charla acompañada de Juan Arrastia Redrado, secretario de la Casa del Pueblo de Pamplona, primo segundo de mi tío… y de mi madre, claro.

Yo en un principio dudo de mi buena suerte, aunque sé que Julia Álvarez hubo de visitar Tudela en unas cuantas ocasiones. Constato a partir de la prensa de la época que estuvo en el teatro Cervantes en las campañas electorales del 31 y del 33 y, una vez elegida diputada, en mayo de 1936, acompañada de Aurelio Aranaga, del Partido Comunista, y de su marido, Amancio Muñoz Zafra. De hecho, también había coincidido con Juan Arrastia en unos cuantos mítines en Navarra. Así que era indudable que Félix Pinilla la había podido conocer, si no fue en enero –cuando ella se encontraba en Madrid haciendo campaña a favor del Frente Popular–, sí en la celebración del Primero de Mayo o, muy probablemente, en las elecciones del 33. Por eso, salto de alegría.

–¿Y cómo era Julia?

–La recuerda perfectamente: una chica bien parecida, que tenía *salero* y hablaba con soltura. Según él, se ganaba a la gente por su forma de hablar, siempre en defensa de la República, insistiendo en que todos los trabajadores votasen… ¡Hasta se atrevió a criticar la propiedad de las tierras de la marquesa!

En esos momentos desconozco a esa marquesa o sus tierras de Tudela y sólo me interesa el buen Félix Pinilla, un anciano que recuerda a la Julia de cuando él era un niño.

–El primo segundo de tu tío, el socialista Juan Arrastia, ¿cómo acabó? ¿sobrevivió tras la guerra? –pregunto, ampliando el motivo de mi búsqueda.

A Juan Arrastia lo fusilaron al terminar la contienda; su mujer y sus hijos huyeron a Francia y, aunque unos años más tarde volvieron a Pamplona, hoy mi amiga no sabe nada de ellos.

–Mi abuelo trabajaba en la Azucarera de Tudela… ¡y a todos los *azucareros* los tenían fichados! Si quisieras hablar con mi tío, él estaría encantado de recordar esa época de su adolescencia…

***

Tantas veces mi amiga me había hablado de su tío Félix que, cuando falleció repentinamente, advertí que había desaprovechado la ocasión magnífica de preguntarle a él por el asunto que tanto me importaba. Tarde, demasiado tarde, decido acercarme a Tudela en una fría tarde de febrero, aunque ya no es posible hablar con él, para visitar, al menos, su tumba, la sepultura de alguien que ya nada me puede contar.

Mariluz, con su optimismo irreductible, corretea entre las losas alineadas hasta encontrar la que busca y, cuando sospecha que no miro, se retira con delicadeza una lágrima. Me inclino hasta una lápida, colocada hace apenas quince días, y descubro absurdamente que no tiene el vestigio que yo rastreaba.

–¡Creía que tendría su foto!

Mi amiga me mira sorprendida.

–¿La foto? ¿Qué foto? ¿La foto de mi tío? ¿Cómo va a estar aquí la foto? –se sorprende; pero al poco, como siempre, vence en ella el pragmatismo y me ofrece–: Su retrato lo puedes ver en la esquela del periódico. Pusimos allí uno de las mejores, aunque, claro, en esa imagen está ya bastante mayor…

Cuando abandonamos el cementerio y llegamos al coche de Mariluz, me alegro de poder resguardarnos del cierzo. Rápidamente, nos montamos y salimos a toda prisa para llegar a la hora pactada a su casa y dejar partir a la persona que estaba atendiendo a su hijo. Ella, empeñada en contentarme, me muestra la imagen del tío Félix.

–Sí, ya me acuerdo –digo por fin, aunque al pronto no sé si la remembranza de su rostro me nace de la memoria o de la maldita imaginación.

Félix Pinilla, de adulto, era un hombre serio, de aspecto sobrio, con el gesto contenido de quien ha sabido domesticar los padecimientos a fuerza de buena voluntad. Sin quererlo, casi me emociono. Por eso, me concentro en resucitar, desde la imagen del anciano, el rostro del muchacho aquel de 12 o 15 años que presenció la conferencia de Julia. Con dedos sutiles, retiro de mi

cabeza las hilachas de esos otros recuerdos en que Félix Pinilla, a cambio de nada, empleaba las horas de los recreos en enseñarnos a los chicos del Instituto a tocar los instrumentos de nuestra rondalla, la comparsa en cuyas actuaciones nos disfrazábamos de negro, luciendo unas capas rojas adornadas con guirnaldas de colores.

El adolescente Félix de doce o quince años es un chico despierto, de ojos penetrantes y cejas espesas. Tiene la cara ovalada, proporcionada, con pómulos anchos. Probablemente, muchas veces se le escapa la risa y hasta se atreve a decir unas cuantas cosas que, en la edad adulta, su autocontrol censurará. ¡A la fuerza ahorcan! ¡Como que vivió parte de la guerra en el frente y gastó siete años de su vida en *la mili*, alistado sin remedio en el bando franquista! De complexión ligera, su cuerpo es vigoroso y ágil, cualidad que conservaría durante toda su vida. En la fotografía la boca un poco grande exhibe una leve sonrisa, pero en mi recuerdo de la infancia la mantiene casi siempre fuertemente apretada. En tanto que lucho por desechar los recuerdos antiguos para rescatar a mi personaje de libro, me resucita la imperiosa necesidad de novelar.

–¿Y tú crees que el mitin de Julia con Arrastia se dio en el teatro Cervantes? –insisto ante mi amiga–. ¿Dónde estaría el teatro Cervantes durante la República? En nuestra infancia, en la época de Franco, no había teatros en Tudela… así que, antes de la guerra, a lo mejor no había nada –concluyo con acento agorero.

–Si mi tío dijo que fue en el Cervantes, un teatro que estaba en el Paseo de Pamplona, allí fue –insiste Mariluz con acento doctoral–; pero, si quieres, nos damos una vuelta por todos los teatros de Tudela y eliges para tu novela el que mejor te convenga.

Para examinar los vestigios de la historia nos echamos los tres a la calle. Mariluz nos embarca a su hijo y a mí en su pequeño coche y se lanza a patrullar la ciudad de Tudela conduciendo a todo trapo. Primero llegamos a la parte vieja, que convoca recuerdos medievales con sus lugares antiguos. Milagrosamente cruza las callejas estrechísimas, que hace siglos hollaron moros y judíos, sin llegar a rayar la carrocería contra las esquinas ni perder ningún espejo retrovisor.

–Esa es la plaza del Ayuntamiento –me muestra justo cuando la cruzamos como una bala y yo la imagino poblada de oyentes en un mitin de Julia.

Pero el viaje en el coche de mi amiga pasa tan rápido como la vida misma: ya ha salido del casco antiguo y nos estamos acercando por no sé qué recientes circunvalaciones al barrio de Lourdes, donde divisamos el cine Moncayo, para bajar después hacia el Gaztambide, recientemente remodelado, en el Paseo de Invierno.

–Esto tampoco me sirve… –concluyo, reconociendo una imagen perdida que en realidad me había acompañado en el fondo de la memoria durante toda la vida.

La visita al cine Regio es un poco más satisfactoria. Está en el centro de Tudela, en una calle con cuesta que desemboca en la plaza Nueva, y es una construcción de ladrillo con muchos años de antigüedad.

–¡No recordaba que este edificio fuera tan hermoso! –digo con asombro.

–Ha estado toda la vida cubierto de suciedades de palomas –me aclara Mariluz de forma muy práctica– y hace poco que lo han limpiado.

Después de haber anochecido completamente, acabamos la visita en la misma avenida donde se situaba antaño el teatro Cervantes, que fue convertido en cine en 1963 y más tarde derribado. Hoy su solar lo ocupan unos enormes edificios.

–Esto ha de ser –concluyo con cómico fatalismo–. Este es el fruto de la justicia histórica: ¡aún no han pasado cien años y ya no queda ni la sombra de la memoria!

Cuando salgo de Tudela para regresar a mi casa, la imagen de sus calles y plazas comienza a disolverse en la bruma. No obstante, recuerdo con claridad las notas bibliográficas que anunciaban los mítines de Arrastia y Álvarez en los tiempos de la República, en el teatro Cervantes y en plaza del Ayuntamiento, con la participación de Aquiles Cuadra de Miguel, el que fuera alcalde de Tudela. Hace una noche húmeda y la carretera no está muy bien iluminada. A ambos lados veo que se escurren hacia atrás y se alejan las últimas casas de la ciudad de mi infancia hasta que surge el cementerio, a mi derecha, ya en las afueras, un lugar donde reposan los restos de Félix Pinilla, pero no los de Aquiles Cuadra ni

los de Julia Álvarez. Mientras avanzo hacia el horizonte parece como si su recuerdo –Julia, Aquiles o Félix, el muchacho o el anciano–, se fueran alejando tragados por el tiempo y por la noche, pero no es cierto.

En mi cabeza, comienzan a bullir unas imágenes en blanco y negro que en seguida se tiñen de color y se entremezclan en desordenada confusión: Julia enfundada en su bata sencilla enseñando a leer a las niñas de su escuela, los labradores de Villafranca que claman por una tierra que cultivar, Ricardo Zabalza limpiando sus lentes redondas, Julia empeñada en organizar la colectivización agraria mientras predica la justicia social –¡Fraternidad, camaradas!–, la ilusión y el amor con Amancio, la aventura de Ciudad Real, el Congreso de los Diputados…

«Quizás todavía…», se me ocurre. «Acaso aún quedan más testigos de la vida de Julia: un testimonio vivo, la opinión de alguien que la hubiera realmente conocido…». Y entonces se me viene un nombre a la cabeza. Josefina. Josefina Guerendiáin, *la Pepa*, la muchacha nacida en Navarrería que participó en la Casa del Pueblo en Pamplona… ¡Seguramente conoció a Julia Álvarez! Es imposible que no hubiera asistido a los mítines que dio con Ricardo Zabalza en la Ribera de Navarra… ¿Vivirá todavía Josefina? Una nueva ilusión me empuja a buscar en Pamplona a quien fuera espectadora, quizás la última con vida, de las palabras de Julia… En el fondo del corazón se me hace cada vez más fuerte la certeza de que todavía es posible recobrar del olvido lo que el viento de la historia nos ha querido arrebatar.